

Isaac Rosa

Feliz final

ae



Esta novela reconstruye un gran amor empezando por su final, la historia de una pareja que, como tantas, se enamoró, vivió una ilusión, tuvo hijos y peleó contra todo —contra ellos mismos y contra los elementos: la incertidumbre, la precariedad, los celos—, luchó para no rendirse, y cayó varias veces.

Cuando el amor se acaba, surgen las preguntas: ¿dónde se torció todo?, ¿cómo hemos acabado así? Todo amor es un relato en disputa, y los protagonistas de este cruzan sus voces, confrontan sus recuerdos, discrepan en las causas, intentan acercarse. Feliz final es una autopsia implacable de sus deseos, expectativas y errores, donde afloran rencores sedimentados, mentiras y desencuentros, pero también muchos momentos felices.

Isaac Rosa aborda en esta novela un tema universal, el amor, desde los muchos condicionantes que hoy lo dificultan: la precariedad y la incertidumbre, la insatisfacción vital, las interferencias del deseo, el imaginario del amor en la ficción...

Porque es posible que el amor, tal y como nos lo contaron, sea un lujo que no siempre podemos permitirnos.



Isaac Rosa

Feliz final

ePub r1.0

Titivillus 02.12.2018

Título original: *Feliz final*
Isaac Rosa, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



Para Marta.

Ya hemos gastado las palabras en la calle, amor mío,
y lo que nos ha quedado no basta
para alejar el frío de cuatro paredes.

EUGÊNIO DE ANDRADE

EPÍLOGO

Nosotros íbamos a envejecer juntos. Lo digo en voz alta por escucharme, y compruebo lo melodramático que suena: nosotros íbamos a envejecer juntos. Lo repito con más fuerza, buscando el eco en el dormitorio vacío, exclamatorio: ¡nosotros íbamos a envejecer juntos! Pruebo a decirlo sonriendo, como un vendedor telefónico: nosotros íbamos a envejecer juntos. Nada. Sigue sonando aparatoso. Ahora engolando la voz, rodilla en tierra, calavera en mano, pausas dramáticas: Nosotros. Íbamos. A envejecer. Juntos. Abro los brazos para llenar pulmones de tenor, la orquesta se eleva, el público se estremece, tintinea la gran lámpara sobre la platea: nosotrosooooos íbamos a envejecer juuuntoooooooooos. Caigo muerto en el escenario, baja el telón, aplausos, hipidos. Lo tecleo en el teléfono, en varios intentos: Nosotros íbam, y borro. Nosotros íbamos a env, y borro todo. Nosotros íbamos a envejecer juntos. Tras observar unos segundos las palabras, que hasta en la pantalla fosforita resultan grandilocuentes, las borro de nuevo, bloqueo el teléfono, paseo hasta el salón, me siento en el sofá cojo, único mueble que queda en todo el piso. Doy unos botes en el asiento, lo hago taconear en el parqué. Nuevo intento: Nosotros íbamos a envejecer juntos. Leo, releo. Busco en la libreta de contactos, selecciono tu nombre, que sigue siendo el primero, aquel al que llamarían los servicios de emergencia en caso de encontrarme muerto. Una última revisión del texto y por fin hago clic en Enviar. Ahí va. Por el piso vacío mi cuerpo esquiva los muebles que ya no están. En las paredes, el cerco polvoriento dejado por estanterías y armarios, fotografías y carteles que sigo viendo en cada escarpia. Por toda la casa identifico manchas, trazos de rotulador infantil, arañazos en la madera del suelo, huellas negruzcas alrededor de los interruptores, un pomo destrozado a martillazos para abrir una puerta atrancada. Podría fechar y describir cada marca de vida. Te reías de mí cuando las llamaba así: marcas de vida. Fantasmas que desaparecerán bajo la brocha y el estropajo del próximo inquilino. En el dormitorio, por ejemplo, sobre el rectángulo descolorido que dejó el cabecero, a la derecha pueden ustedes contemplar una enigmática cara de Bélmez: el sello dejado por una década de tus pies apoyados en la pared, cuando al acostarte ponías las piernas en alto unos minutos para mejorar la circulación. En el marco de una puerta, la escala de las niñas al crecer. La recorro con los dedos como un piano, acaricio cada muesca y leo la fecha y las iniciales. Las acaricio y leo, aunque al hacerlo no puedo dejar de pensar que es un fácil cliché sentimental del que siempre me he burlado, pero ahora mismo no se me ocurre otra forma de subrayar la tristeza, rozando con emoción un marco de puerta pintarrajeado. Porque aunque no te lo creas, aunque haya empezado haciendo el payaso en el dormitorio vacío, estoy triste. Y algo más que triste. Por eso te he enviado el mensaje, por eso me sobresalto cuando oigo la campanilla que avisa de tu respuesta, que leo con impaciencia aunque me temo que llega tarde, muy tarde.

Claro que llega tarde. Me lo podías haber enviado ayer. Estuve pendiente del teléfono hasta el mismo momento de abrir la puerta a los cuatro hombres que vaciaron el piso en pocas

horas, con diligencia de termitas. Tenías que haberlos visto. Empaquetaron los libros, colgaron la ropa en armarios de cartón, vaciaron los cajones, moviéndose fantasmales a mi alrededor como si no me vieran. Desmontaron en minutos la litera de las niñas que tanto te costó levantar en su día. Bajaban los tres pisos a la carrera, como ladrones, escalera abajo con colchones, nevera, lavadora. Envolvieron uno a uno platos y vasos, encajaron ollas y fuentes como matrioskas. Enrollaron la alfombra, descolgaron y protegieron láminas y fotos. Qué más. Desatornillaron cada lámpara en el mismo tiempo que tardas en pronunciar esta frase. Apilaron sillas, hicieron rodar la vieja bobina que usábamos como mesa. Cargaron en el ascensor torres de cajas, burlando al portero, que ya sabes que monta bronca. Yo los veía desde la ventana como una película acelerada, charlotescos, mientras cuadraban muebles y cajas en el camión que pensaba demasiado pequeño para acoger una casa entera, trece años de acumulación. Pero todavía les sobró sitio para rescatar del trastero sacos de ropa de invierno, tres bicicletas, la cuna vieja que no sé para qué me llevo. En cinco horas no quedó nada. Bueno, el sofá cojo. Como un vendaval que abre de golpe las ventanas y forma en el salón un remolino donde giran muebles y libros y ropa revoleada antes de desaparecer por la terraza y ascender al cielo. O como una avalancha: tú preferirías la imagen del corrimiento de tierra, la lengua de lodo que desciende lenta la montaña, revienta puertas, arrumba los muebles contra la última pared antes de tumbarla. Cómo nos gustan las metáforas, qué necesidad, qué jodida necesidad siempre de encontrar metáforas catastróficas para todo lo que nos pasa, para una simple mudanza, una separación como tantas separaciones, un amor que se acabó y ya. Después de cinco horas no quedó en el piso más que embalaje roto, tornillos sueltos, un perchero de pared olvidado, el sofá. Y mierda, mucha mierda. No te haces idea de la mierda que se acumula en años pese a la limpieza semanal. Cada mueble retirado destapó extravíos que en su día dimos por perdidos y olvidamos: un pendiente sin pareja, lápices, fichas de juegos, dibujos de las niñas, la llave que nos costó aquella discusión y nos obligó a cambiar la cerradura. Pero también trozos de pan, de galleta, de fruta momificada. Recortes de papel, cucarachas y polillas descompuestas. Y pelusas, abisales pelusas engordadas por varias temporadas de pelo muerto, escamas, uñas, costras de heridas, pellejos al final de cada verano, y que ahora habrá que reponer en otra casa, la casa a la que se dirigió el camión cuando encajaron la última lámpara. Vayan ustedes, que yo voy en seguida, les dije, y subí al piso por última vez. Y en ese momento, mientras recorría las habitaciones vacías, miré el teléfono, por si había un mensaje urgente, al límite, última hora, se suspende la ejecución, aborten la misión, detengan ese camión, esperen, vuelvan a sacar todo y a poner cada cosa en su sitio, falsa alarma. Pero no.

No, no te envié ayer el mensaje, que sí estuve a punto de mandarte la semana pasada, aquella tarde en que recogí en cajas de cartón mendigadas por los comercios del barrio todo lo delicado y personal que no queríamos dejar en manos de la empresa de mudanzas. Lo embalé todo junto, a la espera de un día futuro en que no nos duela tanto y podamos repartirlo: adornos de los estantes, manualidades escolares, cajitas con dientes de leche y cordones umbilicales, el Predictor de Ana, un casquillo de bala oxidado, botellas de vino que esperaban una gran ocasión, juguetes eróticos al fondo de un cajón. El *cuornuciello*, el cuerno de la suerte que trajimos de Nápoles. Un tarjetón hotelero de No Molestar. El programa amarillento de un congreso de hace trece años. Fotos, muchas fotos enmarcadas y repartidas por toda la casa. Fotos de nosotros dos en distintas edades, fotos de bodas, de nuestras hijas recién nacidas, en cumpleaños y vacaciones. El retrato ocre de un joven con traje cruzado, pelo brillante y mirada de muerto prematuro. Los cuadernos de las niñas, la crónica de sus vidas desde el nacimiento y que en adelante seguiré escribiendo yo solo. Y documentación, el desbordado archivo casero de facturas, contratos, historiales médicos, declaraciones de la renta que también nos cuentan. Una caja tuya que no quise ni abrir: una caja de zapatos llena de cartas manuscritas y que podríamos enviar directamente al Museo de las Relaciones Rotas para que las enmarquen y así las lean y fotografíen turistas conmovidos o irónicos, junto a toda esa morralla sentimental que nunca sabemos tirar: postales, planos de ciudades, entradas de conciertos, regalos mellados del día del padre y de la madre, velas usadas de aniversario, flores secas, piedras y conchas de playa. Todo ese botín doméstico que una familia atesora en más de una década. Todo ese ajuar que en el momento de la emigración, la muerte de un ser querido o, como ahora, la separación, estamos obligados a contemplar con aflicción para revivir cada episodio asociado a cada pieza. Hasta hay quien escribe una novela a partir de ese instante tembloroso de abrir la caja de los recuerdos familiares. Malas novelas. Toda esa quincalla que un día los hijos huérfanos, los policías que desahucian, los allanadores, los equipos de rescate tras una explosión de gas, los traperos que compran al peso, o nosotros mismos dentro de unos meses, acabaremos por vaciar en un contenedor y fin.

A punto estuve yo de tirarlo todo días antes de tu recogida sentimental, cuando hice mi propia redada sin tantos miramientos: seis sacos de basura llenos de todo lo que fui cosechando habitación por habitación y que no estaba dispuesta a llevarme a un piso más pequeño. Allí me planté, en el Punto Limpio, todo separado con civismo nórdico: el papel por un lado, todas esas revistas que guardabas de hace años porque salía un artículo tuyo. Cuentos infantiles desencuadernados, recetas de cocina recortadas. Un temario completo de mi oposición, cuadernos escolares y fichas de actividad acumuladas desde la guardería, qué manía de no tirar nunca nada. Más papel: planos, diseños de reforma de la casa que ya no será. Una carpeta con decenas de etiquetas de vino que durante años despegamos y guardamos y que iban a empapelar las paredes de un sótano bodega. Tu enciclopedia, esa de quince volúmenes que arrastraste desde casa de tu ex y nunca te he visto abrir. Y una docena de cuadernos Moleskine; lo siento pero los tiré todos sin consultarte. Los encontré en un mal momento y no me vi dispuesta a pasarme meses releýndolos entre lágrimas como una idiota. En otro saco metí el plástico: juguetes rotos, utensilios desgastados, la vajilla del camping, aunque ahora que lo pienso igual

tú la querías, que los padres divorciados son muy de ir de camping los primeros años. Al contenedor verde, el vidrio: frascos cosméticos, cervezas extranjeras que siempre guardabas de viajes, esa botella de licor que llevaba seis años esperando reencarnarse en original lámpara. Botes llenos de sal coloreada, de arena de playa, de experimentos de ciencias naturales, de materia inidentificable y descompuesta, de mierda. Todo lo vacié y lo embolsé a espaldas de nuestras dos hijas Diógenes, mientras merendaban contigo llené otro saco con toda la obsolescencia tecnológica que encontré en los cajones. Todavía me llegaron las fuerzas para reventar el contenedor de textil con más de la mitad de lo que había en los armarios, que hay que aprovechar el cambio de casa y de vida para hacer limpieza. Tirar ropa vieja es una forma barata de exorcizar el pasado, lo leí en alguna web tonta de consejos para el duelo, y de buena gana habría hecho una hoguera en el patio. Habría seguido llenando bolsas y haciendo viajes al Punto Limpio hasta dejar el piso vacío y hacer innecesaria la mudanza. Me daban ganas de liquidarlo todo, arrastrar a mi paso y sin sentimentalismo cajones volcados, baldas de libros vaciadas a manotazos, altillos atestados, muebles que perderán tuercas en el traslado y no sabré montar otra vez, alfombras raídas, lámparas llenas de insectos muertos, colchones, puertas, ventanas, la casa entera metida a presión en un gran saco y arrastrada al Puto Punto Limpio, para al final quedarme yo sola en un vacío de viñeta de cómic. Mi ánimo era tan de mierda en ese momento que me habría metido yo misma en una bolsa amarilla, y tras cerrarla con doble nudo me habría tumbado en el portal: una Houdini medio asfixiada, hasta oír el camión de la basura y entonces contener la respiración para que entre dos operarios quejumbrosos me levantasen y lanzasen a la trituradora.

De tu razia recicladora salvé lo poco que me llevé yo una tarde previa, cuando me presenté en la que todavía consideraba mi casa: hola, vengo a por mis cosas. Coge lo que quieras, me soltaste con mala cara, coge lo que quieras y ni me preguntes. Yo te dije que me iba a llevar muy poco, que en casa de mi madre no hay apenas espacio, y que además prefería que los bienes comunes los conservases tú en el piso que será hogar de nuestras hijas. Todo es para ellas, te dije, y tú me miraste con ese apretar de labios tan tuyo, que me imagino estabas conteniéndote para no soltarme sarcástica: ¿todo para ellas?, oh, gracias, el gran patrimonio familiar, muebles de IKEA, electrodomésticos boqueantes, libros de bolsillo, menaje barato, todo para ellas, gracias. Te fuiste con las niñas al parque y yo me quedé recogiendo mis cosas, y créeme que lo pasé mal. Aunque al contarlo ahora suene ridículo, y dentro de unos meses seré capaz de reírme al recordarlo, hubo varios momentos en que lloré. No lo digo para despertar tu compasión, de verdad lloré. Cuando hojeé los cuadernos que luego acabarías tirando. Cuando al escarbar en un altillo apareció tu pantalón de embarazada. Cuando tras los calcetines salió el álbum de nuestra boda clandestina.

Te brillaban los ojos cuando llegué, sí. Pero pensé que era cuento, porque te había visto desde la calle: recortado contra la luz interior, asomado a la ventana pendiente de mi regreso; y en cambio al verme entrar te hiciste el sorprendido, congelado en la que estoy segura de que era una pose estudiada: de pie en el salón, frente a una estantería, con una foto enmarcada en las manos y cara de perro abandonado. Qué imbécil, pensé. Cuando vi tus dos maletas, las bolsas del Carrefour y el carro de la compra, me alegré de haber dejado a las niñas con mi madre. Así se aborran la imagen patética de su padre arrastrando un carrito y unas bolsas del Carrefour camino del metro. Perdona, me dijiste, estoy terminando de recoger, no sé si esta foto la quieres o me la llevo. Yo ni miré la foto: puedes llevártela, todo lo que quieras. Entonces te dejaste caer en el sofá, en el extremo que se vencía por la pata rota. Llévate también el sofá, te dije, yo lo voy a tirar. Por qué lo vas a tirar, me preguntaste. Porque está roto. Ya lo sé, sonreíste, y lo volviste a hacer cojear dando saltitos en el asiento: no lo tires, yo me lo quedo, guárdamelo y en cuanto pueda me lo llevo. Después diste unos golpecitos con la mano en el asiento: anda, ven, siéntate un momento conmigo. Yo negué con la cabeza, tú insististe: venga, que quizás es la última vez que podemos sentarnos aquí, por favor. Y por no oírte más y para que te fueses cuanto antes, resoplé y me senté en el otro extremo del sofá, que cabeceó como un balancín. Te arrimaste y me preguntaste en voz baja: ¿puedo abrazarte? Como no respondí, lo tomaste por silencio administrativo y me pasaste el brazo por la espalda.

No nos habíamos vuelto a sentar en ese sofá desde hacía diez días: la mañana en que aprovechamos que las niñas estaban en el colegio, tú te pediste el día libre, y nos propusimos hablar sin prisa de todo lo pendiente. Ahí estábamos los dos, a las nueve y media de la mañana de un viernes de noviembre, sentados en el sofá cojo, envueltos en un silencio mohoso, de sala de espera. De sala de espera de un juzgado, bromeé yo, y me mandaste a la mierda, quizás no estuve muy afortunado convocando el recuerdo de una sala de espera, esa sí judicial, de muchos años atrás. Pero tenía sentido esa mención, porque precisamente estábamos ahí sentados para entendernos, no hacernos daño, conseguir un buen acuerdo, unos mínimos, y evitar que todo se torciese y pudriese y acabásemos dentro de unos meses sentados en silencio y desolados y furiosos en la sala de espera de un juzgado de familia, acompañados por abogados y procuradores con togas sobadas. Esa mañana empezamos bien: los dos estábamos de acuerdo en la custodia compartida, aunque sin concretar todavía cómo llevarla a la práctica: tú rechazabas la rotación de las niñas en dos casas o de nosotros en una sola casa, proponías que viviesen contigo y yo las viese a diario, con total flexibilidad y sin límites. Anotamos en la libreta los mínimos a respetar en caso de discrepancia con la organización de los tiempos, reparto de vacaciones, cumpleaños, fiestas familiares, temas médicos y escolares, toda esa tensa diplomacia de entreguerras a que están obligadas las parejas con hijos al separarse. Tampoco discrepábamos tanto en lo económico, acuérdate: la liquidación de los últimos ahorros, el coche que seguiríamos compartiendo, los muebles que irían al piso donde vivirías con las niñas y en el que yo pretendía instalarme los fines de semana que estuvieran conmigo, punto en el que empezamos a discrepar y optamos por dejar para después. Nos atascamos un poco con la casa del pueblo: yo te propuse venderla, era lo más sencillo, y así devolver el préstamo

familiar y repartirnos lo que quedase. Pero echamos cuentas en la libreta y no nos poníamos de acuerdo en cuánto dinero habíamos metido en la casa, cuánto habíamos devuelto ya a tu familia, si debíamos valorarla por el precio de compra o con una nueva tasación. Tampoco era urgente, podíamos retomar lo más adelante, pero a partir de ahí nos enganchamos, forcejeamos y acabamos rodando cuesta abajo enzarzados. Empezaste tú: ¿Cuánto dinero vas a pasarles a las niñas? ¿Dinero, qué dinero?, estamos hablando de custodia compartida. Pero las niñas van a vivir conmigo. Es custodia compartida, propongo que hagamos una estimación de gastos, abrimos una cuenta y cada uno ingresa la mitad mensualmente. Y el piso qué, yo no puedo pagar un piso sola, te lo advertí antes de alquilarlo y entendí que estábamos de acuerdo. Yo tampoco puedo pagar un piso, por eso me voy con mi madre. Pero las niñas necesitan una casa. Si la pagamos entre los dos, deberíamos poder vivir los dos. No empieces otra vez con tu película de padres separados que siguen compartiendo casa como amigos. Yo no puedo pasarte una pensión, y lo sabes. Yo no quiero una pensión, Antonio, y tú también sabes que yo sola no puedo pagar ese piso. Busca uno más pequeño. Es de dos habitaciones, dónde coño quieres que nos metamos. No perdamos los nervios, Ángela, se trata de llegar a un acuerdo. A esto llamas tú ponernos de acuerdo. Íbamos muy bien hasta que hemos empezado a hablar de dinero. Ya ves, somos como cualquier pareja que se separa, un asco. Tenemos que hacer un esfuerzo. Yo estoy harta de hacer esfuerzos, no me quedan fuerzas para más. Hazlo por las niñas. Eso hago, preocuparme por ellas. Sabes que no estoy en mi mejor momento, lleguemos a un acuerdo provisional y cuando esté en mejor situación retomamos lo del dinero. El momento lo elegiste tú. Eso no es justo. Tú has querido separarte. Alguien tenía que tomar la decisión tarde o temprano. Pero ha sido temprano, porque tú no podías esperar más. ¿Crees que tengo prisa por separarme? Sí, eso creo, mucha prisa, porque tienes planes mejores. No sé de qué hablas. ¿Cómo esperas que acordemos nada si no me dices la verdad?, remataste tú. Y entonces te conté, tarde, lo que ya sabías.

Lo supe un par de días antes. Fue en la primera noche que no dormías en casa. Yo estaba en el sofá, tras acostar a las niñas, y por primera vez en dos semanas me encontraba serena, sorprendentemente serena. Tanto, que hasta me parecía una buena idea separarnos. Fin de ciclo. Vida nueva. El mundo no se acaba. Ana y Sofía habían aceptado que papá se iba para cuidar a la abuela. Supongo que todavía recordaban el llanto de tu madre en la última Navidad y lo debieron de asociar a enfermedad. Esa noche yo llevaba un rato intercambiando mensajes con la loca de Luisa, que se empeñaba en hacerme leer un libro de Helen Fisher que a ella le había ayudado tras su separación. Los sentimientos de furia y de desesperación son mecanismos evolutivos que la naturaleza nos ha dado, me explicó Luisa, sirven para ayudarnos a desechar relaciones sin futuro y rehacer la vida cuanto antes. Me aseguró que en tres meses estaremos haciendo chistes de mi dolor actual, y hasta apostó una cena, para después convencerme de las ventajas de no tener a las niñas cada dos fines de semana y disponer de tardes libres. De remate me propuso organizar para el próximo verano un disparatado viaje de madres e hijas, primer paso para la comuna amazónica que íbamos a montar de inmediato en nuestra casa del pueblo, donde criaríamos hijas en sororidad y cazaríamos hombres para consumo colectivo, ya la conoces. Me estaba riendo cuando me llegó un mensaje de Germán,

pese a lo tarde que era, otra vez había burlado la vigilancia de su madre para llevarse el teléfono a la cama. Decía: Hola, Ángela, mi padre ya me ha contado que os separáis, qué fuerte, me he quedado alucinado, y una secuencia de emoticonos boquiabiertos, ojopláticos, de labios quebrados, llorones, corazones rotos, rayos. Así es la vida, teclé yo, sorprendida de las ganas que me entraron de chatear con tu hijo. Germán me respondió: Sí, jo, pero qué pena, y más caritas lloronas y corazones rotos de todos los colores disponibles. Echaré de menos ser tu malvada madrastra, le escribí yo, y coloqué mi propio emoticono que lloraba de risa, a lo que él me contestó con un dibujo de la reina de Blancanieves y añadió: A ver qué tal me va con la nueva, aunque tendrá difícil superarte como madrastra, y venga caras que tiran besos y labios estampados y corazones palpitantes. Qué nueva?, teclé yo de inmediato, pero lo borré y escribí en su lugar: Ah, la nueva, ya la has conocido?, qué te parece? Germán respondió veloz: No sé, solo la he visto en foto, parece maja, aunque tú también parecías maja cuando te conocí, y ahora el emoticono se tiraba por el suelo y pataleaba de risa. Cómo se llama, que no me acuerdo, pregunté yo, y tu hijo contestó desde lo que yo entonces creí ingenuidad de catorce años: Inés.

Torpeza mía, una más. Había hablado con Germán esa misma tarde. Lo llevé a merendar a un VIPS lleno de padres separados que a la salida del colegio, en el día estipulado por sus convenios reguladores, llevaban a sus hijos a merendar tortitas compensatorias y batidos exculpatorios. Ya sabes cómo son esas cafeterías donde solo se nos oye hablar a los padres, verborreicos, mientras los hijos mastican y cabecean, esa necesidad de los divorciados de preguntar todo lo preguntable y contar todo lo contable a sus hijos para no quedar en silencio. También yo era el único que hablaba esa tarde, mientras Germán sorbía su batido y asentía o monosilabeaba ante mi cháchara. Empecé preguntándole qué tal todo (bien), qué tal las clases (bien), qué tal los exámenes (bien), algún examen nuevo a la vista (no), alguna nota nueva (no), deberes para mañana (no), qué tal con tus amigos (bien), qué tal con mamá (bien), tienes plan para el fin de semana (no sé). Agotada la revisión rutinaria, demoré un poco más el motivo principal de aquella merienda, no quería soltárselo sin antes templar un poco la conversación. Le conté de un artículo que acababa de publicar, «Haz clic y recibirás una descarga (de placer)», un corta y pega de noticias de divulgación científica sobre la relación entre la dopamina y las redes sociales que se había convertido en la pieza más leída del día. Pero cuando le hablé a Germán de neurotransmisores y adicción tecnológica debió de pensar que todo aquello era una forma indirecta de anunciarle nuevas restricciones en el uso del móvil, o un intento por ganar su admiración presentando a su padre como periodista de éxito. Así que al ver su cara de fastidio decidí abordar de una vez el asunto. Intercambié una mirada solidaria con otro padre que en la mesa de enfrente monologaba con una preadolescente muda y, tras unos balbuceos de aproximación, se lo solté: Ángela y yo vamos a separarnos, lo hemos decidido, pero no les digas nada a tus hermanas que todavía no lo saben. Como Germán se limitó a asentir y no transparentó emoción alguna, seguí hablando, olvidando otra vez la regla de oro de toda conversación difícil con menores: dales la información necesaria, ni más ni menos, y límitate a responder lo que te pregunten. Pues nada: mi *horror vacui* de padre separado me empujó a seguir hablando, tanto más rápido y disperso cuanto menos respuesta había en Germán, que callaba como esos periodistas zorros que con su silencio logran que el entrevistado se vaya de la lengua: le

conté que hacía tiempo que tú y yo no estábamos bien, estas cosas pasan, la vida es así, el amor es eterno hasta que se acaba, las parejas a veces dejan de quererse y es mejor separarse amistosamente que empeorar la relación, casi todos tus amigos tienen padres separados, tú mismo, hijo, y ya ves lo bien que nos llevamos mamá y yo y lo mucho que te queremos, los padres nos separamos entre nosotros pero nunca de los hijos, conozco más niños desgraciados que felices en familias unidas y por el contrario muchos hijos felices con dos casas, tener dos casas no es ningún problema, incluso puede ser una ventaja tener dos casas y dos dormitorios y dos cumpleaños y dos reyes magos y dos qué sé yo, dos de todo. Germán daba vueltas a la pajita en el vaso, y evitaba mirarme con una expresión que yo no sabía si era de conmoción, de cálculo y reajuste de sus expectativas vitales, o de profundo aburrimiento, así que yo seguí cavando allí donde nadie me pedía que profundizase: le conté, sí, que había otra persona, esas cosas también pasan, de pronto aparece alguien en tu vida y te lo pone todo patas arriba, ya lo descubrirás cuando crezcas y te enamores. Como ningún divorciado de la cafetería se acercó para recomendarme empáticamente que me callase de una puta vez, yo seguí ahondando en el agujero: ella es muy maja, se llama Inés, ya te la presentaré, os vais a llevar muy bien, por edad está casi más cerca de ti que de mí, y además es historiadora, puede ayudarte con los exámenes de historia si te hace falta, ¿quieres que te enseñe una foto? Aproveché que Germán atendía su móvil para callarme por fin. Habría sido mejor enviarle un mensaje escueto, pero ya era demasiado tarde. ¿Quieres preguntarme algo?, insistí, y como negó con la cabeza, terminé de cavar, golpeando algo duro al fondo: oye, lo de Inés no se lo vayas a decir a Ángela, que todavía no lo sabe, te lo he contado para que veas que confío en ti.

Ojalá tu hijo me lo hubiese contado antes, ya que tú preferiste ocultarme a Inés. ¿Por qué lo hiciste? ¿Para evitarme un dolor que a estas alturas ya no añadiría demasiado? ¿Para facilitar el acuerdo de separación, sin distorsiones sentimentales y manteniendo intacto tu capital emocional? ¿O más bien, como sospecho, para compartir la responsabilidad de la ruptura? Qué digo compartir: para colocarla toda en mi lado, para que yo me sintiese responsable de nuestro fracaso final. Si desde el principio hubieses sido sincero, me habría dolido, sí, incluso más de lo que crees. Pero lo habría asumido, sin tanto aspaviento melodramático. Y sobre todo me habrías ahorrado dos semanas, las dos semanas que pasaron entre tu anuncio de separación y tu salida de casa. Dos semanas que, hasta que recibí aquel mensaje de tu hijo, yo había considerado de armisticio y replanteamiento: cuando todavía creía posible que reconsiderases tu decisión. Pero que después, al saber de tu Inés, rebauticé como Las Dos Semanas De Humillación, así, con todas sus mayúsculas. La humillación que no quisiste ahorrarme, y que prefiero pensar que no buscaste. Dos semanas en las que tú y yo todavía convivíamos, representábamos el teatro matrimonial delante de las niñas porque acordamos no decirles aún nada. Incluso dormíamos juntos en esas dos semanas que nos dimos de plazo para no precipitarnos y hacer bien las cosas, y yo pensaba que esa prórroga era la prueba de la debilidad de tu decisión: que en realidad era solo un aviso y me ofrecías ese tiempo extra como una oportunidad de replantear los términos de la relación. La primera noche, tras decirme que querías separarte, te instalaste en el sofá, sin dramatismo, te echaste una sábana

por encima y hasta mañana. Pero al día siguiente, tonta de mí, te pedí que volvieres a la cama, que no quería que las niñas te encontrasen allí si despertaban antes, pero también porque de verdad me tomé aquellas dos semanas como una campaña de reconquista. Qué estúpida. Dormíamos juntos, o más bien yacíamos en la cama, pues dormíamos poco: hablábamos durante horas, agarrados de la mano, y al despertar el amanecer nos sorprendía abrazados. Y no era yo, eras tú quien adormilado te apretabas contra mi espalda y me cogías las dos manos entrelazando los dedos, aunque ahora dirás que solo era la inercia de los cuerpos. En la penumbra del dormitorio hablábamos sin parar, en lo que yo pensaba que era parte de tu retorcida estrategia para renovar nuestra unión a partir del miedo a separarnos. Hablábamos durante horas, recordábamos momentos compartidos, nos remontábamos a nuestros inicios. Nos reíamos a oscuras con el viejo repertorio de anécdotas que llevamos años contándonos y deformando. Una separación es también, es sobre todo, la pérdida de un relato común, y en el momento de la ruptura aprieta la necesidad de contar, recontar por última vez. Y eso hacíamos aquellas noches: contarnos. Con las manos apretadas y la memoria desbocada acabábamos llorando y besándonos las lágrimas, y yo malinterpretaba tu emoción y te proponía darnos un tiempo, esperar, replantear la relación, intentar una terapia de pareja, seguir juntos hasta que las niñas fuesen un poco más mayores, compartir piso y ser familia aunque cada uno hiciera su vida. Tú me intentabas convencer de que un divorcio no es el fin del mundo, ni siquiera un divorcio con hijas, estamos rodeados de amigos separados, nuestros propios padres, y todos bien, la vida sigue, la gente se rehace pronto, los niños se adaptan, el divorcio es una circunstancia más, tan corriente como casarse. Yo negaba, me resistía: qué me importa lo que haga la gente, este es nuestro divorcio, me duele a mí, son mis hijas las que tendrán que adaptar sus vidas al fracaso de sus padres, no me consuela el mal de muchos, no me interesa por qué se separa la gente, solo quiero saber por qué nosotros, por qué tú y yo, por qué, por qué. Por qué. Al final quedábamos en silencio, tú fingías el sueño y yo me removía y respiraba con agitación para que supieses que no podía dormir, hasta que insistía: ¿y la casa? Ya hablaremos de la casa, respondías en voz baja. Estábamos ilusionados con la casa. Tú estabas ilusionada. Con lo que nos ha costado llegar hasta aquí, es como ahogarse en la orilla, ¿te acuerdas de aquellos desgraciados de la playa?, somos nosotros, Antonio, nos estamos ahogando en la puta orilla, donde casi hacemos pie, nos hundimos como piedras. Tú me ofrecías entonces tu pecho como almohada y me acariciabas la cabeza como a una perra, y así acabábamos por dormirnos. También por el día, cuando en esas dos semanas nos cruzábamos por el piso nos apretábamos la mano, nos consolábamos mutuamente, me abrazabas si me sorprendías con los ojos enrojecidos. De verdad pensaba que era una decisión reversible: adelantar las agujas del reloj

del fin del mundo sin llegar del todo a la hora. Por eso lo intenté todo en esos días y noches que creí de reparación y ahora pienso humillantes. Por el día me concentraba en ser atenta y cariñosa pero sin agobiarte. Te escribía mensajes a todas horas para mantener la línea abierta. Me esforzaba, servil, por evitar todo aquello que sabía que te irritaba. Ideaba actividades que tuviésemos que hacer los cuatro juntos, incorporé a las niñas a mi proyecto de salvar la familia, animándolas a meterse en la cama con nosotros por la mañana. Te llamaba por las noches, tras acostarlas, para que las viésemos juntos desde la puerta del dormitorio, visión que consideraba irresistible para todo padre en ciernes de divorcio. Y más en tu caso, que siempre hablabas de lo emocionante que te resultaba arrojar a tus hijas dormidas y lo mucho que durante años lamentaste tantas noches que no pudiste hacerlo con Germán. Visión irresistible, salvo que tuvieses ya un plan de salida. Pero siempre negabas cuando te preguntaba si había otra mujer. Nos sentábamos juntos en el sofá cojo y yo ponía música, ahora lo recuerdo y me siento necia por estar ahí escuchando el viejo 69 Love Songs, cogidos de la mano, tarareando «The book of love is long and boring / And written very long ago». Date cuenta lo estúpida que fui en esas dos semanas, y tú me dejabas ser estúpida: me seguías en la conversación nostálgica recorriendo los grandes éxitos de nuestra historia común, me acompañabas de la mano por las ruinas de nuestro parque temático amoroso. Me escuchabas pedirte perdón, porque en esas noches te supliqué una y otra vez un perdón derrotado, denigrante, sintiéndome culpable de la separación. Pero tú atendías en silencio mi monótono perdóname, perdóname, perdóname. Tampoco me frenaste cuando una noche disparé con todo: sin dejar de llorar me apreté contra ti, te besé la cara, el cuello, la oreja, te metí los dedos en el pelo y te acaricié el pecho bajo la camiseta. Me coloqué encima para comprobar tu fácil erección, te saqué la polla del pijama y tú opusiste una resistencia blanda: no es buena idea, Ángela, no, no. Maldita la gana que yo tenía de follar. Quedamos abrazados, y aunque tú insististe en que nos estábamos equivocando, yo todavía me arrastré un poco más: qué tiene de malo, podríamos seguir así unos años, compartiendo piso, haciendo felices a nuestras hijas, follando si nos apetece, todavía nos queremos más que la mayoría de las parejas que conocemos, si nos separamos ahora perdemos todos, tú, yo, las niñas más que nadie. Desde ahí, apenas un par de pasos hasta el llanto nervioso y la súplica atormentada, con una desesperación folletinesca que dentro de un tiempo recordaré con más risa que lástima: no te vayas, por favor, dame una oportunidad, solo te pido eso, una oportunidad, tiempo, hazlo por las niñas, espera a que sean un poco mayores, espera dos años, un año, seis meses. Con ese estribillo patético y la ayuda de sendos lexatines nos quedábamos dormidos: tú con más facilidad, yo en una duermevela agitada que deformaba la habitación, atraía ruidos inidentificables, colocaba de pronto a los

pies de la cama a las niñas, levantadas como cuando algunas noches las despertaba una pesadilla y venían a la cama a buscarme. Pero ahora no estaban ahí, eran unas niñas fantasmales, fruto del desvelo y el agotamiento: yo les hablaba, les tendía los brazos para acogerlas, hasta que por fin abrían los ojos y no estaban. Me levantaba, comprobaba que seguían en sus camas, las arropaba, volvía a acostarme para levantarme unos minutos después y seguir mi sobreactuación de mujer rota. Porque estaba dolida, sí, muy dolida, pero sobre todo tenía necesidad de hacerte ver mi dolor, que no fueses ajeno a él: me levantaba, crujía el colchón, arrastraba las zapatillas, golpeaba la silla al pasar, encendía la luz del pasillo. Me sentaba en el sofá envuelta en una manta, componía la expresión desolada con la que esperaba que me sorprendieses cuando por fin, tras resistirte en la cama y fingir el sueño, acabases por levantarte y venir a buscarme. Qué melodramático todo. Me consuelo pensando que lo hacía por ellas. Pero no te perdono que dejases que me arrastrase así, que no me dijese: déjalo ya, Ángela, me he enamorado de otra mujer, no puedo seguir contigo. En vez de eso, te levantabas con fastidio, venías al salón, me conducías de la mano por el pasillo. Yo aceptaba tu abrazo al tumbarme, reingresaba en la duermevela violenta y los sueños que nunca sé contar, o pensamientos obsesivos que se dilatan en la noche alterada. Pensaba, por ejemplo, y así te haces idea de mi estado de ánimo esas dos semanas y la manera en que la inminencia de una separación nos trastorna, pensaba que Ana o Sofía se levantarían una madrugada, después de llamarme a voces sin encontrar respuesta: mamá, mamá. Vendrían al dormitorio y me descubrirían en el suelo, una mano rígida aferrada a la sábana, las mandíbulas desencajadas y los ojos muy abiertos y ya de vidrio, como mueren las mujeres solas, hijas que quedan con el doble dolor de la orfandad y la visión traumatizante del cadáver. Furia y desesperación, ya ves. El tipo de pensamientos de los que haré chistes con Luisa en unos meses. Me levantaba otra vez, recorría la casa, pantera enjaulada, pantera enferma. Encendía luces para que me rescatases de vuelta a la cama, al abrazo fatigado. Y en el insomnio, más tranquila, con tu respiración durmiente al lado, pensaba en nosotros, en todos estos años: intentaba mirar hacia atrás buscando el momento en que se jodió todo y comenzó la cuesta abajo, pero no conseguía ver más allá de lo inmediato, lo reciente: el pasado se me presentaba como una fosa colmatada de la que apenas conseguimos arañar la primera capa, la tierra superficial con sus raicillas y gusanos. Bajo ella se acumulan todo tipo de materiales: estructuras demolidas, restos cerámicos, cristales, piedras, huesos y basura arrojados sin cuidado durante años y que ahora cuesta separar. No valdrían el pico y la pala, tendríamos que manejar herramientas de precisión: pequeñas rasquetas, cepillos pacientes, cucharillas, pinceles, las uñas incluso para levantar pieza a pieza y verlas a la luz y datarlas e identificarlas; muchas se quebrarían al separarlas y nos cortarían los dedos. Y solo

al final, cuando hubiésemos retirado los últimos escombros, la tierra suelta, asomaría la primera forma: un codo, una rodilla, un cráneo, habría que usar el cepillo, los dedos, soplar para retirar la arena de la calavera. Ahí apareceríamos, en el estrato más profundo, nosotros, los de entonces: cadáveres hermosos, enlazados como amantes pompeyanos. Y con esa imagen, la de nosotros dos tumbados tal como estábamos esas noches, en la misma cama pero aplastados bajo toneladas de escombros, acababa por dormirme una, dos horas. Al despertar, con resaca emocional, todavía encontraba fuerzas para retomar la conversación: me pregunto en qué momento se jodió todo, cuándo se volvió irreversible, irremediable. Yo también me lo pregunto, murmurabas tú, y yo insistía: si pudiésemos volver atrás en el tiempo, remontar nuestra vida como un río desde la desembocadura, excavar verticalmente en nuestro pasado, ir levantando cada capa, ¿hasta dónde crees que tendríamos que llegar, en qué momento todavía estábamos a tiempo de arreglarlo? Y tras una pausa dramática, tú: atrás, Ángela, muy atrás.

8

No vayamos tan atrás, no todavía. Si empezamos a excavar, lo primero que asoma nada más remover la tierra es la noche que inauguró esas dos semanas: la noche en que te dije que quería separarme. Ahí estamos, míranos: sentados en un banquete de boda, compartiendo mesa con lo que Fabio llamó los restos del naufragio. Nuestra heroica parejita se ha ganado una cena, dijo Fabio de pie a nuestra espalda, una mano en cada hombro, voz prematuramente ebria, y tras besarnos ruidoso en las bocas nos aclaró: ¿recordáis aquella cena que nos apostamos hace años?, vosotros sois los ganadores, Antonio y Ángela, Ángela y Antonio, Angelonio, sois los supervivientes, los únicos que no os habéis caído del barco, miradnos a los demás, todos agarrados a un madero y quemados por el sol. Fabio fue haciendo recuento de los once comensales: dos que tras separarse mantenían la soltería, tres acompañados por sus nuevas parejas, el propio Fabio recién divorciado de Néstor, aparte del novio de la boda separado y ahora vuelto a casar, y tú y yo como única pareja superviviente de una reunión de años atrás. Te susurré si querías que nos fuésemos, pero tú cambiaste tu boca crispada por una sonrisa inverosímilmente dulce, y me dijiste que ni hablar: nos quedamos, cariño, hemos venido a pasarlo bien. A partir del comentario de Fabio, el estado civil se convirtió en tema de conversación en la mesa, un cruce de voces del que ya no recuerdo quién dijo qué: En la clase de mi hija somos mayoría los padres divorciados. No hay más separaciones porque no toda la gente puede permitírselo. Es culpa de la esperanza de vida, con tanta vida por delante no vas a quedarte con una misma pareja. Cambias mil veces de trabajo, de casa, de operador telefónico, de peinado, si no hay nada definitivo en tu vida por qué iba a serlo el amor. Ahí ya interviniste tú, parecías con ganas de elevar la conversación frívola: precisamente por eso, porque no nos queda nada estable necesitamos algo firme a lo que agarrarnos, una resistencia contra la deriva. Pero encontraste en respuesta abucheos bromistas, gritos de romántica, romántica, lluvia de migas de pan. ¡Viva el amor resistente!, gritó Fabio copa en alto, recibiendo el eco de un viva por todo el salón, tras lo que se dirigió a ti, impertinente: Angelita, Angelita, no me puedo creer que sigas siendo aquella jovencita que creía en la capacidad transformadora del amor y ¿cómo era aquello tan bonito que decías sobre el amor como entrega absoluta, amarse sin cálculo...? Ángela tiene razón, dijo en tu apoyo uno de los solteros al que su mujer había dejado un par de meses antes: Ángela tiene razón, llamamos amor a lo que no es más que deseo, otra forma de consumo. Pero no es posible el amor sin deseo. Yo hablo de otra cosa, el amor es lo contrario de esa forma de deseo que siempre nos deja insatisfechos, el deseo busca gastar y sustituir, mientras el amor quiere preservar, producir, reproducir, leí en alguna parte que el amor es centrífugo mientras que el deseo es centrípeto. El amor solo dura tres años. ¿No eran siete? ¡Viva el amor centrífugo!, propuso Fabio, levantando risas en las mesas cercanas. Vivimos en un mercado de ofertas amorosas, y todo mercado genera desigualdad, ricos y pobres. Te veo venir, le acabarás echando la culpa al capitalismo, como siempre. Cuando alguien se separa decimos que vuelve a estar en el mercado, vamos al mercado a por otro amor como quien compra una de esas mierdas de cajitas que contienen experiencias, balnearios y parapente. Eh, que a los novios les hemos regalado una mierda de cajita de esas. Deberíamos haberles regalado su futuro divorcio, he oído que hay una empresa que ofrece un servicio integral de ruptura, se ocupan de todo: abogados, terapia, ayuda con los

hijos, *coaching* para recuperarse; no se me ocurre mejor regalo de boda. Por ahí hemos empezado, hay gente que no se separa porque no puede permitírselo. El soltero es hoy la figura triunfante, el mundo está hecho para los solteros, el hombre libre, sin ataduras, capaz de cambiar de vida a cada giro, sin preocuparse por los cadáveres que deja a su paso. ¡Vivan los solteros!, gritó Fabio, pesado, logrando réplica solo en una mesa divertida al fondo del salón. Aquí estamos varios padres divorciados y no acepto que digas que vamos dejando cadáveres, yo quiero a mi hijo más que a nada en el mundo, y precisamente porque quería hacerlo feliz decidí divorciarme. Querías ser feliz tú. Te lo perdono porque estás borracho. Para los hijos es mejor un buen divorcio que un mal matrimonio. Ahí volviste tú a la carga, ahora más irritada: esa es una mierda de frase consoladora que nos decimos para quitarnos culpas, nos convencemos de que lo hacemos por ellos, cuando la felicidad que buscas en primer lugar es la tuya, no estamos dispuestos a aguantar y conformarnos con menos a cambio de librar a los hijos de una experiencia traumática. No jodas, Ángela, así se pasaron las mujeres siglos, aguantando y conformándose. Tiene razón, para algunos tener hijos es otra forma de consumo, otra cajita de experiencias. Vete a la mierda con tus cajitas. Tú insististe, ahora mirándome fijamente al hablar: el divorcio puede ser devastador para los hijos, sobre todo cuando son pequeños, si fuésemos más conscientes del daño que sufren no nos divorciaríamos tan a la ligera, nos esforzaríamos más por salvar la relación y bajaríamos un poco el listón de lo que exigimos de una pareja. Creo que estás exagerando, Ángela, vivimos rodeados de hijos de divorciados, algunos de nosotros lo somos, y no creo que haya sido tan devastador. A mí esa idea de aguantar me parece un paso atrás, mi madre se pasó años aguantando, y te aseguro que mis hermanos y yo habríamos preferido un divorcio a tiempo. Yo estoy harta, no vuelvo a emparejarme en la vida. No es cierto, esta misma noche conocerás al hombre de tus sueños. A la mierda el hombre de mis sueños, a la mierda el puto amor romántico, me he pasado la vida equivocándome, encerrándome en el pequeño amor de pareja y descuidando a quienes de verdad me han querido. ¡A la mierda el amor romántico!, gritó Fabio, recibiendo esta vez silbidos de reproche. Mi vida está hecha a trozos, discontinua, tengo que reiniciarme cada poco tiempo, ¿cómo voy a querer a una misma persona mientras todo cambia, mientras yo cambio? Pues por eso precisamente, insististe tú por encima de la algarabía: por eso precisamente, porque todo es inestable, todo es corto plazo; pero hemos convertido el amor, no digo solo a la pareja, también a los hijos, a los padres cuando necesitan ser cuidados, lo hemos convertido en otro lastre más cuando nos exigen ser rápidos, ágiles, audaces, despiadados, hay que desprenderse de todo para correr más. No lo veo, Ángela, qué propones, regresar a la familia patriarcal de toda la vida, yo creía que nos estábamos liberando, que hoy vivíamos con mayor libertad las relaciones amorosas. ¡Viva el amor libre!, Fabio ya desatado, insoportable, el jefe de sala se acercó a pedirle calma, y tú levantaste más la voz: siempre acabamos invocando la libertad, pero qué libertad es esa, la jodida libertad es la trampa con la que nos están quitando el suelo bajo los pies, estoy hasta el coño de tanta libertad, libertad de elegir colegio, libertad de elegir médico, libertad de elegir una carrera, un trabajo, un futuro, libertad de negociar tus condiciones directamente con el empresario, libertad de horarios, libertad de hacer huelga o trabajar cuando otros hacen huelga, libertad de emparejarte y desemparejarte, libertad de tener hijos y hacer con ellos lo que quieras; una mierda: todas esas libertades las disfruta el que puede pagar una buena escuela, un seguro sanitario, una universidad extranjera, unas prácticas sin cobrar, mantener una familia con un solo sueldo, alguien que te limpie la casa y cuide a tus viejos y a tus hijos, una amante, un divorcio, y los que no podamos pagar tanta libertad nos jodemos y nos comemos nuestra libertad con colegios sin recursos, hospitales desbordados, trabajadores pobres, familias rotas, niños aparcados en la escuela desde el amanecer hasta la noche, y todo ese amor que no es amor libre sino liberalizado, ¡que se vayan a la mierda con su libertad! Terminaste gritando, te oyó todo el comedor, las mesas de alrededor habían atendido tu discurso desde que empezaste a levantar la voz. Nuestros amigos quedaron en silencio, incómodos, Fabio incluido. Te levantaste y te fuiste a paso ligero, y cuando te busqué no te encontré por ninguna parte. Recorrí el estanque junto al restaurante, confiaba hallarte sentada en la orilla, mirando al agua

con ojos llorosos, lo que uno espera tras una salida operística como la tuya, pero no estabas, y fui yo el que compuse la pose melancólica en la orilla, hasta que me quedé helado. Al regresar al salón, donde ya había comenzado la música, ahí estabas: bailabas, seguías con los demás la coreografía en el centro de la pista, reías, y la luz epiléptica sumada a mi alcohol en sangre te hacían latir, ralentizada, discontinua, una sucesión de Ángelas sonrientes, de ojos abiertos, de ojos cerrados, de morritos, de tarareo, de labio inferior mordido, de lengua fuera, de carcajada congelada.

Justo antes de aquella discusión me lo habías anunciado. Nos acabábamos de sentar a cenar, los once amigos, tras el cóctel junto al estanque. Hablábamos de cualquier cosa: de hijos, de series televisivas, de despidos, de padres con metástasis, de Cataluña, de qué habíamos hecho desde la última vez que nos vimos, de las novedades sobre la ruptura de Natalia y Jaime. Yo participaba de las conversaciones, tú estabas callado, lo observabas todo con la intensa atención con que miran los abstraídos. Entonces me cogiste la mano bajo la mesa, en lo que tomé por muestra de cariño. En seguida reconocí tu dedo dibujando letras mayúsculas en la palma de mi mano, y mira si vivía en la feliz inopia, que me hizo ilusión: hacía tanto tiempo que no me enviabas mensajes así, con nuestro viejo morse de manos. Te sonreí al notar el cosquilleo de tu yema, y volví la cabeza en disimulo para seguir la conversación de la mesa. Leí con facilidad las letras, el trazo que redondeabas con la uña en mi palma: Q, U, I, E, R, O. Llegué a pensar si me había perdido el principio del mensaje, una T y una E previas, pero hiciste una línea horizontal, señal de que venía otra palabra: Q, U, E, otro espacio, y N, O, S. Ahí todavía podía pensar que estabas cansado, aburrido, llevaba toda la boda viéndote desgano, así que adiviné un QUIERO QUE NOS VAYAMOS que no te atrevías a susurrar delante de los amigos, preferirías que fuese yo la aguafiestas que anunciase nuestra retirada. Seguiste escribiendo: S, E, P, A, R, E, M, O, S. Punto final, marcaste con un golpe del índice. Sentí un calambre en la mano, que me subió por el brazo hasta la nuca. Te miré exagerando mi estupor, pero tú te volviste hacia Fabio, le preguntaste algo, ignoraste mi petición visual de explicaciones. De acuerdo, te cogí la mano y acepté tu juego, fui rascando letra a letra en tu pizarra, con prisa: A, espacio, Q, U, E, espacio, V, I, E, N, E, espacio, E, S, O, y emborriné un torpe signo de interrogación final. Sin mirarme, respondiste por la misma vía, seguimos la conversación bajo la mesa durante unos minutos, las palmas de las manos enrojecidas. Tú: N, O, espacio, A, G, U, A, N, T, O, espacio, M, A, S. Yo: N, O, espacio, T, E, espacio, E, N, T, I, E, N, D, O. Tú: E, S, T, O, Y, espacio, M, A, L, coma, E, S, T, A, M, O, S, espacio, M, A, L. Yo trazaba ya sin cuidado, olvidando espacios, comiéndome letras: P, E, N, S, A, B, A, L, O, C, O, T, R, A, R, I, O, T, E, V, E, I, A, B, I, E, N. Tú, sereno, marcando bien cada mayúscula para evitar

malentendidos: L, L, E, V, A, M, O, S, espacio, M, E, S, E, S, espacio, E, N, espacio, T, I, E, M, P, O, espacio, D, E, espacio, D, E, S, C, U, E, N, T, O. Y tuviste la santa paciencia de añadir, letra a letra, como torturándome con la gota china: L, O, S, espacio, M, I, N, U, T, O, S, espacio, D, E, espacio, L, A, espacio, B, A, S, U, R, A. Ahí ya perdí la calma para seguir telegrafando, me lancé directa a tu oreja, susurré casi a gritos: ¿de qué coño hablas, qué minutos de la basura? Y tú, cubriéndote la boca con la mano, casi inaudible con el vocerío del salón: se acabó, Ángela, uno de los dos tenía que dar el paso. Ah, tengo que darte las gracias, dije en voz alta justo cuando Fabio se ponía en pie, se colocaba entre nosotros, una mano en cada hombro, y tú me susurraste con una odiosa sonrisa encubridora: me vale con que no lo hagas más difícil.

Sí, te lo anuncié así, inoportuno mientras cenábamos con amigos y recurriendo a nuestro viejo telégrafo manual, supongo que envalentonado o precipitado por todo lo que había bebido. E impaciente, tanto que estuve a punto de decírtelo de palabra unos minutos antes, cuando en el cóctel previo a la cena me preguntaste qué me pasaba, por qué estaba tan callado. O antes incluso, al salir del juzgado, con las manos llenas de arroz sudado, cuando cruzamos las miradas de un lado a otro de la escalera y te sorprendió la atención y gravedad con que te estaba observando. La misma mirada grave que ya habías descubierto en el reflejo de la ventanilla del metro cuando íbamos de camino al juzgado y tú me apretaste la mano y apoyaste la cabeza en mi hombro sin dejar de mirar al espejo del túnel, los dos retratados en gris, guapos y cansados, mortecinos, y ahí sí me contuve para no decírtelo, porque las palabras me pesaban en la boca, pero no quería que mi decisión pareciera una consecuencia de la bronca rutinaria que habíamos tenido al salir de casa. Por eso esperé a disolver el mal humor antes de abordar una conversación que podía haber iniciado ya esa misma mañana, al despertar, cuando te apretaste contra mí, con pereza de sábado, tu cuerpo caliente y desmadejado, tan vulnerable. Apoyaste la frente contra la mía, ciclópea, y me dijiste que me querías, que me querías cada día más, y me besaste sin prisa y yo temiendo que notases el aliento sucio de las palabras que llevaba demasiados días y noches masticando, tragando y regurgitando de vuelta sin encontrar el momento de pronunciarlas; las palabras que había llegado a teclear varias veces en el teléfono sin al final atreverme a enviártelas: quiero que nos separemos. Hacía días que tenía la decisión tomada. Cada noche nos sentábamos en el salón tras acostar a las niñas, y tú jugabas a las casitas: te colocabas el portátil en el regazo y buscabas sistemas de calefacción económicos, fabricantes de suelos hidráulicos, instaladores eléctricos, catálogos de sanitarios, soluciones para sustituir un tejado en mal estado, precios de calderas, encimeras de cocina; y conectabas también la banca online y revisabas saldo y movimientos, y la calculadora para echar otra vez la cuenta de la lechera, y el Paint para modificar el plano de la casa: borrabas una pared, abrías una nueva puerta, ensanchabas el salón, cambiabas de orientación el cuarto de baño. Me lo ibas comentando todo, me enseñabas el ornato geométrico de unos azulejos, me preguntabas cómo vería eliminar el pasillo o cerrar toda la planta de arriba y olvidarnos de ella hasta mejor ocasión para concentrarnos en hacer habitable la planta baja, o me hablabas de un albañil que te habían recomendado y que trabajaba bien y barato. Pero mientras tú buscabas, dibujabas, calculabas y fantaseabas con la casa del pueblo, yo me parapetaba tras mi portátil, respondía monosilábico o te pedía disculpas porque tenía que terminar un artículo para el día siguiente, mientras hacía mis propias búsquedas: portales inmobiliarios, donde rastreaba alquileres rebajando todos los requisitos: un solo dormitorio, sin mínimo de metros cuadrados, sin ascensor, sin calefacción, sin amueblar, en barrios mal comunicados y

ciudades dormitorio, incluso habitaciones en pisos compartidos. Cada pocos minutos borraba el historial de navegación, aunque a veces pensaba que debía dejarlo para que lo descubrieses, y así me facilitarías pronunciar las cuatro palabras que masticaba y regurgitaba, o quizás como una advertencia, un mensaje de socorro antes de que fuese demasiado tarde. Y cada vez que levantaba la vista de la pantalla y te veía frente a mí, me sentía incapaz de darte la noticia. Tenía ya la decisión tomada, la ensayaba en el espejo como un adolescente inseguro, pero luego te veía y no podía hacerlo. Pesaban el miedo y la culpa, claro, y las niñas, pero no era solo eso: eras también tú, eras sobre todo tú, que seguías ahí, era de ti de quien tenía que separarme, era a ti a quien tenía que mirar a los ojos y pronunciar esas palabras. No sé si te dabas cuenta, pero durante esos días te miraba con insistencia. Mientras dormías, antes de apagar la luz. Por el día, desprevenida, cuando estabas ocupada con las niñas, por la noche cuando te sentabas con el portátil sobre las piernas. Te miraba al descuido, te estudiaba con atención, mientras resonaban en mi cabeza una y otra vez los versos aquellos: «Ya no será / ya no viviremos juntos, no criaré a tu hijo...». Llevaba ya un tiempo observándote, desde antes incluso de reencontrar a Inés. Me asombraba verte, reconocerte, pero también descubrirte. Encontrar en tu cuerpo el paso del tiempo. Del tiempo que llevábamos juntos. No me tomarás en serio, lo sé, pero esa es la palabra: *asombro*. El asombro de comprobar lo distinta que eras de la Ángela que yo había conocido trece años antes. Iba descubriendo las diferencias por partes, cada detalle como, sí, una marca de vida. Los huesos del cráneo tensando un rostro más delgado. Los ojos un poco hundidos en la calavera. La vena que siempre dividió vertical tu frente y que el descarnado hace ahora más visible. Los párpados violáceos, el pliegue riente en la comisura de cada ojo, la pequeña verruga en el párpado que tantas veces rocé con la punta de la lengua. Los labios adelgazados, pálidos. La dentadura en su día exacta, ahora con un diente inferior girado a velocidad geológica durante años. La piel, vista de cerca mientras dormías, con atención dermatológica: ligeramente anaranjada, sin la blancura de juventud, con el castigo de una década solar. La levísima pelusa dorada. «No te tendré de noche / no te besaré al irme, nunca sabrás quién fui». Las manos también. No sé si recuerdas que en esos días me gustaba coger tu mano, acercármela, mirarla y tocarla, en lo que tú quizás creerías cariño. Podría reconocer tus manos entre un millón de manos, me sé la forma de tus nudillos, tendones, venas, uñas, líneas adivinatorias. Y tu cuerpo. Las veces en que todavía te desnudabas delante de mí, para cambiarte de ropa con prisa o al salir de la ducha, el momento fugaz en que veía tus pechos, tan pequeños como siempre fueron y que alimentaron a dos hijas durante años. La carne menos firme de los brazos, el vientre hinchado, las caderas moldeadas por dos partos, las nalgas blanquecinas y tiernas, las varices culebreando por los muslos, los dedos de los pies ya deformados y que cuando nos conocimos yo celebraba: tienes pies nuevos, te decía, pies de marquesa. «No llegaré a saber por qué ni cómo, nunca / ni si era de verdad lo que dijiste que era / ni quién fuiste, ni qué fui para ti». Cada parte del cuerpo por separado mostraba esa huella del tiempo, la manera en que nos vamos gastando. Y me doy cuenta de que así contado, parte a parte, centímetro a centímetro, con quizás demasiada definición y prosa de autopsia, puede darte impresión de deterioro, de fealdad, de desagrado incluso, pero nada de eso, al contrario: la observación detallada era una muestra de admiración. De belleza. Y el conjunto, cuando abrías el campo para verte entera, el conjunto de todos esos fragmentos era la viva imagen de todo lo que amé en ti durante años. Registrar todas esas señales de la vida compartida era algo feliz, hermoso, que me conmovía, me enorgullecía incluso, me inflamaba el deseo con frecuencia, pero también me entristecía porque tú y yo ya no íbamos a envejecer juntos. «Ya no estás en un día futuro / no sabré dónde vives, con quién / ni si te acuerdas». Mientras te miraba me daba cuenta de que en algún momento próximo yo dejaría de ser notario de tu obsolescencia, expresión con la que espero al menos hacerte sonreír. Ya no iba a ser yo quien constataste a diario el paso del tiempo, cómo otra década te aligeraría la piel transparentando cada vez más el hueso, cómo otra década más te grisearía la melena y motearía tus manos y descolgaría la carne y la erosión continuaría hasta el fin de tus días aplastando vértebras y despiezando tu dentadura, todo ese derrumbe magnífico que yo deseaba compartir y presenciar y anotar, sorprender la belleza de

cada edad, el deseo que se actualiza, lo inesperado de encontrar excitante un cuerpo envejecido que años antes me habría provocado rechazo en su desnudez, su aspereza y su olor, pero que entonces, llegado ese día, querría acariciar, oler, morder. Porque habríamos envejecido juntos. «No volveré a tocarte. No te veré morir».

Enternecedor. ¿Qué quieres que te diga? ¿Tengo que darte las gracias por venerar en silencio mi flacidez y mi fascinante pelusa dorada mientras recitabas poemitas sentimentales, en lugar de hablarme y decirme que no estabas bien, que te habías enamorado de otra y ver si todavía podíamos arreglarlo? Qué bonito. Notario de mi, ¿cómo era, notario de mi obsolescencia? No, ni siquiera me ha hecho gracia. Las mismas palabras de amor que en un preciso momento pueden conmover, fuera de contexto, fuera del necesario contexto emocional, resultan siempre ridículas. Tu descripción de mis «marcas de vida» es eso: ridícula. Y no, yo no podría reconocer tus manos entre un millón de manos. Yo no te correspondía en tu observación forense. Lo mío no son las marcas de vida, ni ser notaria de tu descomposición. Tampoco me inquieta tanto el paso del tiempo. Porque si en aquellos días me mirabas tanto no era por asombro, orgullo ni deseo. Ni siquiera porque dudases de tu decisión: era porque me usabas como espejo. Como calendario. Hacía ya años que el paso del tiempo era un tema recurrente en ti. Bromeabas con las niñas sobre el papá viejito y la juventud perdida y las hazañas deportivas que debíamos admirar en un cuarentón. Una y otra vez volvías sobre el asunto, ya sin bromas: tal amigo que habías visto después de años y lo encontraste estropeadísimo; las niñas que hace nada eran bebés cuya cabecita cabía en la palma de tu mano cuando las recostabas en tu antebrazo y míralas ahora; el piso que por todas partes acumulaba erosión, desperfectos y suciedad que tú ibas catalogando; la ciudad donde apenas quedaba un bar de los de antes. También cuando olvidabas borrar el historial de navegación en el ordenador y yo no sorprendía búsquedas inmobiliarias pero sí tutoriales con ejercicios para fortalecer bíceps y reducir tripa, búsquedas hipocondríacas sobre urología, vídeos de nostalgia televisiva, y porno, mucho porno, siempre de jovencísimas lesbianas. Tu lista de reproducciones musicales era del siglo pasado. Tus preferencias para elegir una película giraban obsesivamente en torno al mismo tema: reencuentros de amigos que terminan en violenta catarsis, hijos enterrando a sus padres, enfermos despidiéndose del mundo, parejas en crisis, amores de juventud recuperados, el niño que crece en los doce años que tardan en rodar la película, o aquel coñazo de Malick que viste dos veces. El verano pasado, sentados bajo la sombrilla en una playa atestada, después de un rato mirando y escuchando a un grupo cercano de treintañeros que en su alegría chillona y despreocupada parecían escapados de una telecomedia, me miraste con expresión que creí irónica, y cuando esperaba que los despreciases por inmaduros, me preguntaste muy serio, más

por escucharte a ti mismo que esperando respuesta: ¿no te da nunca por pensar que no volveremos a tener treinta años? Y aún peor, tras la última cena familiar navideña: de vuelta a casa en el coche, con las niñas dormidas en el asiento trasero, tú y yo cansados y con ese malestar picante que nos dejaban siempre las reuniones familiares, rompiste un largo silencio de avenidas nocturnas para compartir un pensamiento poco navideño: estamos entrando en esa edad en que se nos irán muriendo los padres. Tú y tus marcas de vida. No estoy diciendo que todo sea una crisis de la mediana edad de manual, un cuarentón insatisfecho que siente de pronto el vértigo del tiempo, la nostalgia por lo no conseguido, y busca la juventud perdida enamorando a la joven Inés, hasta que levanta la vista del ordenador y descubre la madurez de su esposa y se asombra de sus nalgas blanquecinas y sus brazos fofos. Ya sé que hay más, las explicaciones simples no nos sirven, por eso estamos excavando para encontrar las causas de nuestro fracaso. Yo también te miraba a veces, pero no llegaba a tu observación forense, tranquilo, no voy a contraatacar con una oda a tu rostro endurecido, tu pelo en retirada o tus dientes agrandados por el repliegue de las encías. Cuando te miraba, lo que sentía no era asombro, ni orgullo, sino extrañeza. La extrañeza de no conocerte, no reconocerte. No reconocirme yo misma. Cuanto más tiempo llevo contigo, menos te conozco. La frase es tuya, me la dijiste una vez, hace años, en plena discusión por cualquier desencuentro doméstico. Y tenías razón: esa sensación de que nos hemos ido desconociendo, volviéndonos cada vez más extraños desde un momento inicial de identidad total. Y tras separarnos, seremos cada vez más extraños, iremos alejándonos hasta que un día nuestras hijas nos miren en una reunión familiar y se pregunten sorprendidas lo mismo que nos preguntamos nosotros cuando vemos a tus padres o a los míos después de tantos años separados: ¿cómo es posible que esos seres tan ajenos pudieran alguna vez enamorarse y desear un futuro compartido? Cuando nos lo preguntábamos sobre nuestros padres, discutíamos el huevo o la gallina: ¿se volvieron tan distintos, incompatibles, por haberse separado pronto y seguir cada uno su camino, o fue esa diferencia ya de origen la que los volvió extraños y acabó en separación? Nosotros mismos, ¿estuvimos alguna vez tan próximos, o es una idealización post mortem, añoranza típica tras una separación? En el parque nos gustaba mirar a los viejos, las parejas que paseaban como llevarían haciéndolo medio siglo: tomada ella del brazo de él, en un silencio que lo mismo era sobreentendido y complicidad que indiferencia y agotamiento. Jugábamos a comprobar parecidos físicos, el mimetismo tras décadas compartiendo cama, esa creencia popular de que las parejas tienden a volverse semejantes, como se dice también de perros y dueños, eso que los psicólogos de magazín radiofónico explican por una mezcla de apareamiento selectivo, afinidad y costumbre. A ti y a mí unas cuantas veces nos tomaron por hermanos, en los primeros

tiempos. Bromeábamos cuando salíamos de casa y nos veíamos en el espejo del ascensor vistiendo los mismos colores, gafas tan parecidas que las confundíamos en la mesilla de noche, idéntica delgadez, y hasta un corte de pelo similar en muchos momentos. Por no hablar del libro con dos marcapáginas o incluso leído a la vez en el sofá, el paso militarmente alineado al caminar, la anticipación al deseo del otro, la conexión mental al enviarnos un mismo mensaje. Todo eso que a veces echo de menos y otras veces pienso asfixiante, un error de cálculo, una combustión acelerada.

En aquellos días, mientras te observaba y dudaba de mi decisión, echaba cuentas, que es lo que hacemos obsesivamente los que deseamos o tememos una separación: echar cuentas, hacer una y otra vez la misma operación, en márgenes de libretas, folios usados, servilletas de bar, la pizarra de las niñas, el documento abierto en el ordenador, la calculadora del móvil; la misma cuenta que me sabía de memoria pero que reescribía y recalculaba como si a fuerza de insistir en ella pudiese forzar la matemática: sumaba alquiler, el más bajo posible, el que nadie anunciaba pero yo intentaría regatear, sumaba suministros básicos, cotización de autónomo, la pensión de Germán que en mi ilusión contable renegociaba a la baja con su madre, el gasto alimentario ajustado a nivel de subsistencia; y en una segunda cuenta incluía los importes de facturas por cobrar y hacía una previsión temerariamente optimista de futuros trabajos, prorrataba en cantidades mensuales la mitad de nuestros últimos ahorros, sobrestimaba una hipotética venta de la casa del pueblo, y hasta fantaseaba con que mi arruinado padre nos devolvía aquel dinero que le prestamos. En el colmo de mi desesperado optimismo, a veces incluía hasta un inverosímil pago de lo que el periódico me dejó a deber cuando cerró. Como seguían sin salirme las cuentas más allá de un año, año y medio apretando mucho, al saldo resultante añadía un anticipo que contaba con sacarle a una editorial por un libro fácil y de irresistible actualidad, para el que tenía tema, y te vas a reír: los padres divorciados de nuestra generación. Ya te lo dije alguna vez, medio en broma, medio en serio, a partir de mi propia experiencia cuando me separé de la madre de Germán: está por escribir un libro sobre la vivencia del divorcio entre los padres de mi edad, y digo padres en masculino, pues pensaba en un libro dirigido a ellos. En esas semanas tomaba notas para ese proyecto de libro que a ratos era periodístico, a ratos de denuncia social, a ratos frívolamente costumbrista, a ratos de ficción, a ratos de autoficción, a ratos todo eso mezclado. Un libro que cubriría un hueco editorial, un nicho de mercado por explorar, tantos padres que nos divorciamos jóvenes y atesoramos el mismo repertorio de miedos, quejas, sinsabores, culpas, alegrías, anécdotas y aprietos. Nos miramos solidarios unos a otros en las cafeterías la tarde que nos toca ser padres presenciales, compartimos apuros económicos e idéntica incertidumbre, hemos pasado por similares fases emocionales y judiciales, cada vez que nos juntamos en un cumpleaños escolar repetimos en voz baja las mismas críticas a nuestras ex. Cuando estaba más desanimado y no me salían las cuentas, el posible libro tomaba un aire más oscuro: una reflexión de cómo el divorcio se ha convertido en una catástrofe para parte de nuestra generación. Escribí incluso un artículo sobre el tema, un reportaje para probar a los lectores y a modo de anzuelo para editoriales, sobre cómo separarse hoy teniendo hijos es para muchos una garantía de descenso social. Nosotros, que crecimos pensando el divorcio como una estación más en la vida, desdramatizada, incluso apetecible, merecida, una promesa de libertad en la edad adulta, la oportunidad de reiniciar la vida, disfrutar la soltería tras haber gozado de los placeres de un matrimonio tanto más placentero cuando puede interrumpirse antes de su degradación. El reportaje funcionó muy bien, pieza más leída del día, cientos de comentarios y mucho ruido de redes, gente contando sus experiencias y quejándose de la mierda de divorcios que nos podemos permitir: padres que habitan

minúsculos apartamentos adonde les avergüenza llevar a sus hijos, otros regresados al dormitorio juvenil en la casa familiar, o compartiendo piso con otros cuarentones, por no hablar de los que directamente quedan en la indigencia, ¡divorciados viviendo en un camping! Ellos y también ellas, madres solas en pisitos mínimos y angustiadas cuando la pensión del padre se retrasa, enfrentamientos judiciales a cara de perro por unos euros más. Pensábamos que a estas alturas de la vida divorciarse sería un carnet de ingreso en un envidiado club, formado por mujeres y hombres maduros que estaríamos de vuelta, dispuestos a disfrutar la segunda parte de la vida, emocionalmente blindados y sexualmente desinhibidos, con los hijos crecidos y el futuro encarrilado, y para eso contaríamos por supuesto con una posición económica sólida, sin exagerar pero suficiente. Pero algo salió mal, mierda, aquí estamos, míranos, no nos parecemos a los protagonistas divorciados de todas aquellas ficciones apologistas, no somos el padre atractivo que tiene una casa con una habitación para cada hijo y trae a sus conquistas de fin de semana para vivir divertidas situaciones de enredo y en verano recorre Europa con sus hijos en caravana. Por eso para muchos la única posibilidad de mantenerse a flote es volver a emparejarse, compartir gastos con una nueva pareja, y aguantan y no se lanzan hasta que tienen otra liana a la que agarrarse. En mis desvelos de precario divorciable pensaba que miles de padres cuarentones separados, decenas de miles, centenares de miles, todos correrían a comprar un libro que hablase de ellos, donde sentirse comprendidos y reconocidos; fácilmente se convertiría en un fenómeno editorial, social, comercial, yo fui a EGB, yo me divorcí, qué editorial se resistiría a una propuesta así, algún productor televisivo vería material para una serie, comedia costumbrista con fondo social, padres precarios compartiendo piso con risas enlatadas, no me digas que no sería poético que me pagase mi separación con un libro sobre las dificultades de separarse. En aquellos días, en los que cada vez me acercaba más a Inés a golpe de teléfono, correos y paseos clandestinos, en aquellos días en los que cada vez me alejaba más de ti a fuerza de esquivarte, excusarme con trabajo, eludir tus intentos por hablar sobre la reforma de la casa o planificar el futuro inmediato, en aquellos días llegué a esbozar una sinopsis y poco más, lo único que acabé escribiendo fue ese reportaje que no sé si leíste porque hace tiempo que no lees lo que escribo.

No, no lo leí, y tampoco me hablaste de él, por algo sería. Pero sí leí por esas fechas otro texto tuyo, que ahora entiendo mejor: uno al que llegué sin siquiera saber que era tuyo, al morder el anzuelo del titular: «¡Espera, no rompas las cartas de tu ex!», en esa web de viajes donde creen que eres un trotamundos y te siguen pagando reportajes de destinos que no has pisado en la vida. Era sobre ese Museo de las Relaciones Rotas, en Los Ángeles, del que escribías con un entusiasmo que me pareció llamativo teniendo en cuenta que se trata de un pequeño y desconocido museo, de dudoso valor artístico. Tal como lo contabas, me recordó a aquella capilla que visitamos en Portugal hace años, donde los sanados agradecían la milagrosa intercesión de la virgen local atestando las paredes con miles de exvotos de cera, a cual más sórdido: manos, pies, cabezas, piernas, brazos, orejas, ojos, huesos, dentaduras, órganos internos, además de cabelleras, frasquitos con fluidos corporales, prendas de ropa, muletas, fotografías, estampas católicas y cartas manuscritas, todo apretado hasta ocultar por completo los muros. Al leer sobre tu admirado museo californiano sentí la misma repugnancia ante esa colección de alianzas desparejadas, prendas íntimas, mechones de pelo, trajes de novia, peluches,

llaves de hogares perdidos, cartas de amor, figuritas de tarta nupcial, cuadernos de viaje, billetes de avión, adornos vulgares cuya carga emocional solo aprecia quien lo donó, y hasta un par de implantes de silicona que se extrajo una novia despechada, a la que añadiste el chiste fácil: nunca mejor dicho lo de despechada. No entendí la pasión con que describías aquellas salas que asegurabas haber recorrido con profunda emoción al leer las historias que acompañaban cada reliquia amorosa. Contabas que al salir del museo, con el corazón encogido, paseaste por Hollywood Boulevard con ánimo melancólico, y luego añadías unas cuantas reflexiones sobre el dolor del desamor, bastante triviales si me lo permites, y terminabas preguntando al lector qué donaría al museo para dejar testimonio de su corazón roto, en qué objeto concentraría toda la dicha y toda la tristeza del amor perdido. Siento decepcionarte, pero no encontré muy estimulante la propuesta, levanté los ojos de la pantalla y eché un vistazo al salón sin encontrar nada digno de ser enviado a un museo para evocar nuestra vida en común. Mira si yo estaba desprevenida entonces que en ningún momento interpreté ese texto como expresión de tu inquietud. Si era un aviso, no lo atendí.

Del museo me habló Inés la primera tarde que quedé con ella en su apartamento, apenas diez días después de que la casualidad nos reencontrase, si es que podemos seguir llamando casualidad al algoritmo de una red social que te propone amigos y seguidores. Inés acababa de volver tras dos años estudiando un posgrado en Los Ángeles, y me habló de ese Museo de Relaciones Rotas después de que yo le confesase que tú y yo no andábamos muy bien, que estábamos en tiempo de descuento. Los minutos de la basura. Nos bastaron diez días de seducción online para citarnos en su apartamento y saldar cuentas pendientes, entre ella y yo, y sí, también entre tú y yo. Apartamento lo llamó ella, aunque es más grande que nuestro viejo piso, más de noventa metros distribuidos en un único espacio diáfano, con el dormitorio en alto, paredes de ladrillo visto, anchos ventanales, mobiliario de IKEA pero de la gama alta, un buen equipo de sonido y tantos detalles decorativos incongruentes con la capacidad adquisitiva de una treintañera becada en un proyecto de investigación, que nada más entrar me lo aclaró sin que yo preguntase nada: ya sé lo que estás pensando, cómo hago para vivir aquí, pero tiene truco, es de mis padres. Me enseñó la terraza, el apartamento resultó ser un semiático, y apoyado en la baranda miré los edificios próximos mientras ella me contaba que sus padres supieron moverse bien cuando empezó la crisis y todo el mundo quería vender, luego se hicieron asiduos a subastas donde se salda el patrimonio de quienes mueren sin herederos, así acumularon una buena cartera de pisos que ahora tienen en alquiler, menos ese, que se lo quedó ella. En un ático cercano, al otro lado de la calle, un hombre de mi edad leía recostado en una tumbona, descalzo, un vaso con mucho hielo a su alcance, gente que puede leer en la terraza de su ático y beberse un gin tonic a las seis de la tarde de un día laborable. También en la terraza de Inés había una tumbona. Me senté y me descalcé. Recostado, los ojos entrecerrados al sol, con el calor ablandante de principios de octubre, me sentí de pronto cansado. Muy cansado. Inmensamente cansado. Un cansancio de siglos. Cansado de ti y de mí y de nosotros, de esta travesía que ya no me importaba terminar en naufragio por muy cercana que estuviese la maldita orilla. Tú también has sentido muchas veces ese cansancio, lo sé, y sabes que en esos momentos de flaqueza hace falta poco empuje para que todo se derrumbe. La liana, la jodida liana que agitó Inés cuando se inclinó, me cogió la cabeza con las dos manos y me besó la frente. Una oreja. Luego otra. Un

párpado. La nariz. La barbilla. Qué cansancio, Ángela, qué horrible cansancio y qué delicioso cansancio en esos momentos, qué ganas de llorar, de gritar, de lanzarme por la terraza, de agarrarme a Inés, de volver a casa y encontrarte, todo a la vez y nada parecía suficiente para curarme este cansancio. Atraje a Inés hacia la tumbona, y al besarnos notaba que se me escapaba por la boca la poca energía que me quedaba para seguir dando tumbos en la barca contigo, y a la vez me entraba en el cuerpo una energía nueva. Sin separar mi boca de la boca de Inés entreabrí un ojo y vi al vecino en su ático, que en aquel momento bien podía haber levantado su vaso hacia mí con una sonrisa y un guiño.

Paseabais, eso has dicho. Paseos clandestinos, así dijiste. No me duele tanto imaginarte follando con ella en su apartamento de pija como saberte paseando con ella, aquellas tardes en que salías de casa con cualquier pretexto laboral y os citaríais en un lugar periférico, fuera de la vista de cualquier conocido. Un parque, un barrio de nueva construcción con aceras intactas y árboles canijos, una vereda que resiste al borde de la autopista, quizás un cementerio. Cuando vuelvo en el autobús, al final de la jornada, los veo desde la ventanilla: enamorados que hacen eso que casi nadie puede hacer ya: pasear. Sin rumbo, sin prisa, con todo el tiempo del mundo. Caminar despacio, muy despacio, no se me ocurre mayor insumisión. Caminar de la mano, tomados de la cintura, los brazos sobre los hombros, con el paso acompasado. Besarse en cada semáforo. Detenerse a admirar el remate de una fachada, una ruina industrial. La deambulación interminable de los enamorados, que caminan como otra forma de conocerse pero también de reapropiarse del espacio y hacerlo común, dejando a su paso la baba brillante del deseo. ¿Te suena toda esa palabrería? Los amantes que cruzan parques y descampados siguiendo los caminos del deseo, desire paths, lignes de désir, el deseo siempre se abre camino y elige moverse en línea recta. ¿Le explicaste también a Inés lo de los caminos del deseo? La última vez que tú y yo dimos un paseo juntos fue antes del verano, en nuestro aniversario. ¿Recuerdas? Después de años sin celebrarlo e incluso olvidándonos de la fecha, esta vez dejamos a las niñas con mi madre y salimos unas horas. Pero en vez de ir a cenar te propuse dar un paseo, solo eso, pasear como hacía años que no paseábamos. No mostraste mucho entusiasmo, pero acabaste aceptando. Dimos una larga caminata, cruzamos la urbanización de mi madre, salimos al campo mientras atardecía, recorrimos los sembrados hasta el río. El paseo comenzó con poca fluidez, contándonos con desgana las últimas novedades laborales de cada uno. Pasamos revista a las niñas, las malas noches de Sofía, la próxima revisión médica de Ana, tus preocupaciones con Germán, ideas para próximos cumpleaños. Como tercer punto nos hicimos un rápido chequeo médico, cómo estaban mis dientes, qué tal tu eccema, a ese ritmo nos íbamos a quedar sin conversación en el primer kilómetro. Propuse hablar de la casa del pueblo, verdadero propósito de aquel paseo, la reforma que en algún momento teníamos que decidir y ponerle plazo, las cuentas que cada uno

echábamos por separado y que a mí me salían y a ti no. Pero me pediste que lo dejásemos para otro momento, no tenías ganas de acabar discutiendo en nuestro aniversario y además, añadiste, te parecía sarcástico hacer la cuenta de la lechera mientras pasábamos junto a las obscenas casas de la urbanización de mi madre, casas levantadas por gente que nunca se tuvo que preocupar por regatear presupuestos y recorrer polígonos buscando restos de fábrica, imaginabas que nos verían y escucharían con sus cámaras de seguridad y se mofarían de nuestro humilde y esforzado sueño de casita en el pueblo. Quedamos unos minutos en un silencio incómodo, y aún peor, vacío, con poco para llenarlo, hasta que al salir de la urbanización decidí darle más profundidad a la conversación, y a la vez reintroducir de soslayo el tema de la casa. Así que te solté la pregunta, que al pronunciarla me sonó a mí misma grandilocuente, más propia de ti, como una mala imitación de esas películas que tanto te gustan donde una pareja se pasa la hora y media de metraje paseando y hablando, por París o Manhattan o una encantadora isla griega, no por un patatal como nosotros. Pasean y hablan y hacen balance y ajustan cuentas y sueltan frases estupendas y preguntas decisivas que conmueven al espectador pero que, dichas a este lado de la pantalla, siempre nos resultan impostadas. ¿Cómo te imaginas el futuro? Esa fue mi pregunta, ampliada en: ¿cómo crees que será tu vida dentro de quince o veinte años? ¿Mi vida en veinte años?, sonreíste, lo único seguro es que no viviré en una de esas, respondiste señalando hacia las casas que ya habíamos dejado atrás. Te intentaste escapar bromeando, me hablaste del hombre que envejece como un buen vino, el madurito interesante, la potencia sexual intacta, el amor platónico de las amigas de tus hijas, pero yo iba en serio y te corté: no te hagas el tonto, joder, intento tener una conversación adulta, no te estoy preguntando si crees que seguiremos juntos dentro de veinte años, hablo de ti, cómo te gustaría estar entonces, cómo crees que estarás. Incómodo, improvisaste una respuesta que hablaba de cualquier cosa menos de ti mismo: del incierto futuro laboral, el apocalipsis del sistema de pensiones, tecnología médica al alcance de quien pueda pagarla, pequeños y architípicos placeres de la vida que solo aprendemos a valorar en el ocaso, la satisfacción del padre que ve que sus hijas encuentran un camino propio en la vida, la edad que nos vuelve más sabios, la imprescindible rebaja de expectativas, el cinismo protector, y hasta soltaste esa tontada de tener corazón revolucionario a los veinte y cabeza a los cincuenta o algo así. Tanto te incomodaba la conversación que ni siquiera me devolviste la pregunta, cambiaste de tema, propusiste volver, coger el coche e irnos a tomar algo, y ahí quedó la frustrada conversación. Si me hubieses preguntado, te habría contado la versión futura de mí misma y de nosotros dos, porque yo sí me hacía esa pregunta: cómo sería mi vida, nuestra vida, dentro de quince o veinte años. Te habría contado sobre un futuro que era expresión de voluntad y deseo, pero sometidos

a una verosimilitud estrecha. En ese futuro estamos juntos, sí: vamos a envejecer juntos. Con las metáforas odiseicas que sabes que me gustan tanto, hemos superado la travesía, sobrevivido a tormentas, naufragios, extravíos y cantos sirénidos, sobrevivido incluso al cansancio, y no nos hemos abogado en la orilla. Hemos alcanzado tierra firme. Tenemos nuestra casa, un lugar propio, del que nadie podrá echarnos ya, donde sobreviviríamos como robinsones si todo fuese mal ahí afuera. Nos queremos, seguramente no nos amamos pero nos queremos, no nos deseamos pero nos queremos, podríamos vivir el uno sin el otro pero nos queremos, hemos aceptado que esa forma tranquila de quererse no es una merma ni un fracaso sino al contrario, un triunfo. Estamos juntos, no por ninguna predestinación ni ridículas medias naranjas inseparables, ni siquiera por necesidad económica, sino porque hemos decidido seguir juntos. Hemos aprendido a disfrutar lo que compartimos, en primer lugar nuestras hijas. Hemos aprendido también a tener cada uno su propio espacio y tiempo, negociando las zonas comunes, respetándonos tanto que de mutuo acuerdo hemos preferido ampliar el territorio compartido. No nos exigimos exclusividades ni fidelidades frustrantes, y esa libertad es la que nos desinteresa del exterior, porque incluso hemos reconstruido nuestro deseo, acomodándolo a la necesidad de cada uno hasta sincronizarlo. Paseamos. Paseamos mucho, todas las tardes, por el monte cercano a la casa. Hasta nos sabemos ya los nombres de los árboles. Cuidamos juntos el huerto porque, aunque te burles, en mi fantasía de vida no falta un huerto, más como subsistencia que como actividad espiritual. Estamos juntos. Sabemos que nos tendremos el uno al otro si en algún momento nos golpea la enfermedad, la depresión, la degeneración cerebral, la parálisis corporal, la incontinencia de esfínteres y el olvido salvaje de rostros y nombres. Somos nuestro propio Estado de Bienestar. Estamos a salvo. Estamos en casa, esa casa que gritábamos en los juegos infantiles y al alcanzarla detenía el peligro y te protegía como una campana de acero. Casa.

Llovió durante tres días y tres noches, con intensidad pero no mucho más que otros años por esas fechas. Trescientos litros por metro cuadrado, dijo el locutor, e intentamos visualizar esa cantidad de agua: sesenta garrafas volcadas en el espacio de cuatro baldosas del cuarto de baño, aunque tampoco sabíamos si eran por hora, por día o el total acumulado. Mucha agua, en cualquier caso, aunque tampoco una lluvia extraordinaria en la comarca: las hemos visto peores sin que hubiese tanto destrozo, dijo en la tele una vecina lacrimosa, cepillo en mano, las katiuskas hundidas en el barrizal de su salón entre muebles podridos. No fue culpa del agua, explicó un ingeniero de la Junta, no fue culpa de la lluvia, que aunque abundante estaba dentro de los registros históricos. El problema era el suelo: el incendio del año anterior había dejado la ladera del monte desguarnecida, sin vegetación, hojarasca ni materia orgánica que amortiguase el impacto de las gotas, quedando la tierra expuesta a una erosión rápida, con poca capacidad de retención y menor resistencia a la circulación de flujos superficiales. No hacía falta demasiada agua: el terreno calcinado no podría absorber bien cantidades normales, por lo que una lluvia más intensa inició la escorrentía de cuyo riesgo ya habían alertado en primavera los ecologistas. La lluvia roturó canales, riachuelos que además arrastraron la ceniza acumulada y la materia orgánica mineralizada por el fuego. Tras la riada, el alcalde denunció el retraso en los trabajos de recuperación del terreno quemado: un año entero sin actuaciones forestales había dejado el monte a merced de la primera gran tormenta que arrastró barro y detritos hacia el valle, saturó las represas del río hasta desbordarlo y deslizó una lenta ola de lodo que arrastró ladera abajo rocas, árboles muertos y cercados. Las casas de la calle alta fueron las más dañadas: el deslizamiento de tierra bajo sus cimientos las tumbó con implacable lógica arquitectónica, y el alud de agua y barro empujó sus ruinas contra las siguientes casas, que por suerte formaron un dique y frenaron el avance sobre el pueblo. Allí donde no llegó el lodo, lo hizo el agua: toda la que el monte erosionado no pudo retener descendió hasta el río, vertiendo a su cauce suficiente material para taponarlo en varios tramos y adelantar su desborde. El agua crecida saltó por encima del viejo puente, rebosó los pretilos del paseo y reventó el alcantarillado. Días después visitamos el pueblo para comprobar si nuestra casa estaba entre las dañadas. Recorrimos las calles aún enfangadas y hediondas. Los operarios reparaban conducciones, levantaban postes de cableado y reconstruían un pilar del puente. A la entrada, junto a la carretera, un vertedero improvisado con todo lo que arrastró el río y sepultó el barro: muebles descompuestos, colchones, puertas arrancadas, escombros, cascotes, ganado muerto. En el paseo fluvial era visible la línea mugrienta de la crecida en las fachadas, a casi un metro de altura, a la espera de un próximo azulejo conmemorativo: hasta aquí llegó el agua. Por suerte nuestra casa, en la subida al castillo, estaba intacta. El maltrecho tejado resistió, porque no fue tanta lluvia, nos insistió una vecina: no fue tanta lluvia, si el monte hubiese tenido su vegetación normal habría absorbido esa tormenta y otra más fuerte, pero lo dejaron sin regenerar más de un año desde el incendio, y acabó ocurriendo lo esperable: que una lluvia repentina e intensa se lo llevó todo. Así nosotros, Ángela, ¿no te parece? Nosotros éramos ese monte. La metáfora se presenta tan exacta, tan obvia, que cualquiera diría que la provoqué yo, que yo subí al monte el verano anterior, vacié bidones de gasolina y prendí cerillas, y me pasé luego un año aplazando

las tareas de recuperación del terreno para finalmente convocar hechiceramente la lluvia y que el suelo erosionado hiciese el resto, y así poder decirte ahora: ahí nos tienes, Ángela, esos éramos nosotros justo antes de la aparición o reaparición de Inés: un monte que no se había recuperado de un gran incendio, una superficie abrasada y desnuda desde hacía más de un año, a merced de la primera tormenta que se lo llevaría todo. Dije tiempo de descuento, minutos de la basura, y sé que no lo compartes, ni lo entiendes: asumo que para ti los meses previos a nuestra separación habían sido buenos. Incluso muy buenos. Mejores por supuesto que el tiempo turbulento del que veníamos. Reconozco que, antes de que el algoritmo me reuniese con Inés, tú y yo llevábamos un tiempo aceptable, cinco, seis meses sin sobresaltos; un semestre sereno, desacostumbradamente sereno. Tanto que Ana ya no preguntaba si nos íbamos a divorciar, y Sofía no necesitaba tenernos a los dos todo el tiempo a la vista, ya no se angustiaba si uno de los dos salía de casa y tardaba en volver. Todavía me sorprendías a veces una mirada severa, o me descubrías ausente, vuelto hacia dentro, nublado; pero era cada vez menos habitual, y cuando me preguntabas si estaba bien, yo respondía afirmativamente: no es nada, preocupaciones siempre laborales, un texto por entregar, pagos atrasados. Los únicos desencuentros que tuvimos en esos meses fueron los relativos a la casa: tú querías empezar cuanto antes la reforma, poner fecha a la mudanza, averiguar tu traslado al instituto comarcal, solicitar colegio para el curso siguiente; mientras yo proponía esperar, rechazaba la ayuda de tus padres, ahorremos un poco más. Pero aunque discrepásemos en fechas, en ningún momento puse en cuestión nuestros planes, todo lo contrario: era yo el que por la noche te abrazaba y te susurraba que estaba deseando que nos fuésemos de una puta vez de esta ciudad y acabásemos con esta inercia de supervivientes. Era yo también el que de pronto soltaba las riendas del entusiasmo al volver del supermercado y te prometía un huerto y gallinas y un cerdo para matanza anual que nos abarataría la cesta y que junto con la rebaja de necesidades nos permitiría vivir con menos, con mucho menos. Te preguntarás qué minutos de la basura, si en tu cumpleaños te regalé un libro de horticultura y una azada adornada con un lazo festivo. Qué monte sin regenerar, qué suelo erosionado, si era yo el que exaltaba los beneficios que para las niñas tendrían el aire limpio, los alimentos sin procesar, la pequeña escuela, el tiempo lento, toda esa desafortunada alabanza de aldea que te tomabas a broma pero con la que yo intentaba rehabilitar mi maltrecha ilusión. Dónde estaba esa tierra dura incapaz de absorber una tormenta, si por las noches me apretaba contra ti y te decía que sí, que estábamos mejor, estábamos de vuelta, habíamos sobrevivido y nos habíamos levantado tras caer, más fuertes. Y aunque por el día nos seguíamos cruzando como bólidos, cada uno en su órbita acelerada, agotados y rutinariamente malhumorados, poníamos mucho cuidado en no colisionar y buscábamos resquicios a la complicidad, señales para saber que seguíamos ahí, como las manos cogidas al dormir, los dedos que periódicamente apretábamos como un monitor de constantes vitales. Todo eso es cierto, así llevábamos meses. Pero al mismo tiempo me daba cuenta de que en verdad estábamos muertos, Ángela. Muertos. En el último año habíamos envejecido décadas, un siglo, y ya estábamos muertos. Y claro que podríamos haber seguido muchos años así: muertos pero juntos, muertos pero viviendo bajo un mismo techo, muertos y cuidando a nuestras hijas, muertos pero abrazándonos cada noche y diciéndonos que nos queremos, muertos y preparando la casa del pueblo, muertos y cuidando un huerto con nuestras manos muertas. Recuerda nuestro último viaje juntos, aquel puente que dejamos a las niñas con tu madre por primera vez en años y aprovechamos los billetes de avión con que la revista de una aerolínea me había pagado unos textos. Qué desastre de viaje. Qué desastre. Asumo que fui yo quien propuso volver a Nápoles, pero qué muertos estábamos. El planteamiento de partida, reconozcámoslo, ya nos condenaba a fracasar: rehacer más de una década después un viaje que era parte de nuestra mitología amorosa, cuando nosotros, los de entonces, ya no éramos los mismos y además estábamos muertos. Encima nos empeñamos, con una confianza propia de enfermos terminales, en repetir el viaje paso a paso, llevando como guía el cuaderno que escribimos en la primera ocasión. Hasta volvimos a ver *Viaggio in Italia* unos días antes. Qué desastre. Qué dos muertos. Al segundo día ya olvidamos el cuaderno en el hostel, y dejamos de jugar a que éramos Ingrid

Bergman y George Sanders, conscientes de que esta vez nos parecíamos demasiado al declinante matrimonio Joyce de la película. Aceptamos que aquel caminar sobre viejas huellas era tan melancólico como irritante, una nube de fastidio que lo empapaba todo: el museo que encontramos cerrado por huelga, la lluvia que nos dejó helados al salir de las Fontanelle, la carretera por la que nos perdimos camino de la Solfatarata, mi negativa a pagar entrada en Pompeya para ver algo que ya conocíamos, mi empeño en cambio por volver a cenar en la Bersagliera para acabar discutiendo por la elevada factura. Por supuesto, renunciamos a visitar Maiori, sin ganas de jugar más. El tiro de gracia nos alcanzó la última noche, en el bar del Excelsior, donde nos regalamos una copa reconciliadora: tomados de la mano, tú apoyada en mi hombro, sorprendidos de una cercanía que sí se parecía a la de antaño, hasta que de pronto el tipo del piano empezó a martillar la primera *Gnossienne*, la jodida primera *Gnossienne*, cuya onda expansiva nos mandó a kilómetros. Aquella noche, en el hostel sin calefacción, nos abrazamos para quitarnos el frío, pero éramos nosotros los que irradiábamos frío porque estábamos muertos. En esos meses me apretaba contra ti cada noche, sí, pero cuanto más lo hacía, más sentía que abrazaba un cadáver. El cadáver de tu deseo. Era tu deseo lo que estaba muerto, descomponiéndose allí mismo, entre mis brazos, apestando. Mira, nada más empezar a excavar y ya hemos encontrado los primeros huesos, el primer cadáver. Algunas noches aún me empeñaba en comprobar si respiraba, le daba una oportunidad, muertos que estamos a punto de enterrar y de pronto despiertan en el frigorífico de la morgue, en el ataúd golpeando la tapa. Me solapaba a tu espalda, hundía la nariz en tu nuca, te besaba el cuello, te acariciaba lentamente las manos, los brazos, los hombros, tú ya habías notado mi erección contra tus nalgas y, si aún no estabas dormida, yo malinterpretaba un ligero cambio en tu respiración o un apretar de tu mano contra la mía, lo tomaba como una señal de bienvenida, afirmativa, constantes vitales del deseo en pleno tanatorio, así que metía la mano bajo la camiseta y era en ese momento, cuando plantaba los cinco dedos en tu pecho, era entonces cuando me daba cuenta de que no, mierda, otra vez no: el cadáver. El deseo muerto. A veces tenías la delicadeza de dormirte o fingirte dormida, así me ahorrabas la afrenta de la retirada. Otras, me cogías la mano, la aprisionabas hasta rendirla estampando en la palma un beso de implacable ternura, y me mandabas a dormir con un represor te quiero. También podía ser que te quedases quieta, estatua, para que yo asumiese el fracaso y me replegase. Y en muy contadas ocasiones, sí, y cuando digo contadas es porque puedo decir el número preciso, en exactamente cinco ocasiones a lo largo de seis meses correspondiste a mi empuje, aceleraste la respiración, te giraste, me ofreciste la boca e impusiste una posición ergonómica. Pero en tus gemidos rechinaba la posibilidad del fingimiento, el cadáver maquillado, y eso volvía nuestro escaso sexo más triste, agravaba ese desvanecimiento que a menudo sobreviene tras el orgasmo, cuando la excitación desaparece y se reequilibra la química cerebral y te sientes de pronto sucio y ridículo en tu ímpetu de solo unos minutos antes, el animal triste postcoital. El resto de noches yo me contenía para dejarte la iniciativa, en la esperanza de que fueses tú la que me demostrase que el deseo no estaba muerto, no del todo, y esas noches no ocurría nada: aceptabas mi acoplamiento como postura para dormir, me aferrabas la mano para frenar tentativas, me susurrabas palabras mansas de cariño, y te dormías antes que yo. Me dejabas ahí, desvelado, contando los días como el condenado que hace muecas en el cemento, hasta que volvía a intentarlo para certificar de nuevo la defunción. ¿Cómo debería llamar a esos meses? ¿El Semestre de la Humillación? Pero espera, no era solo sexo, no pienses que era solo sexo. La muerte del deseo no es solo perder las ganas de follar, aunque eso sea lo más evidente. El deseo conoce otras manifestaciones, pero en ese tiempo yo no te veía ninguna. Ninguna. No me mirabas, no más de lo que mirabas cualquier objeto dentro de tu campo visual. No me tocabas. Y eso era lo más asombroso para mí, lo más hiriente. Nosotros siempre fuimos táctiles, aquella necesidad de tener una mano en contacto permanente con la piel del otro. Durante años nos dormimos con una mano subiéndolo y bajándolo la espalda, girando en el reloj del vientre. Pero ahora no me tocabas, apenas un breve y maquinal pasar la mano por los hombros en respuesta a mis insistentes caricias. A veces me tomabas la mano al caminar, sí, me besabas al llegar a casa, pero en todo ello había algo,

cómo decirlo: conyugal. Desesperadamente conyugal. Desconsoladamente conyugal. Era afecto, un término que siempre me ha parecido burocrático, como de darse dos besos al aire. Afecto. AFECTO. Cariño, si prefieres. Todo el cariño del mundo, un cariño inagotable, monstruoso, con el que rellenar la caries del deseo. Me querías, no me amabas, por decirlo con palabras que te son familiares. Me querías, me lo dejaste claro en esos meses: te quiero, te quiero mucho, te quiero tanto, no sabes cuánto te quiero, cada día te quiero más. Obí, obá. Por supuesto, me querías exponencialmente más que solo unos meses antes. Hasta puede que me quisieses más que nunca. Pero no me amabas. Y ahí es donde voy. Suena llorón, lo sé, pero en esos momentos yo necesitaba que me amases. Que me deseases. Me sobraba tanto cariño, tanto te quiero, todo ese afecto manso en el que además sospechaba culpa, penitencia, compensación. Ya sé, cualquiera se sentiría afortunado si a la vuelta de más de una década sintiese que su mujer le quiere así, tanto como tú en efecto me querías; cualquiera asumiría como natural el remansar del sentimiento, el declive del deseo, el ciclo de la vida, el asimétrico desear de mujeres y hombres con los años. Cualquiera lo aceptaría e integraría sin demasiada melancolía en su horizonte. Yo no. A pesar de que me repetía todo ese argumentario y me intentaba convencer de lo razonable de tu afecto, no. Yo no. Yo ya no. Tú sí: para ti era suficiente esa forma de querernos, lo sé, me lo dejaste claro la tarde que fuimos a casa de Natalia y Jaime. Yo la pasé como siempre, o peor, mucho peor: más espantado que nunca de su felicidad doméstica, su cariño pasteurizado, su entendimiento inverosímil sobre cualquier asunto familiar, su futuro programado y que podrían inscribir en una década de agendas venideras, su hogar tan insultantemente hogareño, lleno de detalles amables hasta la asfixia y una calidez atroz, inhumana como ellos mismos, tomados de la mano, sonriéndose y hablándose con diminutivos, y sus hijos, tan cánidos que parecían siempre bajo los efectos de algún barbitúrico. Ya sé que mi percepción esa tarde estaba deformada por mis rumiaciones sobre nosotros, el amor, el deseo moribundo. Lo decisivo fue que al salir esa tarde de su casa no hiciste ningún chiste ni comentario malicioso como de costumbre, sino que me dijiste, lo recuerdo palabra por palabra: qué equivocados hemos estado siempre con ellos, fuimos injustos juzgándolos, en realidad me dan envidia, han conseguido lo que la mayoría ni siquiera intentó, son un bloque, una familia, se quieren, se tienen, indestructibles, un búnker. ¿Y nosotros? ¿Debía yo entender que estábamos en camino de ser también un búnker? Sí, íbamos bien encaminados según tu nuevo baremo: nos queríamos, nos queríamos lo suficiente, nos queríamos insoportablemente. Compartíamos como prioridad el bienestar de nuestras hijas, y teníamos un proyecto de futuro, la casa del pueblo. Digo más: nos conocíamos como viejos amigos, atesorábamos complicidades de años, gustos comunes y el mismo miedo a estar solos. Y no nos salían las cuentas para vivir separados. Con poco más que nos esforzásemos, podríamos acordar unas reglas de juego para tirar otra década. Se parecería bastante a tu utopía familiar, tu ensoñación de casa como campana de acero, ¿verdad? Así visto, hasta podríamos envejecer juntos, pagando tan solo el precio de un reajuste de expectativas. Y ahí quería llegar: era yo quien tenía que reajustar expectativas. Conformarme con lo que teníamos. Que no era poco, lo sé. Ya querrían muchos estar en nuestro lugar y bla-bla-bla. Pero no: mientras para ti eso encajaba holgadamente en tu plantilla de vida para la siguiente década, para mí no era suficiente, para el convaleciente que yo era todavía en esos meses no era suficiente, ya no. Ya no. Ya. No. Y al decir «ya no», pensarás que hablo en términos de reparación, o hasta de castigo, pero no. O quizás sí, da igual. Solo sé que después de lo que nos había pasado (y fíjate que todavía me cuesta nombrarlo: Lo Que Nos Había Pasado, como si nos hubiese alcanzado un rayo, un accidente), después de aquello yo necesitaba algo más. Mucho más. Ese querernos, plácido, nórdico, que en otras circunstancias me habría parecido no ya aceptable, sino privilegiado tras trece años juntos, había quedado invalidado por Lo Que Nos Había Pasado, y me hacía exigir en silencio más, mucho más que una casa como campana de acero y dos viejos compañeros que pasean por el monte y se saben los nombres de los putos árboles y confían en que el día de mañana estarán ahí para limpiarse el culo senil o quitarle la respiración mecánica al que primero agonice. «Nos queremos, seguramente no nos amamos pero nos queremos, no nos deseamos pero nos queremos, podríamos vivir el uno sin el otro

pero nos queremos...» ¡No, joder, no! En esos momentos yo necesitaba exactamente que me amases. Que me deseases. Que no pudieses vivir sin mí, como en una de esas baladas estúpidas que acababa canturreando. Necesitaba que volvieses de trabajar y vinieses a mí no con un infame besito de esposa sino a mordirme hasta dejarme mudo. Que me arrancases del sueño en mitad de la noche con la impaciencia de tu deseo. Cuando lo sentía así, intentaba tranquilizarme: me repetía a mí mismo argumentos a tu favor, te defendía ante mi yo herido, me contaba lo que quizás me habrías dicho si yo no hubiese preferido evitar esa temeraria conversación. Me habrías dicho seguramente que tu cariño templado y la incomparecencia de tu deseo eran contención y respeto, fruto de tu decisión de manejar con prudencia la botella de nitroglicerina que yo había sido hasta fechas recientes, prevención después de tantas veces en las que yo me había revuelto feroz contra tus demostraciones de amor. Me habrías contado otra vez tu teoría de que el deseo tiene sus tiempos, sus ciclos, que el tuyo se había transformado con los años y el desgaste y las heridas y la biología y la vida agobiada que seguíamos llevando y el cansancio, el jodido cansancio, que nos despertábamos por la mañana cansados, sin habernos arrancado del todo el cansancio del día anterior, de la semana anterior, del año anterior. Respeto, miedo, biología, cansancio: hice bien en no preguntarte, porque para todo eso tenía yo mi réplica preparada, y siempre conducía al mismo punto, la conclusión llorona: que no me deseabas, que no me amabas. Que no habías perdido el deseo, solo habías perdido el deseo por mí. Y ahí estaba como evidencia, día tras día, y sobre todo noche tras noche, el cadáver. Me refiero al tuyo, tu deseo, porque el mío en esos meses estaba más vivo que nunca. Rabiosamente vivo. Dolorosamente vivo. Humillantemente vivo. No eran solo las noches, la proximidad de tu cuerpo que entre las sábanas alumbraba el dormitorio con las emanaciones del deseo descompuesto; no eran solo las noches, era también cuando me cruzaba contigo por la casa, cuando te veía cocinando o vistiéndote o leyendo en el sofá, y la memoria cortocircuitaba con interferencias, relampagueaban estroboscópicas imágenes tan viejas como seguramente magnificadas, de nosotros follando desahogados en cada superficie de la casa, en la encimera, en la mesa, la ducha, el sofá, el suelo, paredes, ventanas y diría que hasta techos. Me hablabas, me contabas algo del trabajo o de las niñas, y yo te miraba fijamente a los ojos y me extrañaba que no te alcanzase la telepática de mis ganas imperiosas de agarrarte y morderte la boca sin permitir que esta vez me redujeses con la camisa de fuerza de tu abrazo cariñoso, volcarte sobre la mesa, tironearte las bragas con esa furia aprendida del cine y que sabes que no va conmigo pero que de pronto sentía apremiante. En los momentos de lucidez me avergonzaba de mi desesperación copulativa. Me avergonzaba masturbarme pensando en ti como protagonista de fantasías tan poco elaboradas, tan corrientes, tan posibles que por eso eran más insoportables. Me avergonzaba porque me sentía cretino, cómicamente fálico: el machito profundamente herido en su orgullo machito y que solo puede sanarlo poseyendo machito a su desmachitada mujer, reventándola machitamente de placer; el machito escocido que no sabe encajar el rechazo y busca, necesita, exige la restitución del deseo y su afirmación a los cuatro vientos, vecinos que oigan gemir por el patio de luces y se den codazos al cruzarse con la feliz pareja; el machito derrotado que lloriquea al reconocer que su mujer le parece de pronto más deseable que nunca, y también más lejana y libre, inalcanzable. Y todo eso te lo colocaba a ti también: te hacía culpable de mi desesperación, en los escasos momentos en que todavía me veías apartarme de ti y torcer el gesto y dejarte de hablar un día entero sin que mediase enfrentamiento alguno, en esos momentos de distancia que tú respetabas o quizás simplemente ignorabas para no reabrir la afrenta, en esos momentos no te perdonaba, no ya Lo Que Nos Había Pasado, sino sus consecuencias: haberme convertido en algo tan arrastrado, en un mendigo del deseo, un tirano del deseo. Volverme ese machito herido. Que me hubieses convertido en otro, mi versión peor. Que no pudiese ser como antes. Que nos hubiésemos vuelto rígidos, perdida la espontaneidad y proscritas mis viejas bromas obscenas que siempre te hicieron reír y ahora me parecían improcedentes, sustituidas por un continuo abrazarse más fraterno que amoroso. Que nos hubiésemos vuelto tristes. Yo no era el de antes, nosotros no éramos los de antes, nos queríamos pero de una forma ortopédica. Y yo quería ser el de antes. Ese era mi lamento,

el estribillo compungido de todo machito herido: ya no es como antes, ya no es como antes, ya no es como antes. Antes, antes, antes. Tú me decías que no ser como antes era una suerte, una oportunidad, y es que discrepábamos en qué era ese «antes» del que tú y yo tirábamos hacia extremos contrarios, cuando seguramente nuestro «antes» estaba en un punto medio: ni tan maravilloso y merecedor de nostalgia como yo pretendía ni tan espantoso y olvidable como tú sostenías. Las pocas veces en que todavía hablábamos del antes y el ahora, tú insinuabas que era yo el que en realidad no quería comportarme como antes para así castigarte con una excepcionalidad inacabable. Y cuando insistías en que aceptase que estábamos mejor que en años, yo me acababa rajando, porque el demonio machito que se sentaba en mi hombro me llenaba la oreja de cieno: date cuenta, gili, ella te está diciendo que ahora estáis mejor que antes, encima le vas a tener que dar las gracias. Y esos eran los momentos, cada vez menos frecuentes, en que todavía me replegaba, me veías retirarme como una marea que abandona despacio la playa, confiando en que tras la luna subirá de vuelta; en esos meses en que ya no nos desplomábamos ni resurgíamos con verticalidad de atracción de feria. Para llegar hasta ahí, para dejar atrás la verbena del rencor, los gritos nocturnos, mis largos correos incriminatorios y tus amagos de tirar la toalla, habíamos hecho un gran esfuerzo los dos: yo por gestionar mi resentimiento, lograr que el dolor no hablase en mi nombre; tú por ser paciente, amordazarte el orgullo, esperar sin ultimátum a que yo volviese de cada una de mis retiradas, y caminar con precaución resignada por el campo minado en que se había convertido nuestra vida común. Y sí, te concedo que a esas alturas, al comienzo de ese semestre sereno, afectuoso y humillante, yo estaba bastante mejor. Incluso conseguí volver a la piscina, nadar sin que la repetición mecánica de idas y vueltas se convirtiese en una repetición mecánica de pensamientos obsesivos. A esa mejora contribuyó también mi recuperación laboral: había empezado las nuevas colaboraciones en webs de viajes, con las que pude recobrar un nivel mínimo de ingresos que, sumados a tu sueldo, nos permitieron frenar el saqueo a que habíamos sometido la cuenta de ahorros en el último año. Reconozco que estaba mejor, me iba alejando de Lo Que Nos Había Pasado, pese al diablillo cabrón que algunas noches insomnes todavía se empeñaba en berrearme al oído. Fíjate si estábamos concentrados en dejar de hacernos daño que en Navidad ni siquiera discutimos, por primera vez en toda una década: ¡una Navidad entera sin pelearnos! Ni al programar las vacaciones, ni al preparar equipajes, ni en la convivencia familiar. Y esa concordia que para ti era un triunfo y un motivo de esperanza futura, para mí, o para mi diablillo, era por el contrario la prueba de la anomalía, de que aquellos no éramos nosotros, sustituidos por dos humanoides cariñosos y cuidadosos pero sin tripas. Muertos. Aquella Navidad, previa al semestre afectuoso, el único percance fue el de mi madre, cuando en la cena de fin de año insistió en darnos dinero para arreglar la casa. Acababa de resolver judicialmente el batallado divorcio de su segundo marido, y en la cena proponía repartir la mitad de su liquidación de gananciales entre sus hijos: así os ayudo con la casa, dijo, pero yo me negué pese a las miradas reprobadoras de mi hermana y tus patadas bajo la mesa, y créeme que no era porque intentase retrasar nuestra mudanza, sino por el motivo sincero que, ante su insistencia, acabé soltándole con poco tacto: mamá, guárdate ese dinero que tal vez necesites dentro de unos años; tal como están las cosas dudo mucho que estemos en condiciones de ocuparnos de ti en caso de enfermedad o simple senilidad, quizás no tengamos tiempo para cuidarte ni dinero para que te cuiden, y tampoco a ti te va a quedar una pensión muy espléndida. Y entonces ella, que ya llevaba la velada sensible por lo reciente de su pelea judicial, y tironeada hacia abajo por el exceso de cava y los gin tonics previos, se tapó la cara con las manos, en un gesto teatral que parecía divertido, de cu-cu-trás, hasta que empezó a temblar bajo el escudo de dedos, oímos su gemido, y ante el estupor de la mesa familiar, y sin importarle la presencia de nietas y nietos, se destapó el rostro, exhibió el maquillaje churreteado, y nos dijo, en voz baja y tono reposado, que estuviésemos tranquilos, no pensaba ser una carga para nadie, tenía asumido que viviría sola sus últimos años y acabaría muriendo sola. Alto ahí, mamá, intenté contener aquel derrame emocional enmendando mis palabras: no he dicho que nos vayamos a olvidar de ti, no eres una mujer sola, nos tienes a nosotros, solo he puesto sobre la mesa una realidad, que a mí no me gusta y ojalá no

se cumpla, pero a día de hoy es lo que tenemos. Para reforzarlo, conté lo de la madre de Esteban, la pelea de sus hijos por ver quién se la quedaba en casa cuando tuvo dos meses de convalecencia por una operación: competían entre ellos por demostrar quién trabajaba más horas y quién estaba más agobiado, se arrojaban unos a otros fotos ociosas de fines de semana como prueba de tiempo libre, propusieron un sistema rotatorio que iba a tener a la pobre mujer de casa en casa cada pocos días, hasta que al final decidieron malpagar entre todos a una inmigrante que la cuidase dos meses, dos jodidos meses. No, no elegí bien el ejemplo, lo sé, y mi historia consiguió poner peor a mi madre, que moqueando nos contó que desde su separación sufría un irracional miedo a morir sola, esa idea la abrumaba desde la muerte hacía tres años de una vecina a la que tardaron nueve días en descubrir cadavérica, y otras historias que había leído por ahí sobre viejos devorados por sus perros hambrientos. Nos confesó que pensaba obsesivamente en mujeres que aparecen una mañana en el suelo, una mano rígida aferrada a la sábana, las mandíbulas apretadas y los ojos muy abiertos y ya de vidrio, como mueren las mujeres solas y a veces los familiares o los vecinos tardan días en encontrar el cadáver. En ese momento tú te levantaste furiosa y te llevaste a nuestras impresionadas hijas a la cocina con la excusa de preparar las uvas, y mi hermana la reprochó: joder, mamá, no seas melodramática, no estás sola, nos tienes a todos nosotros, no te vas a morir en muchos años, y no te va a comer el perro, ¡ni siquiera tienes perro! Pero ella insistió, con voz ahora tranquilizadamente más ebria que dolida: no hablamos todos los días, a veces pasan cinco o seis días sin que nos llamemos porque cada uno estáis en vuestras cosas y vuestras prisas, cinco o seis días son suficientes para que alguien se muera y el hedor llegue a la escalera vecinal. Te llamaremos todos los días, incluso varias veces, a cada hora en punto, bromeó mi hermana, y yo la secundé: decidido, mamá, mañana mismo te consigo un perro. Se fue calmando, buscó a las niñas para decirles que no se asustaran, que la abuela se ponía tonta en Navidad, y se quedó dormida en el sofá poco después. Fue también en esos días, al terminar el año, cuando dejé de escribir el diario que había llevado durante mes y medio. ¿Lo llegaste a leer? Era para ti, aunque nunca te lo dijese. Empecé a escribirlo para nombrar mi dolor. Suena horriblemente presuntuoso, pero así me lo planteé: nombrar mi dolor, a la manera de aquel librito de C. S. Lewis tras la muerte de su amada Helen: *Una pena en observación*. Eso había hecho durante mes y medio: observar mi pena, escribirla a diario, llenar páginas y páginas de pena, penosas. Lo salvé de la mudanza, acabo de hojearlo y qué lejano todo, qué inverosímil. Qué ridículo. Comedia: tragedia más tiempo, ya sabes. Pero así era como me sentía en aquel mes y medio previo a la Navidad, plazo que tú y yo habíamos decretado como tregua: un mes y medio de alto el fuego para salir del sumidero, dejar de girar en el remolino del desagüe, abandonar la redundante conversación que nos estaba destrozando. Todo lo que no te dije durante la tregua lo volqué en aquel diario, que era otra forma de decírtelo: más allá del dudoso valor terapéutico de la escritura, lo escribía en la confianza de que lo leyeras a mis espaldas. Ahora me parece un propósito candoroso, pero procuraba que me vieses escribir en el cuaderno, lo dejaba en la mesa como descuidado, y al volver lo observaba para ver si seguía en la misma posición, porque quería que fueses la lectora de mi dolor, que no estuvieses ajena, que aquellas páginas sustituyesen a las discusiones nocturnas que la tregua nos evitaba. No para que te sintieses culpable, ni por despertar una compasión que a esas alturas ya había entendido que era la peor estrategia para que me volvieses a amar: si te dedicaba secretamente esas páginas era con la esperanza de que me entendieses, que disculpases mis excesos emocionales, mi agresividad y mi patetismo previos a la tregua. Ese había sido uno de mis reproches más insistentes, recuerda: no comprendes mi dolor, Ángela. Y no porque mi dolor fuese extraordinario, que no dejaba de ser un dolor vulgar, sin épica; es que estaba convencido, desesperada y orgullosamente convencido de que nadie que no haya sufrido algo como Lo Que Nos Había Pasado puede entender la devastación íntima que deja. Fíjate que yo mismo ya no lo entiendo, cuando hoy releo aquellas páginas desesperadas ya no reconozco aquel dolor, como si no hubiera sido mío. Como si fuese el diario de otro. Hasta he pensado destruirlo, por miedo a que un día Ana o Sofía lo lean. Los hijos no deben conocer los destrozos que se infligen sus padres. Al escribir en ese cuaderno nombraba mi dolor.

Aunque hubiese también algo de inevitable regodeo, porque nada nos gusta tanto como mirar una herida y toquetear sus bordes ulcerados, escribir me ayudaba a manejar el dolor, lo codificaba con metáforas que hoy me parecen inútiles, triviales, y que entonces me dejaban un consuelo flojo, pero consuelo al fin. La fractura, por ejemplo: releo páginas donde hablo de fractura, esa sensación incluso física, o sobre todo física, de estar roto, el tronco cruzado por una grieta dentada, el desamor como un hueso astillado. El derrumbe también, claro, el edificio desplomado tras la caída del último pilar, y yo por supuesto sepultado bajo los escombros. El dolor también como un animal acechante, a veces una bestia que aúlla y persigue y derriba y muerde; otras como una criatura mansa y acompañante, un loro monotemático en el hombro, un perro cansino. Un peso también, un fardo sisífico montaña arriba, un orbe sobre los hombros, unas veces aplastante, otras llevadero pero por eso más mortificante. Por supuesto el pozo, el fondo abisal, el agujero donde caer sin fin y ahogarse, páginas y páginas en las que caigo y caigo y caigo... ¡Qué grotesco todo! Qué pronto agota el dolor su campo semántico, cómo lo banalizan los intentos por transcribirlo, qué límite el lenguaje cuando sufrimos. Pese a esa incapacidad, le regalé por aquellas fechas un cuaderno a Germán para que escribiese su propio diario de una pena. Por supuesto, no llegó ni a empezar la primera página, dejó el cuaderno intacto sobre su mesa para que yo entendiese que rechazaba mi ofrecimiento, o quizás sospechó que mi propuesta era más un intento por espiar su dolor, convertirme yo en el lector de su intimidad. Qué retorcido todo. Apenas te conté entonces lo de Germán, para no incumplir nuestra tregua, porque tú y yo éramos incapaces de hablar de amor, incluso del amor de otros, sin volver a nuestro campo de batalla. Te dije que andaba tristón, suspirando por una chica, pero te lo dije más en tono bromista, como una chiquillada, no te conté todo. Yo mismo no habría sabido nada de no ser por su madre. Le tocaba fin de semana con nosotros, pero el viernes me mandó un mensaje para decirme que prefería quedarse con su madre, que estaba un poco malo y que ya nos veríamos la semana siguiente. Era la primera vez que me proponía algo así, incumplir nuestro régimen de visitas por enfermedad, y yo entonces estaba demasiado sensible, veía fantasmas por todos lados, y a una fractura amorosa no aguantaba sumar otra fractura paternofilial, así que me presenté en casa de su madre. Me abrió Teresa, y ante mi ignorancia me preguntó si de verdad no sabía qué le pasaba a nuestro hijo: ¿cómo es posible que Germán no te haya contado nada?, me preguntó, hurgando en la herida, y añadió: le han roto el corazón, eso es lo que le pasa. Lo dijo sin ningún énfasis, ni dramatizando ni burlándose, como si describiera en efecto una lesión corporal: le han roto el corazón, y señaló hacia la puerta cerrada del dormitorio. Me contó que Germán llevaba un mes saliendo con una chica, su primera novia, de la que yo tampoco había oído hablar aunque mentí para no hacer tan oprobiosa nuestra distancia. Germán había sorprendido a la chica besándose con otro a la salida del instituto, y llevaba dos días inconsolable. Estaba sentado en su cama, escuchando música con auriculares, los ojos enrojecidos. Me acerqué, le di un beso en la frente, le acaricié el pelo, me senté a su lado pero reculó hacia la pared. No supe qué decirle, porque de pronto me sentía un intruso en su dolor; pero también porque lo que de verdad me salía no era consolarlo sino hermanarme con él en su sufrimiento, decirle: hijo mío, entiendo lo que estás pasando, yo me siento como tú, roto, hundido, aplastado, acechado, perdido, descompuesto. Fue su madre la que habló: le he dicho a Germán que entiendo cómo se siente, que es horriblemente doloroso cuando la persona a la que amas te traiciona. No hizo falta que Teresa acentuase sus palabras ni que me mirase con severidad. Mensaje recibido. No sé, quizás no lo dijo con esas palabras, quizás no tenía intención de sacudirme con doce años de retraso, pero mi ánimo estaba tan subterráneo que lo entendí así. Se sentó junto a Germán y le ofreció un abrazo que él aceptó y apretó, los dos unidos en un vínculo indestructible de amor y dolor, dejándome fuera de su solidaridad herida. Pero vuelvo a nuestra tregua, Ángela, aquel mes y medio en que decidimos no seguir hablando de Lo Que Nos Había Pasado, tú con alivio, yo mordidiéndome la lengua y buscando formas indirectas y bastante infantiles de alcanzarte, de que supieses que, aunque yo no hablase, aunque ya no te escribiese largos correos y mensajes obsesivos, yo seguía dolido, quebrado, descompuesto, sepultado bajo los cascotes, acechado por el perro de la pena, aplastado, ahogado, todo aquel catálogo

de metáforas ridículas que apuntaba en el diario, y que también te hacía saber por otras vías: te enseñaba mis brazos y mis ingles, que me rascaba hasta sangrar, para que te sintieses culpable del empeoramiento de mi eccema. O incluso teatralizaba mi dolor para que no lo perdieses de vista: recuerdo una mañana de domingo en que me levanté tarde y me sentía jodido, sí, porque el amanecer siempre era el peor momento. Pero aquella mañana sobreactué mi dolor a posta: mientras preparabas café, me senté en el borde de la cama con las manos sobre las rodillas y la cabeza agachada cual postalita de Edward Hopper a la espera de que entrases en el dormitorio y me descubrieses así, mírenlo, conmuevanse, la viva imagen del sufrimiento, que me vieses y sufrieses tú también y me abrazases y mantener así sangrante la afrenta, intacta y deslumbrante la culpa. Otras veces dejaba a tu alcance lecturas alusivas, como recordatorio: por si no leías el cuaderno, por si respetabas mi intimidad o preferías ponerte a salvo, a veces dejaba abierto en el ordenador, como descuidado, un artículo de alguna web de psicología, consultorio sentimental o foro de damnificados, textos que llevaban títulos evidentes para que no pudieses esquivarlos al sentarte ante el ordenador, como cristales rotos que te cortarían los dedos con solo mover el ratón. Fingías no verlos, los cerrabas sin supongo leer nada. Hasta el día en que se te debieron de hinchar las narices con un artículo sobre «Psicopatología del infiel»: un texto loco (lo acabo de releer y ahora lo encuentro muy loco, pero al animal herido que yo era entonces le pareció exacto), un texto loco donde una terapeuta *killer* y supongo que cornuda describía a la persona infiel como inmadura, narcisista, llena de carencias afectivas, incontinente, psicópata, amoral y equiparable a un maltratador, un ludópata, un funcionario nazi o un drogodependiente. Tu respuesta fue matarme con el mismo hierro: dejaste en la pantalla otro artículo titulado «Infidelidad: la tentación del chantaje emocional», donde un psicoanalista *killer* y supongo que adúltero describía a la persona incapaz de superar un engaño como un ser inmaduro, narcisista, lleno de carencias afectivas, histérico, reprimido, posesivo, rencoroso, corresponsable cuando no responsable directo de haber sido mercedamente engañado. Ahora me río al recordarlo, pero jugaste con fuego: en aquel momento salté de la silla y, gracias que no estabas en casa y me dio tiempo a tranquilizarme antes de que volvieres, pues de tenerte cerca habría reanudado las hostilidades con más virulencia. Yo buscaba todos aquellos artículos no solo para dejarlos a tu alcance. Los leía, una y otra vez, de la misma forma que sabes que durante ese tiempo mis elecciones de consumo cultural se volvieron obsesivas: regresaba de la biblioteca cargado de novelas y ensayos monotemáticos, alquilaba películas que tú por supuesto preferías no ver conmigo, las tomabas por una acusación, pero te aseguro que yo no lo hacía por inculparte, o no solo por inculparte: realmente quería entender Lo Que Nos Había Pasado, encontrar la respuesta a la pregunta que masqué durante tantos días y noches, la pregunta que todavía hoy me hago: por qué. Por qué. Por qué. Por qué. Por. Qué. Y por muchas interpretaciones que leyese, ninguna me valía: ni las teorías antropológicas que te convertían en una hembra ancestral en busca de mejores genes y de un nuevo macho que asegure mejores recursos para sus crías; ni los estudios neurológicos que afirmaban la saturación de tus receptores cerebrales de endorfina tras tantos años juntos; ni las construcciones culturales sobre el enamoramiento y la aventura romántica; ni la calderilla psicológica con su listado de disfunciones y carencias que en una pareja conducen a la infidelidad, ni toda esa mierda de pensamiento positivo sobre que los engaños son una dura prueba que madura y fortalece las relaciones y que *crisis* chino se escribe igual que *oportunidad*. Todo era inútil: yo no quería saber por qué la gente engaña, yo quería saber por qué tú me engañaste, por qué, por qué, por qué. Quería también, casi más importante que entenderlo, quería encontrar legitimidad para mi sufrimiento. Buscaba esa legitimidad porque sin ella me avergonzaba sufrir. Me avergonzaba ante los demás a los que no contaba nada, o cuando lo hacía, con los pocos amigos con quienes lo compartí, me fingía marido magnánimo, estoico, que encaja con deportividad y hasta hace chistes de su propia cornamenta. Me avergonzaba ante ti, y ante mí mismo. Pero por más que buscaba, apenas encontraba representaciones legitimadoras de ese sufrimiento, la ficción prefiere como protagonistas a los amantes infieles, su pasión que todos queremos emular, y deja fuera de foco al tercer vértice, que solo

comparece para ser burlado. Lo que apenas me daba la ficción lo encontraba en foros digitales, donde abundaban los testimonios, anónimos por avergonzados, de todo ese dolor sin fondo que supone sentirse rechazado y reemplazado y del que evitamos hablar en público para no añadir el apaleamiento a la condición cornuda. En mis insomnios pensaba incluso en un posible libro por escribir, que cubriría un hueco editorial, un nicho de mercado por explorar: tantas cornudas y cornudos que agradeceríamos leer algo que nos reparase y amparase; a la vez que una reflexión sobre cómo la infidelidad, la ancestral infidelidad que nos acompaña desde que bajamos de los árboles, se ha convertido en catástrofe íntima en un tiempo en que fiamos gran parte de nuestra autoestima y valor social a su reconocimiento por la persona amada. En mis humillados desvelos escribía mentalmente ese libro, pensaba en miles de engañados, decenas de miles, centenares de miles, todos correrían a comprarlo, fácilmente se convertiría en un fenómeno editorial, social, comercial, yo fui a EGB, a mí me engañó mi pareja. Incluso esboqué un artículo sobre el tema, que por supuesto no me atreví a publicar. Pero no solo buscaba legitimidad: también quería desentrañar qué me pasaba, entender por qué un engaño tan vulgar me había astillado así. Me asustaba verme tan vulnerable, tan fácilmente hundible. Tan machito herido, sí. Aquel mes y medio que nos impusimos me sirvió para serenarme, porque en las semanas previas yo había estado muy desquiciado. Lo comprobaste en aquel cumpleaños infantil, que desencadenó tu petición de una tregua: en el coche de vuelta a casa, con las niñas dormidas en el asiento trasero, me lo dejaste claro: no podemos seguir así, Antonio, nos estamos machacando, necesitamos tiempo, romper este bucle de mierda del que no sabemos salir, te propongo una tregua, hasta final de año, un mes y medio obligados a no hablar de ello, y ya veremos si después estamos más calmados. Acepté, claro, no era una sugerencia sino un ultimátum, un ya no puedo más, totalmente justificado después de cómo me había comportado aquella tarde en el cumpleaños. Yo no había sacado el tema, ya imaginarás la poca gracia que me hacía hablar de algo así en una celebración infantil, entre amigos. Si recuerdas, fue Nuria la que empezó. Estábamos en el corrillo de madres y padres mientras los niños jugaban, y Nuria contó el caso de una pareja de conocidos que se acababa de separar tras descubrir ella su propio Lo Que Nos Había Pasado. Lanzado el tema, otros empezaron a contar casos similares, mientras yo escuchaba en silencio y tú te alejaste a buscar a las niñas. Hasta chistes de cuernos contaron, supongo que oíste las risas desde el fondo del local, también las mías. Fabio, en su estilo, calentó el debate: aquí hay por lo menos cuatro cornudos, anunció con una sonrisa, aquí hay por lo menos cuatro cornudos aunque seguramente ni lo saben; leí hace poco que la tercera parte de las mujeres y los hombres engaña a su pareja, así que por pura estadística aquí tiene que haber cuatro que engañan y cuatro engañados; venga, que den un paso al frente, así cubrimos el cupo y los demás respiramos aliviados. Yo di una zancada adelante mano en alto: vale, yo mismo, me sacrifico para que otros duerman tranquilos esta noche, y todos rieron. Se habló de las webs de contactos que dan facilidades a los infieles, y del mercado que se ha levantado en torno al adulterio: aplicaciones, redes sociales, hoteles sin recepción, sistemas tecnológicos para espiar a tu pareja, hasta una empresa que por un módico precio te presta una coartada para tu aventura. La discusión se fue animando, ya no recuerdo quién dijo qué: El ser humano es infiel por naturaleza, llevamos cargando cuernos desde las cavernas. Tan natural entonces como someter a la mujer, abusar de los niños o la esclavitud, prácticas que hemos disfrutado durante milenios. No compares una cana al aire con violar a un niño, eso es una falacia de manual, se llama falsa equivalencia. Lo tuyo también era una falacia, y se llama argumento *ad antiquitatem*: sostener que una cosa es buena porque se ha hecho desde siempre. Lo que no podemos es hablar en términos de bueno o malo, no seamos moralistas. Ser infiel es otra forma de consumo. Ya salió el que faltaba, ahora dirás que es culpa del capitalismo. La infidelidad es burguesa. Siempre ha habido cuernos, léete el Antiguo Testamento, o todo nuestro cornudísimo Siglo de Oro, o si prefieres, un cuento infantil, el patito feo, ya te digo yo el final: mamá pata se había liado con un cisne. Siempre ha existido, pero ahora es generalizada, un deporte. O será que ahora nos importa más, nos duele más. Igual deberíamos superar la monogamia, el futuro será poliamoroso, y se acabarán los engaños. Oh, el poliamor, otra idea genial,

el poliamor es como la economía colaborativa, que al principio es una idea fantástica hasta que se convierte en pesadilla; el poliamor es el Uber de las relaciones afectivas. Leí algo sobre un estudio que vinculaba la infidelidad a no sé qué sustancia en el cerebro, como la ludopatía y la coca. Vaya, ahora toca falacia biologicista: perdona, cariño, te engañé porque ando fatal de serotonina, pero me tomo la pastilla y no volverá a pasar. Está muy bien tomárselo a broma, dije yo, de repente con ganas de hablar y soltar todo lo que nunca podía contigo: está muy bien tomárselo a broma, pero por muy naturales, antiguos y literarios que sean, los engaños dejan dolor y humillación, y más en estos tiempos en que ponemos en juego todo nuestro reconocimiento al entregarnos en una relación y cualquier rechazo nos desvaloriza; conozco de cerca a una pareja que quedó devastada tras una infidelidad y no consiguió recuperarse; después de que él descubriese el engaño se pasaron semanas desquiciados, destrozándose, enfermos de rencor, él acosado por fantasmas y rumiaciones, ella humillándose para ser perdonada, los dos subidos en una montaña rusa emocional donde se odiaban y se amaban con la misma desesperación, encerrados en una conversación obsesiva, se gritaban por la noche sin importarles que sus hijos durmiesen al fondo del pasillo. Entonces me di cuenta de que te habías acercado, estabas a mi lado, me escuchabas, me tomaste la mano, nos miramos en silencio mientras los demás siguieron la discusión: Siempre me pregunto por qué somos más leales a nuestra empresa que a nuestra pareja. La verdad está sobrevalorada. Cuidado, que el rechazo al adulterio es el mejor detector de cornudos, bromeó Fabio: la defensa de la fidelidad es proporcional al tamaño de las astas. Vámonos, por favor, me susurraste, pero yo no me moví, quise quedarme escuchando a quienes seguían discutiendo: Decimos lealtad cuando en realidad queremos decir exclusividad sexual, es decir, posesión y control. La verdad está sobrevalorada. Eso ya lo has dicho. Las mujeres hemos sido engañadas históricamente, pero hoy también engañamos y sois los hombres los que peor encaje tenéis, os derrumbáis a la mínima bajo el peso de vuestro falo, es parte de la crisis de la masculinidad. Si un engaño te destroza, igual el problema es tuyo, que dependes demasiado de esa persona, y dejas tu felicidad en sus manos. Ah, la felicidad, ya llegamos, dije yo, sin atender la presión de tus dedos que me pedían que me callase y nos fuésemos a casa: ah, la felicidad, ahí está, nos hemos creído que la felicidad es un derecho constitucional, aún peor, un deber, y en esta búsqueda infantil de ultrafelicidad obligatoria no estamos dispuestos a renunciar a nada, lo queremos todo, tarifa *premium*: lo bueno de la pareja pero añadiéndole lo mejor de la aventura, queremos a la vez seguridad y riesgo, estabilidad y emociones fuertes, salir de caza y que nos espere una cena caliente. Hazte así, Antonio, me interrumpió Fabio con su habitual humor, y me hizo un gesto como de sacudirse polvo de la frente: hazte así, Antonio, que tienes un cuerno. No hice caso a su agujijón, solté tu mano y seguí con mi monólogo, levantando cada vez más la voz: vivimos permanentemente insatisfechos, decepcionados por la vida que llevamos y atraídos por las vidas que podríamos vivir, todas esas puertas sin abrir a los lados del pasillo, el nuestro es un bovarismo de cartón, aspiramos a una intensidad que ninguna pareja puede corresponder después de años. Entonces, ¿tú no perdonarías una infidelidad de Ángela?, me preguntó Nuria, quizás sospechando de mi vehemencia, y yo respondí mirándote, me sostuviste la mirada, cerramos la conversación como si fuese un diálogo íntimo, solos nosotros, incluso bajé la voz cuando dije, te dije: hace poco leí a un italiano, Recalcati, que dice que perdonar y no perdonar son dos formas simétricas e igualmente válidas de vivir el amor como experiencia radical: te perdono porque te amo; no te perdono porque te amo; en mi caso, sí, yo perdonaría por amor, dije, te dije, con un desmentido de cólera en mis ojos, porque entonces yo entendía el perdón no como amor radical: el mío era un perdón feroz, acusatorio, que aquella noche nos devolvió a casa magullados, en silencio, las niñas en el asiento trasero dormidas en su sueño de hijas felices que ignoran los zarpazos de sus enconados padres, y en ese momento me exige la tregua como si de lo contrario te fueses a tirar del coche en marcha: no podemos seguir así, Antonio, nos estamos machacando, necesitamos tiempo, romper este bucle de mierda del que no sabemos salir, no aguanto más, quiero bajar de la puta montaña rusa, no sé qué hacer, no sé qué decir, si me acerco a ti te revuelves herido, si me mantengo a distancia me reprochas indiferencia, si te

propongo dejar de hablar me acusas de desentenderme, si acepto hablar y contestar a tus preguntas no te vale ninguna de mis respuestas, si te pido perdón nunca es suficiente, voy a volverme loca, me va a estallar la cabeza, voy a perder todos los dientes de tanto apretar la mandíbula al dormir, cada mañana me duele como si me hubieses pateado toda la noche. Llevábamos así más de dos meses, un tiempo cuyo recuerdo me lo emborriona una bruma ebria, pues el rencor incesante es una forma de ebriedad y durante esos dos meses yo fui un rencor vivo. Prefiero que saltemos esos dos meses, supongo que tú también. Hagamos una avergonzada elipsis, varias paladas de tierra que arrojamos a un lado de la fosa sin escudriñar, hasta llegar a la noche inaugural, la noche en que te dije: lo sé todo, Ángela, lo sé todo. Te lo solté como una descarga, te desperté y sin darte tiempo a espabilarte susurré: lo sé todo, Ángela, lo sé todo. Lo dije por fin, después de cinco días intentando tragarme todo aquello sin conseguirlo. Cinco días pasaron desde que descubrí que me engañabas hasta la noche en que te lo dije; cinco días en que disimulé mi dolor y mi rabia, y te juro que de verdad me planteé no decir nada, apretar los dientes, seguir a tu lado sin preguntarte por qué, por qué, por qué, sitiado ya por rumiaciones y fantasmas y con el demonio corriendo antorcha en mano dentro de mi cráneo, hasta que no pude más y te lo dije: lo sé todo, Ángela, lo sé todo. Cinco días debatiéndome entre hablar o callar. Me intentaba convencer de que si queríamos sobrevivir era mejor callar, olvidar; pero al instante se imponían el encono y la conciencia de que no soportaría ese secreto. Te juro que yo quería ser el marido magnánimo y con autoestima blindada que convierte el perdón en máxima demostración de amor, el que entiende que para volver a enamorar a su mujer es preferible despertarle gratitud que pena, o que ni siquiera necesita la recompensa de ser reconocido en su generosidad, se conforma con la satisfacción íntima. El marido estoico que no hace preguntas, asume el accidente con madurez y digiere a solas su dolor. Pero para callar y olvidar debería haberme puesto a salvo de todas aquellas palabras hirientes, haber eliminado yo mismo vuestros mensajes, no haberlos leído ni una vez. Porque allí estaba todo: tres meses de intercambio diario de mensajes, en los que pude asistir como espectador tardío al comienzo, desarrollo y final de vuestra relación. Tres meses de locuacidad ardiente que no dejaba nada sin contar, no solo vuestros sentimientos y deseos: también todo aquello que hacíais cuando os veíais: os recreabais contando cada minuto que habíais pasado juntos, esa necesidad de los amantes de nombrarlo todo para conservarlo. Había también fotos, os hacíais temerarias fotos cuando estabais juntos. A veces, al leer vuestra conversación, me parecía que no eras tú, que no podías ser tú, que aquello debía de ser un malentendido, otra Ángela, un montaje de alguien para hacernos daño. Pero en otros momentos te reconocía, vaya si te reconocía, sufría cada frase tuya, tan tuya: tu vocabulario amoroso, recuerdos de infancia, menciones orgullosas a las niñas, anécdotas, incluidas anécdotas que yo sabía apócrifas y que hasta me enternecía ver convertidas en recursos de seducción. No faltaba la historia de tu abuela, con mención a Michael Furey e incluyendo la frasecita de que es mejor pasar audaz al otro mundo en el apogeo de una pasión que marchitarse consumido funestamente por la vida. Y estaban las *Gnossiennes* de Satie, que él encontraba felices y tú dolorosas, y que últimamente habías escuchado mucho en casa después de años inauditas. Todo era tan humillante, tan detallada y esmeradamente humillante, que la forma del engaño acababa resultándome más insoportable que el hecho mismo de engañarme: creo que habría podido callar, perdonar, olvidar, si hubiese encontrado más cuidado en tu infidelidad, como una última muestra de consideración, de amor hacia mí: sí, hasta en el engaño puede haber amor y lealtad, extremar la precaución para que no se descubra, evitar no humillar más de lo imprescindible. Pero no. Ahí estaba todo, a mi alcance y escrito con tal minuciosidad que parecía destinado a un único lector: yo. La evidencia era tan rotunda que llegué a pensar si no era tu manera retorcida de poner fin a nuestro matrimonio. La primera vez los leí deprisa, en diagonal, quería llegar al final antes de que salieses de la ducha para así comprobar cómo terminaba la historia, si es que había terminado, y qué profundidad tenía el socavón, si podríamos cubrirlo fácilmente o nos hundiríamos en él. Era la primera vez que te revisaba el teléfono, date cuenta: en doce años no lo había hecho nunca. Vivimos rodeados de parejas que se controlan policialmente, se revisan móviles, se leen el correo, se roban contraseñas, y yo hasta

entonces nunca lo había hecho, y no lo habría hecho aquel domingo de no ser por Sofía, su hallazgo involuntario: le dejaste tu teléfono para que intercambiase emoticonos con el abuelo mientras te duchabas. Yo estaba sentado a su lado leyendo, y entonces la oí decir: Te echo de menos. Qué dices, Sofía, le pregunté, y ella repitió silabeando, lectora primeriza: te-e-cho-de-me-nos. Ah, eso te escribe el abuelo, sonreí, y fíjate que ahí podía haber quedado todo, pero ella dijo: no, el abuelo no. Me asomé a la pantalla, le quité el teléfono, salí del chat con el abuelo y comprobé que acababa de entrarte un mensaje de un contacto identificado como M. que decía que te echaba de menos.

6

Los incendios se apagan en invierno, nos dijo la vecina, repitiendo la consigna oída en el telediario: los incendios se apagan en invierno, el monte estaba descuidado, no hacía falta más que una chispa, dijo, y yo pensé en un cigarrillo imprudente, un rayo veraniego, un cristal haciendo el efecto lupa que tanto me fascinaba de niña. Nuestra futura casa quedó a salvo: los vecinos frenaron las llamas a la altura de la ermita con una desesperada cadena de baldes de agua, mangueras domésticas y ramas que azotaban con energía. Así los vimos en las noticias, mujeres y hombres con pañuelos en la boca, rodeados por el humo que todavía transpiraba la tierra cuando llegamos al pueblo dos días después. Monte arriba todo era carbonilla, troncos negruzcos, matorrales como alambres. Nos acercamos hasta la frontera del incendio, la línea que en el suelo separaba el pasto de la ceniza. Dimos unos pasos en la tierra aún caliente, hasta un castaño chato que recordábamos de otras visitas, su tronco seco a cuyo hueco siempre se asomaban Ana y Sofía buscando hadas. El fuego había dejado la corteza negra y brillante, casi ébano, mientras el interior resguardaba la madera intacta. Acariciaste el tronco, comentaste algo fuera de lugar sobre la turbadora belleza de lo destruido, te miraste los dedos sucios. En el bar de la plaza, el dueño desarrolló la misma idea de la vecina y del ecologista entrevistado en el telediario: llevamos años avisando de que esto pasaría, porque el monte está muy dejado; ya no hay apenas ganado que se coma el pasto, ni gente que gane algo recogiendo leña, piñas, castañas; y encima los recortes del gobierno regional, el año pasado hicieron un ERE en el servicio forestal, han faltado cuadrillas que desbrocen el suelo y tengan limpios los caminos y cortafuegos; el monte era un enorme depósito de combustible a falta de un mechero, son muchos años de abandono; y de remate, la sequía, el embalse de abajo era un charquito y los aviones tuvieron que ir a más de treinta kilómetros para coger agua; ahora andan buscando un culpable, pero ya les digo yo que no rebusquen, que no hacía falta pirómano: tú dejas un monte tanto tiempo sin cuidado, le sumas un año seco y unos días de mucho calor y viento, y es la tormenta perfecta: hasta el roce de las hojas te provoca una parrilla del infierno, remató el dueño del bar. Ahí tienes, Antonio. ¿No te gustaban las metáforas forestales? Pues piensa en

aquel incendio que, según tú, dejó el monte desnudo e incapaz de absorber la primera lluvia. Pregúntate cómo fue posible que prendiese con tanta facilidad y devorase todo sin remedio. La tormenta perfecta. El roce de las hojas. Etcétera. ¿O es que ya no quieres seguir excavando y te conformas con alcanzar la primera causa, la más reciente, la que más te consuela? Estábamos muertos, dices. Te lo concedo, siempre que extiendas el período de defunción: llevábamos mucho tiempo muertos, ya antes de nuestro incendio. La chispa, el rayo veraniego, la lupa, me alcanzó a mí, pero podría haberte inflamado a ti, y el resultado habría sido el mismo: un incendio súbito y pavoroso, que devora todo sin mucha resistencia. ¿Qué habría pasado si no hubieses encontrado esos mensajes aquella tarde? El tipo de preguntas que siempre te gustó hacer. La forma condicional del verbo. Universos paralelos, consoladores. Pregúntalo de otra manera: volvamos al monte, al incendio cierto, no metafórico, el fuego que a punto estuvo de aniquilar el pueblo y dejó el monte a merced de la primera tormenta: ¿qué habría pasado si aquel día de julio no hubiese llegado el chispazo, fortuito o intencionado? Se habría seguido acumulando pasto, matorral, broza en los cortafuegos, sequedad, calor, hasta que compareciesen el rayo, la colilla, la lupa, el trapo criminal empapado en gasolina, y el incendio sería aún más virulento, pasaría por encima de la cadena humana, achicharraría el pueblo entero. Y qué habría pasado si no hubieses encontrado esos mensajes aquella maldita tarde de domingo. Nada. No habría pasado nada. Habríamos seguido viendo crecer la maleza, alimentando la hoguera que tarde o temprano nos esperaba. Tranquilo, no voy a insistir en la metáfora forestal, pese a la tentación de evocar la función ecológica del fuego, su milenario papel en el ciclo de la vida, su concurso necesario para regenerar la tierra. Sé que te enfurece la sola insinuación de que nuestro incendio sirviese para algo. La ventana de oportunidad, esa expresión que sé que odias, pero hay ventanas que a veces se abren con un empellón de viento, revientan los cristales y nos despiertan con su estruendo, y se convierten en la única salida de emergencia al alcance. Lo cierto es que, hasta que descubriste Lo Que Nos Había Pasado, y permíteme que use tu elusiva fórmula para no volver a discutir cómo nombrar lo sucedido; hasta que descubriste Lo Que Nos Había Pasado, yo era la única que había ardiendo. Así me sentía justo antes de tu descubrimiento: abrasada. Con la sensibilidad extrema de los quemados. Tú no te dabas cuenta, pero yo era una llaga viva. No soportaba el mínimo roce. Y había decidido recuperarme sola, colocarme yo misma los emplastos emocionales que hiciesen falta para aliviarme y cicatrizar, y una vez curada, solo entonces, volver a pensar en nosotros, qué hacer con nuestras vidas. En los días previos a tu descubrimiento yo había empezado ya a acercarme a ti, sí. Un acercamiento lento, cauto, llagado. Por la noche te ofrecía algo más que una mano alentadora, me abrazaba a ti, te decía que todo iba a salir bien, porque yo me había propuesto, me había impuesto, que saliera

bien. Solo unas horas antes de que todo estallase, la misma mañana del odioso domingo que encontraste los mensajes en mi teléfono, habíamos metido a las niñas en nuestra cama dominical, remoloneamos con ellas, y cuando nos dejaron solos te colé una mano bajo la camiseta por primera vez en siglos, y acariciando tu pecho te susurré: perdóname, Antonio, perdóname, he estado perdida, muy perdida, pero ya he vuelto, estoy aquí, vamos a regresar, juntos, poco a poco. Y tú me acogiste, no preguntaste, me besaste los párpados con una delicadeza que entendí de recibimiento, de aceptación, los dos dulces e inconscientes de que en realidad nos quedaban pocas horas. Llevábamos unos días de acercamiento, sí, porque los dos estábamos heridos y buscábamos alivio. Herido tú, por llevar semanas sintiendo mi rechazo sin acabar de entenderlo, el doloroso rechazo, el humillante rechazo si quieres. Y herida yo, porque en esos días estaba rota. Me sorprende tu repertorio de imágenes con las que intentabas contar el dolor, tu diario de una pena lleno de fracturas, derrumbes, pozos, bestias, fardos. Yo nunca he necesitado tanta literatura: me basta con decir que estaba rota, y esas cuatro letras son más que suficientes para contener mi dolor en los días previos a tu descubrimiento: rota. Cuando M. me envió aquel mensaje imprudente y delator que acabaste leyendo, hacía ya dos semanas que nos habíamos despedido. ¿Te importa si lo llamo por su nombre? Mateo. Me parece necesario darle nombre para poder hablar de aquel tiempo, quitarle su condición fantasmal. Hacía ya dos semanas que Mateo y yo nos habíamos visto por última vez, y yo estaba rota. Rota de desconcierto, por no saber hacia dónde caminar, qué pasos dar ahora, qué hacer contigo, con nosotros. Rota de culpa, sí, la culpa que había conseguido esquivar durante tres meses, y que ahora me alcanzaba crecida. Rota también por haber acabado una relación a cuya duración yo había fiado todo su valor: cuanto más durase, más justificada estaba, más habría merecido la pena y más me perdonaría a mí misma cada decisión tomada. Y rota también de amor, siento la contundencia de la palabra pero no nos valen ya los rodeos de diccionario. Así que ahí estaba yo justo antes de tu descubrimiento: rota. Rota y sin poder decirte que estaba rota y que necesitaba que me ayudases a recomponerme, porque de pronto sentía que tú eras la única persona que podía entenderme y ayudarme, aunque a la vez fueses la última persona que podía entenderme y ayudarme. Yo quería, en esos días de desconsuelo, yo quería despertarte en mitad de la noche y decirte: ayúdame, Antonio, estoy rota, dame palabras de consuelo, abrázame, escúchame, háblame. Y ese sentirme rota a tu lado, sufriendo por no poder contártelo, ya no era una forma de fracaso sino una nueva manera de quererte, el camino más retorcido y sin embargo directo para volver a ti. No solo el dolor: también habría querido compartir contigo la dicha. La hubo, claro. Mucha. Todo el destrozo posterior distorsiona mi memoria, y acabo pensando aquel tiempo como turbio, funesto, una inmensa equivocación. Pero eso lo piensa la

Ángela que soy hoy, la Ángela herida y arrepentida que aún se resiente del destrozo. Pero si vuelvo atrás, si me recuerdo como yo era en aquellos días, lo que encuentro es resplandor. No sé hasta dónde fue real ese brillo, o era solo la necesidad de embellecer mi vivencia para no sentirme como un vulgar cliché, una adúltera de manual. Pero yo entonces lo vivía como algo feliz. Perdóname, pero fui feliz. Despréciame, pero fui feliz. Desconcertada pero feliz, irresponsable pero feliz, llena de dudas pero feliz, huyendo de la culpa como de una perra rabiosa y sin embargo feliz. ¿Me merecía esa felicidad? Mi respuesta entonces era rotunda: sí. Me merecía esa pequeña felicidad. Me decía que había algo de justicia en volver a sentir todo aquello, encontrar a alguien a quien amar y que me amase. Y que ese alguien no fueses tú no devaluaba el sentimiento. Ya sé, te irritan mis palabras, no soportas oírme hablar de amor y felicidad, porque tu memoria de aquel tiempo es muy diferente: estabas mal. Mientras yo vivía mi aventura, tú estabas mal, ya antes de descubrirla. Te costaba dormir, me lo decías por la mañana para que en mi dormir dichoso no fuese ajena a tu insomnio. No te concentrabas, no eras capaz de escribir. Te ardía la piel, te rascabas el cuero cabelludo hasta levantártelo, las yemas de los dedos ensangrentadas. Te arrastrabas por la casa melancólico, escuchabas en bucle el Days de los Kinks: «Thank you for the days / Those endless days, those sacred days you gave me...». Padecías mi distancia, mi rechazo que no entendías. Querías acercarte a mí y yo te rebuía. Proponías hablar y yo te decía que no era el momento. Me enviaste un largo correo donde por primera vez en años reconocías tu parte de responsabilidad. Me propusiste ir a una terapia de pareja y yo la vi innecesaria. Sospechabas que había otra persona pero yo lo negaba. De ahí que hoy, para ti, el relato resultante sea intolerable: yo era feliz mientras tú sufrías. Yo era feliz sobre tu sufrimiento. Yo era feliz gracias a tu sufrimiento. Como si mi dicha y tu desgracia fuesen vasos comunicantes, y para mi felicidad fuese imprescindible tu malestar. Te seré sincera, brutalmente sincera: en aquellos días no me importaba tu malestar. Aún más: me molestaba, lo recibía como un intento por sabotear mi buena fortuna. Me siento miserable al recordarme entonces, pero es la Ángela de hoy la que se siente miserable: aquella otra Ángela pensaba que se merecía aquella bengala de felicidad, y tú eras alguien históricamente empeñado en aplastarme cada resquicio de felicidad. Así me tomé tu declaración de desánimo aquella noche, un mes antes de tu descubrimiento; la noche en que me preguntaste qué me pasaba, qué nos pasaba últimamente, y yo no te hablé de Mateo pero sí te reconocí que ya no te amaba, y entonces me contaste lo deprimidísimo que te encontrabas últimamente, todo aquel malestar del que no me habías hablado hasta ese mismo momento. Me lo tomé como otro de tus ataques narcisistas, otra forma de llamar mi atención, de seguir siendo tú el centro de nuestra vida, de mi vida. Tú, tú, tú. Siempre tú. No digo que tu

malestar fuera falso, claro que no: yo era consciente de que no pasabas por tu mejor momento. Desde la huelga habías ido perdiendo colaboraciones en prensa, estábamos empezando a quemar aborros, te agobiaba pensar a medio plazo, y el largo plazo ni siquiera existía. Tenías también dudas y miedos sobre tu relación con Germán, que iniciaba su adolescencia y tú veías fantasmas por todas partes. Si tu hijo no te devolvía una llamada no era que se olvidase de llamarte: era que se olvidaba de que tenía un padre porque, según tú, tantos años de relación discontinua, de no estar presente a diario en su vida, te convertían en un padre flácido, prescindible, olvidable, Germán te recordaría más y mejor si hubieses desaparecido por completo de su vida cuando era pequeño, la orfandad deja una huella trágica y magnífica frente a la endeble presencia del padre divorciado que está y no está, era preferible ser un padre Michael Furey, dijiste para mi espanto, mejor pasar audaz al otro mundo en el apogeo de la paternidad que marchitarse, etcétera. Todo eso me soltaste aquella noche a bocajarro cuando te reconocí que ya no te amaba. Todo eso estaba ahí, todo eso te pesaba, lo sé, y otras cosas que no me contabas, o solo me contaste después: que sentías que llevabas años escribiendo mierda, que habías dejado por el camino muchas oportunidades, el tópico tren que solo pasa una vez y etcétera. Todo eso te pesaba, junto a esa melancolía azulada que arrastrabas desde que cumpliste cuarenta. Nada de eso me sorprendió. Pero a la Ángela de aquella noche, esa Ángela inesperadamente feliz y emocionalmente desconectada de ti, le resultó intolerable que te declarases oficialmente deprimido justo en ese momento. Tu malestar y tus miedos como una forma de invadir mi felicidad. Como otro intento de derrotarme con la peor de tus armas: la compasión. Dar pena. Mírame, Ángela, qué mal estoy, cuida de mí. La eterna competición por ver quién de los dos estaba más cansado, más ocupado, más triste, más asustado, y siempre tenías que ganar tú. Pero solo me contaste todo aquel malestar cuando te viste amenazado por mi rechazo. Cuando aquella noche hice por primera vez explícito mi repliegue sentimental. Cuando después de frenar tu intento rutinario de follar, a tu pregunta de si me pasaba algo te revelé lo que sentía por ti, lo que ya no sentía por ti: ya no te amo, Antonio, te quiero pero no te amo. Ahora soy yo la que quiero hablar en condicional: qué diferente habría sido todo si aquella noche yo me hubiese callado. Si hubiese fingido y correspondido a tu aproximación genital como otras veces, o me hubiese excusado con el habitual cansancio, molestias premenstruales, dolor en las mandíbulas, madrugón al día siguiente. Si no me hubiese quedado estatua, intencionadamente cadavérica cuando me metiste la mano bajo la camiseta. Si me hubiese callado cuando me preguntaste qué me pasaba, qué nos pasaba últimamente. Si no te hubiese reconocido, con la firmeza que lo hice, que no te amaba. Que te seguía queriendo pero no te amaba, te seguía queriendo lo suficiente para no separarnos y así mantener una familia

unida para las niñas, te seguía queriendo lo bastante incluso para confiar, quién sabe, en un futuro renacer del sentimiento. Pero no te amaba. Sin todo eso, el incendio habría sido diferente. Si me sinceré aquella noche no fue porque quisiese abrir una crisis de pareja que en seguida rechacé. Si lo hice fue porque me molestó que invadieses mi felicidad de aquel día. Acababa de dar las buenas noches a Mateo tras una hora de intercambiar exultantes mensajes, me disponía a dormir con el dulce recuerdo del rato que habíamos pasado juntos unas horas antes. Y ahí te presentaste tú con tu erección contra mis nalgas, dispuesto a seguir cronificando tus hábitos copulatorios, porque para ti la normalidad era aquello: pasarnos otro día entero sin más comunicación entre nosotros que lo relativo a la intendencia doméstica, sin saber tú nada de mí ni yo de ti, colisionando sin cuidado y apenas disimulando miradas de fastidio, discutiendo por cualquier tontería y sacando del arcón reproches viejos, pero no había de qué preocuparse porque a la noche te metías en la cama y me abrazabas con un afecto que no te había visto en todo el día, y me decías algo bonito al oído: te quiero, te quiero mucho, te quiero tanto, te amo. Y me tocabas, sí, el reloj del vientre pero que últimamente solo giraba para avisar de que era hora de follar. Un polvo matrimonial, y a dormir. Has hablado de la muerte del deseo, de mi deseo, pero el tuyo llevaba tiempo descomponiéndose: no me deseabas, no a mí, era un deseo mecánico, biológico, de sangre fluyendo por la noche hacia los cuerpos cavernosos. Un deseo siempre apresurado, que confundía excitarme con lubricarme a lengüetazos. El deseo que a veces encontraba disponible mi vagina, y otras se conformaba con una paja en el baño. ¿Y mi deseo? ¿Muerto? Te habría tranquilizado descubrirme frígida, incapacitada, de madera. Pero sabes que no. Y aquí soy yo la que haré una prudente elipsis, paladas rápidas de tierra a un lado, porque ya leíste bastante, y lo que no leíste te lo imaginaste, y tampoco me voy a entretener en desmentir tu exaltada imaginación. Deseé a Mateo, sí, pero ese desear fue consecuencia, no causa. El final de una escalera por la que nuestra intimidad fue ascendiendo. Arriba nos esperaba el deseo, sí, pero no saltábamos escalones para llegar antes. Previamente a desearnos y dar forma narrativa al deseo y planificar su realización, previamente nos dedicamos durante días a hablar. Hablar sin parar. Como si llevase años callada. Nos escribíamos a todas horas, nos telefoneábamos, nos encontrábamos cuando podíamos y seguíamos hablando. Leíste solo los mensajes, te perdiste la mayor parte de nuestra conversación. Le conté todo lo que tú no escuchaste en aquellos meses, y mucho más, acumulado de años. Lo preocupada que estaba por mi padre, todavía reciente la muerte de Blanca. El recuerdo de una película. Lo que soñé esa noche. El miedo todavía a dejar a Ana con cualquier persona, el recuerdo terrorífico de su hospitalización. Mi cansancio laboral, mi cansancio familiar, mi cansancio personal, mi cansancio cósmico. Las ganas de hacer un viaje

sola. Lo mucho que echaba de menos a mi abuela. Cómo me imaginaba mi vida con diez años más. Con veinte años más. El dolor de mis dientes. Y por supuesto, toda esa narrativa rutinaria que deja la vida laboral y que yo hacía tiempo que no compartía contigo. Toda esa colección de pequeñas miserias y pequeñas satisfacciones que deja el trabajo, que tú no necesitabas relatar porque trabajabas solo en casa, la cascarilla laboral que hay que contar para expulsar y que no se te pudra dentro. Se lo contaba todo a Mateo, sí. Yo no podía parar de hablar con él. Pensarás que era esa pulsión comunicadora de los enamorados que no pueden dejar de hablar, que necesitan conocerse para enlazar sus vidas con más fuerza y etcétera. Pero era más bien desborde. Descorche. Como si me hubiesen arrancado un precinto. Eso hicimos la mayor parte del tiempo: hablar, hablarnos. A veces me apetecía contarte algo que había hablado con él, una conversación a la que de pronto tenía ganas de sumarte. Algunas te las conté, todo infiel acaba hablando del amante con su pareja, debe de ser la culpa, que nos hace locuaces, o quizás era una forma de aplacar mis irresponsables y orgullosas ganas de hablarte de él. Por ejemplo, aquello de los remakes precarios. Sí, era algo que había hablado con él, aunque al contártelo lo disfracé de conversación de café con la jefa de estudios. Aquella idea de volver a rodar todas las películas que tratan conflictos sentimentales, pero cambiando a sus protagonistas, sustituyendo a los acomodados personajes habituales por otros que vivan en la precariedad. Era algo que a Mateo le fastidiaba, como a mí, como también a ti, que la inmensa mayoría de series televisivas y películas comerciales estuviesen protagonizadas por personajes de clase media-alta, clase alta o directamente millonarios: gente que vive en casas singulares, lofts neoyorquinos, áticos encantadores, segundas residencias junto a la playa, pisos antiguos de techos altos y largos pasillos, y frecuentan restaurantes, cogen taxis sin límite, son dueños de su tiempo y carecen de preocupaciones materiales que los distraigan de sus conflictos sentimentales. Qué diferentes, pensábamos, qué diferentes serían esas mismas historias de amor, de desamor, de problemas familiares, de encrucijadas vitales, de crisis de la mediana edad, padres agonizantes, hijos muertos o choques generacionales, qué diferentes si sus protagonistas llevasen vidas agobiadas como las de la mayoría. Qué diferente si estuviesen cansados, endémicamente cansados. Se nos ocurrían remakes de conocidas películas, sobre todo dramas sentimentales y comedias románticas, que comenzaban exactamente igual que el original, avanzaban con los mismos diálogos y situaciones, hasta que iban torciéndose. Mateo planeaba rodar alguna, en plan guerrilla con compañeros de la escuela de cine, copiando plano a plano. Te lo conté, y te gustó la idea: escribiste aquel artículo, «Cuando el autónomo Harry encontró a la mileurista Sally», proponiendo versiones alternativas de películas conocidas cambiando únicamente las condiciones materiales de sus protagonistas. El artículo funcionó

bien, eso dijiste, y te levantó un poco el ánimo en aquellos días complicados. No lo sientas como una afrenta, no nos burlamos Mateo y yo al leerlo, al contrario: me hizo ilusión que te apropiases de algo que había pensado con él. Me enorgullecí. Te parecerá un disparate, pero en aquellos momentos me habría gustado traerlo a casa y presentártelo, incorporarlo a nuestra vida, triangular nuestros afectos una vez superada la conmoción inicial. Un disparate, sí, fruto de esa suspensión temporal del juicio que supone toda infidelidad; pero en aquellos momentos me parecía más disparatada esta exclusividad sentimental de dos personas encerradas en sí mismas, incapaces de incorporar un Mateo o una Inés sin quebrarse. Fantaseé con ello ya en nuestra primera cita, la primera tarde que quedé a escondidas con él. Salí de casa y te dije que había quedado para reunirme con un colaborador del proyecto de Historias de Vida, al que yo había vuelto a incorporar. Incluso lo nombré: Mateo. Te dije que había quedado con un tal Mateo, joven cineasta y colaborador del proyecto. Pasamos apenas un par de horas, una cerveza en un bar donde no me viese nadie conocido, un breve paseo por un parque, besarnos casi sin cerrar los ojos, pendiente de si alguien me veía. De vuelta a casa, en el metro, me sorprendió mi reflejo en la ventana. Mi rostro parecía fruto de la unión de dos mitades incompatibles: sonrisa feliz, ojos asustados. Y yo pensando cómo quitarme esa felicidad y ese susto antes de llegar a casa, y oliéndome la ropa en la que notaba a Mateo, su tabaco, su perfume. Me duché al llegar a casa como si hubiésemos cometido algo más que un paseo y un beso todavía contenido. En la cama, insomne, intenté tranquilizar mi todavía mala conciencia quitando importancia a lo sucedido: no era nada, un engaño muy menor, un amigo secreto con el que tenía una relación especial, un simple beso, solo un beso, una pequeña mentira de las muchas que se cruzan las parejas, una válvula de escape, un suceso habitual en la vida de todo matrimonio. Sin poder dormir por la excitación, enumeraba casos en nuestro entorno y me decía que lo sucedido había pasado porque tenía que pasar, lo raro era que no hubiese pasado antes. Me convencí de que seguramente ya habría pasado, tú me habrías engañado antes sin yo saberlo. Hasta me culpé de no haberlo hecho antes, me sentí mojigata por tantos años de fidelidad contranatura. Entregada a aquella barra libre de disonancia cognitiva, llegué a convencerme de que ese era parte de nuestro problema: si nos hubiésemos engañado antes, a menudo, con disciplina de matrimonio convencional, nos habría ido mejor, no habríamos puesto tanta presión sobre nosotros. Natalia y Jaime, por ejemplo. Los felices Natalia y Jaime, los inverosímilmente felices Natalia y Jaime. Te sorprenderá saber que se engañaban mutua y diría que consentidamente. Me lo contó Natalia por aquellas fechas, como si compartiese una receta de repostería, cuando le dije que tú y yo no estábamos bien: lo que tienes que hacer es buscarte un amante, me explicó sonriente, y me reveló que ella llevaba casi un año viéndose con

un compañero de trabajo. Y que aunque nunca había querido averiguarlo, sospechaba que Jaime hacía lo mismo. El secreto de la felicidad matrimonial, dijo. La válvula de escape. Todo eso resonaba en mi cabeza aquella noche, mientras escuchaba tu respiración de hombre que aún duerme tranquilo. Sentía que me lo merecía, de alguna manera me lo había ganado: llevaba años de austeridad sentimental, y había acumulado saldo suficiente como para permitirme un pequeño derroche. Me sentía eufórica por saberme deseada, me repetía las palabras que Mateo había escrito y pronunciado para mí, el recuerdo de su mirada encendida al verme entrar en el bar. Saboreaba el beso. Conoces bien lo que provoca todo primer beso: la onda expansiva que sigue al simple roce de dos labios. Esa mezcla de excitación y laxitud, el cerebro relampagueante y el cuerpo ablandado, el primer beso que siempre es más erótico que todo lo que venga después, la piedra sobre la que se levantará la torre del deseo. Todo además multiplicado por el nervio de la clandestinidad. El beso de aquella primera cita coronaba una espiral ascendente de palabras, un largo fluir de confidencias y entusiasmos durante semanas. La seducción, sí, como un juego que parece inofensivo pero acaba dejando cadáveres. La imparable seducción de las palabras escritas, nuestra irresistible propensión a seducir y ser seducidos cuando dialogamos con una pantalla. ¿Te suena? Lo dijiste tú, precisamente en aquellas fechas, acuérdate. Estábamos en el parque mientras las niñas jugaban con sus amigas. Hablábamos de cualquier cosa, conversación desgana de madres y padres fatigados. Alguien contó sobre un sobrino que había repetido curso y le habían diagnosticado adicción tecnológica, y derivamos hacia la vieja discusión sobre los riesgos de móviles y ordenadores para los niños. Y para los adultos, dijo alguien, y pasamos lista a las variadas intrusiones tecnológicas en nuestras vidas, y ahí fue cuando tú formulaste tu enésima aportación a la sociología de parque: ojo con la seducción, proclamaste sonriente, gustándote, disfrutando de la audiencia atenta: ojo con la seducción, que es el verdadero peligro de las pantallas; la seducción es la marca de nuestro tiempo, el deporte favorito, seducimos a todas horas, yo mismo os estoy seduciendo ahora mismo con mi discurso, pero esa seducción deportiva se vuelve inevitable e irresistible cuando hay una pantalla por medio, todos acabamos seduciendo y siendo seducidos; reconocedlo, en cuanto empezáis a intercambiar mensajes con alguien, no tardáis en arrancar un juego de seducción; podríamos hasta formular una ley científica: toda conversación en redes sociales o mensajes de móvil entre dos personas mínimamente susceptibles de sentir atracción mutua, y que se prolongue en el tiempo, deriva inevitablemente en juego de seducción; es la plaga de nuestro tiempo, la mayoría de las relaciones amorosas empiezan con un intercambio de mensajes pero también terminan por otro intercambio de mensajes, al ser descubierto, por la boca muere el pez. Seguiste pontificando sobre cómo hoy todos necesitamos tasar y revalorizar

nuestro capital erótico, los circuitos cerebrales de recompensa que se activan al seducir, la matraca de la dopamina, se notaba que tenías todo muy pensado, no recuerdo si habías incluso publicado algún artículo o estarías pensando en otro posible libro por escribir: un hueco editorial, un nicho de mercado, miles de seducidos y seductores digitales corriendo a comprarlo, yo hice la EGB, a mí me sedujeron en un chat, etcétera. Y remataste señalándome a mí, que estaba al margen de la conversación, teléfono en mano: ahí tenéis a mi mujer, Ángela, lleva toda la tarde con el móvil, ¿quién te está seduciendo, querida? Todos reímos, yo también, pero ya habrás adivinado con quién intercambiaba mensajes en ese momento. Mateo y yo aún estábamos en los primeros peldaños, en pleno juego de seducción, sí, intercambiando bromas, recuerdos, confidencias, planes, canciones favoritas y hasta ese léxico propio que toda pareja construye. Aunque yo rebajaba y hasta descreía cuanto me decía Mateo, pues sabía que era parte de su estrategia seductora, me alcanzaba de lleno, cada mensaje caía ruidoso en el pozo seco de mi autoestima: que yo era una mujer fascinante. Deliciosa. Luminosa. Que estaba haciendo un gran trabajo en el proyecto de Historias de Vida. Que mis hijas eran afortunadas por tener una madre como yo. Que merecía alguien que me valorase. Y por supuesto, que parecía más joven de mis cuarenta, que estaba más bonita ahora que años antes. Que poseía una sonrisa desarmante, que ya sé, es una expresión trillada, tú dirías que mala literatura, sonrisa desarmante, pero yo también necesitaba mala literatura. Nos estábamos seduciendo, sí, con cada vez menos prudencia aunque aún no sabíamos adónde llegaría tanta palabra disparada. Te concedo la validez de tu teoría: lo que en principio era solo una conversación entre dos conocidos que se descubren llenos de coincidencias y padecen la misma necesidad de ser escuchados fue trepando con tesón de hiedra por esa escalera de caracol que levanta la seducción. Todo había empezado unos días antes, por puro azar, si tal cosa existe. ¿Cómo era aquello que te gustaba citar: el azar es en realidad nuestra ignorancia de la compleja maquinaria de la causalidad? Desde el proyecto me pidieron que grabase la entrevista a una mujer a la que torturaron al final de la dictadura, supongo que lo recuerdas porque eso sí te lo conté. El cámara habitual no podía ese día, así que me acordé de Mateo, al que había conocido cuatro años antes, cuando todavía era un joven alumno de la escuela de cine que, bisnieto de un fusilado, se ofreció para colaborar en la grabación de testimonios. Ahí tienes otro momento crucial para tu juego favorito: qué habría pasado si aquel día el cámara habitual hubiese estado disponible y yo no hubiese tenido que buscar a otro, o si ese otro hubiese sido cualquiera menos Mateo. Puedes consolarte pensando que ese día tiramos los dados. O resignarte conmigo a la idea de que lo importante no fue el azar, el rayo veraniego, Mateo, la seducción, sino mi condición náufraga. Ya sabes, mis metáforas no son forestales, sino náuticas, odiseicas: yo me

había caído al agua, en lo más encrespado de nuestra travesía y me había caído al agua, agotada, y tú no te habías dado cuenta, ni tampoco confié en pedirte ayuda. Y fue Mateo quien me ofreció su mano. Nos vimos esa primera tarde, en el piso de Lidia, la mujer que en el año setenta y cuatro fue detenida, llevada a la Dirección General de Seguridad, encerrada nueve días sin dormir ni comer ni beber, desnudada, abofeteada, tironeada del pelo, golpeada a puñetazos y patadas en el estómago, el hígado y el abdomen, retorcidos sus brazos, colgada con esposas de unos ganchos del techo, atada con cuerdas de los mismos ganchos porque tenía las muñecas tan finas que se le acababan soltando las esposas, desmayada y despertada con un cubo de agua, amenazada con ser violada ella y violada su hija, llamada repetidamente puta mientras le gritaban que ya nunca volvería a parir y le rompían los tendones de los brazos de tantas horas colgada y le dejaban secuelas de por vida en el vientre de tanto golpearla. Te cuento todo esto para que te sitúes, para que entiendas las condiciones emocionales en que Mateo y yo nos encontramos, porque supongo que esa temperatura anímica también influyó. Nos citamos en una boca de metro, tomamos un café previo para ponernos al día desde la última vez que nos habíamos visto. De eso hacía cuatro años, y yo lo recordaba como un muchacho tímido, atractivo pero por aquella época ajeno a mi deseo. Estuvimos tres horas con Lidia, escuchando el relato de sus torturas, sacudidos, llorando con ella. A la salida nos tomamos una cerveza, estábamos conmocionados y excitados, tanto que cuando me di cuenta le había tomado la mano, pero ahí era todavía un gesto amistoso y de consuelo. Me llevó a casa en su moto, y nos despedimos con un abrazo cuya intensidad después de tantos años sin vernos solo la entendería quien hubiese estado esa tarde en aquel piso. Por la noche cruzamos los primeros mensajes. No podíamos dormir. Pero tampoco pienses que la conmoción de aquella tarde fue tan decisiva para unirnos. Descuidamos una primera grieta para que entrase el vendaval del deseo, sí, pero este no suele necesitar tanto, se basta con un rasguño para infectar un cuerpo. Y te concedo que en esos primeros momentos yo aún estaba a tiempo de parar, de no dar ni un paso más, levantar empalizadas al deseo, someterlo a la razón. Gestionar mi deseo, esa expresión te gusta más, ¿verdad? Me acusaste de no haber sabido gestionar mi deseo, eso me dijiste tras descubrir el engaño: la vida en pareja implica una permanente gestión del deseo, me dijiste, por supuesto todos deseamos, yo mismo siento deseo por otras personas pero me concentro en gestionar mi deseo, de eso va la vida en pareja, Ángela, el compromiso, la lealtad, dos sujetos deseantes que aprenden a gestionar el deseo. Qué espanto, escúchate. Gestionar el deseo. Como gestionar tu resentimiento, eso que dijiste antes. Otras veces me acusaste de no ser capaz de gestionar mis miedos, cuando me aterrorizaba dejar a Ana en el colegio tiempo después de su hospitalización, o cuando una fiebre persistente me ponía en guardia y

acabábamos otra vez en urgencias: debes gestionar tus miedos, me decías. Todo debía ser gestionado: el deseo, el resentimiento, el miedo, la culpa, el dolor, los recuerdos. Gestionar, gestionar, gestionar. Germán debía aprender a gestionar sus tiempos de estudio. Las niñas tenían que gestionar su frustración, gestionar sus celos, gestionar sus horas de sueño. Tu madre había acabado mal por no saber gestionar su dependencia emocional y su miedo a la soledad. En casa debíamos gestionar horarios, tareas domésticas, menús diarios, ingresos y gastos. ¿Por qué no escribes un libro de autoayuda? Aprende a gestionar tu vida en diez pasos. Gestiona tus sentimientos para alcanzar tus objetivos. Perdona el sarcasmo. Estoy harta de gestionar, qué mierda de palabra, llevamos años gestionando y mira dónde hemos acabado. Y no, no supe gestionar mi deseo tras reencontrarme con Mateo. O si prefieres, no quise gestionar mi deseo. No me importó que se volviese ingestionable. Sé que cualquier cosa que hoy te cuente sobre cómo me sentía yo antes de encontrar a Mateo te sonará a coartada tardía: una reelaboración posterior para justificar el engaño. Yo misma dudo, me pregunto también si la culpa engaña a la memoria, porque me cuesta recuperar sensaciones de aquel tiempo. Nuestro «antes», el invierno donde prevenir incendios, el monte descuidado a falta de una chispa. Lástima no haber llevado un cuaderno de pena como el tuyo. Tampoco me extraña que pienses que exagero mi malestar previo para exculparme: tú ignorabas cómo estaba yo, de la misma forma que yo desconocía cómo estabas tú, cada uno encerrado en su malestar. Todo podía haber sido al revés, y habríamos invertido los papeles: que tú encontrases en ese tiempo a Inés, o a cualquier otra mujer que te tendiese una mano socorrista, y habría habido incendio: tu gestión del deseo habría fallado, yo sería la destrozada y tú tratarías de convencerme de causas y efectos, tu mala racha personal y nuestro fracaso como pareja serían la explicación de tu engaño, y yo por supuesto me negaría a aceptarlo. Antes de aparecer Mateo yo había tocado fondo, Antonio. Los dos habíamos tocado fondo, pero ni eso hicimos juntos: no estábamos en el mismo pozo, sino en dos agujeros paralelos, separados, incapaces de ayudarnos a salir, hablándonos a gritos a través del muro. Sé que fue un error no contarte mi malestar, pero me daba miedo que acabásemos como siempre: discutiendo a última hora del día, tras acostar a las niñas y terminar tú de trabajar a deshoras, cansados y malhumorados, en el mismo sofá que evocaba y convocaba tantas discusiones anteriores. Tú quitarías importancia a cada una de mis preocupaciones y me harías responsable de ellas y me propondrías soluciones prácticas para resolverlas sin perder un minuto. Me ordenarías que gestionase mi malestar, sin escucharme, interrumpiéndome, para acabar exhibiendo tus propias preocupaciones que siempre eran mayores que las mías pero aun así sabías gestionarlas. Te ahogas en un vaso de agua, se te hace todo un mundo, resuélvelas de una en una, todo tiene arreglo, así de fácil, aprende a

gestionar tu agobio, Ángela. Joder. Por eso ni lo intentaba. Claro, ahora es fácil decir: si me lo hubieras contado, si hubiésemos hablado y compartido lo que nos pasaba... Pero eso es otra vez un juego melancólico. Otro universo paralelo. No seríamos nosotros, sino otros Antonio y Ángela. No habríamos estado cada uno en un pozo, sino compartiendo subterráneo, y yo habría juntado las manos para que apoyases el pie y trepases y luego desde arriba me alzasas. El pozo habría sido menos profundo. Etcétera. Pero no fue así, yo no te conté, había dejado de esperar tu mano para salir, sentía que cada vez que me alargabas una mano era para apretármela contra la cabeza y hundirme más. Los dientes, por ejemplo. Acuérdate. Yo notaba que se me movían. Era un balanceo muy leve, inapreciable a la vista, pero no podía dejar de empujarlos con la lengua. Me costaba dormir porque sabía que en cuanto cerrase los ojos volvería a apretar el bocado, la mandíbula tan tensa que temía que me acabasen saltando los dientes una noche y despertar desdentada y con sangre en la almohada. Pero las pocas veces que te lo contaba, o que tú reconocías mi expresión de desazón, todo lo que sabías decirme era que no me preocupase, que no se me iban a caer los dientes, que era todo sugestión, debía dejar de buscar en Google sobre enfermedades bucales que yo no tenía, ya me había dicho el dentista que no se movían y con eso ya tenía que tranquilizarme, no iba a saber yo más que un dentista, y en el caso improbable de que se me cayesen tampoco pasaba nada, había implantes de bajo coste, clínicas que te hacen una financiación a muchos meses, perder un diente no era ningún drama. Solo te faltaba pedirme que gestionase mis miedos dentales, y añadir un resoplido de fastidio. ¿Sabes lo que hizo Mateo el día que le conté lo de mis dientes? Me abrazó. Me masajéo las mandíbulas con delicadeza. Me hizo enseñarle la dentadura, que encontró preciosa y besó, fue besando uno a uno cada diente delantero, con delicadeza, sin aflojar el abrazo. No eran solo los dientes, que aquí siguen, teníais razón el dentista y tú, no se movían, era solo una sensación, efecto de la mengua de las encías tras el raspado. Pero no eran solo los dientes. Yo acababa de cumplir cuarenta años, aunque de eso tampoco te hablaba porque todo lo que tenías que decir de la crisis de los cuarenta eran chistes y menosprecio, los chistes y menosprecio con que supongo que engañabas tu propia crisis. Yo acababa de cumplir cuarenta y me miraba en el espejo y veía todo aquello que según tú me hace hoy admirable y deseable: el rostro huesudo, la piel castigada, los labios adelgazados. La carne sin firmeza, el vientre abultado. Las nalgas que antes llamaste blanquecinas y tiernas. Todo eso que hoy, con tu deseo resucitado por el miedo y el rechazo, te resulta apetecible, pero que por aquel tiempo no parecías encontrar muy deseable, más allá de tu rutinaria aproximación de cada noche. No me gustaba. La teoría me la sabía muy bien, no soy idiota: la belleza es una tiranía publicitaria, la asociación belleza-juventud es una trampa para someter a la mujer a su aspecto físico,

volverla insegura y dependiente de la aprobación masculina. Pero me miraba en el espejo y ahí estaban mis jodidas marcas de vida. Parte de mi reconstrucción también consistió en una nueva autoestima, empezando por aceptar los cambios de mi cuerpo. En esa reconstrucción también me ayudó Mateo, que me dijo antes que tú lo mucho que le gustaban mis brazos, mi vientre o la vena de mi frente, lo bien que me sentaba cumplir años, y bromeaba llamándome señora. Yo tenía que reconstruirme como mujer, porque durante mucho tiempo había sido madre, completamente madre, y ahora estaba dejando de ser madre, o siéndolo de otra manera. Ana y Sofía crecían y no me necesitaban como antes, y era yo la que necesitaba que me necesitasen, no quería cortar ese hilo que nos mantenía próximas todo el día y con el que cada noche tejía una cápsula en torno a nosotras. Sí, venga, dilo: tenía que gestionar mi maternidad. Supongo que tenía miedo, no al vacío, sino a enfrentarme a todo eso que la maternidad había tapado como una colcha, y que ahora destapaba. Lo sé, fue un error no hablar de esto contigo. Cada uno en su pozo. Stonewalling lo llaman. Levantar un muro de piedra. Cortar la comunicación, renunciar a intentarlo, no estar disponible. Tú no me contaste tus miedos, ni seguramente yo estaba ya receptiva para que me hablastes de tu incertidumbre laboral, o de tus dudas con Germán: su alejamiento de ti, la dificultad cada vez mayor para comunicarnos, su insistencia en quedar con amigos justo los días que le tocaba estar contigo, su encierro en el dormitorio cuando venía a casa, su mudez y su irritabilidad, su evitación de todo contacto físico contigo, un beso, un abrazo. Te habría dicho, si hubieses compartido conmigo tu inquietud te habría dicho que aquello me parecía sencillamente el típico repertorio de conductas adolescentes: Germán actuaba exactamente igual que otros adolescentes que conocíamos, y era tu interminable sentimiento de culpa el que aventaba fantasmas donde no había más que una pubertad de manual. Pero no me contaste, como yo tampoco a ti. No estabas. No estábamos. Cada uno tras su pared, cuyos cascotes encontramos ahora al excavar y reconocemos con pesar. Apenas discutíamos ya, lo que tomábamos por una buena señal y en realidad era otra prueba de incomunicación: cuando renuncias hasta a discutir. «Years gone by and still / Words don't come easily...». Las pocas veces en que discutíamos nos revolvíamos agresivos, con un rencor viejo y dañino. El día que perdí la llave de casa, acuérdate. Revolviste todo, primero con cuidado, luego dando manotazos y tirando cosas al suelo mientras me gritabas que estabas harto de mis despistes y mi desorden y que era imposible vivir conmigo, y que si no aparecía y la había olvidado enganchada en el buzón como otras veces o en la mesa de un bar donde vaciaba los bolsillos sin cuidado, tendríamos que cambiar la puta cerradura y lo que cuesta una puta cerradura blindada. Yo intenté quitar hierro: no exageremos, si se ha perdido la llave no hay por qué pensar que caiga en manos de un ladrón de pisos. Pero tú no escuchabas, levantabas cada vez

más la voz, sin importarte el sueño de las niñas al fondo del pasillo: me hiciste un recuento minucioso y asombrosamente memorioso de mis despistes y extravíos en más de una década: el bolso en el metro, la cartera en una cafetería, el teléfono en el salpicadero del coche provocando que nos rompiesen la ventanilla para robarlo, la cámara de fotos en la piscina, ropa en armarios de hoteles, equipajes siempre faltos de algo esencial, prendas delicadas arruinadas en la lavadora, cazos de leche en el fuego, y muchos otros despistes y extravíos que no habían llegado a ocurrir porque tú estabas siempre detrás de mí apagando las putas luces, cerrando los putos grifos, recuperando las putas llaves, la puta cartera y el puto teléfono, pero también recogiendo los putos restos del desayuno que nunca limpiaba por la mañana y la puta ropa tirada y los putos pelos taponando el desagüe, todo ese recuento mezquino y como de monólogo tonto de club de la comedia sobre la vida en pareja, pero que tú pronunciabas muy en serio porque yo era un desastre y no podías confiar en mí y era muy difícil vivir conmigo y durante años había estado incapacitada por la atención exagerada a las niñas, momento en que yo empecé también a gritar y prefiero no recordar lo que te dije, lo que nos dijimos. Eso fue solo un mes antes de que Mateo se cruzase en mi vida. Ese era el monte que solo necesitaba una chispa. Aquella noche, tras la discusión, me buscaste en la cama y me pediste perdón, perdón, perdón y me abrazaste y dijiste que habías perdido los nervios porque estabas sometido a mucha presión, te habían rechazado dos colaboraciones en los últimos días y creías que era una represalia por tu implicación en la huelga. Estabas además preocupado por tu madre, que acababa de escapar de su marido y se había instalado con tu hermana tras pasar dos semanas con nosotros, dos semanas que también habían sido difíciles, el mal humor que nos vencía cuando algún familiar se quedaba en casa, agravado por el estado anímico que traía tu madre. Acepté tus disculpas, te pedí yo también perdón por mis despistes y me comprometí a ser más cuidadosa, lloré con más desconcierto que tristeza. Esa noche incluso acepté tu mano bajo la camiseta y tu erección contra mis nalgas y tus besos y tus te quiero, y follamos como una forma de encomendarnos a viejas reconciliaciones que ya no funcionaban, como tampoco funcionaba suplir la distancia y los desencuentros del día con una intimidad nocturna que reparase todo lo destrozado durante la jornada y nos devolviese intactos a la mañana siguiente. «Baby can I hold you tonight / Maybe if I told you the right words / At the right time you'd be mine...». Ya no funcionaba. Tras correrme aquella noche, me masturbaste hasta que fingi un orgasmo para que lo dejases ya. Te dormiste, y yo me quedé despierta, agitada, aplastada por la penumbra del dormitorio, deseando que se despertasen Sofía o Ana y me llamasen, mamá, mamá, para escapar de tu abrazo y meterme en su cama. Me sentí sola, inmensamente sola. Sola abrazada a ti, sola escuchándote respirar, sola sintiendo tu semen enfriarse dentro de

mi cuerpo. Y me puse a hablar sola, que era algo que entonces hacía a menudo. O por ser más precisa: no hablaba sola, hablaba contigo, pero con un tú imaginado, con una versión de ti con la que podía hablar todo aquello que era imposible contigo. Construía conversaciones enteras: lo que yo te decía, lo que me contestabas, lo que yo explicaba, tus réplicas, mis contrarréplicas. Aquella noche, lo recuerdo bien, tuve contigo una de esas conversaciones fantasmales, mientras dormías abrazado a mí. Te pregunté qué nos había pasado. En qué mierda nos habíamos convertido. Qué quedaba de nuestro amor, de nuestro gran amor. El Antonio imaginario intentó convencerme de que no estábamos tan mal, y que todo era normal, no había de qué preocuparse: el desgaste de tantos años, la vida complicada, las niñas, los tiempos, la incertidumbre económica, pero seguíamos estando juntos, nos seguíamos queriendo solo que de otra manera, el amor cambia, el deseo cambia, todo cambia, no tiene que ser para peor. Yo te contesté, le contesté al Antonio apócrifo, que hacía tiempo que sentía que no me querías. Que me necesitabas, sí, pero con esa forma mampostera de necesitar que tienen los hombres: una piedra sobre otra, pilares, contrafuertes, una estructura sólida, un orden en el mundo. Otras veces ni eso, solo un peluche que apretar por la noche. Me necesitabas pero no me amabas, o lo hacías de una manera demasiado alejada de aquella idea de amarse y cuidarse que los dos habíamos compartido y prometido durante años. Le dije, te dije, que echaba de menos tantas cosas que habíamos perdido, que era terriblemente triste cómo habíamos desperdiciado aquello tan grande que un día tuvimos. El Antonio imaginado se rio y me llamó romántica, me acusó de estar siempre mirando atrás, idealizar el pasado y no saber disfrutar las sucesivas edades del amor. Me acusaste, en la conversación imaginaria, me acusaste de haber hecho de nuestro amor una mitología, una edad de oro perdida a la que yo insistía en regresar y con la que ningún presente resistiría comparación. Repetiste, o más bien le hice repetir a tu sosias nocturno, aquello que ya te oí una vez sobre cómo las parejas convierten el recuerdo de sus primeros tiempos en un parque temático por el que pasear de vez en cuando, los aniversarios como una forma de turismo. Nostalgia tóxica, eso habías dicho, nostalgia tóxica que contamina la vida, para madurar hay que aprender a gestionar la decepción. Esto es una mierda, le dije a tu doble, y debería habértelo dicho a ti, haberte despertado en ese momento, encender la luz y decírtelo: Antonio, esto es una mierda, nos hemos convertido en todo aquello que temíamos, en todo aquello que despreciábamos. Debería haberte despertado y contado cómo me había sentido un día, por aquellas fechas, en que íbamos juntos en el metro. No recuerdo adónde íbamos, de dónde veníamos, pero estábamos enfadados. Nada sorprendente en aquel tiempo. Habíamos discutido, da igual el motivo. Vi nuestro reflejo en la ventana del vagón, los dos con los labios apretados, el ceño todavía sin relajar, cada uno mirando hacia un lado, un mínimo pero

abismal espacio entre nuestros cuerpos sentados, sin rozarnos. Pero no fue esa imagen en el reflejo lo decisivo, sino verme, vernos, reflejados en los ojos de una pareja joven que estaba sentada frente a nosotros. Veinteañeros, quizás treinta años ya. El brazo de él sobre ella que recostaba la cabeza en su hombro. Las manos unidas en el regazo, las sonrisas somnolientas. Noté que nos miraban y se apretaban las manos, comentaban telegráficamente nuestro enojo y nuestra distancia, nuestro desgaste de años, como si ambas parejas fuésemos viajeros del tiempo: ellos venían de nuestro pasado, nosotros regresábamos de su futuro. Debíamos de parecerles tan cómicos como inquietantes. Al salir del metro hablarían de nosotros, se jurarían que nunca serían así. Me entraron ganas de decirles, en voz alta, en el vagón: sí, nosotros también fuimos un día como vosotros, y miradnos ahora, qué escombros; pero no tengáis miedo, no tenéis por qué acabar así, no nos ha arrastrado hasta aquí ningún fenómeno natural ni determinismo, somos nosotros, nos hemos jodido nosotros, sistemática y minuciosamente durante años, vosotros todavía estáis a tiempo de evitarlo, no lo jodáis. Todo eso te quería decir aquella noche, todo eso le soltaba a tu doble imaginado: Antonio, yo no quiero gestionar la decepción, no quiero esta vida, no acepto que sea lo normal, lo natural, no me vale oír las quejas de madres amigas que comparten en el grupo de mensajes su cansancio y sus decepciones y sus ansiolíticos y su falta de deseo frente a la rutina genital de sus maridos, y además lo hacen con bromas y emoticonos. Todas con el amor roto, sin entender nada, cada una buscando su salvavidas, y a veces en esa búsqueda nos equivocamos y lo terminamos de joder todo. Pero hasta en mis conversaciones imaginarias te acababas callando y me quedaba hablando sola, y me decía yo misma que sí, de acuerdo, esto era todo, la vida era esto y todavía hasta podíamos presumir de estar mejor y querernos más que otras parejas amigas. Y estaban las niñas, que a esas alturas del monólogo comparecían para espantar toda fantasía de separación. Por eso la casa. Por eso mi insistencia hasta que la compramos. Porque la casa era una posibilidad de reconstrucción, de cambiar de vida, de voltear el tablero y dejar esta partida ya perdida. De encontrar algo que nos acercase otra vez, un proyecto para levantarlo juntos desde el principio, con los errores ya aprendidos. Pero también por las niñas, porque en esos monólogos nocturnos me obsesionaba con el futuro, su futuro. No teníamos nada propio, llevábamos una década de alquiler en un piso cada vez más deteriorado, en el que yo no aguantaba un año más. Ahí tienes otra metáfora de las que tanto te gustan: el piso, que se había ido descomponiendo al mismo ritmo que nosotros: un par de puertas con el cierre partido, ventanas con burletes desmigados que dejaban pasar el frío, un interruptor fuera de servicio, dos radiadores que goteaban y el propietario daba largas para cambiarlos, una cisterna tan vieja que no admitía recambios y para la que apanamos un mecanismo con alambres, el sifón estancado que devolvía por la bañera el agua que tragaba por

el lavabo. Este piso es una mierda, repetía yo por aquel tiempo, este piso es una puta mierda a precio de oro, novecientos euros al mes, once mil al año, más de cien mil durante una década. No podíamos seguir así, ante cualquier imprevisto estábamos desarmados, sin nada a lo que agarrarnos. Lo único seguro era mi sueldo, pero insuficiente para toda la familia, y tú con tus trabajos cada vez más escasos y peor pagados. No sobreviviríamos a un accidente, a un mal año, una subida del alquiler, una madre o padre de pronto incapacitado y que hay que cuidar. Pensaba incluso qué pasaría si uno de los dos muriese, si yo me moría y os dejaba a ti y a las niñas sin nada. Un glioma que no atiende a edades y que en menos de un año te abrasa el cerebro hasta matarte. Y tú quedarías solo con las niñas. Sin nada. Por aquellas fechas enterramos a Blanca, que solo era diez años mayor que yo. Tenía muy presentes sus últimas horas de vida, justo antes de que mi padre le retirase el respirador y acortase su agonía: su rostro hinchado, la respiración a bocanadas, los labios agrietados. Cada toma de aire que parecía la última y en su dificultad sonaba a reproche. El cuerpo que se resistía a morir, todo el organismo entregando las últimas energías a mantener el corazón bombeando un día más, una hora más. Y mi padre doblado de dolor, las manos que le temblaban al manipular el respirador, las palabras que le susurró al oído en despedida. Y yo veía a Blanca y me veía a mi misma en una cama de hospital, boqueando como pez en el cemento, aterrorizando a las niñas que desde el pasillo oirían mis jadeos. Y cuando por fin me quitaseis la ayuda respiratoria, y me llevaseis al tanatorio para llorarme y luego me cremaseis y abonaseis un árbol en el jardín de mi madre, ahí quedaríais las niñas y tú. Sin nada. Me obsesionó la idea de tener ya una casa propia. Y aquella casa del pueblo, que seguía en venta después de años fantaseando con comprarla, estaba al alcance de nuestros ahorros y del dinero que podía dejarnos mi familia. El día que salimos de la notaría respiré aliviada. Casa. A salvo. Por muy poco, porque de haber tardado un mes más, ya no habríamos podido comprarla, cuando tras la huelga empezaste a perder colaboraciones y me reprochaste haber empeñado unos ahorros que pronto necesitaríamos para vivir. Pero llegar hasta ahí tampoco fue fácil: cada paso, desde la decisión de comprar hasta la firma, pasando por los regateos de precio y la petición del préstamo a mi familia, cada paso nos costó una discusión. Tuve que regatear con el propietario y arreglar todo el papeleo por mi cuenta porque tú decidiste quedarte al margen, aquellas semanas que os pasasteis preparando la huelga y tú marchabas a reuniones y asambleas, o te encerrabas a escribir correos y administrar las redes sociales del nuevo sindicato de freelances. Cuando por fin conseguí un precio que consideraste razonable, tu respuesta fue reprocharme que gracias a tu resistencia no habíamos comprado prematuramente y perdido dinero. Hasta el día de la firma discutimos, por no habernos enterado bien de cuánto se llevaba el notario, y salimos del

despacho sin ganas de celebrar la compra. Y aun así, fíjate, respiré aliviada, pese a que no teníamos más que una casa vieja y con el techo hundido, a falta de una reforma para la que tendría que sumar otra previsible y agotadora tanda de discusiones. Ya tenía la casa, un lugar propio para vivir con las niñas, contigo o sin ti. Nos vamos juntas, me dijo Luisa cuando me quejé de tu falta de entusiasmo, ella todavía recuperándose de su reciente divorcio: nos vamos juntas tú y yo, Ángela, nos vamos juntas con nuestras hijas y montamos una comunidad de madres; conozco unas cuantas madres separadas o solteras que se apuntarían con los ojos cerrados; cada vez hay más grupos de crianza cooperativa, familias desbordadas que se organizan para repartirse tareas y darse apoyo mutuo, pero deberíamos ir más allá, largarnos unas cuantas a tu casa del pueblo y vivir juntas y criar juntas y apoyarnos y cuidarnos, en plan tribu; no te rías, Ángela, yo he terminado muy escaldada del modelo papá-mamá-hijos-solos-frente-al-mundo, es una trampa, primero caemos en la trampa del amor y después en la trampa de la familia nuclear, nos deja a las madres solas o como mucho con algo de ayuda de los padres; te dicen que criar en tribu es una locura subsahariana cuando lo loco es criar a tus hijos sin ayuda, dejarlos ocho o diez horas en la guardería, el colegio, las extraescolares, contratar a otra mujer que dejó a sus hijos en su país de origen para que por la tarde madres y padres volvamos a casa y juguemos al juego de quién está más cansado y quién tiene menos paciencia; no puede ser que el agotamiento sea nuestro estado permanente y nos quieran tan mal y queramos tan mal, Ángela.

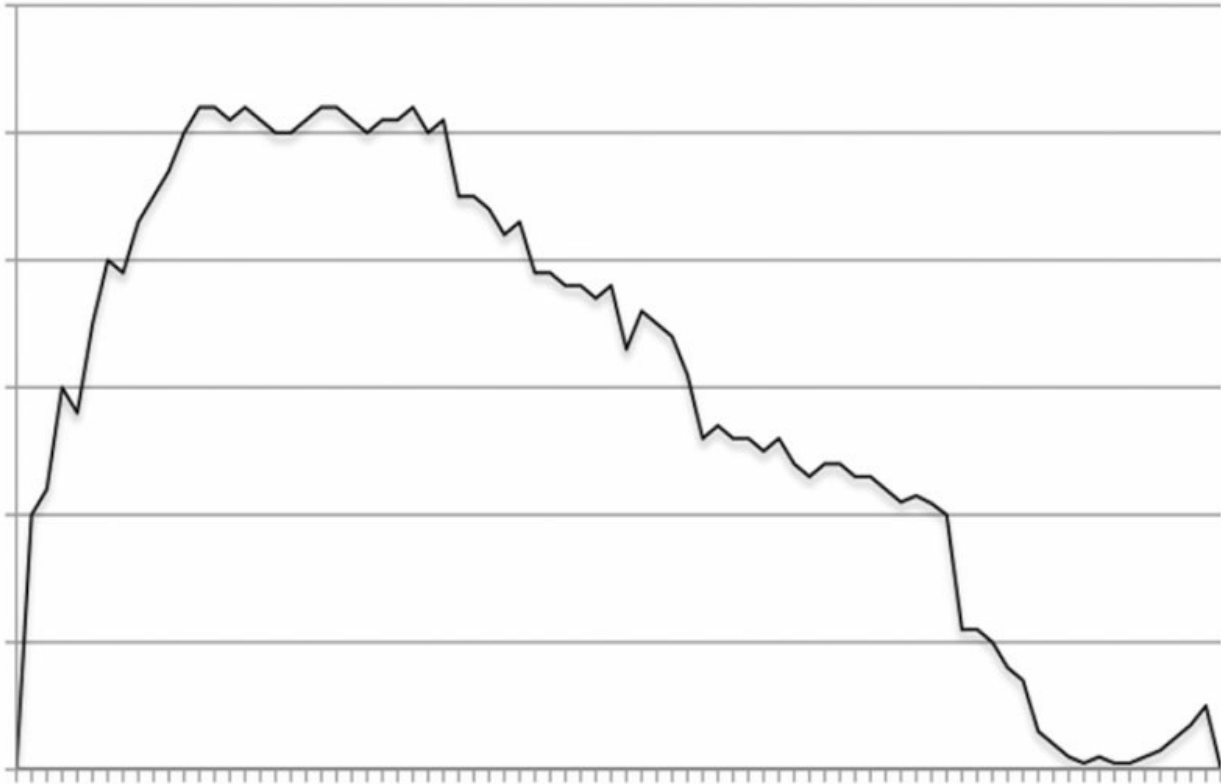
5

La primera la encontraste tú, una mañana. Todavía adormecida, desenroscaste la cafetera del día anterior para limpiarla, y al levantar la tapa descubriste un grano de café, un grano más alargado de lo habitual y que había sobrevivido al molinillo y la infusión. Fuiste a retirarlo, y al cogerlo con los dedos el grano estaba húmedo y crujiente y nervioso, soltaste un chillido, la cafetera cayó al suelo y el grano de café corrió a buscar refugio bajo la nevera, de donde no conseguimos sacarlo pese a que me hiciste retirarla y revisar con linterna los bajos de todos los muebles. La segunda me saludó a mí, al siguiente amanecer: esta vez en el baño, al encender la luz su carrocería brillante reptó veloz hasta desaparecer tras el bidé, descartado el pisotón por ir descalzo. Confieso que no te dije nada para no alarmarte, dos cucarachas no hacen verano, ni tampoco tres, ni cuatro ni cinco, que fueron las que encontré en días sucesivos y que también te oculté. No necesitaste verlas, te bastó con encontrar la número seis (que tú creíste número dos todavía) en la habitación de las niñas, al entrar para despertarlas: el bicho cruzó el dormitorio para salvarse bajo la cama de Sofía, y tú asqueada imaginabas cucarachas que en la noche trepan por las camas y se cuelan entre la ropa y recorren con sus patitas alambradas las caras de las niñas buscando orificios. Me hiciste mover todos los muebles y rociar de insecticida los rodapiés, y esa noche las niñas durmieron en nuestra habitación. Discutimos varios días la magnitud del problema. Intenté convencerte de que venían de la calle, se debían al calor preveraniego, una obra reciente en el alcantarillado, no había que perder los nervios por solo dos cucarachas. Te oculté otras cuatro visitantes durante la siguiente semana, puse trampas bajo los muebles, añadí un burlete a la puerta de entrada, y cuando ese fin de semana nos fuimos a visitar a tu madre, volví a casa pretextando un olvido y vacié un bote entero de insecticida en todos los rincones y espacios que según una web suelen ser zonas de paso. Me rendí a la evidencia cuando volvimos el domingo y descubrimos dos docenas de cadáveres repartidos por toda la casa, pero también unas cuantas que habían encontrado aire respirable en la despensa, entre paquetes de legumbres y galletas. Te instalaste unos días con las niñas en casa de tu padre, así que no escuchaste lo que me explicó el fumigador cuando abrió el falso techo del cuarto de baño y cayeron en cascada decenas de cucarachas. Aquí tenemos el nido, dijo alumbrando con su linterna un amasijo negruzco y bullicioso de larvas, huevos, pieles muertas e insectos adultos que habitaban el hueco sobre la escayola. Es lo que pasa con las cucarachas, dijo el tipo, se pueden pasar meses y años colonizando una casa sin que las veamos, reproduciéndose a gusto y saliendo solo por la noche, hasta que un día te encuentras una o dos y piensas que son bichos aislados, pero yo siempre digo lo mismo: cuando salen por el día es porque ya son tantas que necesitan más comida; si las ves a plena luz date por jodido, es que ya tienes una plaga; siempre las descubrimos cuando es demasiado tarde, cuando han tomado la casa.

¿Ahora tocan metáforas zoológicas? No me valen tus odiosas cucarachas, que además no tuvieron nada de metafóricas. No me valen, porque nuestro fracaso final no ha sido un insecto

que sale a buscar alimento cuando el doble techo está ya desbordado. No es verdad que pasásemos años inconscientes mientras el desamor crecía tras la escayola. Al contrario: se acumulaban las señales desde hacía demasiado tiempo, pero solíamos conformarnos con aliviar los síntomas sin resolver sus causas. Como aplastar durante años una cucaracha diaria sin preocuparnos por buscar el nido. Fueron muchas las señales desatendidas. Mis dientes, por ejemplo. Lo asombroso es que sigan en mi boca. Me despertaba por la mañana con los molares doloridos, me costaba abrir del todo la boca al bostezar, la articulación atascada. Me ponía un audio de relajación antes de acostarme, me tomaba una infusión, unos minutos de respiraciones. Pero seguía apretando las mandíbulas al dormir, y pronto también durante el día: me sorprendía al verme en un espejo con los labios prensados y la expresión desencajada. Cada vez eran más frecuentes los dolores de cabeza y de oído, la rigidez de los músculos faciales, la tensión en las vértebras. Me apuntaba a yoga, doblaba las infusiones, recibía acupuntura. Aumentó mi sensibilidad dental, notaba a todas horas mis dientes, no era dolor sino presencia: normalmente no sentimos los dientes sin tocarlos como no sentimos los huesos sin golpearlos, pero yo sentía mis dientes, no podía dejar de sentirlos. Para ti era todo sugestión, y yo una hipocondríaca. Hasta que empezaron a sangrarme las encías, y la presencia se convirtió en dolor. La dentista me radiografió y encontró que, de tanto apretar las mandíbulas, diente contra diente, noche y día, mi organismo había producido un tejido excedente en el hueso, bajo las encías, para resistir la presión, como una capa de seguridad con la que protegerse de la agresión, y era ese tejido granulado el que me inflamaba las encías y volvía sensibles mis dientes. Me tuvo que raspar el fondo de cada encía para eliminar el tejido sobrante, arrancándolo de las raíces, y mis dientes ya no volvieron a ser los mismos. Si querías metáforas, ahí tienes esa: un organismo que para protegerse de la presión genera tejido, pone a trabajar las células para fabricar una defensa que se adhiere al hueso, y cuya retirada exige un raspado profundo y doloroso. Así nosotros durante años, acorazándonos con un envoltorio que ya no sabíamos retirar.

Mira esta gráfica, Ángela:



Somos nosotros. Si el amor pudiera medirse, si pudiésemos contabilizar con alguna unidad de medida cuánto nos amamos, la representación gráfica de nuestro amor durante trece años sería algo así. Una línea continua y con aspecto de relieve montañoso, que sube o baja según el momento. El comienzo súbito al enamorarnos, el alza eufórica de los primeros años, casi vertical, cuando crees que ya no puedes amar más y sin embargo subes y subes. La conquista de las alturas, donde acampar una temporada que coincidiría con el nacimiento y los primeros años de las niñas. Hasta que empieza el descenso, ese rodar barranco abajo desamándonos, una bajada con dientes de sierra pero sin perder nunca la tendencia, con saltos escarpados, algún momento de engañosa remontada pero siempre perdiendo altura hasta que nos estrellamos en ese doble y consecutivo acantilado que sería nuestro deterioro máximo, la desconexión emocional: el *stonewalling*, la infidelidad. Quedamos entonces en lo más profundo durante un tiempo, arrastrándonos, hasta que nos reconciamos y ascendemos una suave colina, recobramos algo de la altura perdida, para finalmente derrumbarnos y tocar suelo en el momento de la separación. Es bastante fiel, ¿verdad? Somos nosotros, nuestra vida compartida. ¿Sabes qué es en realidad esa gráfica, de dónde la he sacado? Es la evolución de nuestro saldo bancario. El saldo medio mensual durante trece años. Vuelve a mirar la gráfica y lo comprobarás. El comienzo, cuando abrimos la cuenta y pusimos en común nuestros ahorros. El saldo crece durante unos años, alimentado por mi incorporación al periódico, mi ascenso progresivo y tus primeros años como profesora. Luego viene la meseta, los años de estabilidad en que mantenemos lo ahorrado, cuando mi sueldo toca techo y tú estás de excedencia con las niñas. El descenso empieza con el ERE en el periódico, se agrava con su cierre, y ya no dejamos de caer: mis años de *freelance*, mis ingresos menguantes, el dinero que le prestamos a mi padre cuando cerró la tienda, la caída constante del saldo porque con tu sueldo y mis colaboraciones no siempre nos llega y cada pocos meses hay que darles un mordisco a los ahorros, con pequeñas recuperaciones en función de mis ingresos; hasta el vaciamiento casi total de la cuenta en dos golpes que corresponden a la compra de la casa y a mi pérdida de trabajos después de la huelga. Pasamos así

una temporada en mínimos, viviendo solo de tu sueldo y sin ninguna capacidad de ahorro, hasta que consigo nuevas colaboraciones que nos permiten una tímida recuperación. Entonces llega el abrupto final: el cierre de la cuenta común al separarnos. Ahí lo tienes. Somos nosotros.

¿En serio? ¿Una gráfica bancaria? ¿Ese es nuestro problema? ¿Hemos fracasado como pareja porque hemos fracasado como negocio? ¿Otro problema de mala gestión? ¿Nos habríamos querido más y mejor si hubiésemos tenido más ingresos mensuales, si no hubiesen cerrado tu periódico? Eso es muy típico en ti, buscar explicaciones materiales a todo. No soy yo, son mis circunstancias. Me habría encantado cuidarte y quererte más, cariño, pero es que trabajaba demasiado y ganaba poco. No es que tenga dificultades afectivas, es que soy precario. Por favor. El mismo análisis siempre. Si tu hermana se divorciaba, era porque su marido y ella habían tomado malas decisiones hipotecarias. Si Natalia y Jaime exhibían una felicidad inverosímil, era porque entre los dos sumaban cinco mil euros mensuales. Si tu madre había aguantado tantos años de humillaciones con su segundo marido, era porque no tenía asegurada su pensión de jubilación. Y si nosotros llevamos tantos años cuesta abajo, no hay que buscar más explicaciones: todo empezó el día que te quedaste sin nómina. No hay más preguntas, señorita. El acusado es inocente. No fue él, la culpa es de las condiciones materiales. El amor es para el que pueda pagárselo. El matrimonio es una empresa, acuérdate de eso que dijo Fabio después de su divorcio: el matrimonio es una empresa, dijo, es una empresa y yo lo he entendido demasiado tarde; nuestros matrimonios fracasan porque lo fiamos todo al amor y nos empeñamos en querer ser felices, desentendiéndonos del aprendizaje de generaciones de matrimonios pragmáticos a lo largo de los siglos; antes la gente se casaba por compromisos familiares e intereses económicos, formaban una sociedad cuya prioridad era obtener recursos y administrarlos bien, acumular capital, protegerse de los imprevistos, dejar patrimonio a los herederos, pero ahora nos casamos por amor, qué disparate, y en seguida llega la decepción, dejamos de estar enamorados y si no has sido capaz de convertir ese amor en estrategia empresarial, acabas en la ruina sentimental, como yo. Otro genio, tu amigo Fabio. Podríais dedicaros a dar charlas motivacionales con vuestra teoría y vuestras gráficas amoroso-bancarias. Pero mira, hay un acierto y un error en tu gráfica. El acierto: que nuestro declive empezó hace mucho tiempo y fue constante, siempre hacia abajo, con breves repuntes que nos hacían creer que estábamos mejor pero sin revertir la tendencia descendente. Y el error: que ese declive en realidad empezó antes. Seguramente lo recordamos diferente, y discreparemos al señalar el punto de inflexión. Siempre me has acusado de recordar más lo negativo y olvidar lo favorable, y hemos discutido muchas veces si la nuestra era, como defendías tú, una buena relación

salpicada de malos momentos; o si tenía yo razón y vivíamos una mala relación punteada de buenos momentos. Creo que nuestro declive empezó antes de lo que señala tu gráfica; empezó en un tiempo en que, siguiendo tu hipótesis, todavía disfrutábamos de condiciones económicas favorables al amor. Del mismo modo estoy convencida de que podíamos haber enderezado lo nuestro con independencia del saldo bancario. Por supuesto que las condiciones materiales influyen, no te lo niego. Facilitan, dificultan. Pero conocemos parejas que se desprecian siendo funcionarios con segunda vivienda en la playa, y parejas que se cuidan bajo amenaza de desabucio. Somos nosotros los responsables de este fracaso. Tú y yo. No fue la crisis económica. No es el capitalismo. No somos un remake precario de otra historia que, protagonizada por una pareja acomodada, termina bien. Yo cambiaría tu representación gráfica por un esquema: el mismo que me hizo la psicóloga hace unos días. Tras contarle nuestra separación, me garabateó un esquema. Escribió en lo alto de la pizarra, en grandes letras: POR QUÉ FRACASAN LAS PAREJAS. Fue anotando los motivos más comunes, uno a uno. Y luego escribió cuáles son los pasos que conducen a una ruptura, las distintas fases por las que pasa toda pareja en su camino al fracaso, los cuatro jinetes del apocalipsis. Me quedé aterrorizada al ver la pizarra: éramos nosotros. Exactos. Reuníamos todos los motivos, habíamos dado todos los pasos, uno tras otro, sin olvidar ninguno, en el orden preciso. Me impresionó reconocernos como un fracaso de manual. Podrían usarnos como ejemplo práctico en la facultad de psicología, o en charlas y terapias de pareja: señoras y señores, hoy tenemos con nosotros un caso clínico que se estudia en todas las universidades: Ángela y Antonio, un fracaso de manual que reúne todo aquello que no deben hacer si quieren seguir juntos. Si buscabas un libro de éxito, un fenómeno editorial, prueba a escribir nuestra historia, tal cual ha sido: el contramanual para la vida en pareja. Me sorprendió, y también me avergonzó e irritó, ver en aquella pizarra lo previsible que era nuestra ruptura. Lo inevitable que era. Lo vulgar que resultaba, una cura de humildad a destiempo. Nosotros, que alguna vez creímos que nuestro amor era especial. Nada. De manual. Si alguien nos hubiese observado durante años, si nosotros mismos hubiésemos tenido la lucidez para vernos, habríamos reconocido la constancia con la que íbamos recorriendo la autopista hacia el desastre. Habríamos sabido parar a tiempo. Esa cuesta abajo de tu gráfica la seguimos hasta el final. Nos dejamos caer rodando.

La cuesta abajo. Si me impresionó la gráfica, y da igual que sea bancaria o amorosa, si me impresionó fue por esa cuesta abajo tan evidente, ese perfil de tobogán. Cuando la vi, lo entendí. La cuesta abajo se corresponde exactamente con mi memoria de ese tiempo, los cinco o seis años anteriores a que tocásemos fondo en nuestros pozos paralelos: una irresistible e interminable cuesta abajo, una inclinación del terreno que no te permite detenerte y aguantar la posición, solo puedes seguir

rodando, y cuanto más ruedas más velocidad alcanzas y más improbable es que consigas parar, y más difícil recuperar el terreno perdido y volver a subir. Mi memoria de esos años es una sensación incluso corporal. O *sobre todo* corporal: ese rodar descontrolado, mareante, atropellando a quien se cruza en el camino, rebotando, fuera de control. Te podría enseñar otras gráficas de esos mismos años: el número de horas trabajadas, siempre en aumento, invadiendo cualquier momento del día, noches, festivos. El número de artículos publicados cada mes, también ascendente pero inversamente proporcional a los menguantes ingresos mensuales. La tarifa media pagada por pieza, en caída libre. Y si pudiese medirlo todo, cruzaría esas gráficas con otras más subjetivas. Mi confianza en el futuro, descendente. Mi autoestima, declinante. Las horas de sueño. Los marcadores de riesgo cardíaco y cerebrovascular. Los minutos diarios de conversación contigo. Los kilómetros paseados juntos. El sexo semanal, luego quincenal, mensual. El tiempo dedicado a Germán y a las niñas, tiempo de verdad dedicado, sin interferencias. Ya conoces mi querencia por las gráficas, mediciones, indicadores. Me empecé a obsesionar con los datos hace años, cuando todavía trabajaba en el periódico. En los últimos meses allí, cuando ya estábamos sentenciados, los propietarios valoraron si bastaría con suprimir la edición en papel y quedarnos como medio digital, para lo que pusieron como condición multiplicar el número de lectores y los ingresos publicitarios. Nos instalaron en la redacción aquellas pantallas con análisis de tráfico en tiempo real: las páginas más visitadas, el impacto en redes sociales, y en el centro de la pantalla un gran marcador que se actualizaba al minuto con el número de visitas a la web. Ese era el tam-tam que imponía el ritmo para remar en la redacción. En cada ordenador colocaron otro contador, siempre visible, que señalaba las visitas, interacciones y comentarios de la pieza que habías firmado ese día. Ese era el chasquido del látigo sobre la espalda. Desde entonces no he dejado de oír el tam-tam, el chasquido, como un acúfeno, un zumbido permanente dentro de mi cabeza y que se intensificó cuando cerró el periódico. En mis primeros tiempos como *freelance*, el número de lectores de un artículo determinaba que te comprasen el siguiente, la frecuencia con la que publicarías. Pero ya hay medios que pagan según resultado. La tarifa la pone el número de lectores. Más visitas, más euros. Fue una de las razones para nuestra huelga, y conseguimos que varios periódicos dejaran de hacerlo. Y por eso, en la cuesta abajo, no solo es que no pudiera resistirme, no es que me dejase caer: es que corría más deprisa, alargando la zancada. Mi recuerdo de esos años es una sucesión interminable de plazos de entrega encadenados, un bucle donde cada fecha vencida reinicia la siguiente cuenta atrás. Cientos de artículos redactados y entregados y publicados y difundidos y facturados y mucho después cobrados; cientos de artículos que forman un único texto ininterrumpido, una bobina sin fin. Miles de horas remando ante la pantalla, en el ordenador pero también en el portátil y en el teléfono, en la cocina, en el baño, en la cama a tu lado, en el metro, en un tren, caminando por la calle, en la reunión de padres del colegio, en la sala de espera del ambulatorio, en una habitación de hospital a oscuras, en la celebración familiar. Y cada vez rodando más deprisa y cada vez el cuerpo más magullado y más cansancio y más enojo y más chocar contigo y con tu propio cansancio y enojo, y en mi rodada insensata arrollo a todo el que no se aparte o no pueda seguir el ritmo de mi descenso, te arrollo a ti y a Germán y a las niñas, arrollo a mi madre, a la que apenas escucho cuando necesita contarme qué le hacía su marido cada vez que por la noche se giraba hacia ella. Y a quienes no arrollo los dejo atrás, desaparecen, dejamos de vernos, quizás ellos mismos en sus cuestas abajo. Así recuerdo esos años, los que en la gráfica se corresponden con el descenso, como una caída acelerada, descontrolada. Y sin embargo, sé que no era así, no siempre. Es un recuerdo condicionado por el final: la memoria es selectiva, busca siempre confirmar las relaciones de causa y efecto, y nuestro fracaso elige aquellos materiales que lo presentan como inevitable, para dar la razón a las gráficas y las pizarras de psicólogo. Pero no somos un fracaso de manual. Estos días he revisado nuestras fotos, lo típico que uno hace tras una separación: castigarse mirando fotos viejas mientras escucha pop llorón. He revisado cientos de instantáneas de nuestra vida familiar a lo largo de los años. Y ni siquiera pasándolas deprisa para provocar una ilusión cinematográfica, ni siquiera así consigo recrear esa sensación de vida desbordada. Ya sé que solo

fotografiamos los buenos momentos, pero hasta me sorprende comprobar la cantidad de buenos momentos que también pertenecen a esos años de cuesta abajo: cumpleaños, viajes, vacaciones, playas, Navidades, paseos en bicicleta, hitos infantiles, excursiones de domingo, manifestaciones o simples escenas de calma doméstica: tú y yo cocinando juntos, leyendo en la terraza al sol con tus piernas sobre las mías, haciéndonos retratos divertidos cuya única finalidad es dejar constancia de lo bien que lo estamos pasando, y siempre risas y besos y gestos cómplices, y en esas fotos no rodamos ni chocamos sino que repetidamente nos cogemos la mano, caminamos enlazados por la cintura y sonreímos sin fingimiento y no hay ni una sola imagen que transmita cansancio ni enojo ni cuesta abajo, y pienso que todas esas fotos también somos nosotros, todo eso es verdad. La parejita feliz, nos llamaba Fabio, que nos pedía que dejásemos de cogernos la manita y acariciarnos la nuca cuando estábamos en público: a ver cuándo asumís que ya no sois novios, dejáis de restregarnos vuestro amor y os comportáis de una vez como un jodido matrimonio. Y no solo fotos o testigos: también correos que nos enviábamos, mensajes de teléfono, notas en la nevera. Lo releo ahora y encuentro todo aquello que hoy no recordamos porque el fracaso final nos impone un sesgo al recontar nuestra historia. Quizás no estábamos tan mal. Quizás es cierto que la nuestra era una buena relación salpicada de malos momentos. La cuesta abajo existió, por supuesto, pero tal vez nos acostumbramos a vivir cayendo, como esos árboles que logran crecer en pendientes pronunciadas y en cumbres ventosas, orientando su tronco y anclando con más empeño la raíz al suelo para resistir la fuerza de la gravedad o el arrastre del viento, así nosotros. Y es solo al buscar las causas del fracaso cuando necesitamos leer un relato fallido con el que poder decir, decirnos: ahí está, era evidente, estábamos condenados, solo podía acabar mal.

Por favor, deja ya los árboles y montes. A cambio, dile a tu madre que coja ella también las fotos de los años que pasó con su segundo marido. Podéis verlas juntos: una sucesión de buenos momentos. Felices momentos. Reuniones familiares, cumpleaños, viajes, paseos, fiestas, regalos, brindis, complicidades, y hasta retratos divertidos cuya única finalidad es dejar constancia de lo bien que lo está pasando con su marido. Y muchas sonrisas y gestos cariñosos. No los llamábamos parejita feliz, pero también se cogían de la mano o la tomaba él por la cintura al caminar. Explícale entonces que quizás no estaban tan mal, que tal vez exageró un poco al salir aquella mañana de su casa sin más equipaje que la ropa puesta, subir a un autobús, esperar la hora de partida mirando por la ventanilla aterrorizada por si aparecía él, llorar durante todo el viaje desahogándose con la desconocida compañera de asiento, y presentarse en nuestro piso sin aviso previo. No, mamá, quizás ese cabrón y tú teníais una buena relación salpicada de malos momentos, mira cómo sonreís en las fotos, con qué amor te toma de la cintura al caminar, y qué contenta se te ve siempre, parecéis dos árboles resistiendo contra la pendiente y el viento. Eso le podías haber dicho a tu madre aquel día, cuando abrimos la puerta y ahí estaba, imprevista y balbuceante. Ni siquiera nos avisó desde el autobús porque en su salida apresurada había dejado atrás el teléfono que el hijo de puta le guardaba y administraba. Por supuesto no voy a comparar la relación de tu madre y ese malnacido con los problemas que pudiésemos tener nosotros. Solo te prevengo contra las

trampas de la memoria. El mal arqueólogo que al abrir la tierra encuentra precisamente lo que esperaba encontrar. Recuerdo cómo tu madre aquel día, para que entendiéramos qué había sido su matrimonio en los últimos años, nos contó cómo era un día típico en su vida, desde la mañana a la noche: la sucesión de vejaciones y amenazas desde que sonaba el despertador y empezaban las burlas sobre lo vieja que estaba y lo fea que se veía despeinada y sin maquillar, hasta que a la noche él la agarraba y le bajaba las bragas sin preguntar, pasando por sus exigencias a la hora de comer, su tiranía doméstica, sus estallidos de rencor y sus celos retrospectivos. Toda una rutina insoportable y sin embargo soportada tantos años, y que era compatible con aquella jodida colección de fotos sonrientes. No se me ocurre compararme con tu madre, pero yo también podría contarte cómo era un día típico en mi vida, en nuestra vida, durante esos años que tu gráfica marca como una cuesta abajo, cuando éramos heroicos árboles irguiendo el tronco frente a la ley de la gravedad. ¿Quieres oírlo, a ver si te reconoces? Empieza así: me despierto por la mañana y ya no estás en la cama, porque tu gestión castrense del tiempo ordena que te levantes a las seis menos diez, estudies media hora de alemán a distancia y hagas tu tabla de gimnasia para estar duchado y desayunado cuando las niñas y yo nos despertemos. Tus horarios, tus famosos horarios tayloristas que te dibujabas en cuadrículas distribuyendo las tareas en intervalos ajustados al minuto: horas de trabajo, de ocio, aseo, comidas, obligaciones domésticas y familiares, deporte, sueño, todo acotado y programado. Tu fabulosa gestión del tiempo que pretendías extender a toda la familia: le hacías horarios de estudio a Germán repartiendo las asignaturas por minutos, intentabas programar las horas de sueño de las niñas, planificabas la limpieza semanal con turnos y rotaciones como si fuésemos compañeros de piso. Y si se me ocurría mostrarme agobiada, me proponías que me hiciese un horario, o me lo hacías tú mismo sin preguntar: toma, te he hecho un horario para que te organices mejor y no te agobies tanto, así de fácil, que era como decirme: deja de darme el coñazo con tus agobios, Ángela, o al menos dámelo dentro del horario de coñazo conyugal, que es de nueve menos cuarto a nueve y cinco. Sigo el relato del día: no desayunamos juntos, yo estoy aún a medio despertar sin haberme tomado el café mientras tú te mueves por la casa exhibiendo tu capacidad operativa, rápido, resolutivo, abrumándome con tu ritmo y haciéndome sentir negligente. Las primeras palabras que me diriges son instrucciones domésticas para repartirnos tareas. Despiertas a las niñas y les metes una prisa cuartelera para que se vistan y se peinen y desayunen, pero todo dicho con dulzura, que siempre fuiste capaz de dirigir un pelotón de fusilamiento diciendo por favor, gracias y mi amor. En toda la mañana no intercambiamos un solo mensaje que no se refiera a la intendencia del hogar, de vez en cuando derrochas un emoticono como toda muestra de amor. Cuando vuelvo a casa, a tu

pregunta sobre cómo me ha ido el día no se me ocurre decir que he tenido una mala mañana porque la tuya siempre habrá sido peor y ni siquiera has terminado de trabajar, que es tu manera de decirme que soy una privilegiada por tener un horario laboral razonable. Tú has tenido una mañana sobrecargada, aunque las veces en que olvidas borrar el historial de navegación descubro que además de las webs relacionadas con lo que estés escribiendo, hay también merodeo ocioso, vídeos deportivos, algo de porno, repetidas visitas a perfiles de mujeres con las que has interactuado en redes sociales, y mucho egosurfing: búsquedas repetidas sobre ti mismo, sobre tus artículos, lo que dicen de ti, ese otro chasquido de látigo que tú mismo te sacudes. Por la tarde, en casa, te sobramos: te sobran las niñas, que hacen demasiado ruido como para concentrarte, y tienen la manía de coger cada cierto tiempo virus, fiebres, vómitos y piojos sin respetar plazos de entrega. Te sobra tu hijo Germán, los días que le toca venir a casa y te tomas la tarde libre para estar con él al precio de dormir menos horas. Te sobro yo, que no hago bastante para que las niñas no te molesten al trabajar y no las tengo duchadas y cenadas a la hora que marca tu régimen fabril, y me lo haces saber con indirectas, aspavientos y cómicos resoplidos cuando sales del despacho y cruzas la casa solo para hacer visible tu malestar. Te sobro yo, que me empeño en compartir contigo decisiones domésticas que pretendes resolver con eficacia de consejero delegado, y me haces sentir como una secretaria importuna: ahora no, Ángela, no tengo tiempo. Nunca tienes tiempo, tampoco para contarme cuando vuelves de las cada vez más frecuentes asambleas del sindicato de freelances. Apenas supe de vuestra huelga, solo cuando me comentaste orgulloso que varios columnistas de renombre se habían sumado y que había lectores cancelando suscripciones como medida de presión. De vuestras acciones de protesta me enteré el día que hice clic en un enlace que prometía «Diez alimentos que te protegen contra el cáncer», y lo que encontré fue el blog de vuestro sindicato, donde desvelabais las tarifas pagadas por los principales medios y denunciabais casos de abusos contra colaboradores. Te pregunté de qué iba aquello, y solo entonces me hablaste de la «guerrilla clickbait»: los cebos que dejabais en redes sociales para visibilizar vuestras reivindicaciones, bajo anzuelos infalibles como «Las cinco cosas que vuelven locas a las mujeres en la cama», «Las diez lesiones más escalofriantes en un campo de fútbol», «El vídeo que ha hecho vomitar a millones de norteamericanos», o «La impactante pelea entre dos taxistas en el aeropuerto», y que en realidad conducían al blog del sindicato. ¿Por dónde iba el repaso de nuestro día? Ah, la noche: tu horario incluía dos horas de «Tiempo libre» tras acostar a las niñas, pero a menudo son también horas de trabajo, o cada uno se instala en un extremo del sofá tras una pantalla, y casi es preferible eso a cuando discutimos: desencuentros aplazados por el día y que dejamos rodar durante horas, engordando silenciosos hasta estallar en desproporcionados duelos

donde lo de menos es el asunto en disputa, pues en realidad prolongamos una discusión de años nunca resuelta, una bobina también sin fin, que a veces se nos va de las manos y quedamos heridos, nerviosos, asustados. Por eso muchas noches, cuando acuesto a las niñas, las acompaño hasta que se duermen y no hago ningún esfuerzo por mantenerme despierta. Cuando tu horario lo indica, me avisas para que me traslade adormecida a nuestra cama, donde puede que intentes una aproximación genital y quizás esa noche me cueste tu reproche por no tener nunca ganas de follar, por no ser una máquina que entra en ignición con solo acariciarme los pezones. En la duermevela, concentrada en relajar mis mandíbulas con ejercicios respiratorios, me abrazas medio dormido y me estrechas con fuerza y me agarras la mano y me susurras que me quieres, que me quieres mucho, y me pides perdón por haberme hablado mal, y yo me siento otra vez tu peluche emocional, tu flotador para no hundirte. Espera, están los fines de semana, cuando también me despierto sola porque tus sábados y domingos tienen su propio horario y comienzan con tempraneras salidas al monte que son imprescindibles para tu salud mental y que yo debería imitar en vez de empeñarme en dormir. Cuando vuelves tampoco nos das tregua: nosotras estamos en pijama y tú recorres la casa levantando persianas y estirando sábanas porque has programado actividades para toda la familia, visitas a exposiciones, rutas campestres, marchas en bicicleta, teatro infantil, conciertos, que las niñas tienen derecho a disfrutar y a enriquecerse con experiencias, y más todavía cuando está Germán y te entra esa necesidad compulsiva de que tu hijo viva momentos inolvidables a tu lado, además de tu insistencia en que asistan a todo tipo de actividades hasta descubrir algún talento o vocación aprovechable: música, deporte, teatro, ajedrez, robótica. ¿Exagero? ¿Es una caricatura? No hace falta que me jures que no eran así todos los días. También cabía todo eso que has encontrado en las fotos. Esos buenos momentos también existieron, sí, y muchos otros no fotografiados. Sin ellos yo me habría arrojado de la barca mucho antes, habría obviado mi propósito de ahorrarnos a las niñas un divorcio mientras no fueran mayores. Recuerdo sin mucho esfuerzo mañanas de sábado remoloneando en la cama. Noches en que una comedia nos ponía de buen humor y luego no podíamos dejar de reír en la cama. Chistes íntimos, intercambios de mensajes telefónicos a partir de un recuerdo compartido, postales del viejo parque temático amoroso que de vez en cuando todavía nos enviábamos. Y momentos de cercanía y complicidad, como la noche que nos colamos juntos en el cementerio con la urna de mi abuela Ana, una linterna y una pequeña pala, tan emocionados como nerviosos, nos acabó sorprendiendo el vigilante mientras recubríamos deprisa el hoyo que conseguimos hacer en la zona ajardinada, y acabamos contándole la historia de mi abuela antes de que nos denunciase por profanación. O tus días de San Paul Lafargue, el día libre que cada cierto tiempo te

regalabas, con el ordenador apagado y el teléfono en un cajón. Lo anunciabas al despertar, a voces: ¡hoy es San Paul Lafargue! En realidad respondía a la misma lógica taylorista de tus horarios, un paréntesis perezoso entre dos plazos de entrega para recuperar fuerzas y ser más productivo, normalmente después de un artículo que había funcionado muy bien, la pieza más leída del día, miles de réplicas en redes sociales. Eufórico, te quedabas en la cama por la mañana, relajabas tu planificación y venías a verme a la hora del recreo, cocinábamos juntos, jugábamos con las niñas y por la noche tu aproximación era más dulce y paciente, y también más exitosa. Todo eso también éramos nosotros, claro.

Mirando las fotos de aquellos años, sí eché de menos algo: tu cara de desprecio. No sale en ninguna foto, y sin embargo la recuerdo bien. Era simétrica a la mía cuando yo mismo me la sorprendía en el espejo y me impresionaba. Habría estado bien fotografiarnos en esos momentos, inmortalizar nuestras muecas de desprecio, porque si intentamos ahora reproducirlas no somos capaces. Lo que me impresionaba no era el desprecio en sí mismo, que me parece una emoción tan legítima como inevitable en una pareja con hijos, y siempre sospeché de parejas como Natalia y Jaime, a los que nunca sorprendí el mínimo desdén. El desprecio también es una forma de intimidad, nunca me asustó. Lo que me impresionaba era su representación facial. Recuerdo perfectamente tu cara cuando estabas a punto de reventar: esa forma de quebrar la boca y ensanchar la nariz y tensar la frente, y esa manera de afilar la mirada que no podía ser espontánea, que requería entrenamiento y voluntad de querer dañar con la sola fuerza de los ojos. Años de acumular tensión en la musculatura del rostro hasta dar forma a esa máscara despectiva con la que hacías espejo a mi propio rostro crispado, en un concurso de caretas ceñudas. O ese gesto de tragarte las palabras y apretar los labios para no hablar y que reconocía bien porque yo también me mordía la lengua y farfullaba a tu espalda, a solas, ese hablar entre dientes preventivo y escandalizado que ahora me parece cómico, un enfado de opereta, rezongar y bufar y maldecir y repetir las palabras dichas por el otro dándoles un tono sarcástico. No sé en qué momento nos convertimos en dos personajes de una mala comedia matrimonial. ¿Te acuerdas de aquella película de Antonioni, *La noche*, que tanto nos entusiasmó años atrás? Yo esperaba que nuestra decadencia sentimental, caso de producirse, se pareciera a aquella tristeza elegante de Marcello Mastroianni y Jeanne Moreau: un desamarse lánguido, hecho de silencios, aburrimiento existencial y miradas graves. Y sin embargo ahí estábamos, protagonistas de una estridente comedia llena de clichés conyugales: fastidiándonos como solo saben fastidiarse quienes después de años conocen bien sus puntos débiles, exagerando cada uno aquellos rasgos de carácter que más irritaban al otro, para acabar haciéndonos reproches mediocres. Si hubiésemos grabado en vídeo nuestras discusiones de entonces, al volver a verlas hoy no aguantaríamos la risa. Comedia, tragedia más tiempo, otra vez. Éramos dos púgiles torpes, golpeábamos con frases mayúsculas y trágicas, nos temblaba la boca, nos quitábamos la palabra como malos tertulianos, nos volvíamos grotescos, yo aflautaba la voz al perder los nervios, tú trastabillabas las palabras por el ímpetu, manoteábamos teatrales, y nos conocíamos tanto que cada uno podía adivinar la respuesta del otro y tenía preparado el siguiente reproche a desenfundar. Años de discutir nos habían provisto de un arsenal de agravios, frases hechas, réplicas redondas, maniobras retóricas, emboscadas, zancadillas burdas, estocadas de admirable fineza, vías de escape y sofisterías varias. Las peleas de pareja son tan terribles como hilarantes, una gimnasia conyugal siempre sobreactuada. Al final quedábamos agotados, uno de los dos acababa por irse a la cama y, tras un rato dándonos la espalda, susurrábamos y nos pedíamos perdón y hasta podíamos sollozar juntos, colofón a la altura de

la comedia de esa noche; o si el desencuentro lo merecía nos dormíamos sin pacificar, y al día siguiente persistíamos en exhibirnos molestos, mudos, con expresión tan ofendida que debería provocarnos carcajadas. Sí, ya sé que aunque al recordarlas ahora no pueda tomármelas en serio, en todas esas peleas fuimos astillándonos, acumulando material de derribo con el que levantábamos la pared entre nosotros. Lo malo no era que chocásemos tan a menudo; lo peor era que pocas veces reparábamos lo rasgado, no barríamos los cascotes, ahí quedaban, en medio del salón, empujados bajo el sofá, crujientes al pisar. Demasiadas discusiones no se resolvían más allá de pedirnos perdón medio dormidos, por lo que quedaban intactas y supurantes, como un escalón más alto desde donde empezar la siguiente trifulca. Duelo a garrotazos. Nos enterramos por acumulación, sucesivas capas de detritos creciendo en altura. Por volver a tu querida arqueología, levantamos un *tell*: un montículo resultado de la sucesión de construcciones superpuestas, cada pared alzada sobre los restos apisonados de derribos anteriores, elevando el nivel del suelo. Querías excavar nuestro pasado, y hemos llegado a un grueso hojaldre de escombros depositado durante años, sedimentado. No sirven la rasqueta y el cepillo, necesitaríamos una excavadora para levantar todo ese cemento. Mientras la máquina lo saca, pregúntate cómo fue posible esa acumulación, por qué no intentamos retirarlo con las manos cuando aún estaba caliente, por qué cada enfrentamiento se apoyaba en el anterior y preparaba el terreno para el siguiente. Puedes preguntárselo a tu psicóloga. Que te haga un esquema en la pizarra. Pero no hace falta que gastes en otra consulta, te puedo pasar unos cuantos artículos, llevo semanas leyéndolos: Cinco claves para el éxito en pareja. Clic. Los siete puntos para una relación saludable. Clic. Los doce secretos de un matrimonio feliz y duradero. Clic. Diez consejos para mantener tu relación después de tener hijos. Clic, clic, clic. Cháchara que siempre llega tarde, consoladora. Pero todo ese baratillo de autoayuda sentimental coincide en varias obviedades, entre ellas una sobre la que nosotros también discutíamos sin entendernos: la necesidad de tiempos y espacios propios. Unos minutos diarios para hablar de algo más que la comida, la compra o el pediatra. Una noche a la semana para nosotros, a solas. Tiempo y espacio donde mantener vivo el amor por encima de rutinas, desencuentros, malentendidos. Pero también tiempo y espacio para reparar los destrozos. Nosotros no lo tuvimos. No teníamos tiempo ni siquiera para discutir, lo hacíamos a deshoras, trasnochando. Tampoco espacio: cabeceábamos como animales estabulados en el mismo salón que fue escenario de todas y cada una de nuestras peleas durante años y que habían quedado en el ambiente, sobre los muebles como una capa de polvo que se agitaba en cada nuevo enfrentamiento y volvía el aire irrespirable, sentados en el mismo sofá cojo que se iba destartalandone un poco más al removernos irritados. Dime tú por qué no pudimos siquiera barrer los escombros para que no se asentasen en el suelo.

Nunca estuve dispuesta a ser otra sección de tu horario: de diez a once y media de la noche, vida en pareja. Lunes y miércoles, discusión; martes y jueves, reparación. Sábados de nueve a doce, salida conyugal: cine o teatro, cena, copa y polvo. Y si Ana y Sofía no se han dormido antes de las diez, si yo quiero acompañarlas hasta el sueño, si no se quieren quedar el sábado con una canguro o yo no acepto dejarlas con nadie, lo sentimos mucho, ha consumido su tiempo de vida en pareja, vuelva a intentarlo la próxima semana, gracias, y circulen, no entorpezcan con aproximaciones amorosas fuera de horario, no hagan olas. La cuesta abajo, la ley de la gravedad, el látigo. La vida entera puesta en tensión, amenazada de desplome a cada instante. Incapaces de construir nada sólido, sin detenernos un instante a pensar qué queríamos hacer con nuestras vidas, entregados a la deriva, confiados ciegamente en la sola brújula de un

amor que hacía tiempo que agotó su campo magnético; acabamos por levantar una estructura cuya supervivencia dependía de su propia tensión. Tensegridad se llama. Añádela a tu colección de metáforas. Tensegridad, el principio que sostiene estructuras complejas sometiendo a tensión en red. Esas esculturas con tubos de acero asombrosamente suspendidos en el aire, formando figuras geométricas, unidos solo con cables. Mientras se mantenga la tensión del sistema, se sostendrán, ingravidos. Basta aflojar mínimamente la tensión de un cable o desplazar un milímetro una pieza para que todo el conjunto se descomponga, nada quede en pie. Hay que mantener la tensión. Pero yo quería parar, aflojar, aunque se rompiera el equilibrio y todo cayese. Yo no quería seguir tu ritmo, el tam-tam para toda la familia, la casa entera rodando cuesta abajo y todos apretando raíces y torciendo troncos para seguir creciendo sin quebrarnos. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que te reventase el corazón o una arteria del cerebro? ¿Hasta que me saltasen los dientes? Yo había tenido un embarazo horrible con Sofía, todavía me sobresaltaba si llamaba a Ana y no me contestaba desde su habitación, el cerebro de Blanca se desmigó en poco más de un año, y si quieres incluye tu eccema y tus periódicas lumbalgias, la calva que te salió tras la oreja, varias cajas de Lexatin. Yo quería parar, proteger a mis niñas, protegerme de tu estela abrasadora. Nos estábamos envenenando. No quería llegar al dormitorio y encontrar a Ana convulsionando sobre la alfombra, ni que el cordón umbilical de Sofía fuese una manguera de cortisol. Así daña el estrés tu organismo. Clic. El ictus, una epidemia silenciosa. Clic. Se dispara el consumo de ansiolíticos. Clic. Investigan la relación del estrés con el riesgo de sufrir alzhéimer. Clic. Así se transmite la ansiedad de padres a hijos. Clic. Efectos del estrés en el embarazo. Clic. Estrés y lactancia. Clic. Últimas investigaciones sobre la relación del estrés con el cáncer. Clic. Estrés y tumor cerebral. Clic. Estrés y cáncer de mama. Clic. Estrés y colon irritable. Clic. Estrés y cáncer de colon. Clic.

Espera, ya sigo yo por ti: Factores psicosociales y sistema inmunitario. Clic. El origen emocional de las enfermedades. Clic. Por qué enferma tu hijo. Clic. Cáncer y emociones negativas. Clic. Restaura tu equilibrio emocional. Clic. El poder de la mente. Clic. Bioneuroemoción y conflictos de pareja. Clic. Emociones que curan, emociones que matan. Clic. Lo que tu médico no te cuenta. Clic. No niego que nuestro ritmo de vida fuese poco saludable, de acuerdo. Pero te obsesionaste con toda esa charlatanería pseudocientífica que vincula a la ligera emociones y enfermedades. Después de años de innecesarias visitas a urgencias con Sofía o Ana por consejo del siempre cancerígeno doctor Google, la última vuelta de tuerca en tu desproporcionado temor sanitario iba demasiado lejos: ya no necesitábamos bacterias ni alimentos en mal estado o enfriamientos, porque la enfermedad podía llegar por vías esotéricas. Y aunque te sabía aficionada a leer sobre la relación entre la salud y las emociones, intentaba no darle demasiada importancia, era coherente con tus visitas al naturópata, tu confianza en la reflexología o las agujas chinas, las gotas de esencias florales, y todo aquello de los chakras y la energía que no me

contabas para no enfrentar mi mueca escéptica. Todo inofensivo, nada que decir por mi parte, también hay gente que reza. Hasta que en una discusión por no recuerdo qué motivo, me pediste que bajase la voz. Las niñas veían dibujos en el salón, nosotros disputábamos en la cocina y tú me rogaste que bajase la voz y me soltaste aquella idea de que la otitis que Sofía tuvo cuando era bebé pudo originarse en una fuerte pelea nuestra en su presencia: había oído palabras furiosas que se introdujeron en su pequeño oído, y este reaccionó produciendo una infección para así bloquear las palabras venenosas y evitar que llegasen a su tierno cerebro.

No me expliqué bien, o no quisiste entenderme. Pero tú tomaste la frase y, tras agotar todo tu repertorio sarcástico, la usaste días después en uno de tus putos artículos cazavisitas, no se me ha olvidado el título: «Si tienes cáncer, sonríe muy fuerte». Quizás lo hiciste en la confianza de que yo no te leía, y de hecho no te dije nada. Era la crónica de un polémico congreso de medicina alternativa, aquel que levantó tanto revuelo por celebrarse en una universidad. Yo lo leí estando de acuerdo con la mayor parte de tus dardos, hasta que llegué al final del texto y me encontré, en la última línea, una pedrada a mi nombre: «Cuidado, que se empieza creyendo que la otitis de tu bebé fue culpa de oírte discutir con tu pareja —créanme, hay gente capaz de sostenerlo en una conversación adulta—, y acabas confiando en que el cáncer se cure con sonrisas, ozonoterapia e infusiones de jengibre».

Añadí aquel comentario para dañarte, sí, pero lo hice en respuesta a una agresión tuya previa. Ya que estamos en plan autopsia, identificando heridas en el cadáver y señalando cicatrices, todas pequeñas, todas mortales, que todas hieren y la última mata, también recuerdo esa, que quizás tu olvidaste como tantos disparos de gatillo fácil. En esa misma época, cuando tu lectura obsesiva de todo lo relacionado con el factor emocional de las enfermedades, me soltaste un día tu teoría sobre los daños que el divorcio causa en los niños. Estábamos hablando del hijo de una profesora de tu instituto, el chaval tenía no sé qué problemas de conducta y tú dijiste que sus padres se habían separado siendo él muy pequeño, y me soltaste aquella frase: el divorcio siempre es devastador para los hijos, y acaba pasándoles factura tarde o temprano. Sin yo preguntar nada, me contaste todo lo que habías leído sobre el tema, marcado por el sesgo con que seleccionabas tus lecturas: los hijos de divorciados pueden tener problemas de autonomía emocional y autoestima, menor rendimiento escolar, dificultades para relacionarse, conductas sexuales inapropiadas, depresión, agresividad, y peor cuanto más pequeños: en el caso de los bebés y menores de tres años, el divorcio les provoca estrés y ansiedad, lo que no solo significa miedo, trastornos del sueño, pesadillas, también problemas fisiológicos, complicaciones gastrointestinales, y hasta retraso en el crecimiento, aseguraste, y lo subrayaste: niños que crecen menos por un divorcio temprano. ¿Retraso en el crecimiento por un divorcio?, te pregunté estupefacto, no jodas, Ángela, qué mierda de tambor de hojalata me estás contando, tú y yo somos hijos de divorciados, y míranos, no nos fue tan mal. Pero tú insististe: la carencia afectiva, la interrupción prematura de la lactancia para pernoctar con el padre, la falta de seguridad emocional, la separación de la madre, todo eso afecta fisiológicamente, se ha estudiado en orfanatos y en niños maltratados. Deberías dejar de leer toda esa bazofia pseudocientífica y reaccionaria, protesté, pero ni me escuchabas: añadiste que en no sé qué país nórdico habían comprobado que los hijos de divorciados tenían la mitad de posibilidades de ir

a la universidad, el doble de paro, fumaban y bebían más, y por supuesto se divorciaban más. Y ahí ya te mandé a la mierda, te dije que la que tenía problemas eras tú, que si querías culpar a tus padres de tus desarreglos emocionales me parecía estupendo pero que no anduvieses jodiendo a los demás, y a diferencia de otras discusiones no acabé por irme a bufar al dormitorio ni al baño, sino que me largué a la calle, aunque fuese de noche y tarde, y por supuesto di un teatral portazo al salir.

Una vez más no nos entendimos. Por aquel tiempo era arduo hablar cuando en cada palabra pronunciada por el otro creíamos ver uno de esos misiles donde los soldados del portaviones escriben con tiza el nombre del destinatario. Nos bombardeábamos a menudo, tirábamos con segundas intenciones, pero aquel día yo no hablaba de tu separación como creíste, no me refería a Germán, sino que sin nombrarla estaba hablando de nuestra separación: la que todavía no se había producido pero que yo temía próxima. Fue hace seis años. Ana acababa de cumplir cuatro, Sofía era un bebé, y sí, me obsesioné leyendo sobre los efectos de las separaciones en niños pequeños. Pero es que vivíamos rodeados de adolescentes con problemas, hijos de amigos, alumnos míos en el instituto: chavales en tratamiento psicológico, anoréxicas, abandonos escolares, agresiones a padres, algún intento de suicidio, ansiolíticos desde niños. Y claro que había muchos más hijos felices, o al menos no demasiado infelices, y también conocíamos muchos hijos de divorciados sin problemas, pero yo no quería que mis hijas jugasen esa ruleta. Y de pronto la posibilidad del divorcio estaba ahí, sin que lo hablásemos. No te dije nada, pero yo te había descubierto un intercambio de correos con una tal Inés. Un par de correos aparentemente amistosos pero en los que claramente leí entre líneas el deseo cifrado. Le mostrabas a la tal Inés un exagerado interés por su tesis y sus investigaciones. La joven esperanza de la historiografía española, así la llamaste en el primer correo. En el segundo pusiste como asunto: Te querré siempre. Tu simpática ambigüedad que supongo la sobresaltó tanto como a mí aunque en sentidos opuestos, para luego en el texto descubrir que te referías a la película que insistías en recomendarle: 'Te querré siempre, título en español del original Viaggio in Italia, le aclarabas a ella, me herías a mí. Todavía recuerdo tus palabras exactas: Te querré siempre, Inés, esa es la película de la que tanto te hablé aquella noche, Viaggio in Italia, que en España la tradujeron libremente como Te querré siempre. Dejaste el correo en el ordenador de casa, no tuve que buscar mucho. O quizás sí busqué con intención, porque en aquellos meses se acumularon separaciones en nuestro entorno, y si nosotros íbamos a ser los siguientes prefería estar prevenida. Mi amiga Luisa acababa de separarse, la había dejado Suso por otra neorrural de un pueblo cercano, con la que había estado acostándose semanalmente durante meses, cada vez que iba a llevar las cerezas a la cooperativa. Hasta que el marido de la otra los pilló y le reventó la nariz a Suso, y solo entonces supo Luisa, al ver a

su marido con la cara cruzada de esparadrapo. Revisando su correo y su teléfono, descubrió que llevaba más de un año engañándola al ritmo de las cosechas y faenas, y se le desplomó encima la casa restaurada y el desván lleno de mermeladas y conservas vegetales y el huerto de autoconsumo y la finca con sus cuarenta frutales y las mañanas subida a la escalera pellizcando rabos de cereza. Me resigné a la posibilidad de un inminente divorcio tras descubrir aquellos correos con una tal Inés. Te querré siempre. En el segundo mensaje le pedías que te escribiese mejor a otra dirección desconocida para mí. Revisé repetidamente tu ordenador y probé contraseñas familiares para abrir tu cuenta clandestina, sin conseguirlo. Durante semanas sentí el ruido de fondo, fantasmal, de vuestra conversación fuera de mi alcance. Intentaba interpretar tus cambios de humor, tus noches de acostarte más tarde, tus miradas perdidas. No te conté, preferí no preguntar, no saber. Ser la esposa magnánima, estoica. Lloré preventiva y secretamente. Me tragué unos celos cuya falta de certeza hacía más hirientes. Senti ese dolor sin fondo, sí, el dolor de sentirme rechazada y reemplazada, un dolor que en vez de reprocharte asumí como merecido, me culpé de nuestro fracaso, callé para no precipitar la temida separación. La hembrita herida, yo también. Esperaba en cualquier momento tu anuncio, el clásico y fatídico «tenemos que hablar», porque los hombres siempre se separan así, solo se separan así, cuando encuentran a otra mujer, no sabéis estar solos los hombres, y tú habías encontrado a una tal Inés.

4

Bajé del tren y, siguiendo las instrucciones que me habían detallado por correo, caminé hasta el fondo del andén, salté los tres escalones y eché a andar junto a la vía. Diría que caía una fina lluvia, pero el dato meteorológico no es muy fiable, puede ser un añadido emocional de la memoria, con la misma función que todos los detalles paisajísticos de aquella mañana: vías que se apartaban hacia los lados para morir en muelles y toperas, vagones varados como lienzo de grafiteros, almacenes tapiados, viejas traviesas de madera formando piras crematorias junto a nuevas traviesas de hormigón apiladas como lingotes, y toda esa chatarrería que florece entre los matorrales ferroviarios: raíles torcidos, tolvas patas arriba, enormes bobinas de cable grueso, la alambrada rasgada, todo por supuesto con mucho óxido y mugre, para agotar la paleta de grises que combinase con el barro y los charcos. Estoy citando de memoria, todo aquello lo escribí para el reportaje, al que añadí un cielo espeso, hilachas de niebla en las tierras de alrededor, campos donde no faltaban olivos que levantaban los brazos al cielo, viejos vagones de mercancías que con un escalofrío evocaban trenes de la muerte cruzando Europa Central, o la sucesión de postes de la catenaria con sus ménsulas que describí como «horcas sacrificiales a lo largo del camino». Literatura, sí, literatura hinchada que buscaba la rendición sentimental del lector, pero que también coincidía con mi ánimo sombrío cuando aquella mañana recorrí los quinientos metros a lo largo de la vía hasta la trasera del cementerio. La fosa estaba entre la vía y la tapia de ladrillo en la que un vecino del pueblo señalaba los balazos a cada recién llegado. Una carpa protegía de la lluvia la excavación, y cuatro jóvenes estaban arrodillados en la zanja, rascando el suelo, dibujando con cuidado los huesos como artistas de playa: una veintena de esqueletos, todos tumbados en la misma orientación, paralelos a la vía, boca arriba, las tibias cruzadas sobre el pecho vacío, el tronco y la cabeza de cada cuerpo apoyados en las piernas del siguiente como niños sentados en un tobogán. Al borde de la fosa, otra veintena de mujeres y hombres que seguían vivos, ancianos la mayoría, vecinos, algunos familiares de los asesinados, hablando en murmullos. A Inés no la vi hasta que se puso en pie, las rodillas polvorientas, la rasqueta en la mano y el pelo bajo un pañuelo. Y ahora, siguiendo la ambientación anterior, podría decirte que nos miramos mientras sonaba el violonchelo del homenaje y algunos viejos levantaban el puño y corrían las lágrimas y caían las rosas sobre los huesos, y así ya tienes las condiciones emocionales y la temperatura anímica que según tú calientan la atracción. Pero no fue así. La densidad emocional estaba ahí, claro, pero Inés y yo no intercambiamos una palabra hasta horas después, tras la comida en la que ni siquiera compartimos mesa. De vuelta a la fosa ella no subió al autobús, dijo que prefería ir caminando, y no me miró al decirlo pero yo reconocí la invitación. Menos de veinte minutos de paseo por la carretera, hablando de nada íntimo, de mis reportajes y de mi viejo libro que ella conocía, de su tesis doctoral y su compromiso con la asociación encargada de aquel desenterramiento; una conversación que si la escribiese aquí literal y tú la leyese no encontrarías un solo destello de deseo, aunque si la escuchases reconocerías todas las inflexiones típicas de la voz enamorada, y si nos hubiesen grabado en vídeo caminando y hablando, al vernos confirmarías toda la comunicación no verbal que Inés y yo desplegamos en esos pocos minutos y que cualquier etólogo podría usar para ilustrar una conferencia sobre el cortejo humano. Hice noche en el hostel del pueblo,

con el equipo que exhumaba la fosa, cenamos todos juntos y estiramos la madrugada con unas copas y el de la guitarra que nunca falta, pero créeme que Inés y yo no nos tocamos más allá de los roces mecánicos del mismo cortejo, la mano de ella en mi antebrazo al contarme algo, mi mano en su hombro al inclinarme para hablarle al oído bajo el ruido ambiente. No hicimos más que hablar, durante toda la noche, seguimos hablando cuando todos se habían acostado, hablamos mientras veíamos amanecer entre la niebla del olivar. Si estás esperando una justificación anacrónica y compensatoria para tu infidelidad, siento decirte que no nos acostamos, ni siquiera nos besamos ni nos declaramos enamorados, aunque al despedirnos al día siguiente sí apretamos y alargamos el abrazo y permanecemos unos interminables y angustiosos segundos tomados de la mano y mirándonos a los ojos con el gesto de derrota y la nostalgia anticipada. Tampoco se prolongaron mucho los correos que no pudiste leer: coincidimos en lo inoportuno de nuestro sentimiento, Sofía acababa de cumplir un año, yo todavía no me había recuperado del cierre del periódico, y ni ella lo propuso ni yo aspiré a ningún tipo de relación adúltera. Así que una semana después decidimos cortar la comunicación y quedarnos con la hermosa memoria de un amor imposible, intacto, perfecto. Tú no te diste cuenta, pero durante días me sentí desgraciado. Su recuerdo, disecado y a salvo de todo desgaste, se magnificó y me hizo monstruoso renunciar a ella. Escribí largos correos que borré sin enviar, para Inés, también para ti. Y fin. No nos volvimos a cruzar en seis años, hasta el reencuentro de hace unos meses.

Admirable. Miren cómo nuestro protagonista sabe gestionar su deseo, sujetar con fuerza las riendas de la pasión, ejercer la responsabilidad conyugal y familiar. El hombre íntegro, el marido honesto, el padre fiel, no como su casquivana esposa, que a las primeras de cambio sucumbió al deseo y puso en riesgo su familia, su proyecto de vida, la felicidad de sus hijas, la salud mental de su marido, la rotación de la Tierra. Perdona el sarcasmo, pero tu detallado relato de enamoramiento con freno de emergencia en el último minuto no me impresiona. ¿Acaso crees que a lo largo de todos estos años yo he vivido encerrada y concentrada en amarte, que me automutilé la capacidad de desear? ¿Que no he sentido la llamada de otras vidas posibles? ¿Que no me he masturbado fantaseando con el padre de un alumno tras una tutoría? Siempre estuvieron ahí: los vaivenes del deseo. Siempre conté con ellos, como baldosas sueltas al caminar, donde a veces te tambaleas, te desequilibras, incluso tropiezas. Pero también confiaba en un amor de hierro que soportase esos vaivenes, y a la vez flexible para asumir un accidente sin quebrarse. Y no solo el deseo: también el amor, la posibilidad tan ilusionante como amenazante de en cualquier momento volver a enamorarnos, a destiempo, y en vez de baldosas sueltas encontrar un enorme cráter que cuesta saltar para seguir adelante. Pero me sorprende que te enamorasas de Inés. E incluso, si no hubiésemos acabado como hoy estamos, me alegraría de que se te hubiera presentado un cráter así en medio del camino. Porque por aquel tiempo, lo recuerdo bien, tú eras el descreído, el cínico. El ateo del amor. El que desguzaba el sentimiento amoroso y lo clavaba con alfileres en un tablero, lo que no dejaba de ser otro misil con mi nombre en tiza: reducir todo enamoramiento a una ficción, un autoengaño, una

construcción cultural, una respuesta a la insatisfacción, una química cerebral, equivalía a bombardear nuestro territorio mítico, nuestro parque temático amoroso, nuestro origen. Equivalía a negarnos. El enamoramiento no existe, decías por aquel tiempo en comidas de amigos: el enamoramiento no existe, es una ficción, aquello que dijo La Rochefoucauld de que muchos no se enamorarían jamás si no hubiesen oído hablar del amor. El enamoramiento es un bien de consumo, decías, y no precisamente de primera necesidad, más bien un lujo. El enamoramiento es una elección económica, decías, una más en un mercado lleno de ofertas amorosas, la multiplicidad de opciones es excitante, cómo resistirse. El enamoramiento es un cuento, decías, un giro en el guion de la vida, un relato que queremos protagonizar, cada vez que subimos a un tren esperamos cruzarnos con un desconocido que nos desbarate la vida. El enamoramiento es un aprendizaje cultural, decías, aprendemos cómo hay que enamorarse en todas esas películas que nos hacen cerrar los ojos al besar y emocionarnos al contemplar un crepúsculo con la persona amada y hasta el tono para gemir en los orgasmos y la postura en que follamos: cuando la mujer se coloca sobre el hombre, cabalgándolo, imita lo que no es más que una necesidad técnica del director de fotografía, el mejor tiro de cámara para filmar un polvo. El enamoramiento es una sustancia, decías, un jeringazo de dopamina y testosterona que nos provoca los mismos efectos que cualquier psicotrópico: euforia, hiperactividad, falta de concentración, intensidad, insomnio, subidas vertiginosas, síndrome de abstinencia, adicción, reincidencia, hay estudios neurológicos que demuestran cómo el enamoramiento activa las mismas zonas del cerebro que el consumo de cocaína. El enamoramiento es solo una función adaptativa, decías, un producto de la evolución, el truco de nuestro cerebro para que busquemos el apareamiento y garanticemos la reproducción de la especie. El enamoramiento es un antidepresivo, decías, es la respuesta a la insatisfacción por la vida que llevamos, enamorarse es asomarse a una puerta lateral en el pasillo, buscar una salida, una habitación más luminosa, una escalera de incendios. El enamoramiento siempre es una reelaboración posterior, decías, singularizamos a la persona amada para justificar nuestra entrega irracional hasta convencernos de que fue inevitable y predestinada, pero enamorarse tiene un componente de oportunidad, solo nos enamoramos cuando estamos receptivos y dispuestos a concentrar la atención en un objeto amoroso, cuando esto ocurre estás en condiciones de enamorarte de la primera persona aceptable que se cruce en tu camino, aunque después elaboremos narrativamente el amor y convirtamos ese cruce azaroso en algo decisivo y magnificado, y añadías, chistoso: soy muy consciente de que yo me enamoré de Ángela como me podía haber enamorado de una gallina, fue la que se cruzó en mi camino en el preciso momento en que yo me encontraba receptivo, pero si en vez de Ángela hubiese sido cualquier otra mujer, me habría

enamorado igual y solo un minuto después me entregaría a dar consistencia argumental a ese enamoramiento, cada atributo de mi amada reforzaría el relato amoroso y hoy pensaría que estábamos predestinados, cuando en realidad la razón de mi enamoramiento era yo, mi insatisfacción, mi necesidad de tomar otro camino, todo eso te oí decir en una comida de amigos, cuando quizás tú creías que yo no te escuchaba, o ni siquiera te importó que te escuchara.

Me volví amorosamente ateo a fuerza de enamorarme. En aquel tiempo anterior a la aparición de Inés me enamoré tantas veces y con tanta ligereza, que inevitablemente acabé entendiendo que el origen de tanta exaltación amorosa era únicamente yo, que mi condición enamoradiza revelaba un fondo evidente de insatisfacción: el ensueño de que en cualquier momento se cruzase alguien en mi vida que me rescatase y me abriese una de esas puertas laterales. Otra escalera de incendios, sí. Una habitación más luminosa, con nuevas vistas. El cráter, como tú lo llamas, solo lo vi con Inés. Pero tras renunciar a ella no dejaba de pensar que la diferencia entre Inés y otras oportunidades fue únicamente que en su caso sí concedí a la pasión un mínimo de terreno para prender, una noche juntos, amanecer en el olivar. Me enamoré de Inés porque acepté por una vez ir un poco más allá del inicial empujón del deseo, más allá de la fácil fantasía tan masculina de la mujer desconocida, fascinante e inesperada que de pronto se cruza en tu camino y lleva en los ojos la promesa de otra vida, una vida mejor. Sentí tantas veces en aquel tiempo la tentación de la puerta lateral entreabierta. Era pura nostalgia, lo sé, esa nostalgia por lo que ni siquiera ha existido. La sentí hasta extremos cómicos, si quieres, por su reiteración y banalidad: una excompañera del periódico con la que coincidía en asambleas y en cañas posteriores, y de pronto un par de comentarios amistosos despertaba en mí una atracción tan obsesiva como efímera. Una artista plástica, a la que entrevisté y luego intercambiamos mensajes y creía encontrar en cada palabra suya una promesa, una invitación. Una profesora de Germán, con la que no había más que saludos y recomendaciones pedagógicas, alguna broma aislada, pero cada encuentro me hacía alimentar el espejismo de una atracción mutua. Madres de amigas de Ana o Sofía, también: tardes en el parque infantil que tenían un vago aroma a adulterio, la posibilidad de una cita en horario laboral, besarnos mientras las hijas juegan en el dormitorio. Amigas, mujeres de amigos, no te imaginas cuántas, te sorprendería quiénes. Estudiantes en la biblioteca, cuando pasaba la tarde allí trabajando. Desconocidas en el transporte público, ese cruce de miradas que te señala y te hace sentir elegido y por qué no, por qué dos personas no pueden anclarse a partir de una sola mirada. Una vecina, con esta te vas a reír: la vecina del piso colindante, su cocina y la nuestra enfrentadas en el patio de luz, coincidíamos algunas veces al tender la ropa, cada uno a un extremo del cordel, doce metros de distancia y un insistente intercambio de miradas y quién sabe, cuanto menos sentido tuviese un ilusorio romance, más apetecible era. Por supuesto, muchas otras mujeres que no llegué ni a ver en persona: en redes sociales, una conversación fortuita que se prolonga, una foto de perfil encantadora. En aquel tiempo cualquier mujer me servía para hacerla objeto de mi imaginación amorosa. Y no era donjuanismo, no era deseo, o no al menos deseo sexual: yo no quería acostarme con ellas, o no solo acostarme con ellas: yo quería enamorarme de ellas, con ellas. Yo no quería una aventura, yo quería escapar. Seguir a alguna de ellas, alejarme, desaparecer. Y dónde estabas tú entonces, dónde estábamos.

Una tarde estabas con Germán en su habitación, os escuchaba a través de la puerta. Aquel problema de matemáticas que intentabas explicarle, con tu impaciencia tan poco

pedagógica: dos corredores en una pista de atletismo. Toman la salida a la vez, pero a distintas velocidades. Uno lento, al trote, tarda tres minutos en dar una vuelta completa. El otro, veloz, cubre una vuelta en solo un minuto y medio. Si corren durante dos horas sin variar sus velocidades, ¿cuántas veces adelantará el veloz al lento? ¿Cuándo coincidirán de nuevo en la línea de salida? Mínimo común múltiplo, Germán, te oía desde el salón, mínimo común múltiplo, Germán, cuántas veces te lo tengo que explicar. Intentabais otros problemas similares. Dos satélites que orbitan a diferentes velocidades la Tierra. Coches en un circuito. Caballos en el hipódromo. Planetas girando alrededor del Sol. Mínimo común múltiplo, Germán, mínimo común múltiplo. Y me dieron ganas de entrar en la habitación y proponeros otro ejemplo más cercano: mira, Germán, papá se mueve a lo largo del día al doble de velocidad que el resto de la familia, gira acelerado en su propia órbita mientras nosotros nos deslizamos tranquilos. Si nos levantamos a la misma hora, ¿cuántas veces nos cruzaremos a lo largo del día? ¿A qué horas coincidiremos en un mismo punto? ¿Cuántos minutos, cuántos segundos durará ese encuentro? Mínimo común múltiplo. Así íbamos tú y yo, así recuerdo el primer año de Sofía. Tú corriendo, tirando de nosotras o empujándonos para que siguiésemos tu ritmo o al menos no te entorpeciésemos; yo a mi paso, clavando los pies a propósito para no seguir tu estela demencial, sujetando a las niñas para que no las arrastrases. Varias veces al día coincidíamos en el mismo punto, nuestro mínimo común múltiplo. Pero solo te veía pasar, adelantar, desestabilizarme con tu ventolera, acelerarme un instante por tu rebufo hasta que conseguía apartarme de tu surco y recuperar mi paso boyal. Mi empeño era que no descarrilásemos, que no nos atropellases. Yo estaba en casa, de excedencia tras la baja por maternidad, prolongando los meses que había pasado de baja durante el embarazo, en reposo: más de año y medio en casa, con Ana y Sofía, concentrada en sujetarnos cada vez que cruzabas, como esas comedias en las que toda la familia toma posiciones en el salón para asegurar la vajilla, el jarrón, los cuadros, a la hora en que cada día pasa el tren expreso. Desde que te levantabas, temprano y con pocas horas de sueño, obedeciendo tus horarios fabriles, marcabas un ritmo que no podíamos seguir, que no queríamos seguir. Había algo hasta cómico en tu forma de moverte: cuando preparabas la cena o vestías a Ana por la mañana y lo hacías exagerando tus movimientos, te desplazabas por la casa y trazabas cada gesto con una velocidad innecesaria y que acababa en tropezones, vasos volcados, cortes en el dedo al cocinar, olvidos, que te enfadaban y te hacían imprimir más ritmo, convertido en un Buster Keaton. Me habría hecho gracia si no fuera porque entendía que aquella gesticulación histérica, aquel corretear por el pasillo y poner la mesa lanzando los platos y cubiertos como en una partida de naipes, tenía intención acusatoria: era tu manera de subrayar mi lentitud, mi

poca colaboración en tu organización productiva del hogar, mi diferente orden de prioridades. Cuando no estabas en casa, Ana te imitaba: mira, mamá, soy papá, y correteaba con pasos cortos por el salón, movía los brazos nerviosa simulando que cocinaba, tecleaba en el ordenador como un pianista loco, y luego se acercaba a Germán y lo hacía reír calcando la voz chillona y trabada de cuando perdías la paciencia. Tus bufidos teatrales, cuando llegabas a casa y terminabas de preparar la comida que yo había dejado a medias porque Sofía tenía fiebre o simplemente prefería dormir sobre mi pecho, las lavadoras por tender y yo recostada en el sofá y Sofía dormida con el pezón entre los labios y Ana se tumbaba al lado, succionaba el otro pezón mientras acariciaba la pequeña cabeza de su hermana y de fondo tus resoplidos de elefante, que traducidos significaban tu desacuerdo porque yo no quisiera dejar a Ana en el comedor ni más horas de guardería ni tardes en casa de tu madre, porque yo quería tenerla conmigo, serena, sin correr tras su padre, abrazada a mí, su mano agarrada a la mano de juguete de su hermana. También para querernos circulábamos a distintas velocidades: yo te abrazaba y te retenía cariñosa a deshoras, te agobiaba con mi exigencia de amor, así me lo reprochaste un día que te recliné que me apartases con frialdad: me agobias con tu exigencia de amor, Ángela, a ti hay que quererte cuando tú dices y como tú dices, o de lo contrario soy sospechoso de no quererte. A cambio, tus brotes nocturnos de amor me encontraban dormida, o no me encontraban por estar con las niñas. El mínimo común múltiplo lograba sincronizarnos milagrosamente en una siesta o una mañana de domingo, y de pronto nos aferrábamos, antes de que la inercia nos separase de nuevo. Yo te pedí parar, el cierre del periódico era una buena oportunidad para detenerte y pensar qué querías hacer después, idear nuevos proyectos. Pero estabas atrapado en tu movimiento perpetuo, pedaleando en el aire con miedo a caer si te detenías. La última vez que detuviste tu deriva fue justo después de nacer Sofía, su primer mes de vida. Era agosto, el último agosto en el periódico, y aunque dejaste la redacción con la inquietud de qué pasaría a la vuelta, cogiste tus vacaciones y te quedaste con nosotras, la primera vez en años que tenías un agosto completo, y no sabíamos que sería también la última. Yo creí ver un quiebro, una bisagra hacia un nuevo tiempo. Estábamos los cuatro, los cinco cuando sumamos a Germán, y podíamos pasar media mañana en la cama, con Ana y Sofía cada una en un pecho, Ana acariciando la carita de su hermana, Germán dándole el dedo para que se lo apretase, y tú rodeándonos en un abrazo mamífero. Al atardecer bajábamos a la playa y paseábamos con una lentitud de la que ya creía que no eras capaz. Mientras Sofía dormía en mi pecho, te llevabas a Ana y Germán a la piscina, volvíais los tres pletóricos y agotados y brillantes de sol, y preparábamos la cena sin importarte lo tarde que fuese, sin bufidos ni resoplidos acusatorios, sin cuadrante horario. A la noche nos tumbábamos desnudos,

la ventana abierta al primer frescor de agosto. Me abrazabas por la espalda, los dos vueltos hacia la cuna de Sofía, tus rodillas encajadas en mis corvas, tu pecho cosquilleante contra mi espalda, un brazo haciéndome cinturón, el otro almohada, las manos enlazadas, los cuatro ojos vueltos hacia Sofía, su carita serena en la penumbra, su respiración que parecía diseñada para tranquilizarnos. Hasta que se despertaba y la pasaba a nuestra cama, y si Ana nos llamaba tú la traías en brazos, y se sumaba Germán a la composición familiar, éramos una escultura indestructible, sin necesidad de cables tensados. Lo fuimos hasta que llegó el primer día de septiembre y el despertador dio la orden para que tu mecanismo se reanudase sin esfuerzo: ganaste de inmediato velocidad y soltaste los primeros bufidos de locomotora, reanudaste tu película muda donde solo faltaba el piano, y rotulaste en una cuartilla el horario del nuevo curso. Y todo empezó de nuevo. Yo no podía seguir así. Yo quería parar.

A la vuelta de las vacaciones, en la primera semana de septiembre, nos anunciaron el expediente de regulación de empleo: un correo a cada trabajador nos explicó que «a pesar de los crecimientos en audiencia y difusión logrados, y de la reducción continua de las pérdidas en los últimos ejercicios, la gravedad de la situación obliga a tomar una medida que la compañía ha intentado evitar y que es imprescindible para asegurar la continuidad del proyecto», decisión que se enmarcaba en «los profundos cambios que se vienen produciendo en el conjunto del sector con el fin de obtener una estructura de costes adecuada a la nueva realidad del mercado publicitario». La empresa propuso recortar la plantilla en un veinte por ciento, y una bajada generalizada de sueldos. Lo sometimos a la asamblea de trabajadores, y desde el comité de empresa hicimos una contraoferta: bajas incentivadas y expediente de regulación temporal, más una rebaja de sueldos que repercutiese en mayor medida sobre los salarios más altos. Nos reunimos tres veces con los representantes de la empresa, ninguna duró menos de cinco horas, reuniones en las que regateábamos días de indemnización, tramos salariales, sueldos de directivos, y al día siguiente volvíamos a la asamblea, que duraba varias horas, con los trabajadores cada vez más inquietos y enfadados, la redacción podrida de rumores. Acabamos haciendo un día de huelga, tras el que la empresa mejoró ligeramente las indemnizaciones. Pero no conseguimos cubrir todas las bajas incentivadas, y hubo que replantear el expediente temporal y las reducciones de sueldo. Por fin lo aprobamos en una asamblea nerviosa y confusa, y yo terminé tan crispado y agotado que hasta me planteé acogerme al plan de bajas. El subdirector me animó a hacerlo, me prometió que seguiría vinculado como colaborador externo, y me insinuó que sería preferible irme ahora y cobrar algo, que esperar hasta un próximo expediente de regulación en peores condiciones, o quizás el cierre del periódico. Es el fin de los buenos tiempos, Antonio, y para algunos será también el fin del mundo, me dijo. Te lo conté, y tú pensaste que era una buena idea: cógelo, Antonio, toma el dinero y lárgate antes de que se hunda. Pero yo no lo vi claro, una indemnización equivalente a tres o como mucho cuatro meses, y luego qué, seguir colaborando con el periódico como *freelance* suponía la misma incertidumbre que quedarme en plantilla, no había futuro garantizado más allá de final de año, y en el resto de medios iban cayendo periodistas de cien en cien a golpe de expediente. El fin de los buenos tiempos. Me quedé, soporté la bajada de sueldo, recibí el enojo de compañeros que me reprocharon no haber negociado bien, sufrí la hostilidad del subdirector que no entendió que yo no aceptase su invitación a marcharme, y me salió aquel eccema, que tomé por psoriasis de herencia familiar: primero en las axilas, luego las rodillas, el vientre, las manos, el cuello, me rascaba furioso. La nómina de

noviembre se retrasó a mediados de mes, y en enero, la empresa presentó concurso de acreedores. Nos distribuyó una nota en la que señalaba que «la crisis publicitaria, la profunda transformación que está sufriendo la prensa, y las dificultades para acceder a nueva financiación, son las razones que llevan a la empresa a acogerse al concurso de acreedores para salvaguardar los intereses de las partes afectadas». Quedamos en manos del administrador concursal y de un despacho de abogados conocido por su dureza al negociar. Los representantes de los trabajadores pedimos a la empresa que hiciese un esfuerzo con las indemnizaciones, pero nos remitieron al administrador, que fijó el mínimo permitido por la última reforma laboral. El principal accionista y fundador del periódico vino una tarde a la redacción, nos convocó a todos y nos dijo que lo sentía mucho pero no encontraban inversores, la deuda acumulada era insostenible, él personalmente había perdido mucho dinero, le gustaría indemnizarnos como merecíamos pero no había nada en caja ni él tenía patrimonio propio con que hacer frente a las deudas, y nos agradeció la comprensión y el esfuerzo de años. Unos días después nos mandaron a casa, empecé a cobrar el paro que equivalía a menos de la mitad de mi sueldo anterior, y hasta un año y medio después no recibimos del FOGASA la indemnización por despido. Empecé a enviar currículum a otros medios y a proponer las primeras colaboraciones, aunque aún hicimos un intento para montar una cooperativa y pujar para quedarnos con la cabecera. Tras comprometer nuestro dinero, hacer un *crowdfunding* y buscar inversores colectivos, nos presentamos en el juzgado el día de la subasta, y nos encontramos con que el mismo propietario que no tenía patrimonio para indemnizarnos pujaba por la cabecera a través de una sociedad inmobiliaria. Mejoró nuestra oferta y recuperó el periódico, limpio de deudas. Ya te dije que era el fin de los buenos tiempos, me recordó el subdirector, que añadió que a él ya le cogía de salida, en pocos años se jubilaría, pero para los de mi edad venían años jodidos. Por ahora, me sugirió, aprovecha y descansa, porque igual no vuelves a tener vacaciones en la vida, me avisó. Y tenía razón: la última vez que tuve unas vacaciones dignas de tal nombre fue justo antes del cierre del periódico, el mes de agosto del año anterior. Aunque ya se habían retrasado en el pago de dos nóminas, y la redacción estaba hinchada de rumores, dejé la nevera llena de reportajes veraniegos sin fecha y me tomé el mes entero, que además acababa de nacer Sofía. Era la primera vez en años que tenía un agosto completo, y todavía no sabía que sería la última. Y aunque cada mañana revisaba el correo con inquietud, por si llegaba un mensaje del departamento de personal, recuerdo aquellas mañanas en la cama, los cuatro, o los cinco con Germán, y las noches recorriendo el pasillo con Sofía acostada como un marsupial en la rama de mi brazo, la pequeña cabeza que cabía en la palma de mi mano. En ese mes volvimos a hablar de la casa: me propusiste que la comprásemos de una vez, todavía teníamos ahorros suficientes y nos quedaría dinero para prepararla. Si cerraban el periódico, montaríamos algo allí, decías. Hablamos de casas rurales, hotelitos para quienes buscan la reparación campestre en un pueblo a solo hora y media de la gran ciudad. Hablamos de una cooperativa que en la comarca ayudaba a montar nuevos negocios. Hablamos de subvenciones públicas, créditos blandos. Hablamos de una pequeña explotación agrícola, enfrascar conservas, gallinas ponedoras, quesos. Hablamos con Luisa y Suso, que nos animaron a emular su todavía felicidad rural. Hablamos de cómo, mientras siguiera en el periódico, yo podría ir y venir cada día, la ciudad a poco más de una hora, y tú buscarías un traslado al instituto de la comarca. Echamos cuentas, tus padres podían dejarnos dinero. Pero llegó septiembre, volví al periódico, te dije que no era el mejor momento para meternos en algo tan grande, invertir todos los ahorros era muy arriesgado, y tampoco era buena idea dejar la ciudad, yo no daba por perdido el periódico, Germán era demasiado pequeño para no verlo entre semana, y yo tenía que seguir. Yo no podía parar.

3

Cuando por fin la matrona posó a Sofía sobre mi vientre, cuando acaricié aquellos dos kilos y medio de carne caliente, y comprobé que tenía los veinte dedos en su sitio, ojos, orejas, labios, las costillas duras bajo la piel a medio llenar, los pulmones ya trabajando, solo entonces alcancé la tranquilidad que no me había dado ninguna prueba prenatal: estás viva, estás entera, estás aquí, lo has conseguido. Durante meses me había parecido una proeza cada instante de su desarrollo, como si todo aquello que en cualquier feto es rutina en Sofía hubiese sido una sucesión de victorias a cual más impresionante: apretar un primer manojito de células hasta formar un embrión, eclosionar cada órgano, inflar un cerebro, armar un esqueleto, moldear orejas, aletas de nariz, párpados. Lo has conseguido, le dije cuando la tuve sobre mi pecho. Lo has conseguido, hija mía. Porque hasta el último momento, hasta que descendió centímetro a centímetro el pasillo uterino, descorchó el tapón mucoso, asomó la cabeza, deslizó un hombro y luego otro y por fin todo el cuerpecillo con desenvoltura de lagartija; hasta que sus manos y pies se aferraron a mi vientre para reptar, abrió los ojos y me miró con esa mirada ciega y azulina de los recién nacidos; hasta ese momento yo temí que algo saliese mal. Que todo saliese mal. Tú intentabas tranquilizarme con la evidencia médica y la estadística, las ecografías que mostraban cada órgano en su sitio, la medida del pliegue nucal, el zumbido de su corazón palpitante que grabamos y reproducíamos a todas horas. La niña está bien, me decías, que tenga poco peso no es nada grave mientras crezca sana, no dramaticemos, hay bebés que consiguen crecer en las barrigas de sus madres desnutridas, en situaciones terribles; ¡hasta en los campos de concentración nacían niños sanos! Siempre tan delicada tu forma de tranquilizarme, siempre. Yo no podía ponerme en pie sin doblarme en una arcada, me sentía sin fuerzas, perdía peso en vez de ganarlo, mi hija arañaba el límite inferior en todas las pruebas prenatales, pero no dramaticemos, recordemos aquellos pobres bebés de Auschwitz. Si pienso en mi segundo embarazo, imagino a Sofía ahí adentro, girando en su piscina amniótica mientras escucha el eco agitado del exterior: la voz de su padre que le dice a su madre que no se agobie tanto, que deje de buscar en Google sobre complicaciones del embarazo y tallas fetales. Oye

también, acolchados por las paredes del útero, los ya entonces frecuentes bufidos de su padre, el taconeo de sus pasos acelerados, el ruido de armarios cerrados con ímpetu que la sobresaltan en su sueño fetal, el estruendo de platos recogidos con prisa, los chillidos matutinos para que Ana y Germán terminen de desayunar, el portazo al salir. Luego unas horas de calma, de solo escuchar mi voz: eres muy fuerte, Sofía, eres la niña más fuerte del mundo. Le cuento lo orgullosa que estoy de cada centímetro y cada gramo y cada neurona que desarrolla, y comparto con ella el libro que leo, y le canto las canciones que meses después la ayudarán a dormir. A mediodía se sobresalta en su burbuja, al reconocer de nuevo la voz de su padre que sin detenerse pregunta qué tal todo, cómo van las náuseas, un beso en la barriga, hola, Sofía, ya está aquí papá, y vuelta al taconeo veloz, el estrépito al poner la mesa, la protesta entre dientes al encontrar la comida a medio hacer. Por la tarde duerme ingrávida, mecida por la vocecilla de Ana que le canta lo aprendido en la guardería, Germán lee un cuento frente a la barriga, y de fondo, casi inaudible, la voz de su padre en el despacho, que da instrucciones por teléfono, pregunta a un entrevistado, ríe cómplice con algún compañero, pide comprensión al subdirector por no haber terminado aún la página prometida y repite la excusa familiar: siento el retraso, mi mujer está teniendo un embarazo de mierda, luego intento pasarme por la redacción. A la noche, Sofía recibe la corriente que prende su hermana al mamar, las tres unidas en un único cable desde el pezón hasta el cordón umbilical. Adormecida en su bamboleo submarino, despierta un instante al oír la voz de su padre que, ahora más calmado, le habla con la boca cerca del vientre: Sofía, mi amor, estamos aquí, te esperamos, te queremos, y luego al separarse, en voz baja: si Ana se queda aquí contigo yo me acuesto en su cama, necesito dormir unas horas sin interrupción, quiero madrugar para adelantar trabajo antes de llevarla a la guardería. Sofía se acaba adormeciendo de nuevo con la voz gestora de su padre que planifica para el día siguiente horarios, idas y venidas, compras, comidas. También oye alguna discusión, recibe por el cordón el cortisol caliente de mi impaciencia cuando te digo que yo así no aguanto, que me quiero ir a casa de mi madre, que necesito que me cuiden, pero tú aseguras que no es para tanto: nosotros podemos solos, es cuestión de organizarse bien, gestionar mejor nuestros tiempos y tareas.

Te equivocas. De nuevo la memoria sesgada por el final. Si Sofía pudiese rescatar de su memoria primitiva aquellos meses uterinos, contaría otra versión. No niego las prisas, la organización cuartelera, el mal humor, pues en efecto fue un tiempo complicado: tú con prescripción de reposo, yo recién ascendido en el periódico e intentando trabajar algunas tardes en casa para estar con vosotras, durmiendo cuatro horas diarias por adelantar trabajo. Todo eso lo habría oído Sofía, de acuerdo, y seguramente tú tenías razón y yo me equivocaba al pretender sacar adelante sin ayuda un embarazo complicado, una hija de dos años, otro hijo de siete que venía días sueltos, trabajo desbordante. Pero de

existir esa memoria, Sofía también recordaría muchos otros momentos que cuestionan, o al menos matizan, tu relato. Las siestas, por ejemplo, cada tarde antes de volver al periódico. Cuando Ana aún dormía después de comer, y yo quitaba el sonido al teléfono y me tumbaba a tu lado. Sofía, esa Sofía a la que imaginas conciencia fetal, recordaría nuestras voces, más calmadas, susurrantes, las ondas placenteras al acariciar mi mano tu vientre, nuestras respiraciones acompasadas hacia la breve siesta, hasta que Ana se despertaba y venía y se sumaba al abrazo, y también Germán los días que estaba en casa, te rodeábamos, te envolvíamos, parecíamos una escultura helenística con tantos brazos y piernas entrelazadas, y tú eras feliz, así lo decías, con Ana succionando tu pecho, Germán masajeándote la barriga y pidiendo patadas a su futura hermana, y yo adosado a tu espalda, envolviéndoos: soy inmensamente feliz, decías, aunque quizás lo has olvidado ya, tu recuerdo sesgado por el final de la historia te nubla los momentos hermosos. Y fueron muchos. E incluso antes, si existiera algo parecido a una memoria embrionaria, en la de Sofía estaría inscrita nuestra felicidad al confirmar que estabas embarazada, el divertido asombro de Ana y Germán cuando les dimos la noticia, las listas de nombres hasta elegir Sofía, y lo mucho que hablábamos en esas primeras semanas, antes de que empezasen tus mareos: volvías del instituto, comíamos juntos, montábamos a Ana en la silla y me acompañabais paseando hasta la redacción y sí, entonces me compartías toda esa cascarilla laboral que en algún momento dejaste de contarme o yo de escucharte, y yo te compartía algo sobre lo que estaba escribiendo, o mi propia cascarilla pringosa que traía del periódico. Y aunque su memoria prenatal no alcance hasta ahí, un día le contaremos cómo fue el polvo original, el momento de su concepción, que yo sí recuerdo bien, y ahora me vas a dejar que me explaye un poco: sábado por la mañana, yo no había puesto despertador, no tenía intenciones deportivas ni planes con los que atosigaros. Adormilados, nos besamos largamente las bocas espesas, nos encajamos de perfil, frente a frente, apretándonos con las pocas fuerzas de cuerpos en ayunas. Llevados por ese deseo matutino que siempre espera una ocasión perezosa para manifestarse, nos sacamos las camisetas, tironeamos la ropa interior hacia las rodillas, nos masturbamos con delicadeza antes de penetrarte. Apoyados cada uno en un costado, de perfil, una cópula calmosa, dulce, respirándonos en las bocas. Y casi hablando dentro de tu garganta, te dije que no pensaba ponerme condón, y abriste los ojos pegados a los míos, bizqueando, sonreíste, me agarraste las nalgas para apretarnos más, tus pezones goteaban leche, y prolongamos el polvo todo lo que pudimos, con la colaboración de Ana que no se despertó. Yo sentía latir tu interior, las contracciones que tiraban de mí hacia lo profundo, y todo tenía una lentitud que parecía reparar el apresuramiento de años. Cuando estaba a punto de correrme te pedía que parases, quedábamos unos segundos así, atornillados por arriba y por abajo, hasta que reiniciábamos la oscilación, levísima, y en una de las reanudaciones nos corrimos, mi esperma lanzado a fecundarte. Aún quedamos así, encajados, sin salir de ti ni separar las bocas ahora con besos flojos, hasta que apareció Ana, que trepó sobre las sábanas y nos separó para meterse en medio, que era otra forma de mantenernos unidos, y chupó tu pezón para hormonar la fecundación de su hermana.

Decidimos un segundo embarazo porque estábamos en un buen momento.

Estábamos en nuestro mejor momento en años.

Yo me había reincorporado al instituto en el nuevo curso, tras la larga excedencia con Ana.

Te vino bien salir de casa, y económicamente también fue nuestro mejor momento, cuando alcanzamos la cumbre de la gráfica bancaria: entre los dos sumábamos cinco mil euros al mes, más pagas extraordinarias. *Ana había empezado a ir unas pocas horas a la guardería, recién cumplidos los dos años, aunque yo no terminaba de relajarme, pasaba la mañana temiendo en cualquier momento una llamada.* Yo la recogía a mediodía, antes de comer, y paseábamos tranquilos hasta casa, teníamos nuestra rutina: le encantaba repetir cada día las mismas frases en cada punto del recorrido, reiterar el asombro ante un árbol enorme, esperar ante la misma ventana a que se asomase el gato, celebrar como si fuera la primera vez el giro en la esquina que le hacía reconocer nuestra calle. *En casa íbamos a otro ritmo.* Contábamos con Nicoleta, que un par de veces por semana limpiaba, tendía lavadoras, planchaba. *Desde la primavera ya veníamos haciendo esfuerzos por entendernos, no dañarnos, cuidarnos, y sobre todo asegurar para Ana una rutina lo más sosegada posible.* Habíamos anotado en la nevera buenos propósitos, una de esas listas simpáticas sacadas de Internet: las diez cosas que toda pareja debe hacer a diario para tener una buena relación. La repasábamos cada noche para asegurar su cumplimiento. La encontré al fondo de un cajón cuando la mudanza. *Incluso recuerdo un artículo que publicaste por entonces y que yo tomé como un guiño, un propósito de enmienda, una promesa para el nuevo tiempo. Era algo contra la aceleración de nuestras vidas.* No fue un artículo, sino un par de semanas en que dedicamos páginas en el periódico, bajo el lema «No tenemos tiempo», a cuestionar la aceleración vital, la sociedad del rendimiento y el cansancio, la hiperproductividad, el *multitasking*, la invasión del trabajo en nuestras vidas, el consumo de estimulantes y antidepresivos: entrevistas a sociólogos y psicólogos, tribunas, debates, reseñas de libros, todo en la misma dirección: necesitamos otro tiempo, necesitamos otra vida. Y sí, fue idea mía, porque yo era el primero que necesitaba otra vida. *Entonces empezó tu alabanza de aldea, volvías del hipermercado y nos prometías un huerto y gallinas y un cerdo para matanza anual y futuros paseos junto al río.* Los fines de semana que estaba Germán nos íbamos a comer a algún pueblo, un día de campo, un par de noches en un parador. *Por las tardes bajaba con Ana al parque mientras estabas en el periódico, las otras madres no entendían que no la dejase subir sola al tobogán o cruzar el puente de cuerda: tranquila, mujer, que todos los niños se caen alguna vez, me decían, ignorantes.* Dormíamos todavía a ráfagas, nos sobresaltaba el mínimo quejido, una tos, un golpear con la pierna en la cuna, despertábamos y le poníamos la mano en el pecho para recibir su latido, su respiración. *Recuerdo el olor del gel conductor que le untaban en el pelo. Lloraba cuando le despegaban los electrodos y le arrancaban cabellos.* El neurólogo confiaba en que no se repitiese, que fuese un episodio aislado. La medicación la protegía y el tiempo jugaba a nuestro favor, la maduración cerebral lo haría cada vez más improbable. *No nos dejaron estar a su lado mientras le hacían el TAC: la metieron dormida en la sala, cerraron la puerta y quedamos los dos en el pasillo, abrazados, llorando y sin palabras con que nombrar el terror que sentíamos.* La última crisis le dio justo antes de que la sedasen para el TAC, todavía en la habitación: tú gritabas por el pasillo llamando a la enfermera y yo la inmovilicé en la cama, sentía sacudirse entre mis dedos sus huesos delgados, mientras le susurraba ya está, mi niña, ya está, ya se acaba, los ojos vueltos, la boca desencajada. *Solo queremos descartar que tenga un tumor o algún tipo de daño cerebral, nos dijo*

el neurólogo. Insistió en que era muy improbable, solo lo hacían para estar cien por cien seguros, pero aquellas palabras vibraron terribles en el pasillo de urgencias: tumor, daño cerebral, no oímos nada más. Hacía menos de tres meses que mi padre había encontrado a Blanca desmayada en la cocina y también a ella le habían hecho un TAC preventivo, solo para estar cien por cien seguros, pero en su cerebro sí apareció el tumor, un glioblastoma, y después le habían levantado el cuero cabelludo y serrado el cráneo, rebañado el cerebro, y luego un ciclo de quimioterapia y la cicatriz que supuraba y empapaba el vendaje por la noche y la infección y vuelta a abrir el cráneo y el bisturí que sajó donde no debía y Blanca ya no podía levantar el brazo izquierdo y perdía el hilo de la conversación pero al menos estaba salvada, cinco de cada cien conseguían sobrevivir más allá de dos años. Tumor, daño cerebral, eso dijo el neurólogo en el pasillo de urgencias, solo queremos descartarlo. La segunda y la tercera crisis habían sido muy seguidas, todavía en el box de urgencias: con la segunda quedó apagada, un lloriqueo muy leve, gatuno, incapaz de hablar ni incorporarse en la camilla. El enfermero nos explicó que un ataque como aquel dejaría a cualquier adulto exhausto: es como correr una maratón, dijo, y sin acabar la frase empezó la tercera convulsión en menos de media hora: entre dos enfermeros le sujetaron los brazos y le metieron los dedos en la boca para que no se mordiese la lengua y le apretaron un diazepam en el culo. *En la ambulancia, camino del hospital, yo quería llevarla en brazos pero la ataron a la camilla, y aunque ella me reclamaba llorando yo solo podía darle la mano. Papá, papá, te llamaba, como si ya no confiase en que su madre pudiese sacarla de aquella ambulancia.* Yo iba detrás, en nuestro coche, y aunque fue un trayecto corto y a aquella hora con poco tráfico, en mi recuerdo aparece como una interminable persecución, esquivando vehículos lentos, los ojos fijos en el destello de la luz de emergencia, los dedos me temblaban tanto que no podía marcar en el teléfono, intentaba llamarte para que desde dentro de la ambulancia me dijese que estaba bien, que estaba viva. *El teléfono lo había olvidado en casa al salir, concentrada en no separarme de mi niña, en no soltarla. Sollozaba sin fuerzas, sin recuperar del todo la conciencia, y yo solo preguntaba a los médicos de emergencias qué le va a pasar, qué le va a pasar. ¡Antonio, la niña, Antonio, la niña!, solo podías decir eso al teléfono, y yo corrí al aparcamiento del periódico, salí de allí y todavía no entiendo cómo no me estrellé contra una columna, cómo no atropellé a nadie, saltando semáforos en rojo y acelerando por el carril contrario. Estaba jugando sentada en la alfombra, y algo debió de sentir porque se puso en pie, se giró hacia mí que estaba en el sofá, me miró con una expresión que yo ahora recuerdo de gravedad y advertencia aunque seguramente la memoria me engaña. Se desplomó de espaldas como si se dejase caer desde el borde de la piscina, rígida, sin doblar las rodillas ni amortiguar con las manos. Hasta me pareció una broma, parte de su juego, pero oí la cabeza golpear contra el parqué, me lancé a por ella y vi sus ojos muy abiertos, desesperadamente abiertos, vueltos hasta casi quedar en blanco, los dientes apretados y rechinando, la cara endurecida en una mueca nunca vista, el cuerpo sacudiéndose en espasmos durante un tiempo interminable, y esa imagen no me ha abandonado desde entonces.*

Solo fue una crisis parainfecciosa. *¿Solo? Tres años tomando medicación, visitas al neurólogo cada seis meses, electroencefalogramas periódicos, inquietud cada vez que tenía fiebre o vómitos, sobresalto cuando la llamaba y no contestaba desde la habitación.* Lo sé, pero no tenía un tumor, ni daño cerebral ni siquiera epilepsia. Crisis parainfecciosa: episodio convulsivo asociado a un proceso infeccioso, normalmente una gastroenteritis aguda e infecciones respiratorias en las vías altas. Es frecuente que las crisis se repitan en un mismo episodio, en forma de salvas de dos a diez repeticiones en las siguientes horas. Suele producirse en niños entre los tres meses y los tres años, con predominio del sexo femenino. *Llevaba desde el día anterior con una fuerte gastroenteritis, con vómitos y diarrea, y yo quise llevarla a urgencias por la noche.* Y yo no quise, y todavía no me lo has perdonado, y no me lo perdonarías aunque todo un congreso mundial de neurólogos declarase que haberla llevado a urgencias no habría impedido las convulsiones. Solo parecía una gastroenteritis, nadie va a urgencias por vomitar.

Nadie va a urgencias por vomitar. Nadie va a urgencias porque no le baje la fiebre ni metiéndola en una bañera templada. Nadie va a urgencias por un silbido al respirar que seguramente es fruto de la imaginación de su hipocondríaca madre y que termina en toda una noche enchufada al salbutamol. Nadie va a urgencias por un dolor en la barriga que el optimista padre diagnostica como gases y acaba en infección renal. Nadie va a urgencias por un llanto inconsolable que resulta otitis aguda.

Nadie va a urgencias por una neumonía que acaba siendo un simple resfriado, nadie va a urgencias por una meningitis que solo era un dolor de cabeza, nadie va a urgencias por una obstrucción intestinal severa que al final se queda en estreñimiento, nadie va a urgencias por una insuficiencia cardíaca diagnosticada infaliblemente por el doctor Google a partir de una manchita en la cara.

¿Vamos a hacer un puto concurso de quién acertó y quién se equivocó más veces?

No necesitabas cuarenta de fiebre, convulsiones ni un silbido en el pecho: ya antes de aquel episodio te bastaba un llanto prolongado, o ni siquiera prolongado, un llanto medio, un llanto breve, un quejido, una sola vocal, un suspiro, para decretar el estado de excepción, soltar lo que estuvieses haciendo, saltar de la cama en mitad de la noche, correr por el pasillo pasando por encima de mí si me adelantaba, salir de la ducha enjabonada, dejar una sartén en el fuego, detener el coche en mitad de la calle.

Bravo, hacía tiempo que no sacabas a pasear a la madre histérica, uno de tus personajes de ficción favoritos.

No creo que fueses una madre histérica, y si alguna vez te lo dije así, te pido perdón. Más bien pienso que eras una madre atezada por un profundo sentimiento de culpa. De culpa preventiva. Por nada que le hubieras hecho a la niña, sino por todo aquello que deberías poder evitarle. El sufrimiento, esa idea tuya tan repetida entonces. Que la niña no sufra, decías. Que no sufra dolor. Que no sufra enfermedades. Que no sufra hambre. Que no sufra por no ver inmediatamente atendidas sus demandas de alimento, calidez, seguridad. Que no sufra por no encontrar a su madre. Que no sufra por despertar sola. Que no sufra por falta de contacto físico. Que no sufra por no tener todo el amor del mundo, que siempre será insuficiente. Que no sufra carencias afectivas que la condenen a padecer dificultades emocionales cuando sea adulta. Que no sufra tanto estrés que debilite su respuesta inmunitaria y afecte su sistema nervioso y su metabolismo. Que no sufra experiencias traumáticas que le dejen secuelas psicológicas de por vida. Que no sufra tanto que el día de mañana su cuerpo sea incapaz de producir suficientes linfocitos para combatir un cáncer. Que no sufra como ese bebé que, a fuerza de sentirse abandonado en la cuna, una noche acaba provocándose él mismo una muerte súbita. Que no sufra como las crías de rata que en el laboratorio son separadas de sus madres y disparan sus niveles de cortisol. Que no sufra como los niños rumanos huérfanos que tienen mayor tendencia al suicidio y a la delincuencia en la edad adulta. No quiero ser sarcástico, Ángela, estoy recordando de memoria lo que encontré en los libros que me diste a leer entonces, que leí porque quería entenderte y acercarme a ti. Y lo que encontré fue culpa, mucha culpa, una culpa infinita que se vertía sulfúrica sobre madres y padres ansiosos con cada decisión que toman respecto a sus hijos, por si les deja una huella dañina de por vida, por si desaprovechan oportunidades para asegurarles una vida feliz, por si sufren, sufren, sufren.

Espera, que sigo yo, que lo recuerdo perfectamente: aquella genialidad que soltaste en una comida de amigos, lo del quijotismo, ¿recuerdas? Hablábamos de estilos de crianza, y te sumaste a quienes hacían chistes sobre crianza natural: lo que me pasaba, a mí y a todas las madres locas como yo, era lo mismo que a don Quijote, dijiste. Espera, tengo que imitarte, aquella voz declamatoria que pusiste al interpretar tu parodia del famoso fragmento cervantino: ¡del poco dormir y del mucho leer, a las madres se les secó el cerebro, de manera que vinieron a perder el juicio, y vinieron a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que les pareció conveniente y necesario hacerse madres naturales! A partir de ahí estiraste la broma comparando los libros de caballería con los de crianza, y hasta reelaboraste burlón el famoso discurso de don Quijote sobre la edad de oro: ¡dichosa edad y siglos dichosos aquellos!, exclamaste, payaso, y evocaste un pasado mítico de cazadores y recolectores donde las madres llevaban todo el día a sus hijos colgados del pecho y dormía la familia en un mismo jergón y los bebés comían cuando tenían hambre, dormían cuando tenían sueño, contenían los esfínteres cuando les parecía adecuado, y lloraban si su madre desaparecía de su vista para así asegurarse de que no morirían de frío o de hambre ni serían devorados por las fieras. Lo raro es que no escribieses un gracioso artículo de polémica fácil para ser el más leído del día; o un libro, otro jodido hueco editorial, un nicho de mercado, miles de maridos corriendo a comprarlo, yo hice la EGB, mi mujer se volvió una loca de la crianza natural.

Yo tengo otros recuerdos aún más divertidos: una noche en casa, tú golpeando el techo con un palo de escoba y exigiendo a gritos a los vecinos del piso de arriba que cogieran de una puta vez a su bebé en brazos y no lo dejaran llorar más, mientras te cagabas en la puericultura fascista y amenazabas con llamar a la policía por abandono de un menor. O en el parque, farfullando entre dientes y apretando los puños porque una madre estaba modificando la conducta de su hijo como si fuera una miserable rata de Skinner. O cuando mi hermana, con su hijo de pocos días ingresado en el hospital por una infección, decidió irse un par de horas a su casa a ducharse, y la llamaste por teléfono para afearle que abandonase de aquella manera a un bebé que podía sentirse aterrado al despertar y no encontrar al lado más que a un padre de pecho peludo y sin glándulas mamarias. O el día que me explicaste que si yo tenía dificultades para empatizar con las necesidades de Ana seguramente se debía a carencias afectivas en mi infancia, por culpa de la forma errónea en que la generación de nuestras madres nos dio biberón, nos hizo dormir solos, nos dejó llorar, nos abandonó en guarderías, no nos abrazó ni nos besó bastante y nos educó con premios y castigos, poniendo límites a nuestro desarrollo emocional, haciéndonos sufrir, sufrir, sufrir.

Mucho estaba tardando en aparecer el episodio con tu madre, para completar el catálogo de reproches mezquinos. Ya lo cuento yo, que no se me ha olvidado. Señoras, señores, ocupen sus localidades y desconecten sus teléfonos móviles, que está a punto de comenzar el Gran Duelo Materno Intergeneracional. Nos encontramos en una cena navideña. A un lado de la mesa tenemos a una madre, ya abuela, que crio hijos hace más de treinta años, y a la que llamaremos Madreliberada: militante en el feminismo de los setenta y ochenta, Madreliberada ejerció cuantos derechos fue conquistando: trabajar fuera de casa, regular su fertilidad con anticonceptivos, abortar, divorciarse. Del otro lado, una madre primeriza a la que llamaremos Madrenatural: también de convicciones feministas, Madrenatural ha decidido priorizar la crianza de su hija por encima de su carrera profesional, para espanto e incompreensión de familiares, amigos y a ratos su propio marido. Abí tienen a cada madre a un lado del cuadrilátero. Se percibe cierta tensión en el ambiente, por roces previos que incluyeron comentarios indirectos lanzados por Madreliberada contra Madrenatural, que hasta ese momento ha preferido ignorarlos. Madrenatural está sentada a la mesa con su bebé en brazos, que duerme con los labios entreabiertos junto al pezón del que cuelga una última gota tibia. Madreliberada bebe su cuarta copa de cava, que se suma a cinco copas de vino durante la cena, un gin tonic previo y un jerez de aperitivo. Madrenatural no ha probado más alcohol que el del brindis, por ser incompatible con la lactancia. Madreliberada habla con su hija, cuñada de Madrenatural, y a su vez madre de otro bebé que duerme en una cuna al fondo de un pasillo, con la puerta cerrada y un intercomunicador. Madreliberada le dice a su hija que no entiende cómo las mujeres han vuelto a caer en la trampa, y que esta vez se han metido ellas solas. Madrenatural vuelve los ojos hacia su marido, que le esquivo la mirada y propone a la mesa

debatir sobre el discurso del rey que han escuchado unas horas antes, pero Madreliberada no se da por aludida y dice que es una pena, con todo lo que ellas lucharon para liberarse del patriarcado, y que ahora haya mujeres que se lancen a él de cabeza y encima presuman de ello. Madrenatural suelta un resoplido bien sonoro, de hasta aquí hemos llegado. Madreliberada estira la cuerda otro poco: nosotras nos liberamos de la dominación de nuestros maridos, y ahora van estas madres y se entregan felices a un nuevo amo y señor: el bebé, que es el nuevo agente del patriarcado, la madre sometida a su hijo como antes lo estuvo al marido. Madrenatural desenfunda por fin: pero de qué liberación estás hablando, lo único que hicisteis fue entregaros al mercado de trabajo sin modificarlo ni hacerlo igualitario, reproduciendo los patrones masculinos, en inferioridad de condiciones, aguantando doble jornada dentro y fuera de casa, y haciendo pagar un precio a vuestros hijos; si esa es la liberación, conmigo no cuentas, gracias. Madreliberada tarda unos segundos en reaccionar, parece noqueada por el inesperado y agresivo golpe. El resto de comensales asiste en incómodo silencio, hasta que por fin Madreliberada contraataca: mira, no te consiento que digas que hicimos pagar un precio a nuestros hijos, ya está bien del discursito de las buenas madres y las malas madres, se puede querer a un hijo y darle todo lo que necesita sin llevarlo todo el día colgado a la teta; es que de verdad alucino de cómo habéis caído en la trampa, todo eso del instinto maternal, el vínculo exclusivo de madre e hijo, el misticismo de la crianza, joder, nos pasamos años luchando para que los hombres se hiciesen también cargo de sus hijos, y ahora vais y los echáis del dormitorio para poder dormir pegadas a vuestro bebé, y como eso todo lo demás: renunciáis a la epidural, gracias a la que nosotras vencimos la milenaria maldición bíblica de parir con dolor; veis con sospecha la píldora anticonceptiva por ser química, cuando a nosotras nos permitió ser dueñas de nuestros cuerpos, nosotras parimos, nosotras decidimos; os quedáis en casa cuidando al hijo mientras el marido trabaja, después de lo que nos costó escapar del hogar; permitís que el marido se desentienda porque no puede ni darle un biberón si se despierta de noche; renunciáis a todo placer pues el único placer es ver cómo maman vuestros hijos; y hasta algunas defienden los pañales lavables, que es como volver un siglo atrás; ¡siempre acabo pensando que el más ferviente partidario de la crianza natural debe de ser el papa!, porque todo esto parece el sueño húmedo de cualquier ultracatólico, el pack completo: la mujer en casa, sin píldora, el parto con dolor, la familia tradicional, la madre ascética y con profundo sentimiento de culpa, y todo sin que el patriarcado haya tenido que mover un solo dedo, ¡os habéis metido vosotras solitas en la jaula! Madrenatural tiene un primer impulso de levantarse y abandonar el salón con su bebé, al que quiere ahorrarle todo aquello, pero aún dispara una bala más: pues para ser tan feminista, eso que has dicho no puede ser más machista; según tú, las mujeres somos tan tontas

que nos han engañado creyendo que el parto natural o la crianza con apego eran un paso adelante en nuestra lucha por ser dueñas de nuestros cuerpos y de nuestras vidas; no te has parado a pensar que quizás lo que pasa es que no nos interesa el modelo de mujer que nos dejasteis: trabajar en un mercado laboral donde llevamos siempre las de perder, criar y cuidar en un mundo donde sobran los niños, eso sí, consolándonos con el discursito de la conciliación, que por lo visto quiere decir escolarizar a los hijos desde que nacen, dejarlos en la guardería antes de que amanezca y recogerlos al anochecer; no, gracias. Es entonces cuando interviene en la conversación el que faltaba: el marido cretino de Madreliberada, aficionado a llevar la contraria a su mujer sea cual sea el tema a discutir, y que en este caso ofrece a Madrenatural un apoyo que ella no desea: tu nuera tiene razón, los chiquillos donde mejor están es en casa con su madre, como toda la vida. Madreliberada desoye a su cretino esposo, y continúa: no te das cuenta de que toda esa historia de reivindicar la maternidad se extiende justo cuando llega la crisis económica: en cuanto escasea el trabajo lo acaparan los hombres y mandan a las mujeres de vuelta a casa. Interviene ahora el marido de Madrenatural e hijo de Madreliberada, con el noble propósito de tender puentes entre ambas mujeres, aunque para ello usa un cemento de la peor calidad: yo creo que las dos tenéis parte de razón, tan respetable es la mujer que elige realizarse como trabajadora, como la que elige realizarse como madre. Yo no busco realizarme, interrumpo Madrenatural, hablamos demasiado de las madres y muy poco de los hijos, y deberían estar en el centro, porque vivimos en un mundo radicalmente antiniños; si no estás dispuesta a dar todo por tu hijo, no lo tengas, no es obligatorio. Pero no podemos reducir a la mujer a su condición de madre, dice ahora la hija de Madreliberada y cuñada de Madrenatural, y que por cierto aplicó a su hijo un método conductista de adiestramiento del sueño: no podemos reducir a la mujer a su condición de madre, y encima ese modelo tradicional de madre abnegada que antepone siempre las necesidades de los demás a las suyas. Lo que no podemos es anteponer las necesidades del sistema productivo a las del bebé, replica Madrenatural, que tira a dar: no puede ser que los niños tengan que dormir de un tirón no porque sea lo mejor para ellos, sino para que su madre pueda rendir al día siguiente de ocho a tres, y así ganar suficiente para sus vacaciones europeas. Mejor eso que una mujer que depende económicamente del varón por quedarse en casa a criar, salta Madreliberada, en defensa de su agraviada hija. Perdona, pero tú no eres la más indicada para hablar de dependencia económica del varón, bombardea Madrenatural, señalando al cretino con un golpe de cabeza. Todos boquiabiertos en la mesa. Madrenatural se levanta y sale del salón con su hija en brazos, su marido la sigue por el pasillo y dejan atrás el revoloteo indignado del resto de comensales. Fin de la comedia.

Al día siguiente de volver de la maternidad, recién nacida Ana, me levanté, os arropé con la sábana, cogí mi ropa e intenté salir del dormitorio sin hacer ruido. Dónde vas, amor, susurraste sin abrir los ojos. Voy a la piscina, te contesté, quiero nadar un rato, necesito mover el cuerpo después de dos días de hospital. Te di un beso, otro a Ana que dormía sobre tu pecho, e hice otro intento de salir al pasillo. ¿En serio vas a nadar?, insististe. Eso pensaba, pero si necesitas algo me quedo, dije. No necesitamos nada, vete tranquilo a nadar, murmuraste, y yo ya no pude pasar de la puerta: ¿te parece mal que vaya a nadar? No, claro que no me parece mal, puedes hacer lo que te apetezca en cada momento, vivimos en un mundo libre, respondiste, y así arrancamos nuestra primera discusión de padres, en voz baja, todavía contenidos, tú no entendías que yo no me quedase toda la mañana abrazado a vosotras, yo me mostraba muy ofendido porque cuestionases mi amor de padre, hasta que dije la frase que más repetí en las siguientes semanas, de la que me faltó hacerme una camiseta, una taza de desayuno: cuando nace un hijo no se para el mundo. La pronuncié cada vez que durante mi permiso de paternidad quise hacer algo diferente a encapsularme en vuestro ovillo lactante: ir a la piscina, leer un libro, quedar con un amigo para tomar una cerveza, y no hacía falta que me objetases nada, yo llevaba la frase por delante: cuando nace un hijo no se para el mundo. La seguí pronunciando durante meses, cada vez que mis intentos por hacer vida normal chocaban con tu estado de excepción maternal, cada vez que tú intentabas parar el mundo.

Claro que se para el mundo. Es decir, el tiempo. Se vuelve otro. Se amansa, se espacia. Se hace humano. Fue entonces cuando empezamos tú y yo a desplazarnos a velocidades diferentes, al nacer Ana. Y no es que tú avanzases más lejos, era más un moverte en círculos, un ir y venir. Como esos perros que acompañan el paseo adelantando y retrasando. Te quejabas a menudo de estar siempre tirando de nosotras, apremiándonos, resolviendo lo que dejábamos pendiente, organizando lo práctico para cumplir horarios, y por la calle, cargando en hombros a Ana y remolcándome a mí de la mano para seguir tu paso. Y era cierto: tú tirabas, empujabas, forcejeabas para avanzar, y nosotras te reteníamos. Ana, luego Sofía, eran un ancla. Con Germán fue diferente, tú marcabas los tiempos, aunque también te retuvo más de lo que seguramente recuerdas. Pero desde que nació Ana, mi tiempo se transformó. Y también el tuyo, en un sentido distinto al que crees. Piensas que tus hijas te quitaban tiempo, pero en verdad te lo devolvían. El tiempo. La oportunidad de recuperar el tiempo, de frenar la deriva. Crees que por ellas ibas desbordado, pero no te dabas cuenta de que en verdad te contenían. Si no te despeñaste más veces fue gracias a ellas. Te sujetaban. Hoy lamentas las oportunidades perdidas, los trenes que dejaste pasar, renunciadas laborales que quizás te habrían abierto puertas, o esa obsesión tan tuya por la «vida interesante», acumular experiencias y momentos especiales, lo mismo aprender otro idioma que ascender una montaña. No las acusas, pero quizás sientes que no has llegado más lejos por culpa de tus hijas, y sin embargo es mucho mejor: no has llegado más lejos gracias a tus hijas. Si hubiesen ido antes a la guardería, si se

hubiesen quedado en ella más horas, si hubiésemos alargado sus tardes con extraescolares, si yo hubiese limitado mis excedencias, si las hubiésemos dejado al cuidado de una persona contratada, si nos hubiésemos exigido menos por ellas, tal vez la curva de la gráfica bancaria habría sido diferente, pero estoy convencida de que nos habríamos estrellado hace años. Han sido un lastre, sí, pero un lastre necesario para no perder el suelo. El freno de emergencia. Te oí tantas veces teorizar, altisonante, sobre la insoportable aceleración del capitalismo contemporáneo, la invasión de hasta el último resquicio de nuestras vidas por el trabajo, pero luego te veía y parecías entusiasmado acelerando y rindiéndolo todo al trabajo. Y no era que no quisieras parar. Era que no podías, no sabías parar. Y nuestras hijas te paraban. Yo lo tuve claro desde el principio. Dejé que ellas me marcasen el tiempo, que fuesen mi reloj. Al precio de resistir tensiones y presiones, sí, no solo ajenas, también mi propia inercia de años. Al precio de chocar contigo. Pero yo entendí que mis hijas me ponían a salvo. No era yo quien las protegía y cuidaba: eran ellas a mí, al volverme protectora y cuidadosa. Para qué sirven los niños; aquello tan hermoso y sabio que te dijo Alba Rico cuando lo entrevistaste en el periódico, recuerda: para qué sirven los niños, sirven para cuidarlos, es decir, para volvernos cuidadosos. Y ya sé que frenar, ralentizar, cambiar las prioridades, es incompatible con nuestras vidas. Esa locomotora que no se detiene ante nada, tampoco ante los niños. Especialmente ante los niños. Pasa sobre ellos. Pero esa incompatibilidad era la mejor razón para detenerme: la toma de conciencia de que las vidas que llevamos son totalmente contrarias a las necesidades de los niños. Y no me refiero a todo aquello que tú no entendías que fuese incompatible e intentabas que siguiera igual: tus horarios fabriles, las noches de sueño ininterrumpido, los viajes en coche parando solo cuando se acaba el combustible, nuestra vida sexual. Yo hablo de más, mucho más: la manera en que ser madre me hizo entender todo aquello que antes solo intuía. El malestar de fondo, que al tener hijos cambia su expresión pero sigue siendo malestar, todas esas madres y padres exhaustos, malhumorados, malqueriéndose. Cuando lo ves en tu hija, cuando entiendes que es un sinsentido adaptar horarios escolares a horarios laborales, o domesticar el sueño de un bebé siguiendo la misma lógica por la que el sueño de los trabajadores fue domesticado en los inicios del capitalismo industrial; cuando les transmites tu nerviosismo y los ves correr como tú corres, es entonces cuando comprendes que no es que nuestra normalidad sea incompatible con criar hijos: es que es incompatible con la vida. Y me sorprendía y me decepcionaba que tú, con el capitalismo todo el día en la boca, no lo vieses. Me reprochabas neorromanticismo, ingenuidad, pero yo sentía que mis hijas me daban una lucidez radical, un asomarte por la grieta y ver el revés de la trama y entender de qué va todo esto. De qué mierda va todo esto. Y cuando alcanzas esa lucidez, ya no puedes seguir como si no supieras. Mis hijas

son mi reloj. Mi ancla. Me dan solidez cuando todo se descompone. Paciencia y atención, entre tanta dispersión y prisa. Mis hijas son un lugar en el mundo, cuando todos andamos perdidos, desubicados, deslocalizados. Mis hijas me han traído cordura, sentido, límites. Ataduras en un mundo desatado. Igual que los niños hacen habitables las ciudades cuando el gobernante las adapta a sus necesidades, así también nos pasa cuando adaptamos nuestras vidas a sus necesidades. Nos volvemos como esas calles por las que queremos que puedan caminar solos: nos volvemos lentos, seguros, luminosos, confiados. Las pocas veces que te hablé de esto, tampoco nos entendimos. Coincidías conmigo en el diagnóstico, no en la solución. Decías que no bastaba con construir un refugio privado donde ponernos a salvo con nuestras hijas, que eso era derrotismo. Había que cambiar todo ahí afuera. Nosotros éramos unos privilegiados, yo podía permitirme parar el mundo porque nos respaldaba una cuenta económica por aquel entonces abultada, y mi condición de funcionaria que me desentendía de toda preocupación laboral de por vida, y hasta añadías el patrimonio familiar que un día heredaré de mis padres. Pero no era suficiente con construir un búnker individual, decías. Era tu época de militancia: volvías tarde de asambleas de las que apenas me contabas, te metiste en el comité de empresa del periódico, anduviste también en el 15M. Me reprochabas mi desinterés político, mi ignorancia sobre asuntos de actualidad, que no viese un telediario desde hacía meses. Te burlabas de mí, me llamabas marija por dedicar tardes a coser un disfraz para Ana en vez de comprárselo, o por hacer pan casero. Qué fue de la joven esperanza de la historiografía española de la que un día me enamoré, me preguntabas sarcástico, por qué no retomas la tesis, la investigación, el proyecto de Historias de Vida. Me criticabas que no leyese más que sobre crianza. Que no te leyese. Cuando nace un hijo no se para el mundo, repetías enojado. Pero no fueron los libros, fue Ana. Los libros solo me confirmaron todo lo que me descubrió ella, desde el primer día. Esa lucidez de quien de pronto siente que tiene en las manos un cuerpo tan vulnerable, tan dependiente, tan mortal, pero que te dota de un poder descomunal: dar la vida, mantener la vida. Era algo primario, animal. Estaba en el cuerpo. Un vínculo en primer lugar físico, de carne. Sensual incluso, cada vez que su boca rozaba mi pecho. Antes que el suyo, yo sentía mi propio cuerpo funcionar, el útero que se encogía en las primeras succiones, la leche que me colmaba los pechos con solo escuchar el comienzo de su llanto. Claro que se paraba el mundo: Ana en mi pecho, sosteniéndome la mirada a pocos centímetros, logrando que al encontrarme en el reflejo de sus pupilas yo tuviese que mirarme a mí misma, muy adentro: descubrirme como no me conocía, sentirme impotente y a la vez todopoderosa. Yo quería que estuvieras ahí. Que te incorporases a esa mirada.

No, yo no podía parar el mundo. Tienes razón, no sabía pararlo. Pero tampoco quería. Ahora lo veo de otra manera, pero el Antonio que yo era entonces no quería parar. Todavía crecía, ascendía, y aunque a la vuelta de un par de años me encontraría rodando por la otra cara de la montaña, en aquel momento nada hacía presagiar un techo, una cima desde la que solo quedase caer. Entonces todas las gráficas eran ascendentes: la económica, en primer lugar. Subidas de sueldo según asumía más responsabilidades en el periódico, a lo que sumaba otros encargos remunerados, llegados al calor de mi buen momento profesional: prólogos de libros, mesas redondas, cursos de verano, colaboraciones en radio, un anticipo para otro libro, y muchas otras propuestas que rechazaba por falta de tiempo, porque entonces podía elegir, podía decir no. En el año que nació Ana, acabo de comprobarlo, ingresé casi sesenta mil euros. Crecía también el reconocimiento, el de mis jefes y compañeros, el de colegas de profesión, el de lectores y seguidores en redes sociales. Y todo eso era dinero también, era garantía de continuidad en el periódico, oportunidades de ascenso, brillo de mi marca personal que me acabó facilitando colaboraciones cuando cerró el periódico. Había vanidad, no te lo niego, me recuerdo muy excitado en aquel tiempo, una excitación infantil y una ambición en las que hoy no me reconozco. Pero también sentía que era mi manera de contribuir a nuestro proyecto. Por Ana, y por Germán, y por nosotros. A mi alrededor caían cadáveres, llegaban los primeros expedientes de regulación de empleo en los grandes medios, conocía a cada vez más *freelances* empobrecidos, y yo me propuse ser cigarra y preparar el invierno. No sabes la satisfacción que me producía mirar el saldo bancario, ver crecer los ahorros como un silo. Poder prolongar tu excedencia el tiempo que fuese. Estar cubiertos ante imprevistos, accidentes. Ayudar a mi padre cuando tuvo que cerrar la tienda. Y el futuro, nuestro futuro. Ya entonces, mucho antes de conocer la inestabilidad del *freelance*, ya entonces me inquietaba el futuro. Veía por delante años, décadas, que había que recorrer, y que tendríamos que pagar año por año, mes a mes. Germán y Ana, luego Sofía, eran una columna en la contabilidad del futuro, miles de euros durante años. Ropa que renovar cada temporada, libros escolares, vacaciones, una vida digna, estudios superiores algún día. Nosotros mismos, el futuro al que algún día querría llegar con una pensión que me hiciese habitable la vejez, cuando envejeciésemos juntos. La casa, también. Todavía era solo una fantasía, cambiar de vida en algún momento, pero eso habría que pagarlo también. Poco antes de nacer Ana, habíamos visitado a Luisa y Suso. Pasamos un fin de semana con ellos y volvimos eufóricos, cándidamente eufóricos, imaginando nuestra propia casa de pueblo, admirados de la vida que nos mostraron: sus rutinas rurales, su huerto, sus gallinas, su hija asilvestrada y feliz, sus paseos vespertinos, la felicidad que exhibían. Una felicidad descalza, despeinada, perezosa, limpia. Todo eso habría que pagarlo en algún momento. Nada me habría gustado más que quedarme cada mañana en la cama con vosotras. Me tocó mantener la caldera funcionando. No me quejo, asumí que era mi parte, me enorgullecía ser capaz de hacerlo, latía en mi interior el ancestro cazador. Y también yo viví con intensidad mi paternidad, aunque para ti nunca fuera suficiente. Yo tenía que vivirla con la intensidad que tú marcabas, expresarla según el protocolo que establecías. Porque además yo era permanentemente sospechoso de poco entusiasmo paternal. Yo ya tenía un hijo, y eso para ti significaba que no podía sentir el mismo asombro, admiración y plenitud que tú, porque para mí ya era un sentimiento usado. Lo pensaste, supongo, hasta que nació Sofía y fuiste madre por segunda vez. Pero por aquel entonces me hiciste sospechoso de no sentir por Ana lo que ya habría sentido en su día por Germán. Además, me veía obligado a fingir dudas primerizas, porque mi experiencia previa también te molestaba: que yo hubiese curado ya un cordón umbilical, que supiese nombrar el meconio sin leerlo en un manual de primeros padres, que masajearse con pericia una barriga hinchada de gases, que levantase y girase sin miedo el cuerpecito de Ana. Acabé asumiendo que era mejor fingir ignorancia y sorpresa, hasta que comprobé que eso te fastidiaba aún más, te parecía una burla, como si yo me estuviese haciendo el tonto. Estaba también Germán, que no solo era un recordatorio permanente de que yo no era un padre novato: es que además me propuse incorporarlo en todo momento a la unidad familiar, meterlo en la cama con los tres, que me ayudase con el pañal o que ofreciese el dedo a la mano

de su hermana mientras mamaba. Y para todo ello encontré a veces una irritante resistencia de tu parte. Una resistencia mamífera. Querías proteger a tu cachorro de cualquiera, también de Germán, también de mí. Y con todo, recuerdo que aquellos días fueron felices. Muy felices. Y estuvimos más unidos que nunca hasta entonces, y seguramente más de lo que nunca volveríamos a estarlo.

Me acuerdo de muchas mañanas con Ana sobre mi vientre, mamando, tu brazo bajo mi cuello como almohada, tu otra mano acariciando su cabecita, y sus ojos mirándonos con esa brillantez profunda, mirándonos alternamente, sin apenas parpadear, afirmándonos.

Me acuerdo de su mirada hipnotizada cuando le revoloteaba mis dedos ante la cara, se los movía con lentitud de posidonia y se le iban aflojando los párpados.

Me acuerdo del olor del pliegue de su cuello, fermentado, lácteo. Y de su dedo meñique, el dedo más chico del mundo, un huesecillo de pollo que me provocaba espanto y fascinación al tomarlo.

Me acuerdo de los suspiros que estallaban en el dormitorio oscuro, su respiración serena que parecía querer tranquilizarnos, y de pronto una larga exhalación como un mensaje: estoy aquí, estoy con vosotros.

Me acuerdo de la entrada en casa, la llevamos a cada habitación y se la fuimos presentando, nombrando todo por primera vez para ella. Me acuerdo del trayecto en coche desde el hospital hasta casa, dormida en el capazo, yo conducía con precaución de transporte nuclear. Me acuerdo al salir de la maternidad, aquel cuerpecillo que pesaba como nada que hasta entonces hubiera sostenido en mis brazos. Me acuerdo de nuestros compañeros de habitación, el padre trabajaba en la recogida de basura y aquella noche nos celebraron con bocinazos musicales todos los camiones de basura de la ciudad al pasar. Me acuerdo de la agitación de las primeras horas, agotada, dolorida, asustada, tan débil como poderosa con aquel pequeño cuerpo apretado contra mi costado, y yo me sentía viva, desmesuradamente viva, escalofriantemente viva, eso era estar viva. Me acuerdo de sus manos, sin apenas fuerzas me pellizcaba el vientre y me clavaba los pies para impulsarse centímetro a centímetro, cabeceando furiosa, hasta acertar con la boca en el pezón mientras yo notaba cómo todo mi interior se licuaba y se canalizaba hacia el pecho. Me acuerdo de su cuerpo empapado y rojizo, al alzarlo la matrona, esa mezcla de extrañeza e identidad cuando ves por primera vez el rostro de tu hija, la incredulidad de que una criatura viva hubiese crecido en tus entrañas. Me acuerdo de que estabas a mi lado, tomados de la mano, me acariciabas, me animabas con palabras dulces al oído, y yo creía que no iba a poder mover un solo músculo más para empujar, pero al mismo tiempo sabía que podría seguir haciéndolo hasta el fin de los días. Me acuerdo de que estaba muerto de miedo, de pronto me parecía imposible que un cuerpo pudiese salir por una vagina sin desmembrarse en el intento. Me acuerdo de que no tenía miedo,

estaba poseída por una seguridad milenaria, yo solo era la última de una cadena de mujeres pariendo desde el principio del mundo, todo mi cuerpo sabía qué hacer para sacar a mi hija.

2

Ni cercos polvorientos, ni paredes decoradas por pequeños cavernícolas, ni escalas de crecimiento infantil en el marco de alguna puerta. No quedaba una sola huella de los anteriores inquilinos, todavía con olor a pintura y lejía. Es un piso viejo pero tiene mucho encanto, dije, dijiste, dijimos. Te gustaban especialmente los dos cuartos de baño: el alicatado yeyé, los sanitarios aparatosos y con la porcelana apagada, y esos grifos preconstitucionales, uno para agua fría y otro para la caliente, la F azul, la C roja, duros de girar. Te divirtió la cocina, los azulejos historiados, los muebles color hueso que te recordaban a tu infancia. Coincidimos en que las ventanas no eran tan encantadoras, con su aluminio de décadas. Tampoco las puertas valían gran cosa, con esos picaportes latonados, pero pintadas de blanco no molestaban demasiado. A cambio, el parqué era muy superior a cualquier tarima barata, pese a los muchos arañazos que aprecié como marcas de vida, para que te rieras de mí. Ah, y los radiadores de calefacción, esos enormes costillares que tú encontraste propios de un sanatorio alpino. También el edificio, un bloque tardofranquista de clase trabajadora con ínfulas, las paredes del portal revestidas en imitación de madera y con tapices cervinos, el portero con uniforme y ese recibidor con ostentosos sofás que pedían una copa de coñac, y donde imaginábamos sentados a los pretendientes de Ana esperando a que bajase. La calle, común, falta de cualquier atractivo arquitectónico, como el barrio entero, un barrio residencial pero con más personalidad que los nuevos desarrollos periféricos donde se hipotecaban nuestros amigos, con encantadores ultramarinos y mercerías, alejado del centro turístico y por eso apropiado para criar hijos. Un barrio obrero, nos decíamos con orgullo desclasado, vivimos en un barrio obrero. Si no estuviese tan embarazada inauguraríamos la casa ahora mismo, me dijiste girando en el dormitorio vacío, y yo te acorralé contra el armario: quién ha dicho que el sexo sea malo en el segundo trimestre, todo lo contrario, nueve de cada diez ginecólogos lo recomiendan, son endorfinas para el bebé. Y con un polvo de pie contra la ventana, una pierna tuya levantada y apoyada en el radiador, quedó bautizado nuestro nuevo hogar. *Los cuatro operarios amueblaron el piso en menos de tres horas, con diligencia de termita y movimientos charlotescos. Lo primero que entró por la puerta fue el sofá, que ya venía cojo. A su alrededor fueron colocando los pocos muebles que trajimos del apartamento. Subieron cajas en el ascensor hasta que apareció el portero y les dijo que estaba prohibido usarlo en mudanzas, normas de la comunidad. Siguieron por las escaleras, subían los tres pisos a la carrera con el colchón y el somier, al bajar se cruzaban con los que traían la nevera y la lavadora recién compradas. Cuando pasó el vendaval recorrimos las habitaciones, todavía desangeladas. Tendremos que procrear una familia numerosa para llenar un piso tan grande, dijiste, y recorrimos el pasillo besándonos y sacándonos la ropa, nos dejamos caer en el sofá y reinauguramos la casa. Luego saliste a buscar a Germán, queríamos*

que participase en la preparación de nuestra nueva casa que también era su nueva casa. Comimos pizza sentados en el suelo y echamos la siesta los tres juntos, cuatro si contamos a la embrionaria Ana, sobre el colchón sin sábanas, tú y yo abrazados, Germán hablándole bajito a su hermana en la barriga. Después desembalamos ollas y fuentes encajadas como matrioskas, vasos envueltos en papel de periódico. Atornillaste un par de lámparas, desenrollamos la alfombra haciendo rodar a Germán muerto de risa. Esa misma tarde fuimos con él a IKEA, elegimos una litera para su dormitorio y pretendimos cargarla en el coche junto a una mesa de comedor, seis sillas, una cómoda, cortinas, un espejo de baño, sábanas, una vajilla completa y dos sacos llenos de chismes decorativos y útiles de cocina. Pasamos el fin de semana montando la casa. Te peleaste una mañana entera con la litera, maldijiste repetidas veces al diseñador sueco que había decidido descomponer el mueble hasta su pieza más pequeña. Germán se movía divertido alrededor metiendo una llave Allen en cada orificio, y yo os hacía fotos para documentar todo el proceso de preparación de nuestra casa. Esa misma noche consultamos webs de fabricantes para encargarnos unas librerías que merecieran tal nombre, con medidas de libro, no como esas estanterías baratas y fondonas, pensadas para grandes volúmenes decorativos. Nos propusimos cubrir una pared del salón con librerías hasta el techo, por una mezcla pequeñoburguesa de estética y satisfacción moral. No teníamos todavía tantos libros, pero al ritmo que las editoriales te enviaban sus lanzamientos pronto revestiríamos varias paredes con sus lomos coloridos. El coche lo compramos poco antes de la mudanza. Germán se subió divertido a todos los vehículos del concesionario y le dejamos elegir color. Necesitábamos un coche amplio, familiar, repetíamos con orgullo al vendedor, señalando tu barriga todavía inapreciable: un coche familiar, anticipábamos una década de sillas infantiles y carrito plegado, íbamos a ser cuatro y quién sabe si cinco en pocos años, necesitábamos un maletero suficiente para futuras vacaciones, acampadas, salidas ciclistas, grandes compras semanales en el hipermercado. Nos decidimos por un modelo alto y con buena tracción, todocaminos lo llamó el vendedor, había que contar con la posibilidad de que pronto comprásemos la casa del pueblo, no todavía para vivir pero quizás sí para escapar los fines de semana. La casa la descubrimos por casualidad, no íbamos buscándola ni habíamos compartido hasta entonces aspiraciones rurales. Fuimos a aquel pueblo a comer, el subdirector del periódico me había recomendado un sitio para una ocasión especial: es casi un secreto, me dijo, un pequeño restaurante apadrinado por cierto cocinero mediático, con un joven y ambicioso chef al frente, solo seis mesas en un antiguo molino, ciento cincuenta euros por cabeza pero merece la pena, piensa que en cuanto se corra la voz cobrarán el doble, es un lujo pero un lujo a tu alcance, muchacho. La ocasión lo merecía, celebrábamos el Predictor positivo y la segunda edición de mi libro, y tus tempranas náuseas no te impidieron degustar los siete platos del menú y beberte una copa del tinto que el hábil maître nos colocó sin advertirnos que la botella costaba otros ciento setenta euros, pero la ocasión lo merecía, y era un lujo pero un lujo a nuestro alcance: yo acababa de ascender a segundo de mi sección y redactor jefe del suplemento cultural, tú habías cobrado tu primera paga extra completa, entre los dos superábamos los cuatro mil euros mensuales. Salimos del restaurante y paseamos por el camino del río, riéndonos de nuestra ignorancia botánica, solo sabíamos nombrar los robles. Hablábamos sin parar, excitados, yo algo ebrio por haberme bebido casi toda la botella de vino, tú culpaste a tus revolucionadas hormonas

de las ganas que te entraron de llorar cuando nos sentamos en una represa y te abracé desde atrás y, acariciando tu vientre, te dije que íbamos a reventar de felicidad, que a veces hasta me daba miedo tanta fortuna, tanto viento a favor, y que toda esa energía y toda esa buena suerte que nos acompañaba, y que tú vinculabas al espíritu protector de tu abuela recién fallecida, en adelante la íbamos a concentrar en hacer feliz a ese pequeño ser que todavía no abultaría más que una alubia. Lloraste, de alegría y de pavor, dijiste que te sentías una privilegiada, que no sabías si merecías todo aquello pero pensabas esforzarte por merecerlo. Nos besamos largamente, profundamente, concentrados, con la brisa del atardecer escalofriándonos. Mi mano bajo tu camisa encontró los pezones duros, sin apenas girarte me desabrochaste la bragueta, deslicé mis dedos bajo el elástico de tu pantalón y nos masturbamos con esmero. Minutos después, cuando subíamos hacia el castillo para desde allí ver la puesta de sol que también me había recomendado el subdirector, fue cuando encontramos la casa. *SE VENDE. Por aquel tiempo veíamos señales en todas partes, y aquella no la dejamos pasar: si esa casa llevaba tantos años sin comprador, como indicaba el cartel descolorido, era porque nos estaba esperando. Tú acababas de decir que te gustaba tanto aquel pueblo, aquel paisaje, aquel olor a leña ardiendo, aquellas campanas de puntualidad católica y aquellos cencerros que traía el viento y aquellas pajas esmeradas junto al río, que como vieses una casa en venta eras capaz de comprarla en ese mismo momento. Y no habías terminado la frase cuando al girar hacia el castillo nos topamos de frente: SE VENDE. Otra señal, coincidimos. Ahí estaba, una ruina, pero nosotros no veíamos sus muros erosionados, las ventanas reventadas del piso superior, el tejado cubierto de hierbajos; nosotros ya veíamos el resultado de la futura reforma, la asemejábamos a otras casas rehabilitadas que habíamos envidiado en la plaza y en las que adivinamos a felices capitalinos de fin de semana. Rodeamos la construcción, saltamos el murete del corral trasero y encontramos abierta una ventana. Sin pensarlo, allanamos la casa que desde ese día empezamos a llamar nuestra. Recorrimos la planta baja, alcobas enanas que pedían un derribo de paredes y replanteamiento de espacios. En el establo proyectamos una biblioteca, librerías tan altas que necesitarían una escalera corredera, en el techo abriríamos una claraboya. Alumbramos con el teléfono, escaleras abajo, la cueva de ladrillo que acogería la bodega, botellas a las que soplar el polvo antes de cada comida especial. Pegaste en la pared la etiqueta que le habíamos despegado al vino del restaurante, sería la primera de muchas con las que empapelaríamos las paredes del sótano, con todo el vino que nos beberíamos juntos en años. Subimos a la planta de arriba por una escalera podrida, admiramos los techos abuhardillados y las vigas a la vista. Solo alteró mi buen ánimo un esqueleto de pájaro junto a una ventana, sus huesos finos enroscados, acaricié supersticiosamente mi vientre. Allí mismo llamamos al teléfono que figuraba en el cartel, nos dijeron que pedían treinta mil euros, calculamos que harían falta otros tantos para reformarla mínimamente. Tú dijiste que si regateábamos bien podríamos bajar hasta veinte mil, aquello era una ruina y llevaba años sin comprador. No entraba en nuestros planes inmediatos la vida rural pero nos sedujo pensar en*

una casa de descanso a poco más de una hora de la ciudad: escapadas semanales, veranos frescos, inviernos de chimenea, pandillas de niños del pueblo para nuestros hijos, hasta el día en que nos hartásemos de la ciudad y nos instalásemos del todo. Te mandé callar, te veía capaz de soltar en ese mismo momento todos los aborros que teníamos en la cuenta. En el coche de vuelta jugamos a imaginarnos muchos años después: con cincuenta, sesenta años, bien tratados por el tiempo, tú galán maduro, yo mujer que mejora con la edad, los hijos nos visitarían los domingos con sus parejas y luego con nuestros nietos. Viviríamos en aquella casa donde sobreviviríamos como robinsones si todo fuese mal ahí afuera, pasearíamos todas las tardes por el monte cercano, nos habríamos aprendido los nombres de los árboles. Cuidaríamos juntos el huerto. Envejeceríamos juntos. Nos querriamos más que nunca por pura acumulación y evolución: nos querriamos de una manera que ahora no podíamos ni imaginar, no nos querriamos como esos veteranos que hacen de la costumbre cariño: no como supervivientes sino como orgullosos vencedores que durante años han trabajado su amor.

La decisión de ser padres era una forma de hacer ese trabajo, esa acumulación y evolución. Seguir subiendo niveles. Te quedaste embarazada porque hacía mucho tiempo, ya antes de conocerme, que tenías claro que querías ser madre; te quedaste embarazada porque me pareció buena idea darle a Germán un hermano que quizás reforzase su vínculo conmigo; pero sobre todo te quedaste embarazada porque ya no sabíamos cómo querernos más. Una noche te dije, medio en broma, que las relaciones amorosas son como las relaciones laborales en una empresa: o asciendes, o te vas a la calle. O te comprometes con la empresa y asumes más responsabilidades, o te conviertes en sospechoso de falta de implicación. En ninguna empresa puedes pretender ser tropa para siempre, se espera de ti que hagas carrera, que disputes a tus iguales, que te ganes cada escalón hacia arriba. No hay vuelta atrás. Nunca se puede rechazar una propuesta de ascenso. Algo así me dijo el subdirector cuando me ofreció dejar de ser redactor de infantería: no te estoy haciendo una oferta, Antonio, te estoy dando una orden; te exigimos más tiempo y responsabilidad a cambio de no mucho más sueldo, sí, pero tú ya sabes todo lo que necesitas saber en tu puesto y no necesitamos un redactor demasiado listo y con la cabeza pegada al techo, te acabarías echando a perder, es hora de pelear un poco más arriba. Así nosotros: no podíamos seguir amándonos con la cabeza pegada al techo, era hora de pelear un poco más arriba, porque además empezábamos a ver los primeros amagos de esguince. Y no me refiero a las fricciones de la convivencia, que a esas alturas aún encajábamos con humor y hasta considerábamos una ventaja adaptativa de futuro: somos complementarios, nos decíamos: mi exigencia organizativa y mi querencia por el orden, que tú veías cercanas al trastorno obsesivo compulsivo, eran el reverso perfecto para tu entropía doméstica. Y al contrario, tu despreocupación y despiste permanentes humanizaban la casa y evitaban que yo la convirtiese en un páramo de camas hechas, ropa alineada en los cajones, mesas despejadas y libros ordenados por géneros. Si los dos fuésemos tan rectilíneos como yo o tan indolentes como tú, vivir juntos sería un infierno disciplinario o un infierno anárquico, decíamos optimistas. Pero se acumulaban las señales de agotamiento, de que esa etapa de la vida de pareja estaba más que recorrida y había que promocionar en el organigrama amoroso. *La curva ascendente de tu gráfica. Siempre hacia arriba. La intensidad de los comienzos, que no admitía decaimiento, ni siquiera mantenerse: había que escalar aún más. Llevábamos más de dos años acumulando vivencias, momentos especiales, y todos son especiales en los primeros tiempos de una relación amorosa, cuando se suceden las*

primeras veces. Vivir en la novedad interminable. En la acumulación continua. Más, siempre más. El movimiento, el pedaleo, o si prefieres, el golpe de remo: también en el amor hay chasquidos de látigo y horror vacui. Los viajes, por ejemplo. Londres, Florencia, Oporto, el románico palentino, la costa gallega, fines de semana en hoteles con encanto. Viajes donde los únicos desencuentros tenían que ver con mi resistencia a secundar tus planificadas y documentadas rutas. Si no viajábamos, llenábamos el tiempo libre con museos excéntricos, restaurantes recomendados, cementerios donde buscar tumbas insignes, mercadillos de artesanos o de anticuarios, conciertos, nuestra primera ópera. El amor como un estado de excepción permanente. También en casa, todavía en el pequeño apartamento previo al embarazo: cocinábamos juntos enrevesadas recetas que nos obligaban a cruzar la ciudad en busca de un ingrediente. Alquilábamos cine clásico, nos leíamos poemas en voz alta sin sentir vergüenza ni dejar que el filtro irónico nos chafase el entusiasmo. Incluye en toda esa acumulación de experiencias las sexuales. Otro estado de excepción. Aprovechar la sincronía de nuestros deseos antes de que fuera tarde. Sábados en que apartábamos el sofá y la mesa baja, cubríamos la alfombra con una sábana y nos entregábamos a la gimnasia sexual. Rodábamos y cambiábamos de postura sin soltarnos, componíamos laocoontes y piedades barrocas, probábamos acoplamientos tan incómodos como excitantes, nos vendábamos los ojos, nos dábamos masajes lentos, descubríamos zonas erógenas retrasando la penetración. Nos desafiábamos: masturbarse uno mientras el otro solo podía mirar; conseguir un orgasmo sin penetrar ni usar las manos; ser títeres o siervos del otro. Nos regalamos un libro de sexo tántrico, imitamos las fotografías consiguiendo más risa que ardor, ensayamos técnicas para retrasar la eyaculación, para intensificar el orgasmo. Nos untábamos comestibles, nos aplicábamos geles y nos masajéamos los anos con dedos y juguetes, te dilataba lo suficiente para penetrarte, tus piernas en mis brazos, nos sosteníamos la mirada, los rostros dislocados, y no nos esperaba la tristeza postcoital sino una ternura infinita. Nos casamos. Con la misma voluntad de excepcionalidad y distinción con que hacíamos todo en aquel tiempo. Nos casamos a escondidas, solos, con dos compañeros de trabajo como testigos obligados a guardar silencio eterno. Nos casamos sin trajes de boda, en una sala anodina del registro civil y con una juez desganada que no entendía nuestra risa incontenible; pensó que le tomábamos el pelo con una farsa de boda. Nos colocamos unos anillos baratos que nadie tomaría por alianzas, y a la salida nos hicimos fotos felices que ni las niñas han visto. Nos regalamos una comida en un restaurante cuyos precios hoy nos escandalizarían, pero todo era poco para confirmar que nos amábamos como nadie se había amado hasta entonces. Es decir, como se aman todos los enamorados desde hace milenios. Nos encerramos en un hotel a dos calles del apartamento, luna de miel: un fin de semana entero con el cartel de No Molestar colgado de la puerta, tres días lennonyokonizados, tres días desnudos y sucios y entumecidos, pidiendo comida y bebida al servicio de habitaciones, escuchando en bucle el 69 Love Songs, follando olímpicos, escocidos, ya sin fuerzas y, aunque no lo reconociésemos, sin ganas. La decisión de casarnos llegó tras una de esas pequeñas inflexiones de la curva ascendente. Un tropezón, una señal de alerta. No era que la gráfica perdiese altura y fuerza,

sino que de pronto se volvía sismógrafo: dos líneas que superpuestas parecían una sola hasta que en algún momento se separaban levemente, casi inapreciable en la gráfica pero suficiente para provocar turbulencias y dudas. Tú estabas en una semana de sobrecarga laboral, habías enlazado dos viajes con solo un breve paso por casa para cambiar de maleta y darme un beso que encontré tibio. Conyugal, sí. Yo acababa de aprobar las oposiciones, me había quedado sin mi rutina estudiantil de los últimos meses y todavía no me había incorporado a mi plaza. Noches que te quedaste ante el ordenador, mañanas que desperté y ya no estabas, llamadas que no atendiste o me devolviste con prisa por colgar. En plena resaca anímica tras el examen, senti que nos estábamos desacoplando, desajustando, circulando por primera vez a distintas velocidades. Una de esas noches tú leías en el sofá, te quité el libro y como una necia impuse mi presencia, me coloqué en tu regazo, exigí tu amor, mendigué tu amor. Me correspondiste con cariño pero yo vi tus ganas de acabar con mi numerito, caricia en la cabeza, perrita buena. Hablé de más. Lloré, no por tu frialdad sino por mi estupidez, pero me empeñé en recriminarte tu desatención de la última semana, te pregunté con impertinencia adolescente si te estabas cansando de mí, si según tú ya nos habíamos amado suficiente y a partir de aquí tocaba administrar el capital acumulado. Te revolviste, más desconcertado que enojado, me acusaste de ser extremadamente exigente, irracionalmente exigente. Me dijiste que esto no era una competición de quién amaba más, ni teníamos que batir récord alguno de intensidad amorosa, debíamos empezar a normalizar un poco nuestra vida, no pretender que cada instante fuese único. Insistir en ello nos condenaba a quemarnos, agotarnos, decepcionarnos. Podíamos encerrarnos en casa y no hacer otra cosa que amarnos pero sería un error, una muerte segura, era más razonable evolucionar hacia formas más habitables de afecto, esa fue tu palabra: AFFECTO. Debíamos madurar como pareja, sin que eso significase querernos menos. No podíamos encerrarnos en nuestro amor, por grande que fuera acabaría por asfixiarnos. Había más cosas en la vida, tu trabajo te requería mucho pero no podías desaprovechar el buen momento, acababas de publicar tu libro sobre las fosas y se te acumulaban las invitaciones; yo podía retomar mi tesis ahora que tenía más tiempo; el mundo no se para cuando uno se enamora, eso me dijiste también. Acabamos abrazados y pidiéndonos perdón, tragicómicos, yo prometí no ser tan exigente, tú te propusiste no bajar tanto la guardia. Echamos un polvo triste, y en el decaimiento posterior me pediste matrimonio. Yo te dije que no quería que me lo pidieras como respuesta a mis palabras de un rato antes, pero me mandaste a la mierda riendo y me preguntaste con solemnidad, rodilla en tierra, si te haría el honor de casarme contigo. Cada desencuentro entre nosotros te abismaba exageradamente. Yo te insistía en que eran normales, propios de la convivencia: es compatible quererse mucho y fastidiarse, pasa a los padres con los hijos, entre hermanos, también las parejas, sobre todo las parejas. No podía decirte que tu problema era de

inexperiencia, que nunca habías vivido con un novio, que lo que nos sucedía era inevitable y no necesariamente malo: nos estábamos conociendo, descubriendo diferencias, ajustando discordancias, negociando desacuerdos. No podía decírtelo porque mi pasado sentimental reciente era fuente habitual de conflicto, cuando sentías que yo te trataba con el mismo automatismo matrimonial con que según tú habría tratado a la madre de Germán, con la que algunos días te parecía que hablaba más tiempo que contigo, cosa lógica porque teníamos un hijo en común, pero este recordatorio te sobraba y te irritaba más: me reprochabas ser demasiado condescendiente con ella y encajar con excesiva benevolencia sus maniobras malintencionadas con las que, según tú, ella intentaba sabotear mi nueva vida y castigarme donde más me dolía y avivar mi sentimiento de culpa y en el fondo mantener las ataduras conmigo porque esa mujer seguía enganchada a mí y yo no le permitía superarlo con ese paternalismo con el que me ofrecía para ayudarla, acompañarla, aconsejarla, organizarle la vida, porque ese era mi problema, que yo era muy dominante y le había provocado a la madre de Germán una fuerte dependencia emocional que ahora ella no sabía romper ni seguramente yo en el fondo quería romper porque a todos nos gusta sentirnos necesitados y esa mujer tardaría años en rehacer su vida porque no sabía dar dos pasos sin mí, era una inútil o se hacía la inútil, era muy tonta o era muy lista, quería joderme la vida o quería recuperarme, me hacía sentir responsable de su suerte y al mismo tiempo era yo el que estaba encantado con experimentar ese poder en mis manos, y llegado a este punto yo dejaba de morderme los labios y te decía que tenías un problema con tus absurdos celos retrospectivos, y tú contraatacabas, me advertías que estaba muy equivocado si pensaba que iba a hacer contigo lo mismo que con ella y que con todas mis parejas anteriores, mi problema era que estaba acostumbrado a mujeres sumisas y dependientes cuyas existencias necesitaban la presencia protectora del macho que siempre se pone al volante en los viajes y les organiza los horarios para que no se agobien, y eso es lo que nos pasaba, que tú eras una mujer independiente y te resistías con uñas y dientes a mi naturaleza dominante que yo trataba de imponer también con uñas y dientes, y chocábamos. Otras veces el enfrentamiento empezaba en tu lado de la balanza: volvías de madrugada tras haber quedado para tomar algo con un antiguo novio que antes de novio había sido amigo y lo seguiría siendo para siempre porque vosotros no teníais un hijo ni habíais acabado en un juzgado; yo era el primero que te animaba a quedar con él como prueba de mi total confianza y de nuestro propósito de unirnos sin asfixiarnos, pero habías llegado muy tarde, yo estaba malhumorado y tú lo notabas y, lejos de calmarme, me contabas que te habías reído mucho con él y que habíais acabado bailando en un bar latino, puede que hubieses bebido demasiado y hacía tanto que no probabas un porro, a esas alturas notabas mi mandíbula crispada y me preguntabas si no estaría pensando lo que no era, cómo se me podía pasar por la cabeza, pero ya no había manera de ventilar aquel nubarrón y yo acababa acusándote de pretender provocarme celos para compensar la permanencia en nuestra vida de mi expareja. Normalmente no necesitábamos tanto melodrama mexicano: bastaba una pequeña colisión doméstica, una discrepancia al decidir ocios, o un intento por mi parte de ayudarte a gestionar, sí, gestionar tus horarios de estudio pero que tú tomabas por otra muestra de paternalismo autoritario, y entonces nos enzarzábamos en una breve disputa, insignificante comparada con las que vendrían después, pero de la que salíamos magullados, desconcertados, sin dirigirnos la palabra durante unas pocas horas. En aquel tiempo no dejábamos que el material de derribo sedimentase: era escaso, liviano, se podía retirar con facilidad, no habíamos acumulado suficiente resentimiento, teníamos toda la voluntad y energía para reparar cada destrozo por pequeño que fuera. Nos pedíamos perdón, nos dedicábamos el tiempo necesario para regenerar el tejido dañado, acabábamos riendo, nos imitábamos enfadados, a menudo follábamos para reforzar la reconciliación y yo te repetía que todo era normal, propio de la convivencia, es compatible quererse mucho y fastidiarse.

Casarse consiste en elegir qué malestar estás dispuesta a aguantar en los próximos años. Esas fueron las palabras de tu madre en su boda. Estábamos todavía en la sobremesa del banquete,

ablandados por el alcohol, y les acabábamos de dar nuestro regalo, cuatro noches de hotel en Lisboa. Tu madre se mostró ilusionada, dijo que hacía muchos años que no iba a Portugal y que tenía muy buenos recuerdos, Lisboa era una ciudad tan hermosa... Su ya segundo marido dijo, con su habitual sonrisa torcida, que si ya la conocía no hacía falta ir otra vez. Nos lo tomamos a broma, pero entonces el cretino nos pidió que anuláramos la reserva y les diésemos el dinero, que ya lo emplearían ellos como mejor consideraran, él no era muy de viajes y bastante habían gastado en la boda como para seguir derrochando en Portugal. Tu madre dijo que ni hablar, que un regalo es un regalo y que aquella sería su luna de miel. Luna de miel, de qué miel, da o regalá, rio su marido con su humor de mierda, y aprovechó para recordarle a su mujer el precio de sus zapatos de novia que no se volvería a calzar en la vida, y ya de paso le echó la cuenta de lo que llevaba encima de ropa, zapatos y peluquería. Nosotros intentamos mediar, pero acabó largándose a fumar no sin antes insistirnos en que devolviésemos el viaje o nos fuésemos nosotros con tu madre, porque él no pensaba ir ni a rastras. Casarse consiste en elegir qué malestar estás dispuesta a aguantar en los próximos años, dijo ella, con los ojos llorosos: no os preocupéis por mí, estoy bien, estamos bien; el poco tiempo que llevamos juntos ha sido suficiente para conocernos, sé que tiene un carácter difícil, hay que saber manejarlo, pero es un buen hombre y me quiere, aunque delante de vosotros no siempre sepa mostrarlo; cuando estamos a solas es cariñoso y yo ya he aprendido a no enojarlo demasiado; vivir en pareja es una contabilidad, debes y haberes, hay que echar cuentas para ver si te compensa estar con una persona, y yo a estas alturas de la vida no me engaño, no existe la pareja ideal, cualquier persona de la que te enamores acabará convirtiéndose al cabo de los años en una mala elección, así que casarse consiste en eso: elegir qué malestar estás dispuesta a aguantar, y a partir de ahí negociar, reajustar, pinchar globos, desarrollar estrategias para soportar ese malestar que asumiste al casarte, hasta que crezca demasiado o sume nuevos malestares que no estaban previstos, y entonces hay que volver a echar cuentas; a mí hoy me sale a favor, me merece la pena; también él habrá echado la cuenta conmigo, y habrá decidido a su vez que el malestar que yo le provocho es aguantable a cambio de lo que sea que encuentre positivo en mí; el problema casi nunca son las personas, os lo digo por experiencia, el problema es el matrimonio, que es un sistema que nos acaba sacando lo peor de cada uno, o ni siquiera lo peor, simplemente aquello que para la otra persona puede ser inaguantable; bastan unos pocos años en pareja para que todos acabemos siendo insoportables; y sí, ya sé qué estáis pensando, cómo me caso teniendo esa idea del matrimonio, pues precisamente por eso me caso, porque no me engaño. En otra boda por aquella época, la de Natalia y Jaime, fue cuando Fabio lanzó su apuesta. Estábamos todas las parejas de amigos en la misma mesa, y entonces levantó la voz y propuso su juego: miradnos, qué guapos todos, qué jóvenes, qué felices y qué enamorados, pues que sepáis que tenemos

los días contados; con suerte serán muchos días, pero contados, desde el momento en que nos emparejamos empezó la cuenta atrás; mirad a Jaime y Natalia, acaban de poner en marcha su reloj del fin del mundo; me pregunto quién durará más, quién de nosotros se divorciará antes, quién llegará más lejos, qué os parece si hacemos una apuesta, nos jugamos una cena: la última pareja que siga unida cuando todos los demás hayamos caído del barco se ganará una cena que le pagaremos entre todos los naufragos. Así que tú te incluyes ya entre los perdedores, preguntó su entonces marido, Néstor, y Fabio lo besó y abrazó con gestualidad cómica: claro que no, mi amor, yo estoy dispuesto a soportarte más allá de lo soportable con tal de ganarnos una cena. Eso se llama derrotismo, dijiste tú, que por aquel tiempo todavía encontrabas divertido discutir con Fabio, entrar al trapo de sus provocaciones: eso se llama derrotismo, y en tiempo de guerra se castiga con fusilamiento por minar la moral de la tropa. Fabio se puso en pie, firme y con saludo militar: a sus órdenes, mi general, si usted lo ordena creeré en el amor, el gran amor, el amor con mayúscula, el amor eterno y absoluto, y hasta en el puto amor romántico. Entre risas se abrió la discusión, todo el mundo intervino: Reconozcámoslo, somos todos unos hipócritas, nos lanzamos al amor pero con paracaídas, prometemos y exigimos amor total pero al hacerlo cruzamos dedos y guiñamos ojos. No es hipocresía, es autoprotección, porque amar es una forma de exposición total, un deporte de riesgo, ser rechazado es un cataclismo por el que nadie quiere pasar. Pero no podemos amar con mentalidad de contable, dijiste tú, si amamos con mentalidad de contable acabamos aplicando a las relaciones amorosas la racionalidad económica de costumbre: cuánto invierto, cuánto puedo ganar, cuánto arriesgo perder; minimizar esfuerzos y maximizar ganancias, eso no es amor, eso es cálculo, y el amor es todo lo contrario al cálculo. Conseguiste un breve silencio reflexivo en la mesa, y luego otros siguieron: El problema son las malditas expectativas, que nos llevan de cabeza al fracaso, hemos consumido demasiadas historias de amor. No demasiadas historias de amor, sino demasiadas veces las mismas historias de amor y desamor, en ambos casos épicos; no solo queremos un amor de película, también esperamos un desamor de película, y qué pasa con las medianías amorosas, esa tierra intermedia y seguramente mediocre donde vivimos casi todos. Oh, gracias por lo de mediocre, cariño. Tiene razón, faltan ficciones que nos cuenten cómo nos amamos los vulgares, los que no tenemos ni un amor perfecto y mítico, ni un amor imposible y trágico; si existiesen esas representaciones realistas quizás relajaríamos un poco esas expectativas locas, aceptaríamos formas de amor menos heroicas pero también más habitables, y dejaríamos de sentir, tras cada desencuentro, que nuestra vida sentimental es un completo error. Ahí tenéis a los recién casados, bajó la voz Fabio, señaló hacia Natalia y Jaime en la mesa presidencial: ahí lo tenéis, el triunfo del amor vulgar. Yo me niego a aceptarlo, dijiste tú con un cómico pero muy serio puñetazo en la mesa: me niego a aceptar que lo contrario al amor de anuncio de perfume tenga que ser un amor mediocre, rebajado, como para no hacernos daño; yo estoy enamorada y exijo y ofrezco esa exposición total que a algunos les asusta, y defiendo que amarse sin cálculo es la única resistencia contra el cinismo dominante. Y qué responde a eso tu enamorado, preguntó Fabio señalándome: a ver, Antonio, estás dispuesto a dejarte la vida en amar a esta apasionada mujer como ella espera, o eres un puto hipócrita como los demás. Estoy con Ángela, dije en tu apoyo: estoy con ella, creo que el amor puede ser una forma de resistencia. Atentos, que el comando amoroso nos llama a las armas, me interrumpió Fabio, pero yo seguí: vivimos en una jodida fábrica, y el amor puede ser la pieza que no encaja, la que atasca la rueda, la máquina, la cadena de montaje entera, porque el amor es improductivo, es ludita, es anticapitalista, que sí, no os riáis. No es verdad, me interrumpió alguien: no es verdad, el amor es muy pero que muy capitalista, vivimos en un capitalismo totalmente amoroso, toda una industria gira en torno a nuestro corazón. Pero eso no es amor, es solo deseo, atacaste tú: es solo deseo, emulación publicitaria, de lo que habla Antonio es del amor como algo excepcional, incalculable, que por tanto no se somete a la lógica del comercio y la producción: mientras amas no produces, no consumes, no calculas, es una forma de desobediencia, el amor detiene el tiempo que siempre es tiempo productivo, el amor instaura su propia temporalidad. Eso es amor romántico, contraatacó Fabio: eso es amor

romántico y de la peor especie, no jodas, Ángela, el amor como acto revolucionario es todavía más romántico que las comedias de Hollywood, y encima le añades un toque de mística religiosa, cuéntamelo dentro de unos años y nos reímos juntos. Pero tú insististe: ya estoy cansada de la matraca contra el amor romántico, es el comodín con que sabotamos toda discusión sobre amor, ya cansa un poco: yo soy la primera que defiende que hay mucho que criticar y revisar, pero me mosquea tanta insistencia y tanto consenso contra el amor romántico; a ver si al final salimos de una trampa para caer en otra, superamos el amor romántico con sus servidumbres y violencias para caer en el individualismo y el amor desamorizado con sus aún peores servidumbres y violencias; ¿no os parece sospechoso que de un tiempo a esta parte todos estemos en contra del amor romántico?, cuidado, no sea que tiremos el agua sucia de la bañera con el niño dentro: perdamos todo lo nocivo del amor romántico pero también nos quedemos sin lo que de extraordinario hay en el amor como valor absoluto. *Hablábamos mucho de amor, también entre nosotros. Sobre todo entre nosotros. Hablábamos de amor con mayúsculas, con frases rotundas, con estremecimiento. Hablábamos de amor porque necesitábamos nombrar lo que sentíamos, subrayar lo que nos pasaba, oírnoslo decir. Hablábamos de amor mientras paseábamos, casi sin resuello, quitándonos la palabra. Hablábamos de amor en el remanso posterior al sexo, enfáticos. Hablábamos de amor hasta agotarlo, hasta volverlo redundante. Era el nuestro un amor logorreico. Hablábamos de amor hasta no tener nada que decir, hasta renunciar a hablar porque el lenguaje era un límite: incapaz de precisar y distinguir nuestro sentimiento, incapaz de contenerlo, podrido de lugares comunes, cualquier frase amorosa caía muerta, ridícula. Hablábamos de amor, y escribíamos el amor, el relato amoroso que todavía era un solo relato, un mismo relato. Nos enviábamos largos y eufóricos correos desde el salón al dormitorio. Nos dejábamos notas en la almohada, en el espejo, en las cuerdas de tender la ropa, en la nevera, en el bolsillo del abrigo. Nos mandábamos cartas, ya viviendo juntos, éramos capaces de llenar varios folios únicamente analizando cómo nos amábamos, agotando el repertorio de metáforas, trazando una espiral concéntrica, obsesiva, asfixiante en torno a nuestro amor. Manuscibíamos folios que ensobrábamos y sellábamos y luego encontrábamos felices en el buzón y leíamos a escondidas y solo respondíamos por la misma vía, como si fuese otro el que lo envió. Llenábamos libretas, aquellas moleskines de tapa negra, teníamos una para cada gran ocasión. Cuadernos de viaje, cada ruta con su libreta donde fijarlo todo, desde los preparativos hasta la melancolía posterior, pasando por cada detalle del recorrido. Cuaderno de boda, cuando decidimos casarnos abrimos un diario donde explicamos a fondo, sin fondo, el porqué de nuestra decisión, y fuimos inscribiendo todo lo que sentíamos, pensábamos y hacíamos. Al tiempo, yo mantenía un diario de opositora y tú llenabas un cuaderno con la infancia de Germán, y después tendríamos un cuaderno de embarazo con Ana y cada niña al nacer inauguraba su cuaderno de vida. Era el nuestro un amor grafómano, aunque a veces pienso si todo diario no acaba siendo un libro de contabilidad. Salvé pocos cuadernos de tu raziá recicladora. El del viaje a Nápoles, por ejemplo. Pieza*

central de nuestra mitología amorosa. No necesito releerlo para recordar cada detalle. El vuelo hasta Roma, desde allí en coche para llegar por carretera a Nápoles, dispuestos a rehacer con la mayor exactitud posible el viaje del matrimonio Joyce, siguiendo las huellas de Ingrid Bergman y George Sanders en *Viaggio in Italia*. Más que un homenaje pretendíamos una reparación: ellos visitaron Nápoles en crisis conyugal, nosotros repetiríamos sus pasos en pleno enamoramiento. La primera noche nos la regalamos en el Excelsior, doscientos cincuenta euros solo para hacerles justicia hablando toda la noche todo lo que ellos callaban, durmiendo abrazados contra sus habitaciones separadas, follando como ellos no follaron, apoyados en la barandilla con la panorámica del golfo, la costa sorrentina al frente. Tomamos el aperitivo en el bar del hotel, cenamos espaguetis con almejas en la Bersagliera. Al día siguiente buscamos en Torre del Greco la palaciega Villa Olivella que el tío Homer nos habría dejado en herencia. No pudimos pasar de la verja, pero igualmente nos fotografiamos recostados, con el Vesubio de fondo y los ojos cerrados al sol como Alex y Katherine Joyce, mientras tú susurrabas: «*Temple of the spirit, no longer bodies, but pure, ascetic images...*», y yo fingía un ataque de celos. Yo no me fui por mi cuenta a Capri como Alex, sino que recorrimos juntos el museo napolitano sin pasar por alto ni un solo mármol retratado en la película: sátiros, faunos, discóbolos, emperadores, el enorme Hércules y el Toro Farnese. Seguimos en días sucesivos con la Cueva de la Sibila, buscamos fumarolas en la Solfatara, calaveras en el osario de las Fontanelle, nos regalamos un *cuornuciello* que nos traería fortuna amorosa por siempre, nos aseguró la napolitana que los hacía a mano. Visitamos Pompeya, donde no encontramos dos calcos que se asemejasen a los amantes muertos bajo el volcán que sobrecogían a Ingrid Bergman. Terminamos viaje en Maiori, el pequeño pueblo amalfitano al que llegamos en la fecha en que se celebra la procesión católica que sorprende al matrimonio Joyce, pues organizamos nuestro viaje para hacerlo coincidir hasta ese punto. En medio de la procesión, me aparté de ti un instante y te arrastró la multitud que seguía a la virgen. Me llamaste a gritos, agobiada; yo me abrí paso a empujones y te recuperé, nos abrazamos asustados y me dijiste, dramática: ¡No quiero perderte! Yo te pregunté: ¿Qué es lo que no funciona, por qué nos torturamos así? Me costó oír tu respuesta entre el gentío: Cuando dices cosas que me hieren intento hacer lo mismo contigo, pero no puedo hacerlo más, porque te quiero. Tal vez seamos demasiado orgullosos, dije yo mirándote a los ojos. Dime que me quieres, suplicaste, y yo sonreí: Si lo digo, ¿juras que no te aprovecharás? Sí, contestaste, pero dímelo, quiero oírtelo decir. Me tomé unos segundos para rematar la escena: De acuerdo, te quiero. Nos abrazamos con fuerza, más divertidos que emocionados, felices de no haber olvidado ni una línea de guion, la escena final de *Viaggio in Italia* que después repetimos burlones durante años cada vez que nos mezclábamos en una multitud: en medio de una manifestación, en un centro comercial navideño, a la salida de un concierto, una broma íntima que con el tiempo abandonamos. *De aquel viaje recuerdo algo más, algo que no anotamos en el cuaderno: la última noche, cuando a la vuelta de Maiori, tras cenar y tomar una última copa de matrimonio burgués en el bar del hotel, subimos a la habitación, nos amamos con lentitud, nos adormecemos, y de pronto te incorporaste sobresaltado en la cama: mierda, dijiste, mierda, me he olvidado de llamar a Germán. Ya no tenía arreglo, era muy tarde. Yo intenté aliviarte diciendo que podrías llamarlo dentro de unas horas, y podrías excusarte con él o con su madre diciendo que te quedaste sin batería en el teléfono. Pero cayó sobre ti la campana de la culpa. Era la primera vez que se te despistaba la hora de llamar a tu hijo, la primera vez en más de año de puntualidad paterna. Pero lo de menos era la llamada, tu preocupación era otra: no te habías olvidado de llamarlo, te habías olvidado de que tenías un hijo. Ese despiste telefónico te*

hacía evidente e insoportable la facilidad con que podías vivir alejado de él, la obscenidad de nuestra felicidad irresponsable, así lo dijiste: la obscenidad de nuestra felicidad irresponsable, comiéndonos como simios la polla y el coño mientras tu hijo cenaba y se iba a la cama en otro planeta. De pronto te parecía criminal la manera en que te habías acostumbrado a verlo una vez entre semana y fines de semana alternos. Yo intentaba embridar tu rabia con palabras razonables antes de que la volviesses contra mí, pero si bien no me reprochaste nada de palabra, te dormiste dándome la espalda, rechazaste mi consuelo. Al día siguiente lo llamaste tan temprano que despertaste a su madre, a la que sí diste la excusa del móvil sin batería. Te tranquilizaste cuando Germán se puso al teléfono y, sin exigir explicación alguna, te pidió que siguieses la historia. Germán y sus historias, el hilo narrativo que nos unía cada noche. El padre Sherezade. Lo llamaba cada noche antes de acostarse, intentaba que me contase cómo estaba, qué había hecho en clase, qué había comido, qué dibujos había visto, qué soñó anoche, cualquier cosa por oírlo hablar. Pero no me daba opción: papá, la historia. Yo retomaba el relato donde lo habíamos dejado la noche anterior, las reiterativas aventuras de un niño que no era Germán pero se llamaba como él y contaba su misma edad y tenía también un padre telefónico, que siempre estaba de viaje. Al Germán de nuestra historia le sucedían todo tipo de aventuras y prodigios, hasta que yo interrumpía la narración en el momento crucial, lo dejaba colgado en el acantilado del continuará. Germán protestaba, yo le decía que era muy tarde y que mañana más. Cuando mi inventiva flojeaba, o si veía que la historia amenazaba agotamiento, intercalaba un cuento corto, inventado sobre la marcha, adaptado de relatos clásicos, o le leía uno de los cuentos por teléfono de Rodari, que parecían escritos para nosotros. Y sí, al principio me sentía ruin por comprar su atención con baratijas narrativas, vencer así la dificultad de conversación telefónica con un niño pequeño que era ajeno a las necesidades emocionales de su padre. Pero con el paso de los meses aquella rutina, el relato nocturno, se convirtió en un vínculo especial, una forma de querernos regalándonos: yo a él un relato, él a mí su escucha paciente y entusiasta; de modo que cuando nos veíamos días después yo dejaba de ser una voz telefónica llamada papá, y me convertía en el dueño del relato que nos mantenía con vida, el hilo del cuento que fuimos desovillando juntos hasta que fue volviéndose breve, un añadido a lo que ya sí era una conversación, cada vez más arrinconado y un día olvidado por innecesario. Los fines de semana con Germán. El tiempo de calidad del padre divorciado. Abí tienes otro artículo que te dejaste sin escribir, otro libro irresistible. Alguien debería medir el impacto económico del habitual régimen de visitas con que nos aguantamos la mayoría de padres separados, decías a menudo. Medirlos en puntos de PIB. El tiempo de calidad como otra forma de acumulación de capital, en este caso capital paterno. Restaurantes llenos de padres con hijos en día de visita. Parques de atracciones, actividades deportivas y culturales, excursiones, viajes, compras, el inevitable camping en vacaciones. Tiempo de calidad, cada minuto inolvidable, un jugo concentrado que permita que ese resplandeciente minuto compartido se derrame sobre los muchos minutos grises que pasarán sin verse durante la semana. Fines de semana sobrecargados con teatro infantil, talleres de museo, salidas a la nieve, chapuzones en el río tras una larga marcha, cines con el mayor cubo de palomitas. También en casa, no podíais dejar de hacer manualidades, repostería, disfraces,

*mirar la luna con un telescopio. Y claro que Germán lo disfrutaba, y por supuesto os unía, os permitía construir complicidades, pero yo no dejaba de ver el interminable miedo del padre divorciado al rechazo. Cuando además no necesitabais tanta excepcionalidad: os bastaba con estar juntos. Si todavía tienes miedos y dudas de la solidez del vínculo con tu hijo, revisa las fotos y vídeos de aquellos años, la manera en que el pequeño Germán ríe, juega, te abraza, nos abraza, te repite papá te quiero mucho hasta que acabamos burlándonos de su empalago. O su colección de dibujos donde solo salen Germán y papá, un papá enorme, de piernas como columnas y brazos arbóreos. Viajamos a Nápoles aquel verano para celebrar el fin del proceso judicial: el día que mi abogado recibió la sentencia con las medidas definitivas. Aunque no logré la custodia compartida, ni tampoco el régimen de visitas merecía celebración, era grande el alivio de poner fin a todo aquello. Lástima no haber llevado también un cuaderno judicial, porque apenas recuerdo esquivarlas, mi memoria ha sabido evitarme rencores perennes: el juzgado, aquella sala sórdida con iluminación criminalizadora. El juez y la fiscal, cuya sola presencia autoritaria ya me culpabilizaba por décadas. El abogado de ella, insidioso; Teresa que balbuceaba ante mi abogado y me miraba con más tristeza que recriminación. La sala de espera previa al juicio, ella y yo sentados en silencio y desolados y furiosos, acompañados por abogados y procuradores con togas sobadas. Los meses de negociaciones, el regateo miserable permutando días por dinero, más tiempo a cambio de más pensión. Los intentos telefónicos que acababan con gritos y reproches, los correos conciliadores que se agriaban en el intercambio prolongado hasta convertirse en otro ajuste de cuentas. Mi propio comportamiento miserable, que prefiero no recordar. Las amenazas y ultimátums, las llamadas a la calma, las invocaciones al interés de Germán, las intercambiables acusaciones de egoísmo y venganza, todo eso que tantas parejas separadas contarían si no les pesase la vergüenza, todo eso que el brillante cine de juicios raramente considera merecedor de ser contado, pero que muestra el tuétano agusanado de nuestra condición mucho más que cualquier sumario sobre corrupción. Todo eso quedó atrás cuando el abogado me dio aquellos folios. *A partir de aquí, deberíamos excavar con cuidado. Con un cepillo suave, con los dedos incluso. O no seguir, dejar intacta la tierra. Quizás no deberíamos levantar nuestros estratos más profundos, sacar a la luz la porcelana del comienzo, quebradiza con solo exponerla a la luz. Las ruinas del parque temático. La mitología amorosa, los restos auténticos que el arqueólogo trata de acercar al relato legendario. Excavar es destruir, nos decía un profesor en la facultad. Excavar es destruir, a veces es preferible no tocar nada, no remover la tierra, esperar a contar con técnicas mejores para levantarla sin tanto destrozo. Excavar es también falsear, una ilusión de reconstrucción, volver a poner en pie el templo a partir de unos pocos capiteles y fustes partidos. El amor se destruye, se falsea, al recontarlo. El amor es inenarrable, siempre se narra cuando ya ha pasado, y entonces está sometido a relectura, reajuste, cuando no revancha. El amor es inenarrable porque el tiempo del sentimiento y el tiempo del relato nunca coinciden, y lo que ahora contemos siempre será una reelaboración racional de un sentir que se evaporaba a medida que ardía. Cualquier intento por contar el amor está condenado al fracaso. El amor es ridículo, es incomprensible, es desproporcionado, es falso, es equivocado. Ni siquiera los cuadernos, las cartas, los mensajes de entonces, nos sirven**

para recuperar una intensidad que ya no entendemos. Solo podemos contar la ceniza, o ni siquiera eso: el tizne que dejó la ceniza antes de ser aventada.

1

A punto de amanecer, tras cerrar el último bar, llegamos al final del paseo marítimo. Seguimos andando hasta que se nos acabó la acera, más allá de la última farola, donde la playa se asalvajaba en un ensanche arenoso, de dunas chatas, despeluchadas, con suficiente carrizo para abrigar a los nudistas de día y a las parejas nocturnas. Dejamos atrás el paseo y avanzamos por la playa, bajo una luna eléctrica, con el horizonte marino empezando a grisear. Estábamos ebrios, por lo mucho bebido y más aún por la exaltación de nuestro primer viaje juntos. Habíamos pasado el día encerrados en el hotel, la playa ametrallada por el viento, y al anochecer aprovechamos la tregua para cenar en un chiringuito y beber en los bares para extranjeros. Nos descalzamos y sentimos la arena todavía tibia. No hizo falta que ninguno propusiese el baño, el protocolo para estas situaciones es universal: pareja de jóvenes enamorados en playa nocturna, hay que quitarse la ropa deprisa, a ser posible corriendo hacia la orilla y abandonando las prendas por el camino, calcular para que las bragas y los calzoncillos caigan justo al alcanzar el agua, chillar al primer contacto con el mar, salpicar él con su zambullida, dudar ella antes de seguirle, dar unas brazadas pletóricas en el inquietante océano de la noche y abrazarse, adosar los pechos, los pezones erizados de frío, morderse las bocas y los cuellos y hombros salados y, si la respuesta orgánica lo permite, intentar la penetración sin salir del agua. Hasta ahí cumplimos, y habríamos querido completar la secuencia perfecta: tumbarnos después en la arena, darnos calor apretados bajo la toalla para ver amanecer sobre el mar, y así ganar otra postal para nuestra colección. Pero nos interrumpió el motor cada vez más cercano de un coche, que pronto vimos avanzar por la arena, en la zona de dunas donde a diario había que remolcar algún monovolumen. Las luces azuladas sobre el techo identificaron el todoterreno de la Guardia Civil. Nos vestimos deprisa, como sorprendidos en un delito anacrónico. Pero no venían por nosotros: los dos guardias bajaron del coche sin siquiera mirarnos, la vista fija hacia el mar con tanta insistencia que también nos volvimos nosotros, y ahí estaba la barca. Una lancha de goma con el motor apagado. Se dejaba llevar hacia la orilla, cabeceaba en cada ola. Sobre ella, una treintena de hombres negros, apretados unos contra otros. Supimos su número después, en la miopía del amanecer eran un amasijo de carne desbordando la barca. Los dos guardias esperaban en la orilla, brazos en jarra. La barca frenó su inercia a unos treinta metros de la arena, en la zona rocosa donde los bañistas buceaban por el día. Vimos llegar otros dos coches policiales y una ambulancia. Al ver que la maraña de la barca se agitaba y desplegabá, uno de los guardias de la orilla gritó, haciendo aspás con los brazos: «¡No saltéis, todavía no!». Pero más pareció que les ordenase lo contrario, que saltasen de inmediato, porque uno tras otro los pasajeros se dejaron caer a ambos lados de la lancha. Luego supimos, por el relato del periódico, que en el punto donde se detuvo la barca no había ni dos metros de profundidad, soportables para cualquier adulto de puntillas o dando saltitos, pero abisales para unos cuerpos agotados tras tantas horas de travesía, entumecidos de la estrechez, pesados por la ropa superpuesta, además de asustados y probablemente sin saber nadar. Los nueve primeros se hundieron sin remedio. «Como piedras», escribió un periodista, frase que todos repitieron en el pueblo durante días: «se hundieron como piedras». Los de la barca dejaron de saltar cuando vieron que sus compañeros no conseguían salir del fondo. Los guardias y sanitarios se metieron

deprisa en el agua, pero dudaban si acercarse para no provocar un descenso masivo y pavoroso que los arrastrase también a ellos. Por fin, uno de los agentes remolcó la barca a la orilla, donde ayudaron a los temblorosos supervivientes a bajar. Nosotros nos sumamos al rescate, sobrios de golpe por la impresión, hicimos de muleta para los agarrotados hombres, los ayudamos a sacarse la ropa y envolverse en mantas térmicas. Nos marchamos para no ver cómo sacaban los nueve cadáveres, que sí vimos en la foto del periódico, alineados en la arena, bajo el titular que toda la prensa repitió: «Ahogados en la orilla». *Éramos insubmersibles, capaces de caminar sobre las aguas y enfrentar cualquier travesía. Estábamos pletóricos, éramos temerarios, nos sentíamos protegidos, inmortales, elegidos. Teníamos suerte, éramos la suerte. Estábamos juntos. Habíamos salvado los obstáculos iniciales con apenas rasguños. El futuro se nos ofrecía como una pradera de cabalgada limpia. Me acababa de mudar a tu apartamento, en el que ya llevaba tiempo durmiendo casi a diario. Despertábamos con los brazos desmayados de haber pasado la noche anudados. Remoloneábamos, nos besábamos el aliento espeso, nos reteníamos en la cama. Desayunábamos juntos. Compartíamos mesa de trabajo, yo estudiaba, tú escribías un par de horas antes de irte a la redacción. El amor nos hacía productivos, eso decíamos. Una máquina feliz. Cocinaba para ti, adoraba preparar comida que comíamos mientras nos contábamos cómo iba la jornada. Sesteábamos un rato, luego volvíamos a nuestras ocupaciones. Limpiábamos juntos el apartamento, poníamos un disco y nos cruzábamos por la casa con escobas y trapos como si protagonizásemos un divertido musical. Los días que acababas pronto te recogía en la redacción, paseábamos de regreso al apartamento. Paseábamos. Buscábamos itinerarios nuevos, rodeos periféricos. Explorábamos barrios de nueva construcción con aceras intactas y árboles canijos, veredas que resisten al borde de la autovía. Paseábamos sin rumbo, sin prisa, con todo el tiempo del mundo. Caminábamos despacio, muy despacio, de la mano, tomados de la cintura, los brazos sobre los hombros, el paso acompasado. Nos besábamos en cada semáforo. Nos deteníamos a admirar el remate de una fachada, una ruina industrial, un comercio anacrónico, una panorámica urbana que nadie ve al pasar. La deambulación interminable de los enamorados, me escribiste en una de tus cartas que puntual me seguías enviando cada semana: la deambulación interminable de los enamorados que caminan como otra forma de conocerse pero también de reapropiarse del espacio y hacerlo común, dejando a su paso la baba brillante del deseo. Me hablaste de los caminos del deseo, desire paths, lignes de désir: las líneas que trazamos al desobedecer a los urbanistas e imponer nuestro propio camino en parques y descampados, las pisadas que marcan el nuevo atajo. El deseo siempre se abre camino y elige moverse en línea recta, eso decías.* A la euforia amorosa yo sumaba la euforia laboral: hacía pocos meses que me habían contratado en el nuevo periódico, lo que sumado al anticipo por el libro de las fosas no solo despejaba mi incertidumbre económica, además me daba una tan infundada como abrumadora sensación de omnipotencia, una espuma de vanidad que borboteaba cada vez que mis artículos eran felicitados por el jefe de sección o el subdirector o alguna vez el propio director con

una llamada a su despacho; chisporroteaba cada vez que un texto mío recibía palmadas de colegas de otros medios y adhesiones entusiastas o denuestos no menos entusiastas en los comentarios de los lectores; bullía como lava cada vez que me invitaban a una mesa redonda o me proponían presentar un libro, y todo ese reconocimiento lo sumaba a nuestra fortuna amorosa, lo relacionaba, eran partes de un mismo triunfo, me hacía sentir invulnerable, sin miedo a escribir temerarios artículos contra aquellos de los que algún día podría depender mi subsistencia, aunque todo ese poder también podía descarrilarme: ahora puedo contarte, cuando ya no importa, que en aquellos meses, cuando acudía invitado a un congreso, un estreno o una entrega de premios donde siempre había alguien que me mostraba su admiración por un artículo mío reciente, me sentía tan supremo, tan estúpida e infantilmente ilimitado, que en un par de ocasiones, cuando los últimos de la noche trasladamos la fiesta a una habitación de hotel, acepté el avance de una colega que me besó para ponerme en la lengua un sello y después, con el cuerpo ablandado y la conciencia desleída, me dejé llevar como un globo por su mano hasta la habitación, sin que en realidad mediase deseo, o solo un deseo deportivo, tiránico, otra exhibición de mi condición inmortal, los dioses a mi lado. Al día siguiente despertaba con una tremenda resaca, una sensación de culpa más voluntarista que real, y la firme promesa de no volver a descarrilar. Aunque sea tarde, te pido perdón. *Cuando remueves la tierra siempre acaban apareciendo huesos que no esperabas. ¿Debo perdonarte o eres tú el que me estás perdonando a mí, al contarme sin necesidad y a destiempo esos accidentes, como un inesperado reajuste de posiciones? No importa, ya no importa. Lo raro es que no descarrilásemos más en aquellos meses. Perdida la prudencia de los primeros momentos, lo fiábamos todo a la buena estrella que nos había cruzado: nada podía salir mal. Vivíamos en un alambre emocional, pasábamos de la euforia al abatimiento más profundo, tan inminente parecía el triunfo como asomaba a veces la catástrofe. Encontrarnos y enamorarnos había sido un estallido que nos había elevado pero que también podía aplastarnos. Tu hijo: el tiempo que pasabas sin verlo en aquellos días en que su madre y tú erais incapaces de un acuerdo. Algunas noches te desmoronabas, y yo solo podía acompañarte mientras llorabas, ofrecerte palabras de vano consuelo para un dolor que en realidad no podía entender, y que recibía como una amenaza de la que no sabía cómo protegerme. Las noches en que lo llamaba y no conseguía que aguantase al teléfono más de unos segundos, o ni siquiera se ponía, lo único que me salía era encabronarme con Teresa. Ella me decía que lo intentaba pero que no podía obligarlo, y yo le reprochaba, supongo que injustamente, que me castigase allí donde sabía que más daño podía hacerme. Al colgar, miraba alrededor: el apartamento de soltero, el ordenador con la película en pausa, la botella de vino demediada, el cigarro de hierba en el cenicero, una jodida acumulación de clichés, como una caricatura de mi nueva vida. Te miraba a ti también, en bragas y vestida con una camiseta mía, otro cliché. Y me preguntaba qué mierda hacía yo allí, por qué no estaba con mi hijo, velando su sueño, y sentía todo un inmenso error, la peor decisión de mi vida, y no era la culpa, o no solo la culpa: era que echaba de menos a mi hijo de una manera que hasta entonces no había sentido, que nunca había pensado que se pudiese sentir así. Y aunque aceptaba tu abrazo y tus besos, no podía evitar despreciarte en esos momentos. *El pecado original. Eso decíamos entonces: hay amores que arrastran para siempre el pecado original sobre el que se fundaron. La barca que tiene una vía de agua ya antes de empezar la travesía. Una ruptura que deja heridas. Un engaño a la pareja anterior que se convertirá en sombra para la nueva**

pareja, amenaza permanente. Un rechazo familiar, un malentendido previo. O un hijo anterior, como en nuestro caso. A veces pensé, en algunos de tus momentos de desánimo profundo, pensé que no podríamos con ello, que tiraría siempre de nosotros hacia abajo, que ponía sobre nuestra relación una exigencia extrema: estar a la altura del alto precio pagado por amarnos. Claro que podíamos con ello. Así te lo repetía, en el rebote que seguía a cada caída. Claro que podemos con esto. La convicción fanática de los enamorados que creen que su amor posee fuerza suficiente para enfrentar todo. Además, todo ese dolor hacía más excepcional nuestro sentimiento: todo amor que se quiera grandioso parece necesitar una dosis de dolor con que forjarse. Nos sentíamos afortunados, nos sentíamos desgraciados. Celebrábamos habernos encontrado, lamentábamos habernos encontrado. Cada momento de felicidad tenía una sombra de remordimiento. Nos preguntábamos por qué nuestra fortuna exigía una cuota de infortunio, y todo eso, en la grandilocuencia propia de los enamorados, se convertía en otro yugo: nada une tanto como llorar juntos, y en aquel tiempo lloramos juntos algunas noches. *En todo encontrábamos grandeza. Esa seguridad candorosa de los enamorados, esa presunción enloquecida. Mirábamos a otras parejas y las juzgábamos y condenábamos fulminantemente: no son como nosotros. No se aman como nosotros. No han conocido un amor tan grande. Y por supuesto, nosotros nunca seremos como ellos. En el metro, íbamos en el metro y nos veíamos en el reflejo de la ventana, enlazados, mi cabeza sobre tu hombro, las manos unidas en el regazo, cosquilleándonos con sonrisas somnolientas. Entonces subió una pareja. Cuarenta y tantos años. Se sentaron justo frente a nosotros, taparon nuestro reflejo y se ofrecieron como un espejo deformado. Contra nuestra felicidad exhibicionista, ahí estaba su malestar igualmente exhibicionista: tenían la mala cara propia de alguna discusión menor pero sobre la que pesarían años de rencor. Los labios apretados, el ceño crispado, cada uno mirando hacia un lado, un mínimo pero abismal espacio entre sus cuerpos sentados, sin rozarse. Los observábamos en su enojo, en su desgaste de años, tan cómicos como inquietantes: quizás eran viajeros del tiempo, quizás éramos nosotros mismos venidos del futuro. La mujer nos miró, me pareció que frenaba en las comisuras una sonrisa dura, como si al ver nuestro esplendor se contuviese las ganas de decirnos: sí, nosotros también fuimos un día como vosotros, y miradnos ahora, qué escombros; pero no tengáis miedo, vosotros todavía estáis a tiempo de evitarlo. No lo jodáis. No lo íbamos a joder. Nos lo prometíamos cada vez que nos cruzábamos con enviados del futuro, cada vez que nos reflejábamos en espejos deformes. No íbamos a sedimentar rencor como los otros, no íbamos a rendirnos a la rutina como los demás. No íbamos a engañarnos como se engañaban ellos. Nunca permitiríamos que la incertidumbre económica nos ahogase, que el desprecio nos pusiese una máscara, que nos encerrásemos en esos pozos paralelos donde acaban tantas parejas. No íbamos a consentir la muerte inexorable del deseo. Hicimos solemne juramento de que si alguna vez uno de los dos percibía signos de desfallecimiento, tiraríamos de la palanca de emergencia, enviaríamos el código de alerta mayday, y pondríamos remedio antes de que fuese demasiado tarde. Íbamos a sortear todas las trampas y obstáculos que señala la psicología de pareja, no íbamos a convertirnos en otro fracaso de manual. Nunca nos hablaríamos con el sarcasmo y el desdén que a veces sorprendíamos en mi madre y su pareja, enzarzados en un cruce de reproches a partir de cualquier incidente menor. Por*

supuesto, nunca seríamos como Natalia y su todavía novio Jaime. Aquel día que nos invitaron a cenar. En medio de la conversación, nosotros bajo la mesa nos escribíamos en la palma de la mano, nuestro propio diálogo confidencial. Ellos nos contaban los detalles de su próxima boda, cuya fecha llevaba dos años fijada. Habían decidido ya cuándo tendrían hijos, dos, parejita, hasta podrían señalar en el calendario el día exacto en que concebirían a cada uno: disfrutarían primero de dos años de matrimonio sin hijos, después llegaría el primero, intentarían que naciese al comienzo de la primavera para encontrar un clima benigno y unir las vacaciones escolares de Natalia con su permiso de maternidad; después dejarían pasar poco más de un año para buscar el siguiente embarazo, así el hermano o hermana nacería cuando el primero cumplierse dos años y todo serían ventajas: el cuerpo de la madre se recuperaría bien y disminuiría riesgos, el primer hijo dejaría de ser un bebé pero se llevaría poco tiempo con el menor para así crecer juntos y jugar juntos y ayudarse mutuamente, si además nacían en la misma temporada del año aprovecharían la ropa del mayor con el pequeño sin desajustes de tallas en invierno o verano. En cuanto a la casa, seguirían de alquiler en un piso pequeño durante otros tres o como mucho cuatro años, lo que, además de situarlos en el esperado cambio de ciclo inmobiliario, les permitiría ahorrar más para así, con ayuda familiar, dar una entrada cuantiosa, pedir una hipoteca más reducida, y comprar la vivienda definitiva antes de nacer el segundo. Sin dejar de cabecear y sonreír ante su distopía conyugal, yo te telegrafiaba bajo la mesa, dibujando cada letra en la palma de tu mano: P, R, O, M, É, T, E, M, E, espacio, Q, U, E, espacio, N, U, N, C, A, espacio, S, E, R, E, M, O, S, espacio, A, S, Í. *No teníamos suficiente con hablar sin parar y escribirnos cartas, correos, mensajes y notas dejadas en la almohada o en un bolsillo: también nos escribíamos en las manos cuando estábamos con gente. Era otra forma de distinguirnos, era un intento por mantener ininterrumpida la comunicación, era un juego. Intercambiábamos maldades y burlas sobre cualquiera que tuviésemos delante, en el metro, en un bar, en la biblioteca. En la mano nos confesábamos aburridos y con ganas de estar a solas mientras veíamos una obra de teatro. En una comida familiar, participábamos de la conversación mientras bajo la mesa nos decíamos lo que pensábamos hacernos cuando estuviésemos a solas. Nos excitábamos con solo dibujar en la piel de la mano lo que poco después cumpliríamos. En una cena de trabajo a la que te acompañé, durante la que no nos soltamos las manos, nos encendimos las palmas hasta acabar citándonos en el baño. Nos encerramos en un retrete y follamos tapándonos la boca para acallar más risas que gemidos. Follábamos en baños públicos, en aparcamientos, en los cuartos de invitados de familiares y amigos, en una calleja del casco antiguo a las cuatro de la tarde, desabrochados, con la excitación añadida de que apareciese alguien. Follábamos en el coche, en fulminantes desvíos de la carretera a mitad de viaje, tú sentada sobre mí, las manos contra el techo como sosteniendo el orbe. Follábamos en el apartamento, nos propusimos no dejar ni un rincón sin marcar: la encimera de la cocina, la mesa, la ducha, el suelo, las paredes, ventanas y diría que hasta los techos, aparte de por supuesto la cama quejosa y el sofá barato al que reventamos una pata al inaugurarlo: quedó lisiado de por vida y nos negamos a repararlo, con su cojera nos guiñaba nostálgico cada vez que nos sentábamos. Follábamos plétóricos, excéntricos, dramáticos, monumentales. Nos provocábamos escozores, erosiones, cistitis, crujidos articulares, tu mentón raspado por la lija de mi barba, mi espalda arañada. Follábamos a cualquier hora: al despertar, amodorrados y contra toda prisa; en la siesta dulce; antes de dormir, con la disciplina de quien reza; en mitad de la noche arrancándonos del sueño. Todo eso también es parte de nuestro parque temático en ruinas, una zona de actividad sexual hiperbólica que seguramente el tiempo y la decepción magnifican. Necesitábamos vaciarnos*

de toda la energía que nos hinchaba, forcejeábamos para sacarla del cuerpo. Éramos jóvenes. Enamorados éramos aún más jóvenes. El amor nos embellecía, nos vigorizaba, nos volvía inagotables, insomnes, nos quitaba el hambre tanto como nos volvía voraces. Necesitábamos fundirnos, amalgamar un solo cuerpo, penetrarnos, meternos dentro, tenernos dentro, con la frustración de no poder estar dentro del amado y a la vez tener dentro al amado. Nos comíamos el sexo porque queríamos tragarnos también la cabeza, las manos, el cuerpo entero engullido. Nos mordíamos, golpeábamos los dientes al besarnos. Dormíamos maniatados, doloridos de apretarnos. Nos sentábamos encajando las costillas para ver una película o leer, a veces un mismo libro. Caminábamos por la calle siempre a punto del tropiezo por tomarnos la cintura, los hombros, las manos. Habríamos querido ir en brazos del otro, pero solo si al mismo tiempo pudiésemos llevarlo también en brazos, rodando, flotando. Nos medíamos en el otro cuerpo: mi brazo se alargaba sobre el tuyo, las piernas superpuestas, el giro natural de la cabeza para encontrar el beso, el cuenco de tu mano en mi pecho, los sexos ensamblados sin forcejeo ni holgura. Nos decíamos de la misma talla. Exactos. Hechos a medida. A veces compartíamos la ducha. Nos cepillábamos los dientes juntos, tu brazo en mi cintura, mirándonos al espejo y aguantándonos la risa espumosa de vernos tan bobos. Esa necesidad tiránica de tener siempre una parte de mi cuerpo en contacto con el tuyo, y tú con él mío, como imanes fatales: tomados de la mano, rascando la cabeza, subiendo y bajando por la espalda al dormirnos, tus dedos girando como un reloj en mi vientre. Al entrar en el apartamento cerrábamos la puerta con cuatro vueltas de llave, fantaseábamos con tapiar la puerta con nosotros dentro. Separados manteníamos el contacto telefónico, mensajes, correos, impacientes en caso de baterías descargadas o pérdidas de cobertura, como la línea de vida de los alpinistas. Y aún más allá, la conexión mental: presumíamos de telepatía amorosa, me enviabas un mensaje mientras yo te estaba tecleando una propuesta idéntica, nos hacíamos el mismo regalo. Un cable invisible nos mantenía unidos, encadenados, en cualquier momento podía estrangularnos como una serpiente al cuello. Todo eso que durante años eché de menos pero que a veces pienso asfixiante, un error de cálculo, una combustión acelerada. Nos mirábamos. Tumbados en la cama, abrazados en el sofá, sentados a la mesa, de un lado a otro de un salón concurrido, nos mirábamos. Nos sosteníamos la mirada como en el juego de quién se ríe antes. Nos mirábamos a los ojos, al fondo de los ojos, aún más allá, al planeta de la pupila, queríamos vernos por dentro, viviseccionarnos, microscopiar hasta la célula, encontrar una explicación ahí adentro. A veces me sorprendías al levantar los ojos, o al abrirlos cuando no estabas del todo dormida, y me preguntabas por qué te miraba así, y yo te decía que sentía asombro. Te burlabas, me mordías, pero yo te decía que esa era la palabra: asombro. Iba descubriendo cada parte de tu cuerpo, como aprendiéndote. El rostro delgado, los ojos profundos. La vena que dividía vertical tu frente, por la que me gustaba pasear el dedo. Los párpados rosados, la pequeña verruga que rozaba con la punta de mi lengua. La nariz, la boca, los labios encarnados. La dentadura exacta. La piel lúcida, pulida. Las manos también, me gustaba coger tu mano, acercármela,

mirarla y tocarla, saberme la forma de tus nudillos, tendones, venas, uñas, líneas adivinatorias. Y tu cuerpo, las veces que, al cambiarte de ropa, al salir de la ducha o tras el sexo, te pedía que no te vistieses todavía, y te observaba hasta provocarte un pudor más divertido que incómodo: tus pechos pequeños, la espalda ancha, los brazos de nadadora. Los pies nuevos, pies de marquesa. Registrar tu presencia me asombraba, me inflamaba el deseo, y me enorgullecía porque pensaba pasar toda la vida y envejecer juntos y ser, sí, el notario de tu obsolescencia, eso te decía entonces, engolando la voz para hacerte reír: quiero ser el notario de tu obsolescencia. *Hablábamos con grandilocuencia, pedantes, y no siempre sabíamos distinguir la broma de la pasión sincera, esa fina línea que en el amante separa lo sublime y lo ridículo. El mismo riesgo de toda poesía amorosa: el verso que estremece, pero que leído con malicia provoca repudio o risa. Así nosotros, pronunciábamos palabras enormes, componíamos frases que solo podían respirar en su contexto puntual e irrepetible, dichas en cualquier otro momento obligarían a impostar la voz, sonreír y hacer comillas con los dedos. Todo ese fingimiento que siempre asoma en el amor, esa vocecilla socarrona que puntúa cada palabra dicha: la incapacidad de componer un gesto amoroso que no parezca un simulacro. Cuesta decir el amor sin pensar que todo ya está dicho, que no hacemos más que repetir frases hechas, diálogos de cine. Cuesta amar sin esperar que en cualquier momento suene el puto violín. Cuesta incluso follar sin advertir que reproduces posturas cinematográficas, que hasta tus gemidos son prestados. La odiosa distancia irónica que lo contamina todo, lo mismo un polvo que un funeral. Por costar, cuesta hasta alejar la sospecha de si realmente estás enamorada de alguien, o más bien te has vuelto a enamorar del amor, de la posibilidad de vivir una historia de amor, de ti misma, de tu yo enamorado. Nuestro amor era enorme, nuestro amor era ridículo, necesitaba ser enfatizado, necesitaba grandes palabras. Sonaba terriblemente impostado cuando escuchamos a mi abuela Ana hablar de su amor: cómo había amado ella a Alfonso, cómo lo seguía amando a la vuelta de setenta años y después de haberse casado y tenido hijos. Cómo seguía sufriendo a solas cada aniversario de su asesinato. Cómo seguía besando cada mañana al despertarse y cada noche al acostarse la foto, el retrato ocre de un joven con traje cruzado, pelo brillante y mirada de muerto prematuro al que ella seguía detallando en voz alta y tono cariñoso su día a día. Aquella mañana que fuimos a verla con tu propuesta de contar su historia en un próximo reportaje. Nos lo relató todo, desde el día que lo conoció en una verbena hasta la mañana que fue a llevarle comida a la cárcel y el guardia le entregó sus cosas y le dijo que no volviera porque él ya no estaba allí. Le temblaba la boca como si lo hubiesen fusilado ayer mismo, pero también le brillaba la voz como si acabara de enamorarse. Puso palabras a sus sentimientos con una sencillez y veracidad que ridiculizaba nuestro enfático discurso amoroso y desafiaba nuestro cinismo. Cero distancia irónica. Después nos hizo prometer por lo que más quisiéramos, prometer por nuestro amor, que cuando ella muriese enterraríamos sus cenizas junto a su amado, en la misma fosa. No esparcidas, insistió:*

enterradas, bien enterradas, mezcladas con la tierra sembrada de huesos. Salimos de su casa en silencio, bendecidos y conminados a querernos bien y cuidarnos y respetarnos siempre, pero también empequeñecidos, nuestro amor enano. De pronto dudábamos: ¿de verdad estamos tan enamorados? Y no era solo distancia irónica. La serpiente apretaba la garganta, el roce de la piel irritaba, la mirada sostenida hundía su escarpia. Uno de los dos se apartaba con disimulo, buscaba aire, pretextaba una urgencia laboral, tardaba en meterse en la cama, desatendía una respuesta telefónica. Los dos sufríamos, el que desertaba y el momentáneamente desertado, los dos con la misma sombra: ¿nos amamos tanto? Y ese «tanto» era mucho más que una exigencia de veracidad: era una operación aritmética. ¿Nos amamos tanto como para dar cimiento a una relación tan costosa en origen, una relación obligada a que su valor nunca esté por debajo de su precio? ¿Nos amamos tanto como para justificar el destrozo provocado? ¿Tanto como para que todo esto merezca la pena? *Me lo pregunté el día que conocí a tu hijo. ¿De verdad nos amamos tanto? ¿Tanto como para que este niño esté hoy aquí? Me pediste que me quedase ese fin de semana en el apartamento, por primera vez en los días que Germán pasaba contigo. Yo lo había visto en fotos, pero al saludarlo, al presentarme como una amiga de papá, al agacharme y besarle la frente, al apoyar mis manos en sus brazos de gorrión, al verme en sus ojos enormes y decirle con mi mejor sonrisa: hola, Germán, yo soy Ángela, tenía muchas ganas de conocerte; me pareció tan pequeño. Tan por vivir. Tan a merced de unos adultos cegados por eso que llamábamos amor y que a esas alturas aún podía acabar siendo solo un enorme globo de deseo. ¿De verdad nos amamos tanto como para que este hijo no vea a su madre en tres días? ¿Tanto como para interrumpir y desviar la vida que su madre y su padre comprometieron para él al concebirlo? ¿Tanto como para obligarlo a incorporar a su mundo a esta desconocida que se esfuerza por ser simpática y a la que un día descubrirá corresponsable del dolor de su madre? Ya sé, todo eso no lo piensa la Ángela de entonces, sino la madre que soy ahora: la madre incapaz de pasar más de un día sin sus niñas. La madre que durante años se impuso evitar a sus hijas la ruleta rusa de un divorcio. La madre que hoy siente una tardía e inútil solidaridad con aquella otra madre a la que entonces no entendía. En realidad, no consigo recordar cómo me sentí al conocer a Germán, los primeros tiempos con él. No consigo apartar las interferencias de mi propia maternidad. Supongo que me sentí extraña, supongo que también culpable. Supongo que, como tú, me protegí con algún tipo de disonancia cognitiva que me hiciese ver a ese niño como un inevitable daño colateral: es mejor un buen divorcio que un mal matrimonio, le conviene más un padre feliz que un padre desdichado. Lo que me obligaba a extender la disonancia a su madre, en cuya desdicha prefería no pensar demasiado más allá de los coletazos de nuestro enfrentamiento. Supongo que me propuse esforzarme, como tú, en minimizar el daño para Germán, que desde ese día se incorporó a nuestra vida con la frecuencia de vuestro régimen de visitas, y se adaptó fácilmente con la plasticidad de su corta edad, y también con la colaboración de su madre, que*

entonces no reconocíamos. Sí recuerdo en cambio la extrañeza que me provocaba su cercanía, la ambivalencia de sentir por él un creciente cariño y al mismo tiempo un doble rechazo: hacia mí misma, muy consciente de que no debía aspirar a reemplazar a su madre, a lo que no ayudaban las vecinas que me buscaban el parecido con «mi hijo». Y rechazo también hacia él porque, aunque evitaba pensarlo, no había día en que al mirarlo no me recordase que mi amado había estado antes tan enamorado de una mujer como para concebir juntos un hijo. Te equivocas si ves a Germán como un muñeco roto que de pronto aparece entre los escombros, en el nivel más profundo de nuestra excavación. La culpa que hoy nos encorva es un añadido posterior, de muchos años, y se apoya en otro universo paralelo: la posibilidad indemostrable de que su vida habría sido mejor si su padre hubiese tomado otras decisiones. En aquel tiempo no pensábamos en Germán como víctima de ningún atropello adulto: al contrario, él era la medida de la grandeza de nuestro sentimiento. El precio altísimo que habíamos decidido pagar por estar juntos. La exigencia futura de estar a la altura de una decisión así. Y aunque parezca cruel, la reacción de su madre lo hizo todo más fácil, porque en toda separación hay algo de profecía autocumplida: desde el momento de la ruptura, los separados se van distanciando, se vuelven extraños, tan ajenos e incompatibles que un día sus hijos se preguntarán cómo fue posible que alguna vez se amasen dos personas tan opuestas, y entenderán y hasta celebrarán que se separasen a tiempo, vista la deriva divergente posterior. En toda ruptura dolorosa, la hostilidad que se desata acaba por justificar la propia ruptura: no solo la hace irreparable, sin posibilidad de vuelta atrás, sino que trampea causas y consecuencias, hasta que esa misma hostilidad se convierte en el más contundente argumento para la separación: mira cómo nos odiamos, lo mejor que pudimos hacer fue separarnos. Cada vez que Teresa y yo nos gritábamos por teléfono, más justificada quedaba mi decisión. Cada vez que ella me enviaba mensajes telefónicos acusándome de ser un egoísta y un monstruo sin sentimientos al que nunca iba a perdonar lo que le había hecho a ella y sobre todo lo que le había hecho a Germán; cada vez que me escribía un largo correo más sereno donde decía desear no haberme conocido nunca y no haber tenido un hijo conmigo, más acertado parecía que nos hubiésemos separado, y también a ella se lo parecería. Su rechazo a acordar una custodia compartida y su rigidez con el tiempo de visitas acabarían por convencer de lo razonable de mi decisión incluso a mi reacia madre, al principio solidaria con Teresa desde su propia cicatriz de mujer divorciada. Que llegásemos hasta el juzgado era la prueba definitiva de que no teníamos futuro juntos, y de que lo más conveniente para Germán, ante la evidencia de unos progenitores tan cargados de rencor, eran una madre y un padre alistados a la legión de divorciados que, concentrados en hacer felices a sus vulnerables hijos, se esfuerzan por demostrar el argumento consolador de que para los hijos siempre es mejor un buen divorcio que un mal matrimonio. Sin embargo, tardé en perder de vista el fantasma de lo reversible: que en cualquier momento te dices cuenta de que todo era un inmenso error, y rehicieses el camino de vuelta a casa, con Teresa y Germán, el golpe de aguja para encarrilar de nuevo la vía. Las noches en que llorabas la ausencia de tu hijo. Te veía tan roto que yo misma estaba por decirte: déjalo, no merece la pena, no hay amor que valga todo este dolor, que además pesará sobre nosotros en el futuro, nos hará fracasar porque nada que hagamos será suficiente, asumamos que nos hemos equivocado, acabemos de una vez y reconstruyamos lo que aún se pueda reconstruir. Pero a cada abatimiento seguía un fulgurante ascenso, y al día siguiente de las lágrimas nocturnas estábamos otra vez instalados en la euforia amorosa,

reforzada por esa sensación de fortuna, viento a favor, los dioses de nuestro lado: cuando te llamó el subdirector del nuevo periódico para ofrecerte un puesto de redactor que de pronto resolvía tus dificultades económicas tras la separación, lo vimos como otra señal, la buena estrella que nos acogía y que no podíamos defraudar. Al día siguiente volvíamos a hundirnos en dudas y remordimientos, pero cuanto más sufríamos, más convencidos estábamos de que ese dolor también era parte de nuestro amor, nos unía más, ese cóctel de gozo y tristeza que siempre vulcaniza a los amantes. Intentar entender hoy, tantos años después, cuando somos otros, intentar entender la fuerza con que nos aferramos a un amor que en esos días era todavía tan pequeño, solo puede arrojarnos a la melancolía. Si somos arqueólogos de nuestro propio pasado, aceptemos las limitaciones de la disciplina, lo parcial de cualquier conocimiento a partir de fragmentos, lo inestable de toda hipótesis: no sabemos ya quiénes éramos entonces. No podemos saberlo. Desde el fracaso final tiento pensar que nos equivocamos, que fue todo una vulgar huida hacia delante, incapacidad de recomponer lo desbaratado. Que convertimos una decisión caprichosa en todo un mandato del destino. Aquello que decías tú años después, descreído: el enamoramiento siempre es una reelaboración posterior, singularizamos a la persona amada para justificar nuestra entrega irracional, hasta convencernos de que fue inevitable; convertimos en decisivo lo que solo fue un cruce azaroso. Hoy nos cuesta entender la certidumbre de entonces, aquel fanatismo. Porque ya no somos los de entonces: hoy militamos en el bando de los sensatos, los mismos sensatos que en aquellos momentos nos disuadían, nos llamaban irresponsables, inmaduros. El amor no era una explicación válida para nadie: ni para nuestras preocupadas familias, ni para tantos amigos que confiaban en que la fiebre remitiese y todo quedase en una aventura romántica, dos fugitivos que huyen del momento ineludible en que las autoridades les darán caza. El amor no era una explicación válida para nadie. Tampoco para Teresa. Sobre todo para ella. El amor era la peor razón que yo podía darle para justificar todo el destrozo que le anunciaba. Pero así se lo dije: me he enamorado de otra mujer, no puedo seguir contigo. Lo que entonces me pareció un ejercicio de honestidad, de poner las cartas boca arriba, hoy lo veo como una crueldad innecesaria, que en las siguientes semanas, meses, quizás años, cavó en Teresa un dolor que no puedo imaginar por mucho que intente compararlo con mis propias fracturas, derrumbes y pozos. Hoy, tras haber conocido yo mismo el catastrófico dolor de ser rechazado, pienso que pude haberle ahorrado, si no todo, sí una parte de aquel sufrimiento. Pude haber optado por una voladura controlada, un desmontaje progresivo. Pude haberle dicho que no me sentía bien, que tenía dudas, que necesitaba un tiempo. Que la quería pero no la amaba. Pude calcular, administrar el desamor, distanciarme poco a poco, acumular a lo largo de meses motivos de malestar, degradar nuestra relación hasta que llegase un momento en que la separación no solo no fuese sorprendente, sino que pareciese tan inevitable que ella misma la acabase pidiendo. Pude haberme dejado sorprender en el engaño, poner a su alcance mi teléfono con nuestros mensajes, mi correo descuidadamente abierto en la pantalla, que ella lo encontrase y facilitar así la separación sin más explicaciones, la infidelidad como vía rápida para terminar relaciones. Pero cuando llegué a casa aquella noche y la encontré adormilada en el sofá y me recibió cariñosa y me preguntó qué tal el día y me apoyó la cabeza en el hombro, sentí

que no aguantaría un minuto más a su lado. Me levanté y fui al dormitorio de Germán, aspiré su calor lechal, escuché su respiración, ofrecí un dedo a su mano caliente. Y ahí sí dudé, claro, ahí sí pensé en los otros escenarios, la voladura controlada, la degradación progresiva, el engaño descubierto. Incluso no hacer nada, renunciar a ti, a nosotros, enviarte un mensaje en ese mismo momento y decirte que no podía hacerlo, que era una equivocación, que me esperases un año, que no me esperases, que nos conformásemos con un adulterio de consolación. Pero volví al salón y ahí estaba Teresa, somnolienta, confiada, Teresa que se recostaba sobre mí y me decía las ganas que tenía de dormir abrazada, Teresa que amenazaba con estar ahí al día siguiente, y al mes siguiente, y al año siguiente, y yo sentía en el cuerpo el cansancio de toda la jornada, el peso del sol, el cosquilleo salino en la piel, la visión luminosa de tu carne, la reverberación de nuestras últimas palabras al despedirnos. Teresa me preguntó si me pasaba algo. Estoy bien, dije, como concediendo una última oportunidad. Nos fuimos a la cama, y en la habitación oscura, con Teresa adosada a mi costado, con sus besos en el cuello, tuve esa sensación aplastante, que seguramente los neurólogos reconocerían con destellos en un escáner cerebral: esa sensación de que estás en un momento decisivo, en un quiebro de la vida, el vértice desde el que se despliegan en abanico otros futuros y toca elegir. Te quiero mucho, me susurró Teresa, y en la penumbra se encendió una tópica pantalla donde vi pasar la película de mi vida, sí, pero de mi vida futura, de mi vida posible contigo, la que en ese momento debía elegir o descartar, y que me oprimió de tal manera que encendí la luz de la mesilla, me senté en la cama y se lo dije a Teresa, sin darle tiempo a abrir los ojos, deslumbrada: me he enamorado de otra mujer, no puedo seguir contigo.

PRÓLOGO

Nosotros íbamos a envejecer juntos. Al despedirnos aquella tarde en la estación, unas horas antes de que hablases con Teresa, acordamos contar con un código de alerta. Un botón del pánico. Mayday. Una vez tomada tu decisión, nos asomábamos a un tiempo que era fácil prever convulso. Y aunque teníamos toda la voluntad de avanzar juntos y confiábamos candorosamente en la fuerza de nuestro amor, podíamos esperar accidentes, sacudidas, malentendidos o simples y humanas dudas. Deberíamos tener un código de alerta, te dije, una llamada de socorro para situaciones de emergencia, la palanca de la que tiras cuando estás en peligro: de modo que, si en algún momento de este tiempo que hoy empezamos, uno de los dos ve alguna amenaza propia o ajena, o siente dudas, pueda intentar una operación de salvamento: bastará con enviar el código de emergencia para que el receptor sea consciente del peligro y acuda al rescate antes de que sea irremediable; como el mayday de las embarcaciones. Con esa mezcla de solemnidad y frivolidad de los primeros tiempos, acordamos que fuese una frase sencilla y fácil de recordar, un mensaje que solo nos enviaríamos en caso extremo. Probamos varios juegos de palabras, versos que compartíamos, combinaciones de letras con nuestros nombres. Al final nos decidimos por esa breve frase que, en su campaneó grave, funcionaría como recordatorio de nuestra ambición amorosa: nosotros íbamos a envejecer juntos.

Separarme de Teresa era algo que sentía inevitable desde hacía días, pero hacerlo justo aquel sábado lo decidí al despedirnos tú y yo en la estación. Hasta entonces manteníamos el propósito razonado de esperar unos meses, no precipitarnos, seguir viéndonos mientras yo creaba las condiciones para una separación lo menos dañina posible, aguardar a que Germán creciese un poco más. Sin embargo, esa tarde, en la estación, tras darnos un largo y fotogénico beso de soldado que parte a la guerra, te lo dije: se acabó, no aguanto ni un día más, hablaré con ella esta misma noche. No opusiste ninguna prudencia, entendías como yo que había llegado el momento de decidir si queríamos estar juntos o nos acomodábamos a un adulterio que los dos habíamos rechazado desde el primer día, y en el que sin embargo ya estábamos incurriendo. Ese mismo día nos habíamos comportado como dos adúlteros de manual, y comprobamos lo fácil que resultaba. Yo había usado como coartada un viaje de trabajo, y me fui contigo a pasar el día a una playa lo suficientemente alejada de casa como para no ser visto por ningún conocido, a riesgo de que cualquier incidente me impidiese coger el tren de vuelta, para lo que tenía también preparada coartada. El adúltero de manual con sus dos coartadas a punto, el adúltero de manual con su bañador y toalla ocultos al fondo de la cartera, el adúltero de manual que en la ducha de

la playa se frota a conciencia para eliminar hasta el último grano delator de sal o arena, el adúltero de manual que un día antes va a una farmacia en otro barrio para comprar condones, el adúltero de manual que miente con naturalidad al teléfono y tapa el auricular para que no se oiga el graznido chivato de las gaviotas, el adúltero de manual que se pierde con su amante en el pinar playero, extienden la toalla sobre las agujas, se desnudan con emoción novata y follan por primera vez, un polvo de reconocimiento, desajustado, extraño, inolvidable. Había que elegir: o nos instalábamos indefinidamente en la aventura clandestina, al precio de abaratar nuestro sentimiento, o asumíamos todo lo que nos habíamos dicho en las semanas previas y enfrentábamos las consecuencias. De vuelta a la estación conducías en silencio, yo con la vista perdida en la recta de la autovía, fatigados de sol y todavía con los cuerpos estremecidos por aquel sexo inaugural que nos hacía insoportable seguir así. Se acabó, no aguanto ni un día más, hablaré con ella esta misma noche. *No te creas nada de lo que te promete, me había dicho mi amiga Luisa unos días antes, ella mi única confidente: no te creas nada de lo que te promete, tiene un hijo pequeño, no se va a separar tan fácilmente, te irá dando largas mientras seguís enviándoos mensajes amorosos y quedando para veros a escondidas y pronto estaréis follando y os seguiréis diciendo mi amor, oh mi amor, nunca había amado a nadie así, etcétera y etcétera, hasta que asumáis que lo que tenéis es una aventura y que lo mejor que podéis hacer es disfrutarla mientras dure, no pidas más, no te compliques la vida, adornad vuestro romance con toda la palabrería amorosa que queráis, pero en unos meses os cansaréis de esconderos, a él le pesará la culpa y dejará de compensarle el riesgo, tú preferirás buscar una pareja que no venga con tanto equipaje, os despediréis con un polvo final, y fue bonito, no pidas más, disfruta mientras dure, y da gracias por que todo acabe así, porque podría ser peor: que él en realidad buscara una puerta de emergencia para salir de su actual relación, los hombres no se separan si no encuentran antes otra mujer, no saben estar solos, y si tienen hijos necesitan de inmediato otra madre, siempre se separan así, solo se separan así, cuando encuentran a otra mujer que les permita crecer, que les cuide y les admire y les dé sexo suficiente, no saben estar solos los hombres, y este te ha encontrado a ti.* En aquellos días previos echaba cuentas obsesivamente, una y otra vez la misma operación, en márgenes de libretas, folios usados, servilletas de bar: la misma cuenta que me sabía de memoria pero que reescribía y recalculaba como si a fuerza de insistir pudiese forzar la matemática: sumaba alquiler, el más bajo posible, el que nadie anunciaba pero yo intentaría regatear, sumaba suministros básicos, la previsible pensión de Germán, el gasto alimentario ajustado a nivel de subsistencia. Consultaba portales inmobiliarios, donde rastreaba alquileres rebajando todos los requisitos: un solo dormitorio, sin mínimo de metros cuadrados, sin ascensor, sin calefacción, sin amueblar, en barrios mal comunicados y ciudades dormitorio, incluso habitaciones en pisos compartidos. Cada pocos minutos borraba el historial de navegación, aunque a veces pensaba que debía dejarlo para que Teresa lo descubriese. *Para estar juntos no necesitábamos nada: nos bastaría el piso más pequeño, una habitación, un cuarto estrecho y sin ventanas del que no querríamos salir. Un piso compartido. Una casa okupa. Una ruina en un pueblo para arreglarla con nuestras propias manos. O ni eso, podríamos vivir errantes, aprenderíamos alguna habilidad callejera, dormiríamos en playas y parques, encontraríamos comida caducada*

junto a los supermercados. En una web daban consejos para vivir sin dinero. Luego aparcábamos las bromas, nos alcanzaba la sensatez: tú podías sobrevivir un tiempo con colaboraciones, conseguir un anticipo para un libro, administrar ahorros, ya estabas enviando currículum a cualquier oferta que vieses. No se te iban a caer los anillos por servir copas, trabajar en una cocina o fregar pisos. Yo podía contribuir con mis ahorros y el dinero de mi familia, y mientras preparaba las oposiciones buscaría también trabajo. No era buena idea vivir juntos desde el principio, pero haríamos lo que fuese necesario para salir adelante. Nuestro amor no iba a depender de nuestro poder adquisitivo. El amor no es para el que pueda pagárselo. Tras la sensatez llegaba el ejercicio de realismo, así titulaste uno de tus correos: ejercicio de realismo. No podías plantearte una separación mientras no asegurases tu situación económica. Necesitabas garantizar un mínimo, una vivienda propia donde Germán pudiera estar contigo, ingresos para su pensión, una mínima caja de resistencia para afrontar imprevistos. Era un momento delicado para el periodismo, me decías, estaban despidiendo a colegas, habían cerrado varias revistas y se imponía el modelo de colaborador externo. Me pedías unos meses, esperar unos meses para despejar incertidumbres, para que Germán fuese un poco mayor, para dar a Teresa la oportunidad que te pediría. Y yo te decía que te daba todo el tiempo del mundo, que podía esperarte un mes, un año, dos, toda la vida esperaría que me llegase tu mensaje anunciando que ya, que por fin, que ya nada nos impedía amarnos. Tiempo. Para conocernos no pedíamos tiempo. No lo necesitábamos. Solo nos habíamos visto cuatro veces, unas pocas horas en cada ocasión, en tensión por si nos veía alguien. Y correos, decenas de correos, también cartas. Solo sabíamos nuestra mejor cara, nuestra versión seductora. Tú me avisabas de que vivir contigo no sería fácil, eras un desastre, dejabas el dentífrico abierto y los pelos en el desagüe, pero yo deseaba locamente encontrar cada mañana el tubo destapado y prometía guardar cada pelo tuyo en un relicario. Yo te advertía de mi obsesión con la planificación de horarios y mis rigores domésticos, pero tú siempre habías deseado vivir con un maniaco. Intercambiamos tests bobos de personalidad, consultamos la compatibilidad de nuestros zódiacos, completamos un cuestionario Proust, celebramos las coincidencias, celebramos más aún las diferencias. Nuestras medidas corporales armonizaban, nuestros grupos sanguíneos consentían la procreación, los dos éramos miopes, con los años nos acabaríamos mimetizando como el perro y el amo, como los viejos que se quieren durante toda una vida, porque nosotros íbamos a envejecer juntos. Ya nos conocíamos. Nos sabíamos enteros, nos sabíamos por dentro, en lo más profundo. Nos conocíamos desde que nacimos, nos conocíamos desde hacía milenios. Nos repetíamos los versos de Salinas: «Yo no necesito tiempo para saber cómo eres: conocerse es el relámpago». Queríamos saberlo todo, queríamos contarlo todo. Quién eres, esa es la pregunta inicial de todo enamorado, la pregunta asombrada. Quién eres, por qué te amo. Queríamos contarnos, ser relato. Exigíamos detalles, nos dimos más información en esas semanas que en los trece años siguientes. Dímelo todo, «dime pronto el secreto de tu existencia», insistíamos en el poema de Alexandre que te envié en los primeros días como declaración de intenciones: «dime pronto el secreto de tu existencia, quiero saber por qué la piedra no es

pluma, ni el corazón un árbol delicado». Me hiciste describir todo mi cuerpo en un largo correo, no te valía una foto: querías que me nombrase, me obligaste a mirarme y pensarme, a volverme narración. Esa pulsión comunicadora de los enamorados que no pueden dejar de hablar, que necesitan contarse para enlazarse con más fuerza. Repasábamos nuestras vidas previas, todo ese tiempo anterior en el que estábamos en el mundo sin sabernos y ya todo nos empujaba a encontrarnos. Dónde habíamos vivido, dónde las vacaciones, campamentos infantiles, colegio, universidad, lugares habituales de ocio, posibles amigos comunes, parentescos lejanos. Identificamos un par de momentos en los que pudimos coincidir en un mismo espacio y tiempo, ignorantes el uno del otro, fantaseamos con habernos visto, en seguida lo descartamos, no podíamos habernos visto porque nos habríamos reconocido con solo mirarnos, pero qué habría pasado si nos hubiésemos encontrado antes, en otro instante de nuestras vidas, no podía ser, había sucedido cuando tenía que suceder, en el mejor momento, el único posible, y así durante páginas y páginas de correos y cartas manuscritas, qué capacidad tienen los enamorados de llenar el tiempo y el espacio con su cháchara. Pero el conocimiento también duele. Conocerse duele, así titulé yo otro intenso correo: conocerse duele. Nos hacíamos daño al contarnos, al sabernos. No soportábamos comprobar que ya antes habíamos amado. En tu caso era evidente, y te agradecía que no me hablaras de Teresa, aunque en algún momento de pesadumbre no evitaste detallarme cuánto os habíais querido durante años, qué seguridad habíais tenido al concebir a Germán, también vosotros ibais a envejecer juntos. En mi caso, el relato de un amor enfermizo de adolescencia te levantó unos celos retrospectivos que me tomé a broma hasta que comprobé que en efecto te había hecho daño. El síndrome de Michael Furey, así bautizaste tu sarpullido, en honor al frágil adolescente que en el cuento Los muertos se deja morir bajo la lluvia ante la ventana de Gretta y atormenta a su celoso marido muchos años después. Furey, me contaste, inspiró a Rossellini el personaje de Charles Lewington, el poeta que también murió joven y que había amado a Katherine y atormentaba igualmente a su marido en Viaggio in Italia cuando ella recitaba emocionada: «Temple of the Spirit, no longer bodies...». Te hablé de mi abuela Ana, su propio Michael Furey que no se apagó bajo la lluvia sino fusilado con veinte años, y cuya memoria amorosa, su foto en la mesilla de noche de mi abuela, atormentó a mi abuelo toda su vida, lo hizo incapaz de querer a su propia mujer. En la siguiente cita me regalaste un ejemplar de Dublineses donde habías subrayado el lamento de Gabriel Conroy al final de Los muertos: «Mejor pasar audaz al otro mundo en el apogeo de una pasión que marchitarse consumido funestamente por la vida». Intercambiábamos varios correos al día, entre medias mensajes de teléfono, evitábamos llamarnos, no por riesgo sino porque la voz humana siempre sería decepcionante en esos primeros momentos en que escribíamos sin parar. Las pocas veces que nos vimos no dejamos de hablar, pero notábamos una distancia indeseable entre la concentración emocional de la palabra escrita y el brillo superficial de esa misma palabra al pronunciarla. Qué habría sido de nuestro impaciente amor en los tiempos del correo postal, bromeábamos, y aun así también te escribí una docena de cartas en papel.

Intercambiábamos recomendaciones de lectura, nos proponíamos leer el mismo libro en la distancia, con el calambre de saber que al volver la página, otra página se volvería a kilómetros. Me diste recetas de cocina que pensabas prepararme. Me contaste todo lo que esperabas de la vida cuando eras más joven. Lo que esperabas ahora. Cómo te imaginabas con diez años más. Con veinte años más. Nos enviábamos poemas. No podía faltar la poesía en una conversación de enamorados. Salinas, Idea Vilariño y Eugénio de Andrade, y mucha poesía francesa, y poetas ignotos que en su rareza eran parte de la seducción intelectual. Me escribiste sonetos que años después menospreciarías por melifluos pero que yo entonces leía admirada. Te descubrí las Gnossiennes de Satie, que yo encontraba felices y tú dolorosas. Las escuchábamos a la vez, a lo lejos: sincronizábamos relojes y acordábamos una hora para pulsar Play, con auriculares y ojos cerrados, como si ese piano fuese una forma de salir del mundo y saliésemos a la vez. También nos nadábamos a lo lejos: acordábamos ir a nadar a la misma hora, cada uno en su piscina, para bracear a la vez, acompasados, como si sumergirse fuese salir del mundo y saliésemos a la vez. Enamorarse es también acumular nostalgia para el futuro. Enamorarse es también colocarse una máscara que años después aparecerá en un trastero, ridícula, encantadora. Enamorarse es también construir un personaje, en un juego de fingimiento aceptado por las dos partes, donde no caben decepciones. No estábamos ciegos ni ebrios, éramos conscientes de nuestro exceso. No entendíamos el amor sin exceso. No nos pesaba vergüenza alguna. Anunciábamos que íbamos a ser cursis antes de escribir algo ampuloso, lo celebrábamos. No nos daban miedo las grandes palabras, no las evitábamos. Nunca decíamos te quiero. Siempre decíamos te amo. Se querían los sensatos, los cínicos, los derrotistas. Se querían Natalia y Jaime, novios desde el instituto. Se habían querido nuestros padres, hasta que se divorciaron por solo quererse. Os queríais Teresa y tú. Nosotros nos amábamos. Nombrábamos el amor como supersticiosos, como fieles. Insistíamos en subrayar lo excepcional de nuestro encuentro, lo incomparable de nuestro sentimiento. Nos decíamos valientes, queríamos estar juntos e íbamos a estar juntos, nada nos lo impediría. Nos decíamos vivos. Nos decíamos desgraciados. Era trágico, nuestro amor era trágico, vocacionalmente trágico, cómicamente trágico, lo queríamos trágico frente a tanto amor mediocre, nos regodeábamos en su condición trágica que lo igualaba a los grandes amores que en el mundo han sido, todos embellecidos por el destello de su épica dolida, el amor que para triunfar ha de superar los mayores obstáculos: amantes enfrentados al rechazo familiar, a la tradición, a la iglesia, a pactos matrimoniales, a prejuicios raciales, a impedimentos legales, a dioses, a un hijo pequeño. De nuestra primera cita nos despedimos abatidos, aplastados por la fatalidad de habernos enamorado. Nos prometimos ya en ese primer encuentro que no renunciaríamos a estar juntos, aunque tuviésemos que esperar meses, años. Porque ahí todavía considerábamos la posibilidad de una espera larga, incluso acabar derrotados. Todavía veíamos la montaña que pronto allanaríamos bajo toneladas de palabras amorosas. Nos despedimos de aquella primera

cita con un beso largo, dramático, apretados en el abrazo. No sabíamos cuándo nos volveríamos a ver, si nos volveríamos a ver. Nos nublabla la posibilidad cierta de que el primero fuese también el último encuentro. Propusimos no escribirnos ni llamarnos hasta que hubieses resuelto tu situación personal. Lo aceptamos, desolados. Sabíamos que no tardaríamos ni tres días en volver a hablarnos. Para aquella primera cita acordamos un lugar, lejos de todo, donde nadie pudiera vernos, donde ni siquiera nosotros habíamos estado antes. Pasamos solo cuatro horas juntos, la duración de mi coartada. Nos tocamos por primera vez, nos habíamos dicho enamorados sin siquiera tocarnos. Nos tocamos con la extrañeza de un cuerpo nuevo, una mano que no sabes cómo coger, torpes en el abrazo. Nos reconocimos extraños, si no volviésemos a vernos olvidaríamos pronto nuestras caras. Al bajar del tren dudé un instante si te reconocería, no tenía aún ninguna foto tuya, tan débil el recuerdo de tu imagen, había olvidado tu voz. Te vi y, tras las gafas de sol de espía cómico, supe que eras tú por lo nerviosa que estabas, medio oculta tras una columna de la estación. Me pareciste más alta, con todo más grande: la boca, los ojos, las orejas, las manos, lo contrario del lugar de la infancia al que volvemos y encontramos menguado. Te vi dudar al acercarme, amagaste dos besos tímidos pero ofreciste la boca en cuanto acerqué la mía. Llevabas un chicle, ese sabor a menta gastada volverá a mi lengua el día de mi muerte, Rosebud. Nos besamos, primero un beso corto, de tanteo, rodeados de demasiada gente. Al salir al aparcamiento fuiste tú la que me tomaste de la cintura y sentí que podrías levantarme, arrojarme al aire. Nos besamos ahora sí, con los ojos cerrados y giros lentos de cabeza y manos despeinando y si quieres violines y sol asomando entre las nubes y un zoom en retirada que nos va alejando sin dejar de besarnos, cada vez más minúsculos en el aparcamiento despoblado, la estación, sus alrededores turbios, la ciudad, la periferia, la península, el planeta. El primer beso, su onda expansiva, excitación y laxitud, el primer beso que siempre es más erótico que todo lo que venga después, la piedra sobre la que se levantará la torre del deseo, ese primer beso que además era un beso secreto, prohibido. *Podía haber quedado todo ahí, en un beso infiel. Nos habría dejado para siempre el buen recuerdo de los amores descartados, que se cruzan en la vida y desaparecen dejando la estela de lo que pudo haber sido. Pasar audaz al otro mundo en el apogeo de una pasión. Podía incluso no haber habido ni siquiera primer beso, que no nos hubiésemos citado. Que hubiésemos prolongado un tiempo la correspondencia amorosa, hasta extenuarla, hasta volverla redundante, fastidiosa. Que hubiésemos convenido frenar antes, que yo hubiese rechazado tu avance en cuanto me revelaste que tenías un hijo pequeño. Que no te hubiese declarado mi amor tan prematuramente, tan incondicionalmente. Que tú no te hubieses confesado incapaz de olvidarme. Incluso, fíjate, podía no haberme llegado tu primer correo declaratorio, o que no te hubiese alcanzado mi respuesta. Un vulgar fallo del servidor, un fiasco tecnológico, y habríamos tomado el silencio como rechazo. El azar, el mismo azar que nos cruzó, pudo también perdernos. El azar, que en realidad es nuestra ignorancia de la compleja maquinaria de la causalidad, citaste en tu primer correo. Así de frágil fue nuestra historia en sus comienzos. Destino y contingencia a partes iguales, lo predestinado y lo fortuito.* Acepto tu premisa arqueológica: lo parcial de cualquier conocimiento del pasado a partir de solo fragmentos. No sabemos ya quiénes éramos entonces. He vuelto a leer aquel correo donde con brusquedad, sin la habitual seducción previa, sin ascender apenas por la escalera del deseo, saltando todos los escalones de

golpe, ya me declaré enamorado. Lo releo hoy, sin entender nada. No sé quién era yo entonces. Sé todo lo que pone en ese correo, lo tengo delante: que conocerte fue el relámpago. Que me habías sacudido como nunca nadie antes. Que llevaba una semana sin entender qué me había pasado, qué nos había pasado. Que llevaba una semana entendiéndolo muy bien, demasiado bien. Que el lenguaje era un límite para decirte nada. Que necesitaba verte. Que me perdonases por asaltarte así. Que me olvidases, que no me contestases. Puedo repetir todo lo que te escribí aquel día, pero ni tú ni yo entendemos nada ya. Como una inscripción enigmática que aparece en la excavación y que nos esforzamos por transcribir pero con cuyo significado solo podemos especular. *Tu correo declaratorio me llegó tras un breve intercambio: solo tres mensajes previos, todavía formales, de reconocimiento, que cualquier observador externo leería sin encontrar más que saludos, agradecimientos, recomendaciones de lectura, pero en los que nosotros leíamos el deseo cifrado. Un duelo de amantes indecisos, quién dispara primero. Disparaste tú, fulminante, imposibilitando ya cualquier otro desarrollo: todo o nada.* Tardé una semana en enviarte un correo que empecé a escribir el mismo día que nos despedimos tras el congreso. Una semana de teclear, borrar, volver a teclear, escribir tu dirección, eliminar, escribir de nuevo. Una semana de discutir conmigo, a veces en voz alta, por dar más fuerza a los argumentos disuasorios: dónde crees que vas, Antonio. Tienes un hijo pequeño, una mujer que te quiere, quizás te ama, puede que todavía te desee, y a la que hasta hace unos días tú habrías jurado que querías, quizás amabas, puede que todavía deseases. Elegiste tú esta vida que ahora fantaseas con derribar. ¿Qué te pasa? ¿Te has enamorado? Seamos serios, tienes ya treinta años, ¿cuántas veces te has enamorado así antes? ¿Cuántas en el último año? Siempre fuiste enamorado, te basta un intercambio de miradas para entrever la puerta lateral, la escalera de incendios, la llamada de otra vida. Sabes de sobra que se trata de la insistente fantasía masculina de la mujer desconocida, fascinante e inesperada que de pronto se cruza en tu camino y lleva en los ojos la promesa de otra vida, una vida mejor, una plenitud y una autenticidad que solo son posibles ya en la novedad. Pura nostalgia, la nostalgia por lo que ni siquiera ha existido. Es un juego, lo sabes. Fantaseas con compañeras de trabajo, amigas, mujeres de amigos, desconocidas, ese cruce de miradas que te señala y te hace sentir elegido. ¿Qué te hace pensar que esta vez vaya a ser diferente, que esa Ángela no sea tan fácilmente olvidable como el resto? Sabes que el enamoramiento no existe, es una ficción, un autoengaño, una respuesta a la insatisfacción, química cerebral, una expectativa, un giro en el guion, una función adaptativa, un antidepresivo. Todo eso me decía en aquella semana, sin poder sacarte de mi cabeza. Y en todos estos años me he preguntado qué habría pasado si te hubiese archivado en la misma carpeta que todos aquellos enamoramientos volátiles. Si no te hubiese enviado aquel correo. Si hubiese seguido junto a Teresa, a la que en aquellos días observaba al descuido, intentaba descifrar qué sentía por ella, qué había sentido alguna vez, qué quedaba. Trataba de saltar con ella en el tiempo, a solo unos días antes, cuando aún no te había encontrado, para así observar el sentimiento sin la niebla que de pronto lo emborronaba, la niebla de tu presencia, de tu ausencia, la niebla del deseo que invadía mi casa, que se colaba por la puerta lateral entreabierta. Me lo he preguntado tantas veces, si el amor es solo un relato, una elaboración narrativa, si nos dedicamos a dar consistencia argumental al endeble enamoramiento inicial, hasta hacerlo decisivo, predestinado. Si no te habrías desvanecido después de esa semana, después de un mes, después de tiempo, convertida en la hermosa memoria de un amor imposible, intacto, perfecto. No lo sé. No sé quién era yo entonces. Solo sé que tomé una decisión que nunca he lamentado, y que por muchas veces que regresase a aquel momento, volvería a enviarte el mismo correo que inició todo, que me ha dado todo lo que hoy tengo, todo lo que soy, todo lo que hemos construido juntos. Volvería a enviarte aquel correo, y después volvería a citarte en una estación de tren, y volvería a besarte por primera vez y a enviarte todos aquellos apasionados mensajes, cartas, poemas,

y volvería a desnudarme contigo en una playa y volvería a separarme de Teresa y ser feliz y desgraciado a tu lado, volvería a echar de menos salvajemente a mi hijo, volvería a amarte sin cálculo, con exceso, volvería a casarme en secreto y a tener hijas y a comprar una casa para el futuro, y volvería, sí, a cometer todos los errores, uno tras otro, porque también somos nosotros y también nos han traído hasta aquí, y sin fracasar nunca habría entendido como hoy lo entiendo que nos merecemos otro amor: un amor mejor, un buen amor, un amor sin tanto esfuerzo ni rencor, un amor sereno, sin melodrama, sin látigo ni miedo a estar solos. Hemos excavado, hemos retirado todo el escombros bajo el que nos habíamos enterrado, y siento una dulce ligereza, como si de verdad nos hubiésemos sacudido de encima todas esas toneladas de desprecio, culpa, rencor sedimentado, cansancio, dientes apretados, colisiones, dobles techos llenos de larvas, humillación, estructuras tensadas, paredes de piedra, pozos individuales, broza inflamable, tierra erosionada, y hubiésemos despejado así el futuro para ese otro amor: lento, cuidadoso, tan libre como cómplice, para el que no sé si ya es tarde, dímelo tú. *Hemos llegado al final. Al fondo de la sima. Apartamos los últimos escombros, la tierra suelta, y solo queda la fina capa que nos amortaja. Asoma la primera forma, aún no se aprecia si es un codo, una rodilla, un cráneo. Hay que usar el cepillo, los dedos, soplar para retirar la arena de la calavera e ir descubriendo un cuerpo, dos cuerpos, uno al lado del otro, enlazados. Ahí estamos nosotros, los de entonces, míranos. Un domingo de abril de hace más de trece años. En la puerta de aquel auditorio. Solo hace dos días que nos conocemos. Nos estamos despidiendo, no sabemos si volveremos a vernos. Vete ya, o perderás el tren, te digo con tristeza. Nos damos dos besos que cualquiera vería formales, inofensivos, porque no ven cómo me tomas la mano, cómo te aprieto los dedos, el primer telegrama que nos enviamos. El auditorio en que se celebró aquel congreso es el edificio central de nuestro parque temático. La zona cero. Una construcción funcional, hormigón mal envejecido, adornado por logotipos bancarios. Ahí pasamos un fin de semana juntos, dos días que a lo largo de los años recreamos tantas veces que, si viajásemos en el tiempo y pudiésemos ver de verdad cómo se desarrollaron, nos decepcionaría encontrar diferencias, errores. Nos seguiría pareciendo más válida nuestra memoria que el original. Poco antes de despedirnos hemos dado una vuelta a la manzana, hemos rodeado el edificio en un lento paseo. Lo recordamos eterno, no debió de durar más de diez minutos. Ahí nos tienes, girando la esquina trasera, arrastrando los pies, como una competición por ver quién es capaz de caminar más despacio. Hablamos. De lo interesante que ha sido el congreso, de futuras convocatorias, de cualquier cosa con tal de mover la boca y escucharnos la voz. Quedamos unos segundos en silencio, y tú comentas que anoche viste una película en la habitación del hotel, no podías dormir. Te querré siempre, me dices mirándome a los ojos, y esperas unos segundos, como queriendo prolongar el malentendido, el bienentendido, tardas unos segundos en aclararme que ese es el título de la película, Te querré siempre, una traducción boba del original *Viaggio in Italia*. Lo sé, digo sonriente, yo también la vi, tampoco podía dormir. Qué gracia, es como si la hubiésemos visto juntos, dices. Coincidimos en nuestro entusiasmo, en lo mucho*

que nos emocionó, en la fascinación por Ingrid Bergman y el buen trabajo de George Sanders. A los dos, cada uno en su habitación, nos entristeció la descomposición morosa del matrimonio Joyce, hasta el súbito renacer del amor en el último minuto de la película. Coincidimos también en nuestra interpretación del final: en su reencuentro, en su abrazo desesperado en Maiori, en su te quiero, vemos miedo, solo vemos miedo y conformismo, una derrota; el repentino pánico de separarse entre la muchedumbre de una procesión religiosa, el pánico que les hace anticipar la soledad a la que están condenados si se divorcian. Eligen seguir juntos, incluso quererse. Coincidimos también en el pronóstico: Katherine y Alex acabarían separándose, tarde o temprano, seguramente a su regreso en Inglaterra, porque tal vez se quieren pero no se aman ya, así lo decimos mientras rodeamos el auditorio, un paseo que ha durado trece años: hemos necesitado trece años de vida compartida, de amarnos y desamarnos, para entender que la reconciliación final de Katherine y Alex no es cobardía ni derrota, sino lucidez: la toma de conciencia de quienes han necesitado extrañarse, perderse, volverse dos desconocidos, para elegir seguir juntos, envejecer juntos. Pero nada de eso sabemos todavía durante aquella interminable y breve vuelta a la manzana, con el paso acompasado, rozando los brazos. Antes del paseo hemos comido juntos, en la misma mesa, con otra docena de participantes del congreso. Nos sentamos frente a frente, perdido ya el disimulo, porque sabemos inminente la despedida. Hablamos durante la comida, una conversación apta para quienes nos escuchan. Te cuento sobre mi colaboración en el proyecto de Historias de Vida, me hablas de tus reportajes. Eso es lo que oyen los demás. Nosotros atendemos a los subtítulos, al deseo entre líneas, la forma en que sostenemos la mirada al escucharnos, ya telepáticos. En algún momento pones tu mano sobre la mía para subrayar algo, la mantienes un par de segundos. Bajo la mesa adelanto mi pie, siento tu puntera contra la mía. Qué amor decimonónico el nuestro, nos reímos durante mucho tiempo recordando aquel recato inicial, aquel juego trémulo de miradas y roces. Por la mañana, antes de la comida, durante la última sesión del congreso, hemos salido al vestíbulo del auditorio repetidas veces, fingiendo llamadas que atender o visitas al aseo. Un par de veces, una tú y otra yo, nos hemos apartado a un rincón del vestíbulo, a la espera del otro, que acudió puntual. Ya a primera hora, al comienzo de la jornada, nos habíamos buscado para preguntarnos qué pasó la noche anterior, dónde estuvimos. La noche anterior, la noche del sábado. El desencuentro. Habíamos acordado encontrarnos tras la cena, sumarnos a la propuesta de otros participantes para tomar una copa por ser la última noche. Pero hubo un malentendido, cenamos en grupos diferentes y acabamos en dos bares alejados, esperándonos en vano, cada uno mirando la puerta para ver entrar al otro, que nunca llegó. Una oportunidad perdida que con el tiempo valoramos positiva: si esa noche nos hubiésemos encontrado, la

atracción ya evidente y la inercia promiscua de todo congreso nos habría llevado a acostarnos, y tal vez todo habría quedado en un vulgar lío de congreso, un buen polvo, un bonito recuerdo y nada más. Pero no nos encontramos, y cada uno se fue a su habitación. Lamentamos a solas el desencuentro, y encendimos la tele para entretener el insomnio. Mientras veíamos en la pantalla el coche de los Joyce avanzar por el sur de Italia, todavía lamentábamos la incomparecencia a una cita que habíamos acordado unas horas antes, al término de la sesión de tarde, en la que ya nos sentamos juntos: tú entraste buscando asiento, yo te saludé de lejos, una sonrisa invitadora. Te acomodaste a mi lado. Otro momento de amor decimonónico: apoyados en el mismo reposabrazos, el contacto leve pero turbulento de los codos remangados. Tu boca cerca de mi oreja para hablarme, el aliento cálido que me da ganas de girar la cabeza y besarte, mi melena te roza la cara cuando te respondo al oído. En la comida previa no habíamos podido sentarnos a la misma mesa, nos retrasamos en entrar al comedor y solo quedaban sitios desaparejados. Durante la comida nos buscamos insistentemente, esas miradas que hacen del disimulo su mejor baza. Te vi salir al pasillo, fui detrás de ti, pasé de largo al ver que estabas hablando por teléfono. No sabía que hablabas con tu hijo, si hubiese oído tu tono de papaíto seguramente habría concluido ahí toda aproximación. El azar, otra vez. Al comedor entramos tarde por prolongar nuestra primera cerveza juntos, en la barra del restaurante, con otros participantes pero solo hablamos entre nosotros: me preguntas por mi tesis, muestras un exagerado interés por mis trabajos de investigación, yo alabo tus reportajes. Nos seducimos, supongo, nos hemos estado seduciendo ya en la pausa del café, el juego de la seducción en marcha desde que unas horas antes nos hemos presentado. Fue al terminar tu intervención en el congreso, en aquella mañana de sábado: me acerqué al estrado para decirte que me había interesado mucho tu conferencia, que había leído algunos de tus reportajes, y salimos juntos al vestíbulo. Un primer tanteo en el que me preguntas qué relación tengo con el congreso, y yo menciono brevemente el proyecto y te confío la historia de mi abuela Ana y su novio asesinado al que sigue amando tantos años después. Qué hermosa historia, qué hermosa y qué triste, me dices, merece un reportaje, y te comprometes a escribirlo, me pides mi correo para seguir en contacto. Te hablo de mi abuela, te hablo de mi tesis por escribir, te hablo del proyecto, porque todavía no puedo decirte que pienso irrumpir en tu vida y abrirte la mía, que dentro de quince días nos besaremos por primera vez, dos semanas después nos desnudaremos, en unos meses viviremos juntos, en un par de años nos casaremos en secreto, tendremos una hija, luego otra, y compartiremos los mejores trece años de nuestra vida. No te lo digo porque acabamos de conocernos, hemos pronunciado nuestros nombres por primera vez, nos hemos dado dos besos después de que yo me acercase al término de tu conferencia, con la seguridad de haberme sentido

destinataria de tus palabras: mientras hablabas al auditorio, apoyaste en mí tu mirada, me elegiste desde que me viste entrar con retraso, ya comenzada tu intervención. Un retraso que aún hoy crees que fue intencionado, para hacerme visible. Pero si te fijaste en mí no fue por mi retraso, común a otros asistentes, sino porque la noche antes, en tu habitación del hotel, ya pensaste en mí, como yo también recordé, antes de dormirme, el momento en que aquel viernes por la tarde, en el vestíbulo del auditorio, apareciste arrastrando tu maleta y tu cara cansada del largo viaje, y una compañera me dijo: ahí está el periodista, el de los reportajes. Y yo te miré, con más curiosidad que interés todavía, te miré mientras hacías cola para acreditarte, volviste la cabeza y te encontraste con mi mirada, y la sostuvimos, prolongamos ese cruce unos segundos, como si nos reconociésemos, como si nos esperásemos, como diciendo sí, y es aquí donde comienza nuestra historia.

Es solo el comienzo. Más tarde duele,
y se le pone nombre.
A veces lo llaman pasión. Que puede
ocurrir de la manera más simple:
unas gotas en el cabello.
Acercas la mano, los dedos
se desatan ardiendo inesperadamente,
retrocedes por miedo. Esos cabellos,
sus gotas de agua son el comienzo,
solo el comienzo. Antes
de que acabe tendrás que coger el fuego
y hacer del invierno
la más ardiente de las estaciones.

EUGÉNIO DE ANDRADE

AGRADECIMIENTOS

Todo mi agradecimiento para quienes me ayudaron con su lectura y consejos: Marta Sanz, Olga Elwes, Sara Rosa, Ángela Camacho, Estrella Escriña, Marta Velasco, Antonio Rosa y sobre todo Elena Ramírez, que me acompañó en cada página.

Gracias a quienes compartieron conmigo sus experiencias, inquietudes y reflexiones amorosas. Además de los ya mencionados, Fabio Almeida, Amaya Alzaga, Teresa Bailach, Isabel Boca, Eugenia Caretti, Verónica Fernández, Santi F. Patón, Charo García, David García Aristegui, Sonia García Flores, Belén García Baena, Fernando Giles, Rocío Giles, Pilar Lucía López, María Navas, Alicia Ortiz, Carla Rogel y Víctor Sampedro.

En las páginas anteriores resuenan ideas de, entre otros autores, Santiago Alba Rico, Roland Barthes, Zygmunt Bauman, Elisabeth Badinter, Alain de Botton, Helen Fisher, Erich Fromm, Marina Garcés, Sue Gerhardt, Carlos González, Coral Herrera, Arlie Russell Hochschild, Eva Illouz, Carolina del Olmo, Richard David Precht, Massimo Recalcati, y Richard Sennett.



ISAAC ROSA nació en Sevilla en 1974. Inició sus primeros estudios de periodismo en Badajoz, sin concluirlos. Editó su primera novela en 1999, luego de haber transitado por relatos y obras de teatro breves y ha pasado gran parte de su vida en Extremadura. Es columnista habitual de Eldiario.es, habiéndolo sido con anterioridad del diario *Público* y *El País*.

Ha cultivado la novela, el cuento, el ensayo y también ha escrito obras de teatro. Es autor, entre otros textos, de la novela *La mala memoria* y la obra de teatro *Adiós muchachos*, y coautor del ensayo *Kósovo: la coartada humanitaria*. Con su novela *El vano de ayer* (2004), que fue adaptada al cine por Andrés Linares en 2008 con el título *La vida en rojo*, obtuvo el Premio Ojo Crítico, el Premio Rómulo Gallegos y el Premio Andalucía de la Crítica. Con su obra *El país del miedo* obtuvo el Premio de Novela Fundación José Manuel Lara a la mejor novela publicada durante el 2008.

La habitación oscura (2013) fue premiada con el Premio Cálamo 2013 y el Premio de la revista Quimera al mejor libro del año de narrativa.